# Dioses menores

Terry Pratchett

Traductor: Albert Solé

Y ahora consideremos el caso de la tortuga y el águila.

La tortuga es una criatura terrestre. No se puede vivir más cerca del suelo (sin estar debajo de él). Su horizonte no va más allá de unos centímetros. La velocidad que puede alcanzar es la que necesitas para perseguir y abatir a una lechuga. La tortuga ha sobrevivido mientras el resto de la evolución pasaba junto a ella y la dejaba atrás ya que, básicamente, era demasiado complicada de comer y no representaba una amenaza para nadie.

Y después tenemos al águila. Una criatura del aire y las alturas, cuyo horizonte se extiende hasta el límite del mundo. Ojos lo bastante agudos para detectar los movimientos de un animalito de voz chillona a medio kilómetro de distancia. Toda poder, toda control. La muerte súbita que llega volando. Uñas lo bastante afiladas para desayunarse cualquier cosa que sea más pequeña que ella y obtener, como mínimo, un desayuno rápido de cualquier cosa que sea mayor.

Y el águila pasará horas posada en un risco escrutando los reinos del mundo hasta detectar algún movimiento lejano, y en ese momento de pronto se concentrará, concentrará, concentrará en el pequeño caparazón que se mece entre los arbustos allá abajo en el desierto. Y entonces el águila se lanzará desde lo alto del risco...

Y un minuto después la tortuga descubre que el mundo se está alejando de ella. Y ve el mundo por primera vez, ya no a unos centímetros del suelo sino a doscientos metros, qué gran amiga tengo en el águila.

Y entonces el águila la suelta.

Y casi siempre la tortuga se precipita hacia su muerte. Todo el mundo sabe por qué la tortuga hace esto. La gravedad es una costumbre a la que cuesta mucho renunciar. Nadie sabe por qué el águila hace esto. No cabe duda de que hay un buen almuerzo en una tortuga pero, teniendo en cuenta el esfuerzo que requiere, la verdad es que hay un almuerzo mucho mejor en prácticamente cualquier otra cosa. Lo que ocurre es, simplemente, que las águilas disfrutan atormentando a las tortugas.

Pero el águila, por supuesto, no es consciente de que está tomando parte en una forma muy tosca de selección natural.

Algún día una tortuga aprenderá a volar.

La historia tiene lugar en tierras desérticas de tonos marrones y anaranjados. Cuándo comienza y cuándo termina ya es más problemático, pero al menos uno de sus comienzos tuvo lugar a miles de kilómetros de distancia, en las montañas que hay alrededor del Cubo[[1]](#footnote-1). Una de las preguntas filosóficas recurrentes es:

«¿Hace ruido un árbol que cae en el bosque cuando no hay nadie para oírlo?» Lo cual dice algo acerca de la naturaleza de los filósofos, porque en un bosque siempre hay alguien. Puede que sólo sea un tejón que se pregunta qué habrá sido ese crujido, o una ardilla que no acaba de entender por qué de pronto todo el paisaje se está desplazando velozmente hacia arriba, pero es alguien. Como mínimo, y si el árbol ha caído hacia el interior del bosque, millones de dioses menores lo habrán oído.

Las cosas simplemente ocurren, una detrás de otra. Les da igual quién se entere. Pero la Historia... Ah, la Historia es otra cosa. La Historia tiene que ser observada. De otra manera no sería Historia. En el fondo no es más que... bueno, cosas que ocurren una detrás de otra.

Y, por supuesto, tiene que ser controlada. De lo contrario podría acabar convirtiéndose en cualquier cosa.

Porque la Historia, en contra de lo que afirman las teorías populares, es reyes y fechas y batallas. Y esas cosas tienen que ocurrir en el momento apropiado. Esto es difícil. En un universo caótico hay demasiadas cosas que pueden salir mal. Es ridículamente fácil que el caballo de un general pierda una herradura en el peor momento, que alguien no entienda bien una orden, o que el portador del mensaje vital sea asaltado por unos hombres con palos y problemas financieros. Y después están las historias descabelladas, esos brotes parasitarios que crecen sobre el árbol de la Historia e intentan inclinarlo en algún sentido.

Así que la Historia tiene sus cuidadores.

Viven... bueno, a efectos prácticos viven allá donde son enviados, pero su hogar espiritual se encuentra en un valle escondido en las altísimas Montañas del Carnero de Mundo Disco, que es donde se guardan los libros de Historia.

No estamos hablando de libros donde los acontecimientos del pasado son clavados como otras tantas mariposas en un corcho, sino de los libros de los que se deriva la Historia. Hay más de veinte mil de ellos; cada uno mide tres metros de alto y está encuadernado en plomo, y las letras son tan pequeñas que tienen que ser leídas con lupa.

Cuando la gente dice «Está escrito...», está escrito aquí.

En realidad no hay tantas metáforas circulando por ahí como cree la gente.

Cada mes el abad y dos monjes van a la caverna en la que están depositados los libros. Antes eso era responsabilidad exclusiva del abad, pero se incluyó a otros dos monjes de confianza después del desafortunado caso del abad número 59, quien consiguió ganar un millón de dólares a base de pequeñas apuestas antes de que los otros monjes empezaran a sospechar.

Además, es peligroso entrar allí solo. La mera concentratividad de la Historia, rezumando silenciosamente para llover sobre el mundo, puede llegar a ser abrumadora. El tiempo es una droga. En cantidades excesivas, mata.

El abad número 493 entrelazó sus manos arrugadas y se dirigió a Lu—Tze, uno de sus monjes más veteranos. El aire puro y la vida tranquila del valle secreto hacían que todos los monjes fueran veteranos; además, cuando trabajas con el Tiempo cada día, siempre se te acaba pegando un poco.

—El lugar es Omnia —dijo el abad—, en la costa klatchiana.

—Me acuerdo —dijo Lu—Tze—. ¿No había allí un joven llamado Ossory?

—Las cosas deben ser... observadas cuidadosamente —dijo el abad —. Hay presiones. Libre albedrío, predestinación... el poder de los símbolos... el momento crucial... Bueno, ya sabes.

—No he estado en Omnia desde... oh, hará unos setecientos años —dijo Lu—Tze—. Un lugar muy seco. Y diría que no hay ni una tonelada de suelo bueno en todo el país.

—Bueno, tendrás que ir —dijo el abad.

—Me llevaré mis montañas —dijo Lu—Tze—. El clima les sentará bien.

Y también se llevó su escoba y su esterilla para dormir. Los monjes de la Historia no son muy aficionados a las posesiones. Han descubierto que la mayoría de las cosas acaban gastándose en un par de siglos.

Lu—Tze tardó cuatro años en llegar a Omnia. Por el camino tuvo que presenciar un par de batallas y un asesinato, ya que de otra manera no habrían sido más que acontecimientos casuales.

Era el Año de la Serpiente Nocional, o doscientos años después de la Declaración del Profeta Abismo.

Lo cual quería decir que la llegada del Octavo Profeta era inminente.

Eso era lo bueno de la Iglesia del Gran Dios Om. Tenía unos profetas muy puntuales. Podías poner en año tu calendario por ellos, siempre que dispusieras de uno lo bastante grande.

Y, como suele ocurrir en esos momentos en que se está esperando a un profeta, la Iglesia redoblaba sus habituales esfuerzos por ser santa. Era algo muy parecido al súbito ajetreo que tiene lugar dentro de cualquier gran organización cuando se espera la llegada de los auditores, pero aquí tendía a consistir en que se sospechara que ciertas personas se habían vuelto menos santas y se las ejecutara de cien ingeniosas maneras. Esto se considera un barómetro muy fiable del estado de la devoción individual en la mayoría de las religiones realmente populares. Entonces surge cierta tendencia a afirmar que las cosas están yendo cuesta abajo con una rapidez que no desentonaría en un campeonato nacional de tobogán, que la herejía debe ser extirpada de raíz, e incluso de brazo y pierna y ojo y lengua, y que ha llegado el momento de hacer borrón y cuenta nueva. Generalmente se considera que la sangre es el líquido que produce los mejores borrones.

Y ocurrió que en aquel entonces el Gran Dios Om habló a Brutha, el Elegido:

—¡Psst! —Brutha, que estaba en el huerto del Templo, se quedó inmóvil con la azada suspendida en el aire y miró alrededor.

—¿Es a mí? —preguntó.

La primavera menor acababa de empezar y hacía un día magnífico. Las ruedas de oraciones giraban alegremente, impulsadas por la brisa que bajaba de las montañas. Las abejas ganduleaban alrededor de los arbustos de las judías, aunque procuraban zumbar como locas para dar la impresión de que estaban trabajando duro. Un águila solitaria describía círculos en las alturas.

Brutha se encogió de hombros y volvió a concentrarse en los melones.

Y así fue como el Gran Dios Om volvió a hablar a Brutha, el Elegido:

—¡Psst! —Brutha titubeó. No cabía duda de que algo le había hablado desde el aire. Quizá fuera un demonio. El hermano Nhumrod, el maestro de los novicios, tenía mucho que decir sobre el tema de los demonios. ¿Pensamientos impuros y demonios? Todo el mundo sabía que una cosa llevaba a la otra. Brutha era incómodamente consciente de que probablemente ya iba siendo hora de que le tocara algún demonio.

En esos casos había que mostrar firmeza de ánimo y repetir los Nueve Aforismos Fundamentales.

Y una vez más el Gran Dios Om habló a Brutha, el Elegido:

—¿Estás sordo, muchacho? —La azada chocó contra el suelo recalentado. Brutha se volvió. Estaban las abejas, el águila y, al fondo del huerto, el viejo hermano Lu—Tze removiendo distraídamente el montón de estiércol con una horquilla. Las ruedas de oraciones giraban tranquilizadoramente a lo largo de los muros.

Brutha hizo el signo con que el profeta Ishkible había ahuyentado a los espíritus.

—Atrás, demonio —murmuró.

—Ya estoy detrás de ti.

Brutha se volvió una vez más, moviéndose muy despacio. El huerto seguía vacío.

Huyó.

Muchas historias comienzan mucho antes del principio, y la de Brutha tuvo sus orígenes miles de años antes de su nacimiento.

En el mundo hay billones de dioses. Hay más dioses que mosquitos en un pantano. La inmensa mayoría de ellos son demasiado pequeños para verlos y nunca llegan a ser adorados, al menos por nada más grande que las bacterias, las cuales nunca dicen sus oraciones y no son lo que se dice demasiado exigentes en cuestión de milagros. Son los dioses menores, los espíritus de los lugares donde se cruzan los caminos de dos hormigas, los dioses de los microclimas que hay entre las raíces de las hierbas. Y la mayor parte de ellos se quedan así.

Porque les falta fe.

Un puñado de ellos, no obstante, terminan subiendo de categoría. El cambio puede ser provocado por cualquier cosa. Un pastor busca a una oveja perdida, la encuentra entre los zarzales y dedica un par de minutos a levantar un montoncito de piedras en señal de agradecimiento general a cualquier espíritu que pueda haber por ahí. O un árbol de forma peculiar llega a ser asociado con una cura para la enfermedad. O alguien talla una espiral encima de una piedra solitaria. Porque lo que necesitan los dioses es que crean en ellos, y lo que quieren los humanos es dioses.

La cosa suele detenerse ahí. Pero a veces va más lejos. Más rocas son añadidas, más piedras son levantadas, un templo es edificado allí donde antes se alzaba el árbol. El dios se vuelve más fuerte y la fe de sus adoradores lo impulsa hacia arriba como mil toneladas de combustible para cohetes. Para unos cuantos, el cielo es el límite.

Y a veces ni siquiera eso.

El hermano Nhumrod estaba luchando con los pensamientos impuros en la intimidad de su severa celda cuando oyó la ferviente voz que procedía del dormitorio de los novicios.

El joven Brutha estaba prosternado delante de una estatua de Om en Su manifestación como rayo, temblando y balbuceando fragmentos de oraciones.

Había algo inquietante en ese muchacho, pensó Nhumrod. Era la forma en que te miraba cuando le hablabas, como si realmente te estuviera escuchando.

Nhumrod salió de su celda y empujó al joven prosternado con la punta del bastón.

—¡Levanta, muchacho! ¿Se puede saber qué estás haciendo en el dormitorio a estas horas del día? ¿Mmmm? —Brutha consiguió girar sobre sí mismo sin dejar de permanecer pegado al suelo y se aferró a los tobillos del sacerdote.

—¡Voz! ¡Una voz! ¡Me habló! —gimoteó.

Nhumrod suspiró. Ah. Ya estaban en terreno familiar. Las voces no tenían secretos para él. Las oía continuamente.

—Levanta, muchacho —dijo en un tono ligeramente más afable.

Brutha se levantó.

Era, y Nhumrod ya se había quejado de ello en otras ocasiones, demasiado mayor para ser un novicio como era debido. De hecho, era unos diez años demasiado mayor. Dadme un chaval de hasta siete años de edad, había dicho siempre Nhumrod.

Pero Brutha moriría siendo un novicio. Cuando hicieron las reglas, nunca se les había ocurrido pensar en la posibilidad de que algún día llegara a haber algo como Brutha.

Su roja cara de buen chico se alzó hacia el maestro de los novicios.

—Siéntate en tu cama, Brutha —dijo Nhumrod.

Brutha obedeció de inmediato. Brutha no conocía el significado de la palabra desobediencia. Esa sólo era una de entre las muchas palabras cuyo significado desconocía.

Nhumrod se sentó junto a él.

—Veamos, Brutha —dijo—, tú ya sabes lo que les ocurre a las personas que dicen cosas que no son ciertas, ¿verdad? —Brutha asintió, ruborizándose.

—Muy bien. Ahora háblame de esas voces.

Brutha estrujó el extremo de su túnica entre sus manos.

—Era más bien como una voz, maestro —dijo.

—... como una voz —dijo el hermano Nhumrod—. ¿Y qué dijo esa voz? ¿Mmmm?

Brutha titubeó. Ahora que pensaba en ello, la verdad era que la voz no había dicho gran cosa. Sólo había hablado. Y en cualquier caso resultaba bastante difícil hablar de ello con el hermano Nhumrod, quien tenía la costumbre de mirar fijamente los labios de quien le estaba hablando para repetir lo último que le decían prácticamente en el instante en que se lo decían. Además, el hermano Nhumrod siempre estaba tocando las cosas — paredes, muebles, gente— como si temiera que el universo desapareciera si no se mantenía lo más pegado posible a él. Y tenía tantos tics nerviosos que estos se veían obligados a hacer cola. El hermano Nhumrod era el vivo retrato de la normalidad para alguien que había sobrevivido a cincuenta años en la Ciudadela.

—Bueno... —comenzó Brutha.

El hermano Nhumrod alzó una flaca mano. Brutha pudo ver las venas azul pálido en ella.

—Y también estoy seguro de que ya sabes que existen dos clases de voces que son oídas por aquellos que dedican su vida a las cosas del espíritu —dijo el maestro de novicios. Una ceja empezó a estremecerse.

—Sí, maestro. El hermano Murduck nos habló de eso —dijo Brutha, mansamente.

—... habló de eso. Sí. A veces, cuando El en Su infinita sabiduría lo considera conveniente, el Dios habla a un elegido y entonces ese elegido se convierte en un gran profeta —dijo Nhumrod—. Estoy seguro de que tú nunca tendrías el atrevimiento de considerarte uno de ellos, ¿verdad? ¿Mmmm?

—No, maestro.

—... maestro. Pero hay otras voces —dijo el hermano Nhumrod, y ahora su voz había adquirido un ligero temblor—, voces insinuantes y seductoras y convincentes, ¿verdad? ¿Voces que siempre están esperando el momento de pillarnos con la guardia baja?

Brutha se relajó. Aquello ya le sonaba un poco más.

Todos los novicios conocían la existencia de aquella clase de voces. Con la diferencia de que normalmente hablaban de cosas que se entendían a la primera, como los placeres de la manipulación nocturna y la deseabilidad general de las chicas. Lo cual demostraba que en lo tocante a las voces no eran más que unos novicios. El hermano Nhumrod oía la clase de voces que, en comparación, eran un oratorio al completo. Algunos de los novicios más osados disfrutaban animando al hermano Nhumrod a que hablara del tema de las voces. Resultaba muy instructivo, decían. Especialmente cuando empezaban a aparecerle gotitas de saliva en las comisuras de los labios.

Brutha escuchó.

El hermano Nhumrod era maestro de novicios, pero no era el maestro de novicios. Sólo era maestro del grupo que incluía a Brutha. Había otros grupos. En la Ciudadela posiblemente hubiera alguien que supiese cuántos había en total. En algún lugar siempre había alguien cuyo trabajo consistía en saberlo todo.

La Ciudadela ocupaba todo el corazón de la ciudad de Kom, en las tierras situadas entre los desiertos de Klatch y las junglas y llanuras de Maravillolandia. Se extendía a lo largo de kilómetros, con sus templos, iglesias, escuelas, dormitorios, huertos y torres creciendo unas sobre y alrededor de otras de una forma que sugería lo que habría ocurrido si un millón de hormigas hubieran tratado de construirse un hormiguero individual al mismo tiempo.

Cuando salía el sol, sus reflejos sobre las puertas del Templo central resplandecían como las llamas de una hoguera. Las puertas eran de bronce y medían treinta metros de altura. Sobre ellas, en letras de oro ribeteadas de plomo, estaban escritos los Mandamientos. De momento había quinientos doce, y sin duda el próximo profeta añadiría los suyos.

El resplandor reflejado del sol se esparcía sobre las decenas de miles de firmes—en—la—fe que se afanaban debajo de él para mayor gloria del Gran Dios Om.

Probablemente nadie sabía cuántos eran. Ciertas cosas tienden a lo crítico por sí solas. Desde luego sólo había un cenobiarca, el Soy Superior. De eso no cabía duda. Y seis archisacerdotes. Y treinta soyes menores. Y centenares de obispos, diáconos, subdiáconos y sacerdotes. Y más novicios que ratas en un silo de trigo. Y artesanos, y criadores de toros, y torturadores, y vírgenes vestigiales...

Cualesquiera que fueran tus habilidades, siempre había un sitio para ti en la Ciudadela.

Y si tu habilidad consistía en hacer las preguntas equivocadas o perder las guerras justas, ese sitio podía ser los hornos de la pureza, o los pozos de justicia de la Quisición.

Un sitio para todos. Y todos en su sitio.

El sol batía el huerto del templo.

El Gran Dios Om intentaba mantenerse dentro de la sombra proyectada por un melón. Allí probablemente estaba a salvo, entre aquellos muros y con las torres de oración rodeándolo por todas partes, pero las precauciones nunca estaban de más. Había tenido suerte una vez, pero esperar volver a tenerla hubiese sido pedir demasiado.

Lo malo de ser un dios es que no tienes a nadie a quien rezar.

Om se arrastró decididamente hacia el anciano que estaba removiendo el estiércol con una pala hasta que, después de grandes esfuerzos físicos, pensó que ya se encontraba lo bastante cerca para ser oído.

Y de esta manera habló:

—¡Eh, tú! —No hubo respuesta, ni siquiera la más leve sugerencia de que algo hubiera sido oído.

Om perdió los estribos y convirtió a Lu—Tze en un miserable gusano atrapado en la más profunda letrina del infierno, y después se enfadó todavía más cuando vio que el anciano seguía manejando tranquilamente su pala.

—¡Que los diablos del infinito llenen de azufre tus pulmones! — gritó.

Eso no cambió mucho las cosas.

—Viejo y encima sordo —masculló el Gran Dios Om.

O quizá había alguien que sabía todo lo que se podía llegar a saber sobre la Ciudadela. Siempre hay alguien que recopila conocimientos, no porque le gusten sino de la misma manera en que una urraca colecciona cosas que brillan o una mosca frigánea colecciona guijarros y trocitos de rama. Y siempre hay alguien que tiene que hacer todas las cosas que es preciso hacer pero que otras personas prefieren no tener que hacer o, siquiera, admitir que existen.

La tercera cosa en que se fijaba la gente cuando veía a Vorbis era su estatura. Vorbis medía metro noventa, pero estaba más flaco que un palo, con lo que hacía pensar en una persona de proporciones normales modelada en arcilla por un niño a la que luego se hubiera aplanado con un rodillo.

La segunda cosa en que se fijaba la gente cuando veía a Vorbis eran sus ojos. Sus antepasados procedían de una de esas tribus del corazón del desierto que, a través de la evolución, habían desarrollado la peculiar característica de tener los ojos oscuros: no sólo oscuros en la pupila, sino casi negros en el globo ocular. Eso dificultaba muchísimo saber hacia dónde estaba mirando Vorbis. Era como si llevara puestas unas gafas de sol debajo de la piel. Pero lo primero en que se fijaban era su cráneo. El diácono Vorbis era calvo por designio propio.

Tan pronto como eran ordenados, la mayoría de los ministros de la Iglesia se dejaba crecer la barba y el cabello hasta tales extremos que podías perder una cabra entre ellos. Pero Vorbis se afeitaba. Vorbis relucía. Y la falta de pelo parecía contribuir a su poder. No amenazaba. Vorbis nunca amenazaba. Se limitaba a producir la sensación de que su espacio personal irradiaba hasta unos cuantos metros de su cuerpo, y de que quienquiera que se acercase a Vorbis se estaba entrometiendo en algo importante. Superiores cincuenta años más viejos que Vorbis sentían un súbito deseo de disculparse por haber interrumpido lo que fuera que estuviese pensando en aquellos momentos.

Era casi imposible saber en qué estaba pensando y nadie se lo preguntaba nunca. La razón más obvia para ello era que Vorbis estaba al frente de la Quisición, cuya labor consistía en hacer todas aquellas cosas que era preciso hacer y que otras personas preferían no tener que hacer.

A esa clase de personas no les preguntas en qué están pensando, porque podría ser que se volvieran muy lentamente y dijeran:

«En ti.» El cargo más alto que se podía llegar a alcanzar dentro de la Quisición era el de diácono, una regla instituida hacía centenares de años para evitar que aquella rama de la Iglesia llegara a volverse demasiado grande para sus botas[[2]](#footnote-2). Pero con una mente como la suya, decían todos, a esas alturas Vorbis ya habría podido ser archisacerdote.

Vorbis no perdía el tiempo con esa clase de trivialidades. El sabía muy bien cuál era su destino. ¿Acaso el mismísimo Dios no se lo había dicho?

—Bueno, estoy seguro de que ahora ya tendrás un poco más claras las cosas —dijo el hermano Nhumrod, dándole una palmadita en el hombro a Brutha.

Brutha tuvo la impresión de que se esperaba de él una réplica específica.

—Sí, maestro —dijo—. Estoy seguro de que así será.

—... será. Tienes el sagrado deber de resistirte a las voces en toda ocasión —dijo Nhumrod, todavía dándole palmaditas.

—Sí, maestro. Así lo haré. Especialmente si me dicen que haga cualquiera de las cosas de las que me habéis hablado.

—... hablado. Bien. Bien. Y si vuelves a oírlas, ¿qué harás? ¿Mmmm?

—Venir a decíroslo —respondió Brutha obedientemente.

—... decíroslo. Bien. Bien. Así me gusta oír —dijo Nhumrod—. Eso es lo que les digo a todos mis muchachos.

Recuerda que siempre estoy aquí para solucionar cualquier pequeño problema que se te pueda presentar.

—Sí, maestro. Y ahora, ¿vuelvo al huerto?

—... huerto. Me parece que sí. Me parece que sí. Y no más voces, ¿me oyes? —Nhumrod meneó el dedo de la mano que no estaba ocupada dando palmaditas. Una mejilla se frunció.

—Sí, maestro.

—¿Qué estabas haciendo en el huerto?

—Removía la tierra entre los melones, maestro —dijo Brutha.

—¿Melones? Ah. Melones —dijo Nhumrod lentamente—. Melones. Melones. Bueno, en cierta manera eso lo explica un poco, por supuesto.

Un párpado aleteó locamente.

No era sólo que el Gran Dios le hubiera hablado a Vorbis, dentro de los confines de su cabeza. Tarde o temprano, todo el mundo acababa hablándole a un exquisidor. Era una mera cuestión de aguante.

Últimamente Vorbis ya no solía bajar a ver trabajar a los exquisidores. Los exquisidores no tenían por qué hacerlo. Mandaba instrucciones, recibía informes. Pero circunstancias especiales merecían su atención especial.

Hay que aclarar que había muy poco de lo que reírse en el sótano de la Quisición, al menos no si tenías un sentido del humor mínimamente normal. No había alegres letreritos en los que dijera: No Es Necesario Ser Despiadadamente Sádico Para Trabajar Aquí, ¡¡Pero Ayuda!! Pero había cosas que podían sugerirle a un hombre con dos dedos de frente que el Creador de la humanidad tenía un sentido de la diversión realmente muy oblicuo, y despertar en su corazón una rabia capaz de asaltar las puertas del cielo.

Los tazones, por ejemplo. Dos veces al día, los exquisidores hacían un alto en el trabajo para tomar café. Sus tazones, que cada uno se había traído de casa, estaban agrupados alrededor de la cafetera encima del fogón del horno central que, de paso, también calentaba los hierros y cuchillos.

En los tazones había leyendas como Un Presente de la Gruta Sagrada de Ossory, o Al Papá Más Grande Del Mundo. La mayoría de ellos estaban desportillados, y no había dos tazones iguales.

Y también estaban las postales en las paredes. Era tradicional que, cuando un exquisidor se iba de vacaciones, mandara un grabado en madera toscamente coloreado del paisaje local con algún mensaje apropiadamente jovial y arriesgado al dorso. Y, clavada con chinchetas, también estaba la conmovedora carta del Exquisidor de Primera Clase Ishmale Papi Quoom, dando las gracias a los muchachos por haber recogido nada menos que setenta y ocho obols para su regalo de jubilación y el precioso ramo de flores para la señora Quoom, indicando que siempre recordaría sus días en el pozo número 3, y que vendría encantado a echarles una mano siempre que anduvieran un poco escasos de personal.

Y todo aquello significaba esto: que no hay prácticamente ningún exceso de la mente psicopática más enloquecida que no pueda ser reproducido, sin necesidad de esforzarse demasiado, por un cabeza de familia normal y decente que va a trabajar cada día y tiene un trabajo que hacer.

A Vorbis le encantaba saberlo. Un hombre que supiera eso sabía todo lo que necesitaba saber sobre las personas.

En aquel momento Vorbis estaba sentado junto al banco sobre el que yacía lo que, técnicamente hablando, todavía era el cuerpo tembloroso del hermano Sasho, anteriormente su secretario.

El diácono levantó la mirada hacia el exquisidor de servicio, el cual asintió. Vorbis se inclinó sobre el secretario encadenado.

—¿Cuáles eran sus nombres? —repitió.

—... no lo sé...

—Sé que les entregaste copias de mi correspondencia, Sasho. Son herejes traidores que pasarán la eternidad en los infiernos. ¿Te reunirás con ellos?

—... no sé ningún nombre...

—Yo confiaba en ti, Sasho. Me espiaste. Traicionaste a la Iglesia.

—... ningún nombre...

Vorbis suspiró. Y entonces vio que uno de los dedos de Sasho subía y bajaba por debajo del grillete.

Haciéndole señas.

—¿Si?

Vorbis se inclinó un poco más sobre el cuerpo.

Sasho abrió el ojo que le quedaba.

—... verdad...

—¿Sí?

—... La Tortuga Se Mueve...

Vorbis se irguió sin que su expresión hubiera cambiado. Su expresión rara vez cambiaba a menos que él así lo quisiera. El exquisidor lo miró con horror.

—Ya veo —dijo Vorbis. Se levantó y llamó al exquisidor con una inclinación de la cabeza —. ¿Cuánto tiempo lleva aquí abajo?

—Dos días, señor.

—¿Y puedes mantenerlo con vida durante...?

—Quizá dos días más, señor.

—Entonces hazlo. Hazlo —dijo Vorbis —. Después de todo, tenemos el deber de preservar la vida el mayor tiempo posible. ¿No es así?

—Eh... Sí, señor.

—Herejía y mentiras por todas partes —suspiró Vorbis —. Y ahora tendré que encontrar otro secretario. Qué fastidio.

Transcurridos veinte minutos, Brutha empezó a sentirse un poco más tranquilo. Las voces de sirena del mal sensual parecían haberse ido.

Siguió con los melones. Se sentía capaz de entenderlos. Los melones parecían mucho más comprensibles que la mayoría de las cosas.

—¡Eh, tú! —Brutha se irguió.

—No te oigo, oh súcubo repugnante —dijo.

—Pues claro que me oyes, muchacho. Bien, lo que quiero que hagas es...

—¡Me he tapado las orejas con los dedos!

—Allá tú. Si quieres parecer un jarrón, por mí adelante. Y ahora...

—¡Estoy canturreando una tonada! ¡Estoy canturreando una tonada!

El hermano Preptil, el maestro de música, había descrito la voz de Brutha diciendo que siempre le hacía pensar en un buitre disgustado por llegar demasiado tarde al burro muerto. El canto coral era obligatorio para los novicios, pero después de una considerable insistencia por parte del hermano Preptil, se había otorgado una dispensa especial para Brutha. La visión de su gran cara redonda contraída por el esfuerzo de complacer ya era bastante terrible, pero lo peor era tener que escuchar su voz, la cual era ciertamente potente y estaba llena de firme convicción, columpiándose de un lado a otro a través de la melodía sin llegar a darle nunca.

En vez de Canto, le pusieron Melones Extra.

Una bandada de cuervos se apresuró a alzar el vuelo desde las torres de oración.

Después de un coro completo de Y pisotea a los impíos con pezuñas de hierro al rojo vivo, Brutha se destapó los oídos y se arriesgó a echar un rápido vistazo.

Aparte de las protestas lejanas de los cuervos, todo estaba en silencio.

Funcionaba. Confía en el Dios, decían. Y él siempre lo había hecho. Hasta allí donde llegaba su memoria.

Brutha cogió su azada y, muy aliviado, se volvió nuevamente hacia los melones.

La hoja de la azada estaba a punto de chocar contra el suelo cuando Brutha vio a la tortuga.

Era pequeña y básicamente amarilla y cubierta de polvo. Su caparazón estaba bastante mellado. Tenía un solo ojo vidrioso, ya que el otro había sido víctima de uno de los millares de peligros que acechan a cualquier criatura de movimientos muy lentos que viva a tres centímetros del suelo.

Brutha miró alrededor. Los huertos ocupaban la parte central del complejo del Templo, y se hallaban rodeados por unos muros muy altos.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, pequeña criatura? —preguntó—. ¿Volando?

La tortuga lo contempló monópticamente. Brutha sintió una punzada de nostalgia. En las colinas arenosas de su hogar había habido muchas tortugas.

—Podría darte un poco de lechuga —dijo Brutha—. Pero no creo que las tortugas estén permitidas en los huertos. ¿No sois alimañas? La tortuga seguía mirándolo fijamente. Prácticamente nada puede mirar tan fijo como una tortuga.

Brutha se sintió obligado a hacer algo.

—Hay uvas —dijo —. Probablemente no sea pecado darte una. ¿Te apetecería una uva, pequeña tortuga?

—¿Y a ti te apetecería ser una abominación en el pozo más profundo del caos? —dijo la tortuga.

Los cuervos, que habían huido a los muros exteriores, volvieron a alzar el vuelo entre una vigorosa ejecución de El camino de los infieles es un nido de espinas.

Brutha abrió los ojos y volvió a sacarse los dedos de los oídos.

—Sigo aquí —dijo la tortuga.

Brutha titubeó. Estaba empezando a percatarse, muy lentamente, de que los demonios y los súcubos no se presentan luciendo la apariencia de una tortuguita vieja. Hacerlo no les hubiese servido de mucho. Incluso el hermano Nhumrod habría tenido que admitir que, en lo tocante a erotismo desbocado, se podían hacer cosas bastante mejores que una tortuga tuerta.

—No sabía que las tortugas pudieran hablar —dijo.

—No pueden —dijo la tortuga—. Lee mis labios.

Brutha se inclinó sobre ella.

—No tienes labios —dijo.

—No, ni cuerdas vocales propiamente dichas —convino la tortuga—. Lo estoy haciendo directamente dentro de tu cabeza, ¿entiendes?

—¡Cáspita!

—Lo entiendes, ¿verdad?

—No.

La tortuga puso el ojo en blanco.

—Hubiese tenido que saberlo. Bueno, da igual. No tengo por qué perder el tiempo con los jardineros. Ve y tráeme al mandamás. Venga, venga.

—¿El mandamás? —preguntó Brutha. Se llevó la mano a la boca—. ¿No te estarás refiriendo... al hermano Nhumrod?

—¿Quién es ese? —preguntó la tortuga.

—¡El maestro de los novicios!

—¡Oh, Yo! —exclamó la tortuga—. No —prosiguió, en una imitación cantarina de la voz de Brutha—. No me estaba refiriendo al maestro de los novicios. Me refiero al sumo sacerdote o como quiera que se haga llamar. Supongo que hay uno, ¿no?

Brutha asintió vagamente.

—El sumo sacerdote, ¿de acuerdo? —dijo la tortuga—. Sumo. Sacerdote. Sumo. Sacerdote.

Brutha volvió a asentir. Sabía que había un sumo sacerdote. El problema estribaba en que, si bien Brutha podía llegar a abarcar por los pelos la estructura jerárquica existente entre su persona y el hermano Nhumrod, era totalmente incapaz de tomar en consideración cualquier posible clase de relación entre Brutha el novicio y el cenobiarca. Brutha era teóricamente consciente de que existía tal cargo, así como toda una inmensa estructura canónica con el sumo sacerdote en la cima y Brutha muy firmemente situado en la base, pero la veía de la misma manera en que una ameba podría ver el tramo de cadena evolutiva que se interponía entre ella y, por ejemplo, un asesor fiscal. Todo el trayecto hasta la cumbre consistía en un eslabón perdido detrás de otro.

—No puedo ir a pedirle al... —Brutha titubeó. La mera idea de hablar con el cenobiarca era tan aterradora que bastó para hacerlo callar—. ¡No puedo pedir a nadie que vaya a pedir al gran cenobiarca que venga a hablar con una tortuga!

—¡Conviértete en una sanguijuela del barro y consúmete en los fuegos del castigo! —gritó la tortuga.

—No hay ninguna necesidad de maldecir —dijo Brutha.

La tortuga estaba tan furiosa que se puso a dar saltitos.

—¡Eso no era una maldición! ¡Era una orden! ¡Soy el Gran Dios Om!

Brutha parpadeó.

—No, no lo eres —dijo después —. Yo he visto al Gran Dios Om —sacudió una mano trazando la forma de los cuernos sagrados, conscientemente—, y no tiene forma de tortuga. Viene como un águila, o un león, o un gran toro. En el Gran Templo hay una estatua de Om. Mide siete cubitos de alto. Tiene bronce y de todo lo demás. Está pisoteando infieles. Cuando eres una tortuga no puedes pisotear infieles. Quiero decir que, bueno, lo único que podrías hacer sería mirarlos con cara de pocos amigos. La estatua tiene cuernos de oro de verdad. Donde yo vivía antes había una estatua de un cubito de altura en la aldea vecina, y también era un toro. Por eso sé que no eres el Gran Dios... (cuernos sagrados) Om.

La tortuga dejó de dar saltitos.

—¿Con cuántas tortugas parlantes te has encontrado en la vida? —preguntó sarcásticamente.

—No lo sé —dijo Brutha.

—¿Qué quieres decir con eso de que no lo sabes?

—Bueno, puede que todas las tortugas hablen —dijo Brutha juiciosamente, exhibiendo la clase de lógica extremadamente personal que le había hecho acreedor de Melones Extra—. Es sólo que a lo mejor no han dicho nada cuando yo andaba por allí.

—Soy el Gran Dios Om —dijo la tortuga con voz amenazadora e inevitablemente baja —, y dentro de poco serás un sacerdote muy infortunado. Ve a traerlo.

—Novicio —dijo Brutha.

—¿Qué?

—Novicio, no sacerdote. No me dejan...

—¡Tráelo!

—Pero es que no creo que el cenobiarca haya venido nunca a nuestro huerto de hortalizas —dijo Brutha—. De hecho, creo que ni siquiera sabe qué es un melón.

—Me da igual —dijo la tortuga—. Tráelo ahora mismo o la tierra temblará, la luna se pondrá roja como la sangre, fiebres y pústulas afligirán a la humanidad, y acontecerán diversas desgracias más. Hablo en serio —añadió.

—Veré qué puedo hacer —dijo Brutha, retrocediendo.

—¡Y te advierto que teniendo en cuenta las circunstancias, estoy siendo muy razonable! —gritó la tortuga mientras lo veía marchar.

» ¡Y no cantas nada mal, ojo! —añadió, como si acabara de ocurrírsele.

» ¡Los he oído peores! —mientras la no muy limpia túnica de Brutha desaparecía a través de la entrada. Me recuerda aquella ocasión en que la plaga se abatió sobre Pseudópolis —murmuró la tortuga mientras los pasos de Brutha se desvanecían en la lejanía—. Y menudo llanto y crujir de dientes hubo entonces, vaya que sí. —Suspiró —. Grandes días. ¡Grandes días! Muchos creen sentir la llamada del sacerdocio, pero en realidad lo que oyen es una voz interior que dice: «Es un trabajo a cubierto en el que nunca hay que levantar grandes pesos. ¿O es que quieres pasar toda tu vida detrás de un arado igual que tu padre?» Brutha, en cambio, no se limitaba a creer. El realmente Creía. Esa clase de cosa habitualmente resulta muy embarazosa cuando ocurre en una familia temerosa del Dios, pero Brutha sólo tenía a su abuela, y ella también Creía. La abuela de Brutha creía de la misma manera en que el hierro cree en el metal. Era la clase de mujer que todo sacerdote teme en una congregación, la que se sabe de memoria todos los cantos y todos los sermones. En la Iglesia omniana las mujeres eran admitidas en el templo de muy mala gana, y tenían que permanecer en un silencio absoluto y bien tapadas dentro de su propia sección detrás del pulpito, porque así se evitaba que la visión de una mitad de la raza humana hiciera que los miembros varones de la congregación oyesen voces muy parecidas a las que acosaban al hermano Nhumrod tanto cuando dormía como cuando estaba despierto. El problema estribaba en que la abuela de Brutha tenía la clase de personalidad que puede proyectarse a sí misma a través de una plancha de plomo, y además la combinaba con una hosca devoción dotada de la solidez de una broca de diamante.

Si la abuela de Brutha hubiera nacido hombre, el omnianismo habría encontrado a su octavo profeta bastante más pronto de lo esperado. Tal como estaban las cosas, la abuela de Brutha organizaba con una terrible eficiencia la limpieza del templo, el sacar brillo a las estatuas y la lapidación de las sospechosas de adulterio.

Así fue como Brutha creció en posesión del más firme y absoluto conocimiento de todo lo referente al Gran Dios Om. Brutha creció sabiendo que los ojos de Om no se apartaban de él en ningún momento, especialmente en lugares como el excusado, y que estaba rodeado de demonios al acecho a los que sólo mantenían a raya la robustez de su fe y el peso del bastón de la abuela, que se guardaba detrás de la puerta en aquellas raras ocasiones en las que no estaba siendo utilizado. Brutha podía recitar hasta el último versículo de los siete Libros de los Profetas, y hasta el último Precepto. Conocía todas las Leyes y Canciones. Especialmente las Leyes.

Los omnianos eran un pueblo temeroso del Dios.

Tenían mucho que temer.

La habitación de Vorbis estaba ubicada en la Ciudadela superior, lo cual era realmente inusitado para un simple diácono. Él no lo había pedido. Vorbis rara vez tenía que pedir nada. El destino tiene su propia manera de marcar a los suyos.

También era visitado por algunos de los hombres más poderosos de la jerarquía de la Iglesia.

Nunca por los seis archisacerdotes o por el cenobiarca en persona, naturalmente. Ellos no eran tan importantes, porque después de todo sólo estaban en la cima. A la gente que de verdad dirige las organizaciones normalmente se la encuentra varios niveles más abajo, allí donde todavía es posible conseguir que se hagan las cosas.

A las personas les gustaba hacerse amigas de Vorbis, principalmente debido al ya mencionado campo mental que les sugería, de la más sutil de las maneras, que no querían ser enemigas suyas.

Dos de ellas estaban sentadas con él en aquel momento. Eran el general Soy Fri'it, quien pese a lo que pudieran sugerir los registros oficiales era el hombre que controlaba a la mayor parte de la Legión Divina, y el obispo Drunah, secretario del Congreso de Soyes. Quienes pensaran que eso no confería demasiado poder, nunca habían sido secretarios de minutas en una reunión de ancianos ligeramente sordos.

De hecho ninguno de los dos hombres se encontraba allí. No estaban hablando con Vorbis. Era una de esas reuniones. Muchísimas personas nunca hablaban con Vorbis, y hacían todo lo posible para no tener que reunirse con él. Algunos abates de los monasterios más lejanos habían sido convocados recientemente a la Ciudadela, viajando en secreto hasta una semana entera a través de terreno tortuoso, sólo para estar absolutamente seguros de que no formarían parte de las figuras entrevistas que visitaban la habitación de Vorbis. Durante los últimos meses, al parecer Vorbis había tenido tantos visitantes como el Hombre de la Máscara de Hierro.

Tampoco estaban hablando. Pero si hubieran estado allí, y si hubieran estado manteniendo una conversación, esta habría discurrido de la siguiente manera:

—Y ahora —dijo Vorbis—, la cuestión de Efebia.

El obispo Drunah se encogió de hombros[[3]](#footnote-3).

—El asunto carece de importancia, dicen. Los efebios no suponen ninguna amenaza.

Los dos hombres miraron a Vorbis, un hombre que nunca levantaba la voz. Siempre costaba mucho saber qué estaba pensando Vorbis, y en bastantes ocasiones seguía siendo difícil saberlo incluso después de que te lo hubiera dicho.

—¿De veras? ¿A esto hemos llegado? —dijo —. ¿Los efebios no suponen ninguna amenaza? ¿Después de lo que le hicieron al pobre hermano Murduck? ¿Después de los insultos a Om? Esto no puede ser pasado por alto.

¿Qué se ha propuesto hacer?

—No más guerras —dijo Fri'it—. Luchan como posesos. No. Ya hemos perdido demasiados hombres.

—Tienen dioses poderosos —dijo Drunah.

—Tienen mejores arcos —dijo Fri'it.

—No hay más Dios que Om —dijo Vorbis —. Aquello a lo que los efebianos creen rendir culto sólo es un tropel de demonios y genios del desierto. Suponiendo que a eso le pueda llamar culto, claro está. ¿Habéis visto esto? —Empujó hacia ellos un rollo de papel.

—¿Qué es? —preguntó Fri'it cautelosamente.

—Una mentira. Una historia que no existe y nunca existió... El... Las cosas... —Vorbis titubeó, tratando de recordar una palabra que había caído en desuso hacía ya mucho tiempo—. Como las... historias que se cuentan a los niños cuando son demasiado pequeños... Palabras para que la gente diga... El...

—Oh. Una obra de teatro —dijo Fri'it. La mirada de Vorbis lo clavó a la pared.

—¿Sabes de estas cosas?

—Yo... Cuando fui a Klatch, en una ocasión... —balbuceó Fri'it. Y se recuperó con un visible esfuerzo. Había mandado a cien mil hombres en combate. No se merecía aquello. Descubrió que no se atrevía a mirar la expresión de Vorbis —. Bailan danzas — dijo con voz átona—. En sus días sagrados. Las mujeres llevan campanillas en sus... Y cantan canciones. Sobre los primeros días del mundo, cuando los dioses... —Se calló —. Era repugnante —dijo. Chascó los nudillos, un hábito suyo siempre que estaba nervioso.

—En esta obra salen sus dioses —dijo Vorbis —. Hombres con máscaras. ¿Podéis creerlo? Tienen un dios del vino. ¡Un viejo borracho! ¡Y la gente dice que Efebia no representa ninguna amenaza! Y esta...

Tiró otro rollo de papel, este más grueso, encima de la mesa.

—Esta es mucho peor. Pues si bien rinden culto a falsos dioses equivocadamente, su error radica en su elección de los dioses, no en el culto que les rinden. Pero esta...

Drunah la examinó cautelosamente.

—Creo que hay otras copias, incluso en la Ciudadela —dijo Vorbis —. Esta pertenecía a Sasho. Y creo que fuiste tú quien lo recomendó para que entrara a mi servicio, Fri'it.

—Siempre me pareció un joven muy inteligente y despierto —dijo el general.

—Pero desleal —dijo Vorbis —, y ahora está recibiendo su justa recompensa. Lo único que hay que lamentar es que no se le haya podido inducir a darnos los nombres de sus compañeros de herejía.

Fri'it trató de no dejarse arrastrar por la súbita oleada de alivio. Sus ojos se encontraron con los de Vorbis.

Drunah rompió el silencio.

— De Chelonian Mobile —leyó en voz alta—. «La Tortuga Se Mueve.» ¿Qué significa?

—Bastaría con decíroslo para que vuestras almas corrieran peligro de pasar mil años en el infierno —dijo Vorbis. Sus ojos no se habían apartado de Fri'it, que ahora estaba contemplando fijamente la pared.

—Me parece que es un riesgo que podríamos asumir —dijo Drunah.

Vorbis se encogió de hombros.

—El escritor afirma que el mundo... viaja a través del vacío encima del lomo de cuatro enormes elefantes —dijo.

Drunah se quedó boquiabierto.

—¿Encima de sus lomos? —preguntó.

—Eso afirma —dijo Vorbis sin dejar de mirar a Fri'it.

—¿Y qué sostiene a los elefantes?

—El escritor dice que están de pie encima del caparazón de una enorme tortuga —dijo Vorbis. Drunah sonrió nerviosamente.

—¿Y qué sostiene a la tortuga? —preguntó.

—No le veo sentido alguno a especular acerca de qué la sostiene —replicó secamente Vorbis—, ¡dado que no existe!

—Claro, claro —se apresuró a decir Drunah—. Pura curiosidad, nada más.

—La curiosidad casi siempre es perniciosa —dijo Vorbis —. Hace que la mente se adentre por caminos especulativos. Pero el hombre que ha escrito esto anda libremente por Efebia, ahora.

Drunah miró el papel.

—Aquí dice que subió a un barco que puso rumbo hacia una isla en el límite y que miró por el borde y...

—Mentiras —dijo Vorbis sin inmutarse —. Y aunque no lo fuesen daría igual. La verdad está dentro, no fuera.

En las palabras del Gran Dios Om, tal como fueron transmitidas por sus profetas elegidos. Nuestros ojos pueden engañarnos, pero nuestro Dios nunca nos engañará.

—Pero...

Vorbis miró a Fri'it. El general estaba sudando.

—¿Sí? —dijo.

—Bueno... Efebia es un lugar en el que unos locos tienen ideas de lo más locas. Todo el mundo lo sabe. Quizá sería más sensato dejar que se cocieran en su propia locura, ¿no?

Vorbis meneó la cabeza.

—Por desgracia, las ideas descabelladas e inestables muestran una preocupante tendencia a circular y echar raíces.

Fri'it tuvo que admitir que eso era verdad. Sabía por propia experiencia que las ideas sensatas y obvias, como la inefable sabiduría y el infalible buen juicio del Gran Dios Om, parecían tan incomprensiblemente oscuras a los ojos de muchas personas que tenías que matarlas para que entendieran cuán equivocadas habían estado, mientras que ciertas personas encontraban tan atractivas las nociones peligrosas, insensatas y nebulosas que —Fri'it se frotó pensativamente una cicatriz— dichas personas se escondían en lo alto de las montañas y te tiraban rocas hasta que las obligabas a bajar mediante el hambre. Preferían morir a ser sensatas. Fri'it llevaba muchos años siendo sensato. Se había dado cuenta de que lo sensato era no morir.

—¿Qué proponéis? —dijo.

—El Consejo quiere parlamentar con Efebia —dijo Drunah—. Ya sabéis que he de organizar una delegación para que parta mañana.

—¿Cuántos soldados? —preguntó Vorbis.

—Sólo un guardaespaldas. Después de todo, nos han asegurado que respetarán el salvoconducto —dijo Fri'it.

—«Nos han asegurado que respetarán el salvoconducto» —dijo Vorbis. Sonó como una larguísima maldición—. ¿Y una vez dentro...? Fri'it quería decir: He hablado con el comandante de la guarnición efebiana, y me parece que es un hombre de honor, aunque naturalmente en realidad es un despreciable infiel y un vil gusano. Pero aquello no era la clase de cosa que le pareciese prudente decir a Vorbis, así que la sustituyó por otra.

—Nos mantendremos en guardia —dijo.

—¿Podemos sorprenderlos? Fri'it titubeó.

—¿Nosotros? —dijo.

—Yo encabezaré la delegación —propuso Vorbis. Hubo un brevísimo intercambio de miradas entre él y el secretario —. Me... me gustaría alejarme de la Ciudadela durante un tiempo. Un cambio de aires. Además, no deberíamos permitir que los efebianos piensen que merecen la atención de un miembro superior de la Iglesia.

Sólo estaba pensando en las posibilidades, en el caso de que se nos provocara...

El nervioso chasquido de los nudillos de Fri'it fue como el trallazo de un látigo.

—Les hemos dado nuestra palabra...

—No puede haber tregua con los infieles —dijo Vorbis.

—Pero hay ciertas consideraciones prácticas —dijo Fri'it con el tono más seco que se atrevió a emplear—. El palacio de Efebia es un auténtico laberinto. Lo sé. Hay trampas. Nadie puede entrar allí sin un guía.

—¿Cómo entra el guía? —preguntó Vorbis.

—Supongo que se guía a sí mismo —dijo el general.

—Sé por propia experiencia que siempre hay otra manera —dijo Vorbis—. En todas las cosas siempre hay otro camino. Que el Dios nos mostrará a Su debido tiempo, de eso podemos estar seguros.

—Todo sería más fácil si hubiera una falta de estabilidad en Efebia, desde luego —dijo Drunah—. No cabe duda de que alberga ciertos... elementos.

—Y sería la puerta que nos abriría la totalidad de la costa del Derecho —dijo Vorbis.

—Bueno...

—El Djel, y después Tsort —repuso Vorbis.

Drunah trató de no ver la expresión de Fri'it.

—Es nuestro deber —dijo Vorbis —. Nuestro sagrado deber. No debemos olvidar al pobre hermano Murduck.

Iba desarmado y estaba solo.

Las enormes sandalias de Brutha chapaleaban a lo largo del corredor enlosado hacia la austera celda del hermano Nhumrod.

El novicio estaba tratando de componer mensajes dentro de su cabeza. Maestro, hay una tortuga que dice...

Maestro, esta tortuga quiere... Maestro, a que no lo adivina, me he encontrado con una tortuga entre los melones y me he enterado de que...

Brutha nunca se había atrevido a pensar en sí mismo como un profeta, pero tenía una idea bastante clara de cómo terminaría cualquier entrevista que empezara de aquella manera.

Muchas personas daban por sentado que Brutha era idiota. Lo cierto era que parecía uno, desde su rostro redondo y franco hasta sus pies tirando a planos y sus gruesos tobillos. También tenía el hábito de mover los labios mientras pensaba profundamente, como si estuviera ensayando cada frase. Y eso se debía a que era precisamente aquello lo que estaba haciendo. El pensar no era algo que le saliera con facilidad. La mayoría de las personas piensan automáticamente, con el pensamiento danzando a través de su cerebro como la electricidad estática a través de una nube. Al menos, así se lo parecía a Brutha. En cambio él tenía que ir construyendo los pensamientos trocito a trocito, como si estuviera levantando una pared. Una corta vida de que se rieran de él por tener un cuerpo como un barril y pies que daban la impresión de estar a punto de salir corriendo en direcciones opuestas había desarrollado en Brutha la tendencia a pensarse muchísimo todo lo que decía.

El hermano Nhumrod estaba prosternado en el suelo delante de una estatua de Om Pisoteando a los Infieles y tenía los dedos metidos en los oídos. Las voces estaban volviendo a hacerle pasar un mal rato.

Brutha tosió. Y volvió a toser.

El hermano Nhumrod levantó la cabeza.

—¿Hermano Nhumrod? —dijo Brutha.

—¿Qué?

—Eh... ¿Hermano Nhumrod?

El hermano Nhumrod se destapó los oídos.

—¿Sí? —dijo con voz malhumorada.

—Ejem. Hay algo que deberíais ver. En él. En el huerto. ¿Hermano Nhumrod?

El maestro de novicios se incorporó. El rostro de Brutha era una reluciente imagen de la preocupación.

—¿Qué quieres decir?

—En el huerto. Es difícil de explicar. Ejem. He descubierto... de dónde venían las voces, hermano Nhumrod.

Y dijisteis que me asegurara y viniera a contároslo.

El anciano sacerdote miró fijamente a Brutha. Pero si alguna vez hubo una persona incapaz de ser taimada de o cualquier clase de sutileza, esa era Brutha.

El miedo es una tierra extraña. Básicamente produce obediencia igual que el trigo, que crece en hileras y de esa manera facilita arrancar las malas hierbas. Pero a veces produce las patatas del desafío, las cuales florecen en el subsuelo.

La Ciudadela tenía montones de subsuelo. Estaban los pozos y túneles de la Quisición. Había sótanos y alcantarillas, salas olvidadas, callejones sin salida, espacios detrás de antiguos muros, e incluso cavernas naturales en la misma roca.

Esta era una de ellas. El humo del fuego que ardía en su centro se abría camino por una grieta en el techo y, finalmente, terminaba llegando al laberinto de incontables chimeneas y conductos de iluminación de arriba.

Había una docena de figuras entre las sombras temblorosas. Llevaban capuchas de tela basta sobre ropas que no llamaban la atención, toscas prendas hechas de harapos que podrían ser quemadas fácilmente después de la reunión para que los dedos errantes de la Quisición no encontraran nada incriminatorio. Algo en la manera de moverse de la mayoría de aquellas figuras sugería hombres que estaban acostumbrados a ir armados. Aquí y allá, había pistas. Una postura. El tono en que era pronunciada una palabra.

En una pared de la caverna había un dibujo. Era vagamente ovalado, con tres pequeñas extensiones en la parte de arriba —la del medio un poquito más grande que las otras dos— y tres abajo, la del medio ligeramente más larga y puntiaguda. Una tortuga dibujada por un niño.

—Por supuesto que irá a Efebia —dijo una máscara—. No se atreverá a no ir. Tendrá que detener el río de la verdad, en su fuente.

—Entonces debemos aprovechar su viaje para sacar toda el agua que podamos —dijo otra máscara.

—¡Debemos matar a Vorbis!

—No en Efebia. Cuando eso ocurra, debe ocurrir aquí. Para que de esa manera la gente se entere. Cuando seamos lo bastante fuertes.

—¿Seremos bastante fuertes alguna vez? —preguntó una máscara. Su propietario se lamió los nudillos nerviosamente.

—Hasta los campesinos saben que algo va mal. No puedes detener el progreso de la verdad. ¿Quieres contener el río de la verdad mediante una presa? Entonces la presa se llena de filtraciones. ¡Ja! Vorbis dijo que le habían dado muerte en Efebia.

—Uno de nosotros debe ir a Efebia y salvar al Maestro. Si es que realmente existe.

—Existe. Su nombre está en el libro.

—Didáctilos. Un nombre extraño. Significa Dos—Dedos, sabéis.

—En Efebia deben de cubrirlo de honores.

—Traedlo aquí, a ser posible. Y el Libro.

Una de las máscaras parecía no estar muy segura. Sus nudillos volvieron a crujir.

—Pero ¿realmente creéis que la gente se agrupará... detrás de un libro? La gente necesita algo más que un libro.

Son campesinos. No saben leer.

—¡Pero pueden escuchar!

—Aun así... Necesitan verlo... Necesitan un símbolo.

—¡Tenemos uno!

Cada figura enmascarada se volvió instintivamente hacia el dibujo en la pared, apenas visible a la luz de las llamas pero grabado en sus mentes. Estaban contemplando la verdad, que a menudo puede impresionar.

—¡La Tortuga Se Mueve!

—¡La Tortuga Se Mueve!

—¡La Tortuga Se Mueve! —El líder asintió.

—Y ahora —dijo—, lo echaremos a suertes...

El Gran Dios Om hervía de ira, o al menos lo intentaba con todas sus fuerzas. Hay un límite a la cantidad de hervor iracundo que se puede llegar a producir a tres centímetros por encima del suelo, pero Om estaba decidido a rebasarlo.

Maldijo silenciosamente a un escarabajo, lo que es como echar agua dentro de un estanque. En todo caso, nada pareció cambiar. El escarabajo se fue.

Maldijo a un melón hasta la octava generación, pero no ocurrió nada. Probó con una plaga de pústulas. El melón siguió inmóvil, madurando ligeramente.

Sólo porque estaba teniendo un pequeño problema pasajero, el mundo entero creía poder aprovecharse de él.

Bueno, pues cuando Om hubiera recobrado su legítima forma y poder, se dijo, entonces Se Tomarían Medidas.

Las tribus de los Escarabajos y los Melones desearían que nunca se las hubiera creado. Y algo realmente horrible les ocurriría a todas las águilas. Y... y habría un sagrado mandamiento concerniente a la plantación de más lechugas...

Cuando el muchachote volvió con el hombre de piel cerúlea, el Gran Dios Om no estaba para bromas. Desde el punto de vista de una tortuga, además, incluso el humano más hermoso sólo es un par de pies, una distante cabeza puntiaguda y, perdido en algún lugar por allí arriba, el extremo menos atractivo de un par de fosas nasales.

—¿Qué es esto? —gruñó Om.

—Es el hermano Nhumrod —dijo Brutha—. El maestro de novicios. Es muy importante.

—¡No te he dicho que me trajeras a un viejo pederasta gordinflón! — gritó la voz dentro de su cabeza —. ¡Tus ojos serán ensartados en haces de fuego por esto!

Brutha se arrodilló en el suelo.

—No puedo ir a ver al Sumo Sacerdote —dijo lo más pacientemente posible —. Los novicios ni siquiera pueden entrar en el Gran Templo salvo en ocasiones especiales. Si me pillaran, la Quisición me enseñaría En Qué Había Errado. Es la Ley.

—¡Idiota! —gritó la tortuga.

Nhumrod decidió que había llegado el momento de hablar.

—Novicio Brutha —dijo —, ¿por qué le estás hablando a una pequeña tortuga?

—Pues porque... —Brutha se interrumpió —. Porque ella me está hablando... ¿no? —El hermano Nhumrod contempló la cabecita tuerta que asomaba del caparazón.

Nhumrod era básicamente un buen hombre. A veces los demonios y los diablos introducían pensamientos turbadores en su cabeza, pero Nhumrod se aseguraba de que no salieran de allí y no merecía en ningún sentido literal del término ser llamado lo que le había llamado la tortuga y que, de hecho y si lo hubiera oído, habría pensado que era algo relacionado con los pies. Y Nhumrod sabía que era posible oír voces atribuidas a demonios y, en ocasiones, a dioses. Las tortugas eran nuevas. Las tortugas hacían que se sintiera un poco preocupado por Brutha, al que siempre había considerado como una montaña de carne bonachona que hacía, sin ninguna clase de queja, absolutamente todo lo que se le pidiera que hiciese. Por supuesto que muchos novicios se ofrecían voluntarios para limpiar las letrinas y las jaulas de los toros, impulsados por la extraña convicción de que la santidad y la devoción tenían algo que ver con el hecho de que los excrementos te llegaran hasta las rodillas.

Brutha nunca se ofrecía voluntario para nada, pero si se le decía que hiciese algo entonces lo hacía, no impulsado por cualquier deseo de impresionar, sino simplemente porque se le había dicho que lo hiciera. Y ahora estaba hablando con tortugas.

—Me parece que debo decirte que no está hablando, Brutha —dijo el hermano Nhumrod.

—¿No podéis oírla?

—No puedo oírla, Brutha.

—Me dijo que era... —Brutha titubeó —. Me dijo que era el Gran Dios Om.

Después se encogió sobre sí mismo. En ese momento su abuela ya le habría atizado con algún objeto pesado.

—Ah. Bueno, Brutha, verás... —dijo el hermano Nhumrod, estremeciéndose levemente—, esta clase de cosa no es desconocida entre los jóvenes que han sido Llamados a la Iglesia recientemente. Me atrevería a decir que cuando sentiste la Llamada oíste la voz del Gran Dios, ¿verdad? ¿Mmmm?

Usar metáforas con Brutha era perder el tiempo. Recordaba haber oído la voz de su abuela. Más que Llamado, Brutha había sido Enviado. Pero asintió de todas maneras.

—Y en tu... entusiasmo, es muy natural que pensaras que oías al Gran Dios hablándote —prosiguió Nhumrod.

La tortuga había empezado a dar saltitos.

—¡Te fulminaré con una lluvia de rayos! —gritó.

—He descubierto que la clave está en el ejercicio sano —dijo Nhumrod —. Y abundante agua fría.

—¡Te retorcerás sobre los pinchos de la condenación!

Nhumrod se inclinó, cogió a la tortuga y la sostuvo cabeza abajo. Las patas de la tortuga se agitaron furibundamente.

—¿Cómo ha llegado aquí, mmmm?

—No lo sé, hermano Nhumrod —respondió Brutha obedientemente.

—¡Tu mano se marchitará y se te caerá! —gritó la voz dentro de su cabeza.

—Las tortugas son unos bichos muy sabrosos, sabes —dijo el maestro de novicios. Vio la expresión en el rostro de Brutha —. Míralo de esta manera —prosiguió —. ¿Se manifestaría a Sí Mismo el Gran Dios Om —cuernos sagrados— en una criatura tan humilde como esta? Un toro, sí, por supuesto, un águila, ciertamente, y me parece que en una ocasión un cisne... Pero ¿una tortuga?

—¡A tus órganos sexuales les saldrán alas y se irán volando!

—Después de todo —siguió diciendo Nhumrod, ignorante del coro secreto que aullaba en la cabeza de Brutha —, ¿qué clase de milagros podría hacer una tortuga? ¿Mmmm?

—¡Mandíbulas de gigantes aplastarán tus tobillos!

—¿Convertir lechuga en oro, quizá? —dijo el hermano Nhumrod, en los tonos joviales de quienes han sido bendecidos con la más absoluta ausencia de todo sentido del humor—. ¿Aplastar hormigas con sus patas? Jajaja.

—Jajá —dijo Brutha obedientemente.

—Me la llevaré a la cocina para que no te estorbe —dijo el maestro de novicios —. Las tortugas hacen una sopa excelente. Y así ya no oirás más voces, puedes estar seguro. El fuego cura todas las Locuras, ¿sí?

—¿Sopa? — Eh... —dijo Brutha.

—¡Tus intestinos serán enrollados alrededor de un árbol hasta que lo lamentes!

Nhumrod recorrió el huerto con la mirada. Parecía estar repleto de melones, pepinos y calabazas. Se estremeció.

—Montones de agua fría, eso es lo principal —dijo —. Montones y más montones. —Volvió a centrar su atención en Brutha—. ¿Mmmm? Y se fue en dirección a las cocinas.

El Gran Dios Om estaba panza arriba dentro de una cesta en una de las cocinas, medio enterrado debajo de un manojo de hierbas y unas cuantas zanahorias.

Una tortuga que haya quedado panza arriba intentará enderezarse, en primer lugar, estirando el cuello al máximo y tratando de utilizarlo como palanca. Si eso no da resultado, entonces agitará frenéticamente las patas para ver si el movimiento la desplaza hasta enderezarla.

Una tortuga panza arriba es la novena cosa más patética de todo el multiuniverso.

Una tortuga panza arriba que además sabe qué va a ocurrirle a continuación es... Bueno, como mínimo esa tortuga ocupa el puesto número cuatro en la lista de cosas más patéticas del multiuniverso.

La forma más rápida de matar a una tortuga para el puchero es sumergirla en agua hirviendo.

La Ciudadela estaba llena de cocinas, almacenes y talleres de artesanos pertenecientes a la población civil de la Iglesia[[4]](#footnote-4). Aquella cocina sólo era uno más entre muchos sitios parecidos, un sótano con el techo ennegrecido por el humo cuyo punto focal era el arco de un hogar. Las llamas rugían cañón arriba. Los perros que hacían girar los espetones trotaban dentro de sus ruedas. Los trinchantes subían y bajaban sobre las tablas de madera.

A un lado del enorme hogar, entre otros varios calderos ennegrecidos, el agua de un pequeño puchero ya empezaba a burbujear.

—¡Los gusanos de la venganza se comerán tus fosas nasales ennegrecidas! —gritó Om, sacudiendo violentamente las patas. La cesta se bamboleó.

Una mano peluda entró en la cesta y cogió las hierbas.

—¡Los halcones picotearán tu hígado! Una mano volvió a entrar en la cesta y cogió las zanahorias.

—¡Padecerás mil heridas!

Una mano entró en la cesta y cogió al Gran Dios Om.

—¡Los hongos caníbales de...!

—¡Calla! —siseó Brutha, metiéndose la tortuga debajo de la túnica.

Fue hacia la puerta, pasando desapercibido entre el caos culinario general.

Uno de los cocineros lo miró y arqueó una ceja.

—He de llevármela —farfulló Brutha, sacando la tortuga y sacudiéndola a modo de aclaración —. Ordenes del diácono.

El cocinero frunció el ceño y después se encogió de hombros. Los novicios estaban considerados por todo el mundo como la forma de vida más vil, pero las órdenes de la jerarquía debían ser obedecidas sin hacer preguntas, a menos que el que preguntaba quisiera tener que enfrentarse a preguntas mucho más importantes, como la de si es posible o no ir al cielo después de haber sido asado vivo.

Cuando estuvieron en el patio, Brutha se apoyó contra la pared y respiró hondo.

—¡Tus globos oculares se...! —comenzó a gritar la tortuga.

—Una palabra más y vuelves a la cesta —dijo Brutha.

La tortuga calló.

—Tal como están las cosas, seguro que me meteré en un buen lío por haber faltado a Religión Comparativa con el hermano Roncha —dijo Brutha—. Pero el Gran Dios ha tenido a bien hacerlo miope y probablemente el pobre hombre ni se enterará de que no estoy allí, sólo que si se da cuenta entonces tendré que decir lo que he hecho porque decirle mentiras a un hermano es un pecado, y el Gran Dios me mandará al infierno por un millón de años.

—Creo que en este caso podría mostrarme misericordioso — dijo la tortuga —. No te caerían más de mil años, y eso como máximo.

—Mi abuela me dijo que cuando muriese iría al infierno de todas maneras —dijo Brutha, sin hacerle caso —. Estar vivo es pecaminoso. Y es lógico, porque cuando estás vivo tienes que pecar cada día.

Miró a la tortuga.

—Sé que no eres el Gran Dios Om (cuernos sagrados), porque si yo tocara al Gran Dios Om (cuernos sagrados) las llamas consumirían mis manos. El Gran Dios nunca se convertiría en una tortuga, como dijo el hermano Nhumrod. Pero en el Libro del Profeta Cena se dice que cuando Cena estaba vagando por el desierto los espíritus del suelo y el aire le hablaron, así que me he preguntado si no serás uno de esos espíritus.

La tortuga lo miró con su único ojo sin decir nada. Luego habló.

—¿Un tipo alto? ¿Con mucha barba y ojos que le bailaban en las órbitas?

—¿Qué? —dijo Brutha.

—Me parece que me acuerdo de él —dijo la tortuga—. Los ojos se le movían cuando hablaba. Y siempre estaba hablando. Consigo mismo. Se daba mucho de narices con las rocas.

—Vagó por el desierto durante tres meses —dijo Brutha.

—Ah, entonces eso lo explica —dijo la tortuga —. Allí no hay mucho que comer aparte de hongos.

—Quizá seas un demonio —dijo Brutha—. El Septateuco nos prohíbe conversar con los demonios. Mas al resistirnos a ellos, dice el profeta Fruni, nuestra fe puede volverse más fuerte y...

—¡Mil abscesos abrasarán tus dientes!

—¿Cómo dices?

—¡Juro por mí que soy el Gran Dios Om, el más grande de todos los dioses!

Brutha golpeó suavemente el caparazón de la tortuga con los nudillos.

—Deja que te enseñe algo, demonio.

Si escuchaba con atención, podía sentir cómo crecía su fe.

Aquella no era la gran estatua de Om, pero era la que quedaba más cerca. Estaba ubicada en el nivel del pozo reservado para los prisioneros y los herejes. Y estaba hecha de planchas de hierro unidas mediante remaches.

Los pozos estaban desiertos salvo por un par de novicios que empujaban una carreta en la lejanía.

—Es un gran toro —dijo la tortuga.

—¡Es la imagen del Gran Dios Om en una de sus encarnaciones mundanas! —dijo Brutha orgullosamente —. ¿Y tú dices que eres él?

—Es que últimamente no me he encontrado demasiado bien — dijo la tortuga.

Su flaco cuello se estiró todavía más.

—Hay una puerta en su espalda —dijo —. ¿Por qué hay una puerta en su espalda?

—Para poder meter dentro a los que han pecado —dijo Brutha.

—¿Por qué hay otra en su tripa?

—Para que se puedan sacar las cenizas purificadas —dijo Brutha—. Y el humo sale de sus ollares, como una señal para los impíos.

La tortuga torció el cuello para contemplar las hileras de puertas aseguradas con barras. Después alzó el ojo hacia los muros cubiertos de hollín. Acto seguido lo bajó hacia la en ese momento vacía zanja para el fuego que había debajo del toro de hierro. Llegó a una conclusión. Su único ojo parpadeó.

—¿Personas? —dijo finalmente —. ¿Asáis personas dentro de él?

—¡Ahí lo tienes! —exclamó Brutha triunfalmente —. ¡Y de esta manera demuestras que no eres el Gran Dios Om! El sabría que por supuesto que no quemamos personas ahí dentro. ¿Quemar personas ahí dentro? ¡Eso sería inaudito!

—Ah —dijo la tortuga—. ¿Entonces qué...?

—Sirve para la destrucción de materiales heréticos y demás desechos —dijo Brutha.

—Muy sensato —dijo la tortuga.

—Los pecadores y criminales son purificados por el fuego en los pozos de la Quisición o, en ocasiones, delante del Gran Templo — dijo Brutha—. El Gran Dios lo sabría.

—Me parece que debo de haberlo olvidado —murmuró la tortuga.

—El Gran Dios Om (cuernos sagrados) sabría que El Mismo dijo a su profeta Wallspur... —Brutha tosió y asumió el bizqueo con las cejas fruncidas indicador de que se estaba reflexionando muy en serio —. «Que el fuego sagrado destruya al incrédulo.» Lo pone en el versículo sesenta y cinco.

—¿Yo dije eso?

—En el Año de la Hortaliza Misericordiosa el obispo Kreeblephor convirtió a un demonio sólo con el poder de la razón — dijo Brutha—. El demonio ingresó en la Iglesia y llegó a subdiácono. O eso se dice.

—No tengo nada contra el uso de las armas... —comenzó la tortuga.

—Tu lengua mentirosa no puede tentarme, reptil —dijo Brutha—. ¡Pues soy fuerte en mi fe! La tortuga gruñó a causa del esfuerzo.

—¡Serás fulminado por mil rayos!

Una nubecilla negra muy, muy pequeña apareció encima de la cabeza de Brutha y un rayo muy, muy pequeño le chamuscó ligeramente una ceja.

La descarga tuvo aproximadamente la misma potencia que la chispa que salta del pelaje de un gato en un día seco y cálido.

—¡Ay!

—¿Ahora ya crees en mí? —preguntó la tortuga.

En el techo de la Ciudadela soplaba un poco de brisa. También ofrecía una buena vista de las altiplanicies del desierto.

Fri'it y Drunah esperaron un poco para recuperar el aliento.

Después Fri'it dijo:

—¿Estamos seguros aquí arriba?

Drunah miró hacia arriba. Un águila describía círculos sobre las colinas resecas. Se encontró preguntándose qué tan buen oído tendría un águila. Ciertamente eran muy buenas en algo. ¿Sería la audición? Un águila podía oír a una criatura a medio kilómetro por debajo de ella en el silencio del desierto. Qué demonios... No podía hablar, ¿verdad?

—Probablemente —dijo.

—¿Puedo confiar en ti?

—¿Puedo confiar en ti?

Fri'it tabaleó con los dedos encima del parapeto.

—Uh — dijo.

Y ese era el problema. El problema al que se enfrentaban todas las sociedades realmente secretas, y consistía en que eran, bueno, secretas. ¿Cuántos miembros tenía el Movimiento de la Tortuga? Nadie lo sabía con exactitud. ¿Cómo se llamaba el hombre que estaba junto a ti? Otros dos miembros lo sabían, porque lo habrían presentado, pero ¿quiénes eran detrás de aquellas máscaras? Porque el conocimiento era peligroso. Si sabías algo, las exquisiciones podían írtelo sacando lentamente. Por eso te asegurabas de no saber. Eso hacía que la conversación se volviera mucho más fácil durante las reuniones de célula, e imposible fuera de ellas.

Era el problema de todos los aspirantes a conspiradores a lo largo de la historia: cómo conspirar sin llegar a dirigir palabras a un posible compañero de conspiración en el que no confiabas y que, en caso de que dichas palabras fueran repetidas, orientarían hacia ti el atizador incriminatorio al rojo vivo de la culpabilidad.

Las gotitas de sudor que perlaban la frente de Drunah sugerían que el secretario estaba dando vueltas a los mismos razonamientos. Pero no lo demostraban. Y para Fri'it, el no morir había llegado a convertirse en un hábito Hizo crujir los nudillos nerviosamente.

—Una guerra santa —dijo.

Eso no era demasiado arriesgado. Después de todo, la frase no incluía ninguna pista verbal acerca de lo que en verdad pensaba Fri'it de la perspectiva. No había dicho: «Dios, una guerra santa no, ¿es que ese hombre se ha vuelto loco? Un misionero idiota consigue que lo maten, alguien escribe unos cuantos disparates sobre la forma del mundo, ¿y tenemos que ir a la guerra?» Si se lo presionaba, de hecho hasta el extremo de estirarlo y fracturarlo, Fri'it siempre podía afirmar que el significado había sido: «¡Por fin! ¡Una oportunidad que no debemos dejar escapar de morir gloriosamente por Om, el único Dios verdadero, quien Pisoteará a los Impíos con Pezuñas de Hierro!» Eso no habría cambiado mucho las cosas, porque las declaraciones nunca cambiaban las cosas una vez que habías ido a parar a los profundos niveles donde la acusación tenía el estatus de prueba, pero al menos quizá haría que uno o dos exquisidores tuvieran la sensación de que podían haberse equivocado.

—Claro que la Iglesia se ha mostrado bastante menos militante durante el último siglo —dijo Drunah contemplando el desierto—, Ha estado demasiado ocupada con los problemas cotidianos del imperio.

Una aseveración. En la que no había ni una sola rendija dentro de la que pudieras introducir un desarticulador de huesos.

—Estuvo la cruzada contra los hodgsonitas —dijo Fri'it con voz distante —. Y la subyugación de los melchioritas. Y la resolución del falso profeta Zeb. Y la corrección de los ashelianos, y la absolución de los...

—Pero todo eso no fue más que política —dijo Drunah.

—Hmmm. Sí. Por supuesto, tienes razón.

—Y, naturalmente, uno jamás podría dudar de la sabiduría de una guerra librada para aumentar el culto y la gloria del Gran Dios.

—No. Nadie podría dudar de ello —dijo Fri'it, que había atravesado muchos campos de batalla el día siguiente a una gloriosa victoria, cuando tenías amplia oportunidad de ver qué significaba vencer. Los omnianos prohibían el uso de drogas. En momentos como ese la prohibición se volvía difícil de soportar, porque no te atrevías a dormir por miedo a tus sueños.

—¿Acaso no declaró el Gran Dios, a través del profeta Abismo, que no hay sacrificio más grande y honorable que dar la vida por el Dios?

—Desde luego que lo declaró —dijo Fri'it.

No pudo evitar recordar que Abismo llevaba cincuenta años como obispo en la Ciudadela cuando el Gran Dios lo Eligió. Ningún enemigo había venido hacia él blandiendo una espada y soltando alaridos. Abismo nunca había mirado a los ojos a alguien que quería verlo muerto —pensándolo mejor, por supuesto que lo había hecho, todo el tiempo, porque naturalmente la Iglesia tenía su vida política—, pero al menos en ese momento aquellas personas no tenían en su mano el medio necesario para alcanzar dicho fin.

—Morir gloriosamente por la fe de uno es algo muy noble — canturreó Drunah, como si estuviera leyendo las palabras en un tablón de avisos interno.

—Eso nos dicen los profetas —murmuró Fri'it.

Fri'it sabía que los designios del Gran Dios eran inescrutables. No cabía duda de que Om escogía a Sus profetas, pero parecía como si hubiera que echarle una mano para que pudiera seleccionarlos. Quizá estaba demasiado ocupado para escoger por Sí Mismo. Últimamente parecía haber muchas más reuniones, muchos más asentimientos y muchos más intercambios de miradas incluso durante los servicios en el Gran Templo.

Desde luego, el joven Vorbis parecía estar envuelto por una aureola especial, y era asombroso lo fácil que resultaba pasar de un pensamiento a otro. Un hombre marcado por el destino, desde luego. Una diminuta parte de Fri'it, la parte que había pasado una considerable porción de su vida en tiendas, a la que le habían arrojado muchas lanzas y había tomado parte en combates tan confusos que el aliado podía matarte con tanta facilidad como el enemigo, añadió: o al menos marcado por algo. Era una parte de él que debería pasar todas las eternidades en todos los infiernos, pero ya tenía mucha práctica en eso.

—Supongo que ya sabes que de joven viajé mucho, ¿no? — dijo.

—He oído decir que contabas cosas muy interesantes de tus viajes por tierras paganas —dijo Drunah educadamente —. Se suelen mencionar campanillas.

—¿Te he hablado alguna vez de las Islas Marrones?

—Más allá del fin del mundo —dijo Drunah —. Me acuerdo. Donde los abalorios crecen en los árboles y las muchachas encuentran bolitas blancas dentro de las ostras. Bucean para encontrarlas, decías, y no llevan...

—Me he acordado de otra cosa —dijo Fri'it. Era un recuerdo solitario, perdido allí fuera con nada más que matorrales bajo un ciclo púrpura—. Allí el mar siempre está muy picado. Hay grandes olas, mucho más grandes que las del Mar del Círculo, comprendes, y los hombres van remando a pescar más allá de ellas. Sobre extrañas tablas de madera. Y cuando desean volver a la orilla, esperan a que venga una ola y entonces... se ponen de pie, encima de la ola, y esta los lleva hasta la playa.

—Prefiero la historia de las muchachas que bucean en el mar — dijo Drunah.

—A veces hay olas muy grandes —dijo Fri'it sin hacerle caso —. Nada las detendría. Pero si cabalgas sobre ellas, no te ahogas. Eso es algo que aprendí.

Drunah vio el brillo en sus ojos.

—Ah —dijo, asintiendo —. Cuán maravilloso es por parte del Gran Dios poner ejemplos tan instructivos en nuestro camino.

—El truco está en calcular la fuerza de la ola —dijo Fri'it —. Y cabalgarla.

—¿Y qué les ocurre a los que no saben calcularla?

—Se ahogan. A menudo. Algunas de las olas son muy grandes.

—Sí, esa suele ser la naturaleza de las olas. Comprendo.

El águila seguía describiendo círculos sobre el desierto. Si había entendido algo, no lo dejaba traslucir.

—Un hecho que no estaría de más recordar —dijo Drunah con súbita jovialidad —. Por si uno llega a encontrarse alguna vez en tierras paganas.

—Cierto.

Los diáconos cantaban los deberes de la hora desde las torres de oración repartidas por los contornos de la Ciudadela.

Brutha hubiese debido estar en clase. Pero los sacerdotes preceptores no eran demasiado estrictos con él.

Después de todo, Brutha podía recitar palabra por palabra cada Libro del Septateuco y se sabía de memoria todas las plegarias e himnos, gracias a su abuela. Probablemente daban por sentado que estaba siendo útil en alguna parte, haciendo útilmente algo que nadie más que ría hacer.

Brutha removía la tierra entre los bancales de judías para que estuvieran más ordenados. El Gran Dios Om, que actualmente era el pequeño dios Om, comía una hoja de lechuga.

Toda mi vida, pensó Brutha, he sabido que el Gran Dios Om — hizo el signo de los cuernos sagrados sin demasiado entusiasmo— era una... una gran barba en el cielo, o a veces, cuando baja al mundo, como un enorme toro o león o... algo grande, de todas maneras. Algo hacia lo que tienes que levantar la mirada.

Y de alguna manera una tortuga no es lo mismo. Lo estoy intentando, de veras... pero no es lo mismo. Y oírla hablar de los septarcas como si sólo hubieran sido unos... unos viejos chiflados... Es como un sueño.

La mariposa de la duda cobró forma dentro de las selvas del subconsciente de Brutha y movió un ala experimental, ignorante de lo que la teoría del caos tiene que decir acerca de esa clase de cosas.

—Ya me encuentro mucho mejor —dijo la tortuga—. Hacía meses que no me sentía tan bien.

—¿Meses? —dijo Brutha—. ¿Cuánto tiempo llevas... enfermo?

La tortuga puso la pata encima de una hoja.

—¿Qué día es hoy?

—El diez de gruñe —dijo Brutha.

—¿Sí? ¿De qué año?

—Esto... El de la Serpiente Nocional... ¿Qué quieres decir con qué año?

—Entonces... tres años —dijo la tortuga—. Una lechuga realmente magnífica. Y soy yo quien lo dice, ojo. En las colinas no encuentras lechugas. Un poco de llantén, algún que otro matorral espinoso. Hágase otra hoja.

Brutha arrancó una de la planta más próxima. Y mirad, pensó, se hizo otra hoja.

—¿E ibas a ser un toro? —preguntó.

—Abrí los ojos (mi ojo) y era una tortuga.

—¿Por qué?

—¿Cómo quieres que lo sepa? ¡No lo sé! —mintió la tortuga.

—Pero tú... tú eres omnicognosciente —dijo Brutha.

—Eso no significa que lo sepa todo.

Brutha se mordió el labio.

—Um. Sí. Es justo lo que significa.

—¿Estás seguro? —Sí.

—Creía que eso era omnipotente.

—No. Eso quiere decir que lo puedes todo. Y así es. Es lo que pone en el Libro de Ossory. Fue uno de los Grandes Profetas, ya sabes. Bueno, espero —añadió Brutha.

—¿Quién le dijo al tal Ossory que yo era omnipotente?

—Tú.

—No. Yo no se lo dije.

—Bueno, él dijo que se lo dijiste.

—Ni siquiera recuerdo a nadie que se llamara Ossory —masculló la tortuga.

—Le hablaste en el desierto —dijo Brutha—. Tienes que acordarte. ¿Metro noventa de estatura? ¿Con una barba muy larga? ¿Y un cayado enorme? ¿Y el resplandor de los cuernos sagrados emanando de su cabeza? —Titubeó. Pero había visto las estatuas y los iconos sagrados. No podían estar equivocados.

—Nunca he conocido a nadie así —dijo el pequeño dios Om.

—Puede que fuera un poquito más bajo —admitió Brutha.

—Ossory. Ossory —dijo la tortuga—. No... No puedo decir que...

—Dijo que le hablaste desde dentro de una columna de fuego —dijo Brutha.

—Oh, ese Ossory —dijo la tortuga—. Columna de fuego. Sí.

—Y le dictaste el Libro de Ossory —dijo Brutha—. El cual contiene las Indicaciones, las Puertas, las Abjuraciones y los Preceptos. Ciento noventa y tres capítulos.

—Me parece que no hice todo eso —dijo Om con voz dubitativa—. Estoy seguro de que me acordaría de ciento noventa y tres capítulos.

—¿Y entonces qué le dijiste?

—Que yo recuerde, le dije: «¡Eh, veré qué se puede hacer!» —dijo la tortuga.

Brutha la miró fijamente. Parecía sentirse un poco avergonzada, en la medida en que eso es posible para una tortuga.

—Incluso a los dioses les gusta descansar —dijo.

—¡Cientos de miles de personas viven según las Abjuraciones y los Preceptos! —rugió Brutha.

—¿Y? No se lo estoy impidiendo —dijo Om.

—Si tú no los dictaste, ¿quién lo hizo?

—A mí no me lo preguntes. ¡No soy omnicognosciente!

Brutha estaba temblando de ira.

—¿Y el profeta Abismo? Supongo que dio la casualidad de que alguien le entregó los Codicilos, ¿verdad?

—No era yo.

—¡Están escritos en tablas de plomo de tres metros de alto!

—Oh, bueno, en ese caso tuve que ser yo, ¿verdad? Siempre tengo una tonelada de tablas de plomo a mano por si me encuentro con alguien en el desierto, ¿verdad?

—¡Qué! Si no fuiste tú, ¿quién fue?

—No lo sé. ¿Por qué debería saberlo? ¡No puedo estar en todas partes a la vez!

—¡Eres omnipresente!

—¿Quién lo dice?

—¡El profeta Hashimi!

—¡No lo he visto en mi vida!

—¿Oh? ¿Oh? Entonces supongo que no le diste el Libro de la Creación, ¿verdad?

—¿Qué Libro de la Creación?

—¿Quieres decir que no lo sabes?

—¡No!

—¿Entonces quién se lo dio?

—¡No lo sé! ¡Quizá lo escribió él mismo!

Brutha se llevó la mano a la boca, horrorizado.

—¡Ezo é blafemia!

—¿Cómo dices?

Brutha bajó la mano.

—¡He dicho que eso es blasfemia!

—¿Blasfemia? ¿Cómo puedo blasfemar? ¡Soy un dios!

—¡No te creo!

—¡Ja! ¿Quieres otro rayo?

—¿A eso lo llamas rayo?

Brutha se había puesto rojo y estaba temblando. La tortuga inclinó la cabeza melancólicamente.

—De acuerdo. De acuerdo. No era gran cosa, lo admito —dijo—. Si me encontrara mejor, habrías quedado reducido a un par de sandalias de las que salía humo. —Parecía muy abatida—. No lo entiendo. Esto nunca me había ocurrido antes. Tenía intención de ser un gran toro blanco rugiente durante una semana, y acabo siendo una tortuga durante tres años. ¿Por qué? No lo sé, y eso que se supone que lo sé todo. Según esos profetas tuyos que dicen que se han encontrado conmigo, de todas maneras. ¿Sabes que nadie me había oído nunca? ¡He intentado hablar con pastores de cabras y similares, y ni se dieron cuenta! Estaba empezando a pensar que era una tortuga que soñaba con ser un dios. Así de mal estaban las cosas.

—Quizá lo seas —dijo Brutha.

—¡Que tus piernas se hinchen hasta parecer dos troncos! —chilló la tortuga.

—Pero... pero... —balbuceó Brutha—. Estás diciendo que los profetas sólo eran... ¡unos hombres que escribieron cosas!

—¡Eso es lo que fueron!

—¡Sí, pero no cosas que tú les dijiste!

—Puede que algunas sí que se las haya dicho —dijo la tortuga—. He olvidado tantas cosas durante los últimos años.

—Pero si has estado aquí abajo como una tortuga, ¿quién ha estado escuchando las plegarias? ¿Quién ha estado aceptando los sacrificios? ¿Quién ha estado juzgando a los muertos?

—No lo sé —dijo la tortuga—. ¿Quién lo hacía antes?

—¡Tú!

—¿Yo lo hacía?

Brutha se metió los dedos en los oídos y empezó a cantar la tercera estrofa de Mirad, los infieles huyen de la ira de Om.

Un par de minutos después la tortuga sacó la cabeza de la concha.

—Bueno —dijo—, y antes de que los incrédulos sean quemados... ¿les cantáis primero?

—¡No!

—Ah. Una muerte misericordiosa. ¿Puedo decir algo?

—Si intentas tentar mi fe una vez más...

La tortuga no dijo nada. Om rebuscó entre los borrosos restos de su memoria. Después arañó el polvo con una garra.

—Recuerdo... un día... de verano... cuando tenías trece años...

La vocecita reseca siguió hablando. La boca de Brutha formó una O que se fue agrandando lentamente.

—¿Cómo has sabido eso? —preguntó finalmente.

—Crees que el Gran Dios Om ve todo lo que haces, ¿verdad?

—Eres una tortuga, no puedes haber...

—Cuando casi tenías catorce años y tu abuela te había dado una paliza por robar nata de la despensa, cosa que en realidad no habías hecho, te encerró en tu habitación y entonces dijiste: «Ojalá estuvieras...»

Habrá una señal, pensó Vorbis. Siempre hay una señal para el hombre que las espera. Un hombre sabio siempre se pone en el camino de Dios.

Estaba dando un paseo por la Ciudadela. Cada día se paseaba por algunos de los niveles inferiores, aunque naturalmente nunca a la misma hora y siempre por una ruta distinta. Si Vorbis extraía algún placer de la vida, al menos de alguna manera que pudiera ser reconocida por un ser humano normal, era viendo las caras de los miembros más humildes del clero cuando estos doblaban una esquina y se encontraban cara—a—mentón con el diácono Vorbis de la Quisición. Siempre había esa pequeña aspiración de aire que indicaba una conciencia culpable. Las conciencias estaban para eso, por supuesto. La culpabilidad era la grasa sobre la que giraban los engranajes de la autoridad.

Vorbis dobló una esquina y vio, esbozado apresuradamente en la pared de enfrente, un óvalo con cuatro toscas patas y una cabeza y una cola todavía más toscas.

Sonrió. Últimamente parecía haber más. Que la herejía creciera, que saliera a la superficie como una pústula.

Vorbis sabía cómo había que manejar la lanceta.

Pero aquel par de segundos de reflexión hizo que pasara de largo por otra esquina y, en vez de doblar por ella, salió a la luz del sol.

Pese a todo su conocimiento de los recodos de la iglesia, por un momento Vorbis se sintió perdido. Aquel era uno de los huertos amurallados. Alrededor de un magnífico seto de alto y decorativo maíz klatchiano, los emparrados de las judías alzaban hacia el sol brotes rojos y blancos; entre las hileras de judías, los melones se iban cociendo poco a poco sobre el suelo polvoriento. De la manera normal, Vorbis hubiera percibido y aprobado aquel uso del espacio tan eficiente, pero de la manera normal nunca se habría encontrado ante un robusto novicio que se revolcaba en el polvo con los dedos metidos en los oídos.

Vorbis miró a Brutha. Después lo empujó suavemente con la punta de su sandalia.

—¿Qué te ocurre, hijo mío?

Brutha abrió los ojos.

No había muchos miembros superiores de la jerarquía a los que pudiera reconocer. Hasta el mismísimo cenobiarca era un puntito lejano entre la multitud. Pero todo el inundo reconocía a Vorbis el exquisidor. Había algo en él que se proyectaba dentro de tu consciencia a los pocos días de tu llegada a la Ciudadela. El Dios meramente debía ser temido a la manera un tanto distraída de aquello que se ha convertido en costumbre temer, pero Vorbis inspiraba auténtico horror.

Brutha se desmayó.

—Qué raro —dijo Vorbis.

Un siseo lo hizo darse la vuelta.

Había una pequeña tortuga cerca de su pie. Mientras Vorbis la observaba, la tortuga trató de retroceder sin apartar la mirada de él al tiempo que seguía silbando como una tetera.

Vorbis la cogió y la examinó minuciosamente, dándole vueltas entre sus manos. Acto seguido recorrió con la mirada el muro del jardín hasta que encontró un sitio donde estaba dando el sol y puso al reptil allí, panza arriba.

Después de pensárselo unos momentos, cogió un par de guijarros de uno de los bancales de hortalizas y los metió debajo de la concha para que los movimientos de la criatura no pudieran enderezarla.

Vorbis creía que ninguna ocasión de adquirir conocimiento esotérico debería ser pasada por alto, e hizo una anotación mental para regresar dentro de unas horas a ver cómo iban las cosas, si el trabajo se lo permitía.

Después concentró su atención en Brutha.

Había un infierno para los blasfemos. Había un infierno para quienes se oponían a la autoridad legítimamente constituida. Había toda una serie de infiernos para los mentirosos. Probablemente había un infierno para los niños que deseaban que sus abuelas estuvieran muertas. Había infiernos más que suficientes.

Esta era la definición de eternidad: el espacio de tiempo concebido por el Gran Dios Om para asegurar que todos recibieran el castigo que merecían.

Los omnianos tenían muchísimos infiernos.

En aquel momento, Brutha estaba pasando por todos ellos.

El hermano Nhumrod y el hermano Vorbis lo miraban mientras Brutha se revolvía en su catre como una ballena embarrancada.

—Es el sol —dijo Nhumrod, casi calmado una vez superada la conmoción inicial de que el exquisidor hubiera ido en su busca—. El pobre chico se pasa el día entero trabajando en ese huerto. Tenía que ocurrir.

—¿Habéis probado a pegarle? —preguntó el hermano Vorbis.

—Lamento decir que pegar al joven Brutha es como tratar de azotar un colchón —dijo Nhumrod —. Dice «¡Ay!», pero creo que sólo porque sabe que eso es lo que se espera de él. Brutha tiene muy buena disposición. Es el muchacho del que os he hablado.

—No parece muy espabilado —dijo Vorbis.

—No lo es —dijo Nhumrod.

Vorbis asintió aprobadoramente. La inteligencia indebida en un novicio tenía su parte buena y su parte mala. A veces podía ser canalizada para mayor gloria de Om, pero a menudo causaba... Bueno, no es que causara problemas, porque Vorbis sabía muy bien qué había que hacer con la inteligencia mal aplicada, pero sí que daba un trabajo innecesario.

—Y sin embargo me decís que sus preceptores lo tienen muy bien conceptuado —dijo.

Nhumrod se encogió de hombros.

—Es muy obediente —dijo —. Y... bueno, está su memoria.

—¿Qué pasa con su memoria?

—Pasa que hay muchísima —dijo Nhumrod.

—¿Tiene buena memoria?

—Decir que tiene buena memoria sería quedarse muy corto. Su memoria es soberbia. Se sabe a la perfección todo el Sept...

—¿Hmmmm? —dijo Vorbis.

Nhumrod se dio cuenta de cómo lo estaba mirando el diácono.

—Tan a la perfección como es posible llegar a saber algo en este mundo tan imperfecto —murmuró.

—Un joven aficionado a las lecturas devotas —dijo Vorbis.

—Esto... Pues no —dijo Nhumrod —. No sabe leer. Ni escribir.

—Ah. Un vago.

El diácono no era hombre que perdiera el tiempo con las zonas grises. La boca de Nhumrod se abrió y se cerró mientras buscaba las palabras apropiadas.

—No —dijo —. Brutha lo intenta. Estamos seguros de que lo intenta. Es sólo que no parece ser capaz de distinguir... Bien, el caso es que no consigue entender la relación existente entre los sonidos y las letras.

—¿Le habéis pegado por eso, al menos?

—No parece surtir mucho efecto, diácono.

—¿Y entonces cómo es que ha llegado a ser un pupilo tan capaz?

—Escuchando —dijo Nhumrod.

Nadie escuchaba como Brutha, pensó. Eso volvía muy difícil enseñarle. Era como... como estar dentro de una enorme caverna. Todas tus palabras se desvanecían en aquellas profundidades imposibles de llenar que había dentro de la cabeza de Brutha. Su concentrado ensimismamiento podía reducir a los preceptores desprevenidos a un silencio balbuceante, a medida que cada palabra que articulaban sus labios se precipitaba en los oídos de Brutha.

—Lo escucha todo —dijo Nhumrod —. Y lo observa todo. Se lo va guardando todo.

Vorbis miró a Brutha.

—Y nunca le he oído decir una palabra más alta que otra —prosiguió Nhumrod —. A veces los otros novicios se burlan de él. Lo llaman El Gran Buey Tonto. Sabéis a qué me refiero, ¿verdad?

La mirada de Vorbis recorrió las manos como jamones y las piernas como troncos de árbol de Brutha.

Después pareció sumirse en profundas reflexiones.

—No sabe leer ni escribir —dijo finalmente —. Pero decís que es en extremo leal, ¿no?

—Leal y devoto —dijo Nhumrod.

—Y dotado de una buena memoria —murmuró Vorbis.

—Es algo más que eso —dijo Nhumrod—. Lo suyo no se parece en nada a la memoria.

Vorbis pareció llegar a una decisión.

—Que venga a verme en cuanto se haya recuperado —dijo. Nhumrod puso cara de horror.

—Sólo deseo hablar con él —dijo Vorbis —. Quizá pueda serme de utilidad.

—¿Sí, mi señor?

—Porque sospecho que el Gran Dios Om obra de maneras misteriosas.

En las alturas. Ningún sonido salvo el siseo del viento en las plumas.

El águila flotaba en la brisa y observaba los edificios de juguete de la Ciudadela.

Había caído en algún lugar de allí, y ahora no conseguía encontrarla. En algún lugar de allí abajo, en aquel pequeño retazo de verde.

Las abejas zumbaban entre los brotes de las judías. Y el sol batía la concha invertida de Om.

También hay un infierno para las tortugas.

Om ya estaba demasiado cansado para agitar las patas. Eso era lo único que podías hacer, agitar las patas. Y estirar el cuello todo lo que pudieras y moverlo de un lado a otro con la esperanza de que pudieras usarlo como palanca para enderezarte.

Si no tenías creyentes morías, y generalmente eso era lo que preocupaba a un dios menor. Pero también morías si morías.

En la parte de su mente que no estaba muy ocupada pensando en el calor, Om podía sentir el terror y la perplejidad de Brutha. No hubiese debido hacerle aquello al chico. Por supuesto que no lo había estado observando. ¿Qué dios hacía tal cosa? ¿A quién le importaba lo que hiciera la gente? Lo importante era la fe. Om había sacado el recuerdo de la mente del chico para impresionarlo, igual que un prestidigitador que saca un huevo de la oreja de alguien.

Estoy panza arriba, y cada vez tengo más calor, y voy a morir...

Y con todo... con todo... aquella maldita águila lo había dejado caer encima de un montón de estiércol. Un poco juguetona aquella águila, ¿no? Todo un lugar construido con rocas encima de una roca en un paraje rocoso, y aterrizaba sobre la única cosa que interrumpiría su caída sin interrumpir al mismo tiempo el curso de su existencia. Y realmente cerca de un creyente.

Curioso, muy curioso. Hacía que te preguntaras si existiría alguna clase de providencia divina, salvo por el hecho de que tú eras la providencia divina... y estabas panza arriba, y cada vez tenías más y más calor, y te preparabas para morir...

Aquel hombre que lo había puesto panza arriba. La expresión que había en aquel rostro apacible. Om la recordaría. Esa expresión, no de crueldad, sino de algún otro nivel del ser. Aquella expresión de terrible paz...

Una sombra cruzó el sol. Om alzó su único ojo hacia el rostro de Lu—Tze, quien lo contempló con suave compasión invertida. Y después le dio la vuelta. Y luego cogió su escoba y se fue, sin mirar atrás.

Om se quedó muy quieto, conteniendo la respiración. Y después se sintió mucho más animado.

Ahí arriba hay alguien que me quiere, pensó. Y da la casualidad de que ese alguien soy Yo.

El sargento Simonía no desplegó su tira de papel hasta haber vuelto a su alojamiento.

No le sorprendió encontrarse con el dibujito de una tortuga. Era el afortunado.

Había vivido para un momento como aquel. Alguien tenía que traer al escritor de la Verdad, para que fuese un símbolo para el movimiento. Y tendría que ser él. La única pega era que no podría matar a Vorbis.

Pero eso tenía que ocurrir allí donde pudiera ser visto.

Un día. Delante del Templo. Porque de otra manera nadie lo creería.

Om avanzaba por un pasillo arenoso.

Después de la desaparición de Brutha había estado remoloneando durante un rato. Remolonear es otra de las cosas que se les dan muy bien a las tortugas. Prácticamente son campeonas mundiales en eso.

Aquel condenado muchacho no daba una a derechas, pensó. Le estaba bien empleado por tratar de hablarle a un novicio que apenas sabía expresarse.

Aquel anciano tan flaco no había podido oírlo, por supuesto. Ni el chef. Bueno, el viejo probablemente estaba sordo. En cuanto al cocinero... Om tomó nota de que, cuando hubiera recuperado todos sus poderes divinos, a aquel cocinero le esperaría un destino especial. Om todavía no estaba muy seguro de en qué iba a consistir exactamente, pero tendría algo que ver con el agua hirviente y cabía esperar que en un momento u otro también hubiese zanahorias.

Saboreó la idea unos instantes. Pero ¿dónde lo dejaba eso? En aquel maldito huerto, como una tortuga. Om sabía cómo había llegado allí —contempló con un sordo terror aquel puntito en el cielo que el ojo de la memoria sabía era un águila— y más valía que fuera encontrando una salida de carácter más terrestre a menos que quisiera pasar el próximo mes escondiéndose debajo de las hojas de un melón.

Otro pensamiento le pasó por la cabeza. ¡Muy sabrosas! Cuando volviera a tener todo su poder, Om dedicaría bastante tiempo a diseñar unos cuantos infiernos nuevos. Y un par de Preceptos nuevos, también. No comerás la Carne de la Tortuga. Ese estaba bien. Le sorprendió que no se le hubiera ocurrido antes. Perspectiva, esa era la clave.

Y si se le hubiera ocurrido uno como Te Asegurarás De Recoger A Cualquier Tortuga En Apuros Y La Llevarás Allí Donde Ella Quiera Ir, Y Esto Es Importante, Eres Un Águila unos cuantos años antes, ahora no estaría metido en semejante lío.

Bueno, a lo hecho pecho. Tendría que dar con el cenobiarca. Alguien como un sumo sacerdote tendría que ser capaz de oírle.

Y estaría en alguna parte de este sitio. Los sumos sacerdotes tendían a no moverse mucho. El cenobiarca debería ser fácil de localizar. Y si bien actualmente podía ser una tortuga, Om seguía siendo un dios. No podía ser muy difícil, ¿verdad? Tendría que subir. Una jerarquía significaba precisamente eso. Localizabas al que estaba arriba de todo subiendo.

Bamboleándose un poco y con su concha meciéndose de un lado a otro, el antiguo Gran Dios Om se dispuso a explorar la Ciudadela erigida a su mayor gloria.

Y aunque trataba de no fijarse demasiado, no pudo evitar darse cuenta de que las cosas habían cambiado mucho en tres mil años.

—¿Yo? —dijo Brutha—. Pero, pero...

—No creo que tenga intención de castigarte —dijo Nhumrod —. Aunque el castigo es lo que te tienes más que merecido, por supuesto. Todos nos lo tenemos más que merecido —añadió piadosamente.

—Pero ¿por qué?

—¿... por qué? Dijo que sólo quería hablar contigo.

—¡Pero es que un exquisidor no puede querer oír nada de lo que yo tenga que decir! —gimió Brutha.

—Estoy seguro de que no estarás cuestionando los deseos del diácono —dijo Nhumrod.

—No. No. Por supuesto que no —dijo Brutha. Agachó la cabeza.

—Buen chico —dijo Nhumrod, y le palmeó la espalda hasta allí donde podía llegar con la mano —. Y ahora vete. Estoy seguro de que todo irá bien. —Y luego, porque a él también le habían enseñado que siempre había que decir la verdad, añadió —: Probablemente.

Había pocos peldaños en la Ciudadela. El discurrir de las muchas procesiones que marcaban los complejos rituales del Gran Om exigía pendientes largas y suaves. Los peldaños que había eran lo bastante bajos para que pudieran ser salvados por hombres muy ancianos a los que les costaba bastante andar, y había muchos hombres así de ancianos en la Ciudadela.

La arena procedente del desierto entraba continuamente. Pequeñas dunas se iban acumulando en los escalones y en los patios, pese a todo lo que pudiera hacer un ejército de novicios armados con escobas.

Pero una tortuga cuenta con unas patas muy poco eficientes.

—Construirás Peldaños Todavía Más Bajos —siseó Om, izándose hasta lo alto de uno de ellos.

Muchos pies retumbaban juntos a él, pasando a escasos centímetros de distancia. Aquella era una de las principales rutas de la Ciudadela, ya que llevaba al Lugar de Lamentación, y cada día era hollada por millares de peregrinos.

En una o dos ocasiones una sandalia errante chocó con su concha y lo hizo girar locamente.

—¡Tus pies saldrán volando de tu cuerpo y serán enterrados en un hormiguero! —gritó Om.

Eso lo hizo sentirse un poquito mejor.

Otro pie chocó con él y lo hizo resbalar por las piedras. Om acabó chocando con una reja metálica curva colocada muy abajo en una pared. Sólo un veloz agarrarse con sus mandíbulas evitó que se deslizara entre los barrotes. Om acabó suspendido de la boca encima de un sótano.

Los músculos de la mandíbula de una tortuga son increíblemente fuertes. Om se meció un poco, agitando las patas. Muy bien. Una tortuga que vivía en un paisaje rocoso lleno de cañadas estaba acostumbrada a aquel tipo de cosas. Lo único que debía hacer era enganchar una pata en...

Tenues sonidos atrajeron su atención. Hubo un tintineo metálico seguido por un gemido muy débil.

Om volvió su ojo de un lado a otro.

La reja daba a la parte superior de la pared de una habitación muy larga y de techo bajo iluminada por los pozos de luz que atravesaban toda la Ciudadela.

Vorbis lo había dejado muy claro. Los exquisidores nunca deberían trabajar entre las sombras, dijo, sino a plena luz.

Donde pudieran ver con claridad lo que estaban haciendo.

Al igual que podía verlo Om.

Siguió suspendido de la reja durante un rato, incapaz de apartar el ojo de la hilera de bancos.

En general, Vorbis desaprobaba los hierros al rojo vivo, las cadenas con pinchos y las cosas con taladros y grandes tornillos ajustables, a menos que fuera para exhibirlas públicamente en un día de Ayuno importante.

Como él decía siempre, era asombroso lo que podías llegar a hacer con un simple cuchillo.

Pero muchos de los exquisidores preferían los viejos métodos.

Pasado un tiempo, Om se izó muy lentamente reja arriba, con los músculos del cuello temblando. Moviéndose tan despacio como si estuviera pensando en otra cosa, primero rodeó un barrote con una pata delantera y después pasó la otra. Sus patas traseras se agitaron durante unos momentos, y después Om logró enganchar una uña en la áspera piedra.

Un momento de esfuerzo y volvió a salir a la luz.

Se fue andando muy despacio, manteniéndose cerca de la pared para evitar los pies. En cualquier caso no tenía más alternativa que ir despacio, pero ahora iba despacio porque estaba pensando. A la mayoría de los dioses les cuesta mucho andar y pensar al mismo tiempo.

Cualquiera podía ir al Lugar de Lamentación. Esa era una de las grandes libertades del omnianismo.

Había toda clase de maneras de presentar peticiones al Gran Dios, pero dependían mayormente de cuánto podías permitirte, lo cual era la manera en que había que hacer las cosas. Después de todo, los que habían tenido éxito en el mundo lo habían hecho con la aprobación del Gran Dios, porque era imposible creer que hubieran logrado salir adelante con Su desaprobación. De la misma manera, la Quisición podía actuar sin posibilidad de error. La sospecha era una prueba. ¿Cómo podía ser de otra manera? El Gran Dios nunca hubiese considerado adecuado introducir la sospecha en las mentes de Sus exquisidores a menos que fuese justo que debiera estar allí.

Si creías en el Gran Dios Om, la vida podía ser muy simple. Y a veces también muy corta.

Pero siempre estaban los poco previsores, los estúpidos y aquellos que, debido a algún defecto o descuido en esta vida o en una pasada, ni siquiera podían permitirse un pellizco de incienso. Y el Gran Dios, en Su sabiduría y Su misericordia tal como era filtrada a través de Sus sacerdotes, había pensado en ellos.

En el Lugar de Lamentación se podían elevar oraciones y súplicas. Con toda seguridad serían escuchadas.

Incluso podían ser atendidas.

Detrás del Lugar, que era un cuadrado de doscientos metros de lado, se alzaba el Gran Templo.

Allí, sin la menor sombra de duda, el Dios escuchaba.

O al menos en algún sitio cercano...

Millares de peregrinos visitaban el Lugar cada día.

Un talón chocó con la concha de Om y lo lanzó contra la pared. A mitad del rebote una muleta se estrelló contra el borde de su concha y lo mandó multitud adentro, girando como una moneda. Om rebotó en el petate de una anciana que, como muchos otros, creía que la eficacia de su petición se vería incrementada por la cantidad de tiempo que pasara en el cuadrado.

El dios parpadeó. Aquello era casi tan serio como las águilas. Era casi tan serio como el sótano... no, quizá nada fuera tan serio como el sótano...

Captó unas palabras antes de que otro pie lo hiciera salir despedido.

—Nuestra aldea lleva tres años padeciendo la sequía... ¿Un poquito de lluvia, oh Señor?

Rotando sobre la parte superior de su concha mientras se preguntaba vagamente si la respuesta apropiada podría hacer que la gente dejara de atizarle puntapiés, el Gran Dios masculló:

—No hay problema.

Otro pie chocó con Om, invisible para los devotos entre el bosque de piernas. El mundo se había convertido en un manchón borroso.

Oyó que una voz muy anciana y llena de desesperación decía:

—Señor, Señor, ¿por qué tienen que llevarse a mi hijo para que ingrese en la Legión Divina? ¿Quién cuidará de la granja ahora? ¿No podrías llevarte a algún otro muchacho?

—No te preocupes, que enseguida lo arreglo —graznó Om.

Una sandalia le dio debajo de la cola y le hizo cruzar varios metros de cuadrado. Nadie miraba hacia abajo. Se creía que mirar fijamente los cuernos dorados del techo del Templo mientras se rezaba proporcionaba una potencia añadida a la plegaria. Cuando la presencia de la tortuga era vagamente registrada como un impacto en el tobillo, un empujón automático con el otro pie se encargaba de quitarla de en medio.

—... mi esposa, que ha enfermado de...

—¡Oído!

Puntapié.

—... limpia el pozo de nuestra aldea, que se ha ensuciado con...

—¡Hecho! —Puntapié.

—... las langostas vienen cada año, y...

—¡Lo prometo, sólo que...! —Puntapié.

—... perdido en los mares estos cinco meses...

—¡... dejad de darme patadas! —La tortuga aterrizó, con el lado derecho hacia arriba, en un breve espacio despejado.

Visible...

Una parte muy grande de la vida animal consiste en reconocer pautas, las formas del cazador y el cazado. Para el ojo de alguien que meramente pasaba por allí el bosque es, bueno, sólo bosque; para el ojo de la paloma es un borroso fondo verde carente de importancia que sirve de telón a ese halcón que no has visto estaba posado en la rama de un árbol. Para el puntito minúsculo del gavilán que caza en las alturas, la totalidad del panorama del mundo no es más que niebla comparada con la presa que intenta escabullirse entre la hierba.

El águila saltó al cielo desde su puesto de observación en los mismos Cuernos.

Por fortuna, la misma consciencia de las formas que tanto hacía destacar a la tortuga en un cuadrado lleno de humanos que iban de un lado a otro hizo que el único ojo de la tortuga se volviera hacia arriba con temerosa expectación.

Las águilas son criaturas muy tercas. Una vez que se les ha metido entre ceja y ceja la idea del almuerzo, tiende a permanecer allí hasta que es satisfecha.

Había dos Legionarios Divinos delante de los aposentos de Vorbis. Ambos miraron de soslayo a Brutha mientras este llamaba tímidamente a la puerta, como si estuvieran buscando una razón para lanzarse sobre él.

Un sacerdote canoso y bajito abrió la puerta y llevó a Brutha hasta una pequeña habitación apenas amueblada, donde le señaló un taburete.

Brutha se sentó. El sacerdote desapareció detrás de una cortina. Brutha echó un vistazo a la habitación y...

Fue engullido por la negrura. Antes de que pudiera moverse, y los reflejos de Brutha no destacaban por su coordinación ni en las mejores de las circunstancias, una voz habló junto a su oreja:

—Y ahora, hermano, nada de pánico. Te ordeno que no te dejes llevar por el pánico.

Había tela delante del rostro de Brutha.

—Asiente, muchacho.

Brutha asintió. Te pasaban una capucha por encima de la cara. Eso todos los novicios lo sabían. En los dormitorios se contaban historias. Te tapaban la cara con una tela para que los exquisidores no supieran sobre quién estaban trabajando...

—Muy bien. Ahora iremos a la habitación contigua. Cuidado con donde pones los pies.

Unas manos lo ayudaron a levantarse y lo guiaron a través del suelo. A través de las nieblas de la incomprensión Brutha sintió el roce de la cortina, y después le hicieron bajar unos escalones y lo llevaron hasta una habitación con el suelo de arena. Las manos lo hicieron girar unas cuantas veces, firmemente pero sin ninguna aparente animadversión, y después lo condujeron por un pasillo. Hubo el susurro de otra cortina, y después la sensación indefinible de un espacio más grande.

Después, mucho después, Brutha se dio cuenta de una cosa: no había terror alguno. Una capucha había sido deslizada sobre su cabeza en la habitación del jefe de la Quisición, y no se le había ocurrido ni por un solo instante aterrorizarse. Porque tenía fe.

—Detrás de ti hay un taburete. Siéntate.

Brutha se sentó.

—Puedes quitarte la capucha.

Brutha se quitó la capucha.

Parpadeó.

Sentadas en taburetes al otro extremo de la habitación, con un Legionario Sagrado a cada lado de ellas, había tres figuras. Brutha reconoció el rostro aquilino del diácono Vorbis; los otros dos eran un hombre corpulento y no muy alto, y uno muy gordo. No de constitución sólida y robusta, como Brutha, sino un auténtico montón de sebo.

Los tres vestían austeras túnicas grises.

No había ni rastro de hierros para marcar, o de escalpelos siquiera.

Los tres lo estaban mirando.

—¿Novicio Brutha? —dijo Vorbis. Brutha asintió.

Vorbis soltó una suave risita, de la clase que se les escapa a las personas muy inteligentes cuando están pensando en algo no muy divertido.

—Y por supuesto algún día tendremos que llamarte hermano Brutha —dijo—. ¿O incluso padre Brutha? Sería un tanto desconcertante, creo yo. Más valdrá evitarlo. Me parece que tendremos que asegurarnos de que llegues a ser el subdiácono Brutha lo más pronto posible. ¿Qué opinas de eso?

Brutha no opinaba nada. Era vagamente consciente de que se estaba hablando de un ascenso, pero se le había quedado la mente en blanco.

—Bien, dejémoslo —dijo Vorbis, con la leve exasperación de alguien que se da cuenta de que tendrá que cargar con la mayor parte del peso de la conversación—. ¿Reconoces a los eruditos padres que hay a mi izquierda y a mi derecha?

Brutha meneó la cabeza.

—Perfecto. Tienen algunas preguntas que hacerte.

Brutha asintió.

El hombre muy gordo se inclinó hacia adelante.

—¿Tienes lengua, muchacho? —Brutha asintió. Y después, teniendo la impresión de que quizá no bastara con eso, la presentó para que fuera inspeccionada.

Vorbis puso una mano tranquilizadora sobre el brazo del gordo.

—Me parece que nuestro joven amigo está un poquito impresionado — dijo con afabilidad.

Sonrió.

—Y ahora Brutha (ten la bondad de guardar la lengua), voy a hacerte algunas preguntas. ¿Comprendes? —Brutha asintió.

—Cuando entraste por primera vez en mis aposentos, pasaste unos segundos en la antesala. Haz el favor de describírmela.

Brutha lo miró con ojos de rana. Pero las turbinas del recuerdo cobraron vida sin que él se lo ordenara, derramando sus palabras en el vestíbulo de su mente.

—Es una habitación cuadrada de unos tres metros de lado. Con paredes blancas. En el suelo hay arena excepto en el rincón junto a la puerta, donde son visibles las losas. En la pared de enfrente hay una ventana, a unos dos metros de altura. En la ventana hay tres barrotes. Hay un taburete de tres patas. Hay un icono sagrado del profeta Ossory, tallado en madera de afacia y adornado con incrustaciones de hoja de plata. En la esquina inferior izquierda del marco hay un arañazo. Debajo de la ventana hay un estante. En el estante sólo hay una bandeja.

Vorbis entrelazó sus largos y delgados dedos delante de su nariz.

—¿En la bandeja? —dijo.

—¿Perdón, señor?

—¿Qué había en la bandeja, hijo mío?

Un torbellino de imágenes desfiló ante los ojos de Brutha.

—En la bandeja había un dedal. Un dedal de bronce. Y dos agujas. En la bandeja había un trozo de cordel. Había nudos en el cordel. Tres nudos. Y en la bandeja había nueve monedas. Había una copa de plata encima de la bandeja, adornada con un motivo de hojas de afacia. Había una daga de hoja larga, creo que era acero, con una empuñadura negra en la que había siete rebordes. En la bandeja había un pequeño trozo de tela negra. Había un punzón para escribir y una pizarra...

—Háblame de las monedas —murmuró Vorbis.

—Tres de ellas eran céntimos de la Ciudadela —dijo Brutha—. Dos lucían los Cuernos, y una la corona séptuple. Cuatro de las monedas eran doradas y muy pequeñas. Había escritas en ellas cosas que... que no pude leer, pero si me dierais un punzón para escribir... creo que podría...

—¿Esto es alguna clase de truco? —dijo el hombre gordo.

—Os aseguro que el muchacho no puede haber visto la habitación durante más de un segundo —dijo Vorbis —. Háblanos de las otras monedas, Brutha.

—Las otras monedas eran grandes. Eran de cobre. Eran derechmi de Efebia.

—¿Cómo lo sabes? No son nada comunes en la Ciudadela.

—Ya las había visto en una ocasión, mi señor.

—¿Cuándo fue?

El rostro de Brutha se frunció en una mueca de esfuerzo.

—No estoy seguro... —dijo.

El gordo miró a Vorbis y sonrió.

—Ja —dijo.

—Creo... —dijo Brutha— que fue por la tarde. Pero podría haber sido por la mañana. Alrededor de mediodía. El 3 de grune del año del Escarabajo Perplejo. Unos mercaderes vinieron a nuestra aldea.

—¿Qué edad tenías en aquel entonces? —preguntó Vorbis. —Me faltaba un mes para cumplir tres años, mi señor.

—No me lo creo —dijo el gordo.

La boca de Brutha se abrió y se cerró un par de veces. ¿Cómo lo sabía el gordo? ¡No había estado allí!

—Podrías estar equivocado, hijo mío —dijo Vorbis —. Eres un muchacho ya crecido de... ¿diecisiete, dieciocho años? Nos parece que realmente es imposible que te acuerdes de una moneda extranjera que viste durante unos momentos hace quince años.

—Pensamos que te lo estás inventando —dijo el gordo.

Brutha no dijo nada. ¿Por qué iba a inventarse lo que fuese? ¿Por qué inventárselo, cuando simplemente estaba sentado dentro de su cabeza?

—¿Puedes recordar todo lo que te ha ocurrido a lo largo de tu vida? —preguntó el hombre corpulento, que había estado observando a Brutha con atención durante todo el interrogatorio. Brutha se alegró de la interrupción.

—No, mi señor. Sólo la mayoría de las cosas.

—¿Olvidas cosas?

—Uh. A veces hay cosas de las que no me acuerdo.

Brutha había oído hablar del olvido, aunque le costaba imaginárselo. Pero había épocas de su vida, especialmente de los primeros años de ella, en las cuales no había... nada. No se trataba de un desgaste de la memoria, sino de grandes estancias cerradas con llave en la mansión de su recuerdo. No habían sido olvidadas, no más de lo que una habitación cerrada con llave cesa de existir, pero... cerradas con llave.

—¿Qué es lo primero que puedes recordar, hijo mío? —preguntó Vorbis afablemente.

—Había una luz intensa, y entonces alguien me pegó —dijo Brutha.

Los tres hombres lo miraron con ojos inexpresivos. Después se volvieron el uno hacia el otro. Brutha, a través de la congoja de su terror, oyó fragmentos de susurros.

«¿Qué podemos perder?» «Ridículo, y probablemente demoníaco...» «Hay muchas cosas en juego...» «Una posibilidad, y estarán esperando que nosotros...» Y así sucesivamente.

La mirada de Brutha recorrió la habitación.

El mobiliario no era una prioridad en la Ciudadela. Estanterías, taburetes, mesas... Entre los novicios corría el rumor de que los sacerdotes de lo más alto de la jerarquía tenían muebles de oro, pero aquí no había ni rastro de ellos. La estancia era tan severa como cualquier alojamiento de los novicios aunque poseía, quizá, una severidad más opulenta: más que la desnudez impuesta por la pobreza, lo que imperaba allí era una rigidez buscada.

—¿Hijo mío?

Brutha se apresuró a volver los ojos hacia el diácono. Vorbis miró a sus colegas. El hombre corpulento asintió.

El gordo se encogió de hombros.

—Ahora debes volver a tu dormitorio, Brutha —dijo Vorbis—. Antes de que te vayas, un sirviente te dará algo de comer y una bebida. Mañana al amanecer te presentarás en la Puerta de los Cuernos, y vendrás conmigo a Efebia. Habrás oído hablar de la delegación a Efebia, ¿no?

Brutha meneó la cabeza.

—Quizá no hay razón por la que hubieras debido —dijo Vorbis—. Vamos a hablar de asuntos políticos con el Tirano. ¿Entiendes? Brutha meneó la cabeza.

—Bien —dijo Vorbis —. Muy bien. Oh, y... ¿Brutha?

—¿Sí, mi señor?

—Olvidarás esta reunión. No has estado en esta habitación. No nos has visto aquí.

Brutha lo miró. Aquello no tenía ningún sentido. No podías olvidar cosas con sólo desearlo. Algunas cosas se olvidaban a sí mismas —las cosas que había dentro de aquellas habitaciones cerradas con llave—, pero eso era debido a algún mecanismo al cual él no podía acceder. ¿Qué querría decir aquel hombre?

—Sí, mi señor —dijo.

Parecía lo más sencillo.

Los dioses no tienen a nadie a quien rezarle.

El Gran Dios Om fue hacia la estatua más próxima, avanzando poco a poco con el cuello estirado mientras aquellas patas tan poco eficientes subían y bajaban frenéticamente. Daba la casualidad de que la estatua era él mismo como un toro pisoteando a un infiel, aunque eso no lo consoló demasiado.

Sólo era cuestión de tiempo antes de que el águila dejara de describir círculos y bajara en picado.

Om sólo llevaba tres años siendo una tortuga, pero junto con la forma había heredado una cierta reserva de instintos, y muchos de ellos giraban alrededor del terror más total y absoluto hacia la única criatura salvaje que había encontrado una manera de comer tortuga.

Los dioses no tienen nadie a quien rezarle.

Om estaba deseando que no fuera aquel el caso.

Pero todo el mundo necesita a alguien.

—¡Brutha!

Brutha no tenía muy claro cuál iba a ser su futuro inmediato. Era evidente que el diácono Vorbis lo había eximido de sus obligaciones como novicio, pero no tenía nada que hacer durante el resto de la tarde.

Gravitó hacia el huerto. Había matas de judías que atar, y Brutha agradeció que las hubiera. Con las judías siempre sabías qué terreno pisabas. No te decían que hicieras cosas imposibles, como por ejemplo olvidar.

Además, si iba a ausentarse durante una temporada, entonces tendría que cubrir los melones y explicarle unas cuantas cosas a Lu—Tze.

Lu—Tze iba incluido con los huertos.

Cada organización cuenta con alguien como él. Pueden estar manejando una escoba en oscuros pasillos, o vagando entre los estantes al fondo de las tiendas (donde son la única persona que sabe dónde está lo que sea) o mantener alguna clase de relación ambigua pero claramente esencial con el cuarto de calderas. Todo el mundo sabe quiénes son y nadie se acuerda de una época en la que no estuvieran allí, o sabe adónde van cuando no están, bueno, allí donde están habitualmente. De vez en cuando, ciertas personas ligeramente más observadoras que la inmensa mayoría de las personas, algo que pensándolo bien no es demasiado difícil, se paran a pensar en ellas... y después pasan a hacer alguna otra cosa.

Lo más curioso, en particular dado su silencioso deambular de huerto en huerto por toda la Ciudadela, era que Lu—Tze nunca demostraba mucho interés por las plantas. Lo suyo era el suelo, el estiércol, el abono, el polvo y el mantillo, y los medios de trasladar todas esas cosas de un sitio a otro. Generalmente estaba manejando una escoba, o removiendo un montón de abono. Una vez que alguien ha echado semillas en algo, deja de interesarse por ese algo.

Cuando Brutha entró en el huerto, Lu—Tze estaba rastrillando los senderos. El rastrillar senderos era algo que siempre se le había dado muy bien. Dejaba pequeñas pautas y delicadas curvas que resultaban muy relajantes.

Cuando andaba por ellos, Brutha siempre se sentía tentado de pedir disculpas por pisarlos.

Casi nunca hablaba con Lu—Tze, porque con Lu—Tze en realidad daba igual lo que se le dijera. El anciano siempre se limitaba a asentir y sonreía en cualquier caso.

—Estaré fuera durante algún tiempo —dijo Brutha, hablando en voz muy alta y articulando con claridad cada palabra—. Espero que envíen a algún otro para que cuide de los huertos, pero hay algunas cosas que es necesario hacer...

Asentimiento, sonrisa. El anciano lo siguió pacientemente a lo largo de las hileras mientras Brutha iba hablando de judías y de hierbas.

—¿Entiendes? —preguntó Brutha después de diez minutos de aquello.

Asentimiento, sonrisa. Asentimiento, sonrisa, seña con la mano.

—¿Qué?

Asentimiento, sonrisa, seña con la mano. Asentimiento, sonrisa, seña con la mano, sonrisa.

Lu—Tze fue con sus pasitos de cangrejo ermitaño hasta la pequeña área situada al fondo del huerto amurallado que contenía sus montículos, las tablas de las macetas y todos los otros cosméticos de la belleza hortícola. Brutha sospechaba que el anciano dormía allí.

Asentimiento, sonrisa, seña con la mano.

Junto a un rimero de palos para judías, un par de caballetes sostenían una mesa puesta al sol. La mesa estaba tapada con una esterilla de paja y encima de la esterilla había media docena de rocas puntiagudas, ninguna de las cuales tendría más de un palmo de altura.

Alrededor de ellas se habían dispuesto muy cuidadosamente unos cuantos palitos. Delgados trocitos de madera daban sombra a algunas partes de las rocas. Pequeños espejos metálicos dirigían la luz del sol hacia otras áreas.

Conos de papel situados en ciertos ángulos parecían estar canalizando la brisa hacia puntos muy precisos.

Brutha nunca había oído hablar del arte del bonsái, y de cómo se aplicaba a las montañas.

—Son... muy bonitas —dijo sin saber qué cara poner.

Asentimiento, sonrisa, coger una pequeña roca, tómala, tómala.

—Oh, de verdad yo no podría... Tómala, tómala. Sonrisa, asentimiento.

Brutha tomó la montañita. Tenía una extraña, irreal pesadez: a su mano le parecía que pesaba cosa de medio kilo, pero dentro de su cabeza pesaba miles de toneladas muy, muy pequeñas.

—Uh. Gracias. Muchísimas gracias.

Asentimiento, sonrisa, un cortés empujoncito con la mano.

—Es muy... montañosa. Asentimiento, sonrisa.

—Y eso de la cima en realidad no puede ser nieve, ¿verdad?

—¡Brutha!

Brutha se apresuró a levantar la cabeza. Pero la voz había venido de dentro.

Oh, no, pensó con abatimiento.

Empujó la montañita hacia las manos de Lu—Tze.

—Pero, esto, guárdamela, ¿sí?

—¡Brutha!

Todo aquello había sido un sueño, ¿verdad? Antes de que yo fuera importante y los diáconos me hablaran.

—¡No, no ha sido ningún sueño! ¡Ayúdame!

Los suplicantes se dispersaron cuando el águila hizo una pasada por encima del Lugar de Lamentación.

Después viró, a un par de metros del suelo, y se posó en la estatua del Gran Om Pisoteando al Infiel.

Era un ave magnífica, de un marrón dorado y con los ojos amarillos, y examinó a la multitud con inexpresivo desdén.

—¿Es una señal? —preguntó un hombre con una pata de palo.

—¡Sí! ¡Una señal! —dijo una mujer joven junto a él.

—¡Una señal!

Los suplicantes se congregaron alrededor de la estatua.

—Es una plaga con alas, eso es lo que es —dijo una vocecita desde algún lugar alrededor de sus pies.

—Pero ¿una señal de qué? —dijo un anciano que llevaba tres días acampado en el cuadrado.

—¿Qué quieres decir con «de qué»? ¡Es una señal! —dijo el hombre de la pata de palo —. No tiene por qué ser una señal de nada en concreto. Preguntar de qué es una señal es una clase de pregunta bastante sospechosa.

—Tiene que ser una señal de algo —dijo el anciano —. Eso es un como—se—llame referencial. Un gerundio, eso.

Podría ser un gerundio.

Una flaca figura apareció en el borde del grupo, moviéndose subrepticiamente pero con una sorprendente rapidez. Llevaba la djeliba de las tribus del desierto, pero debajo de su cuello había una bandeja suspendida de una tira. Encima de la bandeja había una ominosa sugerencia de cosas dulces y pegajosas cubiertas de polvo.

—Podría ser un mensajero del mismísimo Gran Dios —dijo la mujer.

—Es una maldita águila, eso es lo que es —dijo una voz resignada desde algún punto en la base de la estatua.

—¿Dátiles? ¿Higos? ¿Sorbetes? ¿Reliquias sagradas? ¿Indulgencias frescas? ¿Lagartos? ¿Un pinchito? —preguntó el hombre de la bandeja esperanzadamente.

—Pues yo creía que cuando El aparecía en el mundo lo hacía como un cisne o un toro —dijo el hombre de la pata de palo.

—¡Ja! —dijo la voz de la tortuga sin que nadie le hiciera caso.

—Eso siempre me ha extrañado un poco —dijo un joven novicio al fondo de la multitud—. Quiero decir que...Bueno, ya sabéis... ¿Cisnes? Están un poco... faltos de virilidad, ¿no?

—¡Así seas lapidado hasta morir por haber blasfemado! — chilló la mujer—. ¡El Gran Dios oye cada palabra irreverente que sale de tus labios!

—¡Ja! —desde debajo de la estatua. Y el hombre de la bandeja avanzó un poquito más con su paso aceitoso, diciendo: «¿Delicias klatchianas? ¿Avispas con miel? ¡Compradlas ahora que están frías!»

—Aunque no le falta algo de razón —dijo el anciano con una voz entre pesadísima e incontenible—. Lo que quiero decir es que hay algo muy divino en un águila. La reina de las aves, si no me equivoco.

—No es más que un pavo adornado —dijo la voz que hablaba desde debajo de la estatua—. Con un cerebro del tamaño de una nuez.

—Un ave muy noble, el águila. Y muy inteligente, además — dijo el anciano—. Un hecho interesante: las águilas son las únicas aves que han encontrado una manera de comer tortuga. ¿Lo sabíais? Las cogen, vuelan hasta muy alto y las dejan caer sobre las rocas. El impacto rompe la concha, y así es como las abren. Asombroso.

—Algún día —dijo una voz apagada desde abajo—, volveré a estar en forma y entonces lamentarás muchísimo haber dicho eso. Lo lamentarás durante muchísimo tiempo. Puede que incluso llegue al extremo de crear todavía más Tiempo sólo para que puedas lamentarlo dentro de él. O... No; te convertiré en una tortuga. A ver si te gusta, ¿eh? Ese silbido del viento alrededor de tu caparazón, el suelo que se va volviendo más grande a cada momento que pasa. ¡Eso sí sería un hecho interesante!

—Eso suena horrible —dijo la mujer, levantando la vista hacia la fija mirada del águila—. Me pregunto qué pasa por la cabeza de esa pobre criatura cuando la deja caer.

—Su caparazón, señora —dijo el Gran Dios Om, encogiéndose para tratar de meterse todavía un poco más hacia dentro del saliente de bronce.

El hombre de la bandeja parecía bastante abatido.

—Os diré lo que voy a hacer —murmuró —. Dos bolsitas de dátiles azucarados por el precio de una, ¿qué os parece? Y conste que eso es cortarme la mano que me da de comer.

La mujer miró la bandeja.

—¡Pero si hay moscas encima de todo! —dijo.

—Son pasitas, señora.

—¿Y entonces por qué se van volando? —quiso saber la mujer. El hombre bajó la mirada. Volvió a alzar los ojos hacia el rostro de la mujer.

—¡Un milagro! —exclamó, manoteando dramáticamente —. ¡El tiempo de los milagros ha llegado!

El águila se removió nerviosamente.

Reconocía a los humanos únicamente como secciones móviles del paisaje que, durante la estación en que las ovejas eran llevadas a pastar en lo alto de las colinas, podían ir asociadas al lanzamiento de piedras cuando el águila caía en picado sobre el corderito recién nacido, pero que por lo demás tenían tan poca importancia en el gran plan del mundo como los matorrales y las rocas. Pero el águila nunca había estado tan cerca de tantos de ellos. Sus ojos enloquecidos se movieron de un lado a otro.

En ese momento las trompetas resonaron a través del Lugar. El águila miró frenéticamente en torno a ella, forzando al máximo su diminuta mente depredadora en un intento de asimilar aquella repentina sobrecarga.

Alzó el vuelo. Los devotos trataron de apartarse de su camino mientras el águila caía en picado sobre las losas y después se elevaba majestuosamente hacia las torretas del Gran Templo y el caliente cielo.

Por debajo de ella, las puertas del Gran Templo, cada una de las cuales había sido hecha con cuarenta toneladas de bronce sobredorado, fueron abiertas por el hálito (se decía) del Gran Dios, y giraron sobre sus goznes pesada y —y esta era la parte sagrada— silenciosamente.

Las enormes sandalias de Brutha subían y bajaban sobre las losas. Brutha siempre invertía mucho esfuerzo en el correr; corría desde las rodillas hacia abajo, con las pantorrillas moviéndose como las ruedas de paletas de un gran barco fluvial.

Aquello era demasiado. Había una tortuga que decía que era el Dios, y eso no podía ser verdad excepto porque tenía que ser verdad, debido a lo que la tortuga sabía. Y Brutha había sido puesto a prueba por la Quisición. O algo por el estilo. En cualquier caso, no había sido tan doloroso como se le había inducido a esperar.

—¡Brutha!

El cuadrado, que solía hallarse animado por el susurro de un millar de plegarias, había quedado en silencio.

Todos los peregrinos se habían vuelto hacia el Templo.

Brutha, la mente hirviendo con los acontecimientos del día, se abrió paso a través de la súbitamente silenciosa multitud...

—¡Brutha!

Las personas disponen de amortiguadores de la realidad.

Es un hecho generalmente conocido por todos que nueve décimas partes del cerebro no se utilizan y, como la mayoría de los hechos generalmente conocidos por todos, también es falso. Ni siquiera el Creador más estúpido se tomaría la molestia de hacer que la cabeza humana fuese por el mundo cargando con un par de kilos de gelatina grisácea innecesaria si el único propósito real de dicha gelatina fuese, por ejemplo, servir de exquisitez gastronómica a ciertas tribus remotas que viven en valles todavía no explorados. Esas nueve décimas partes del cerebro sí que son utilizadas. Y una de sus funciones es hacer que lo milagroso parezca corriente y convertir lo desusado en usual.

Porque si no fuera así, entonces los seres humanos, enfrentados a la diaria prodigiosidad de todo, irían por ahí luciendo enormes sonrisas de imbecilidad similares a las que lucen los nativos de ciertas tribus remotas cuando las autoridades llevan a cabo una de sus incursiones ocasionales e inspeccionan el contenido de sus invernaderos de plástico verde. Siempre estarían diciendo «¡Ostras!». Y nadie trabajaría mucho.

A los dioses no les gusta que las personas no trabajen mucho. Las personas que no están ocupadas continuamente pueden empezar a pensar.

Una parte del cerebro existe para evitar que esto ocurra. Es muy eficiente. Puede hacer que una persona experimente aburrimiento en mitad de auténticas maravillas. Y el de Brutha estaba trabajando a un ritmo febril.

Por eso Brutha no se percató de inmediato de que había atravesado la última fila de peregrinos y había trotado hasta el centro de una ancha avenida, hasta que se volvió y vio venir a la procesión.

El cenobiarca volvía a sus aposentos, después de haber celebrado — o al menos de haber cabeceado distraídamente mientras su capellán se encargaba de celebrarlo por él— el servicio vespertino.

Brutha giró en redondo, buscando alguna escapatoria. Entonces hubo una tos junto a él y Brutha se encontró alzando la mirada hacia las furiosas caras de un par de soyes menores y, entre ellas, la expresión desconcertada y geriátricamente afable del cenobiarca en persona.

El anciano levantó la mano para bendecir a Brutha con los cuernos sagrados, y después dos miembros de la Legión Divina sujetaron por los codos al novicio y, al segundo intento, lo sacaron rápidamente de la ruta que iba a seguir la procesión y lo lanzaron hacia la multitud.

—¡Brutha!

Brutha cruzó corriendo la plaza hasta llegar a la estatua y se apoyó en ella, jadeando.

—¡Voy a ir al infierno! —murmuró —. ¡Para toda la eternidad!

—¿Ya quién le importa eso? Y ahora... sácame de aquí. —Nadie le estaba prestando ninguna atención. Todos estaban contemplando la procesión. El mero acto de ver pasar la procesión ya era sagrado. Brutha se arrodilló y atisbo por entre las volutas que envolvían la base de la estatua. Un ojo vidrioso le devolvió la mirada.

—¿Cómo has conseguido meterte ahí?

—Por los pelos, créeme —dijo la tortuga —. Te aseguro que cuando vuelva a estar en forma, las águilas serán rediseñadas muy a fondo.

—¿Qué está tratando de hacerte el águila? —preguntó Brutha.

—Quiere llevarme a su nido y darme de cenar —gruñó la tortuga—. ¿Qué crees que quiere hacer? —Luego hubo una corta pausa durante la que Om meditó en la futilidad del sarcasmo en presencia de Brutha: emplear el sarcasmo con él era como lanzarle merengues a un castillo —. Quiere comerme —añadió.

—¡Pero eres una tortuga!

—¡Soy tu Dios!

—Pero actualmente en la forma de una tortuga. Con una concha puesta, quiero decir.

—Eso a las águilas les da igual —dijo la tortuga sombríamente—. Te cogen, te suben hasta unos doscientos metros de altura y después... te dejan caer.

—Urrgh.

—No. Más bien... catacrac... y chof. ¿Cómo crees que he entrado aquí?

—¿Te dejaron caer? Pero...

—Caí sobre un montón de desperdicios en vuestro huerto. Las águilas son así, chico. Un lugar entero hecho de roca y pavimentado con roca encima de una gran roca, y van y fallan el blanco.

—Qué suerte. Una posibilidad entre un millón —dijo Brutha. —Nunca tuve estos problemas cuando era un toro —dijo la tortuga—. El número de águilas capaces de alzar el vuelo cargando con un toro puede contarse con los dedos de una cabeza. Y de todas maneras, aquí hay cosas peores que las águilas. Hay un...

—Estos bichos son muy sabrosos, sabes —dijo una voz detrás de Brutha.

Brutha se apresuró a levantarse, tortuga en mano y expresión de culpabilidad.

—Oh, hola, señor Dhblah —dijo.

En la ciudad todo el mundo conocía a Me—Corto—La—Mano Dhblah, suministrador de reliquias sagradas sospechosamente nuevas, golosinas sospechosamente viejas y rancias pinchadas en un palito, e higos grumosos que habían dejado muy atrás la fecha de caducidad. Dhblah era una especie de fuerza natural, igual que el viento.

Nadie sabía de dónde venía o adónde iba por la noche. Pero cada amanecer estaba allí, vendiendo cosas pegajosas a los peregrinos. Y los sacerdotes pensaban que obraba muy sabiamente actuando de aquella manera, porque la inmensa mayoría de los peregrinos habían venido allí por primera vez y por consiguiente carecían del requisito esencial necesario a la hora de tratar con Dhblah, que era la experiencia de haber tratado antes con él. El espectáculo de alguien que intentaba despegar una mandíbula de otra sin perder la dignidad era muy familiar en el Lugar. Más de un devoto peregrino, después de mil kilómetros de peligroso viaje, se veía obligado a formular su petición en el lenguaje de signos.

—¿Te apetece sorbete como postre? —preguntó Dhblah—. Sólo un céntimo el vaso, y conste que a ese precio me estoy cortando la mano que me da de comer.

—¿Quién es este imbécil? —preguntó Om.

—No voy a comérmela —se apresuró a decir Brutha.

—¿Vas a enseñarle algún truco, entonces? —dijo Dhblah con expresión dubitativa—. ¿Saltar a través de aros, esa clase de cosas?

—Líbrate de él —dijo Om—. Fulmínalo en la cabeza, qué sé yo, y esconde el cuerpo detrás de la estatua.

—¡Calla! —ordenó Brutha, comenzando a experimentar una vez más los problemas que surgen cuando estás hablando con alguien a quien nadie más puede oír.

—Hombre, tampoco hay por qué ponerse así —dijo Dhblah.

—No estaba hablando con usted —dijo Brutha.

—Hablabas con la tortuga, ¿verdad? —dijo Dhblah, y Brutha puso cara de que lo habían pillado—. Mi mami solía hablar con un jerbo —siguió diciendo Dhblah—. Los animalitos de compañía siempre son una gran ayuda en épocas de estrés. Y en épocas de escasez de alimentos también, por supuesto.

—Este hombre no es honrado —dijo Om—. Puedo leer su mente.

—¿Puedes?

—¿Que si puedo qué? —dijo Dhblah, ladeando la cabeza y mirando fijamente a Brutha—. Bueno, en todo caso te hará compañía durante el viaje.

—¿Qué viaje?

—A Efebia. La misión secreta para hablar con el infiel.

Brutha sabía que no debía sorprenderse. Las noticias circulaban por el mundo de la Ciudadela más deprisa que un incendio de las praderas después de una sequía.

—Oh —dijo —. Ese viaje.

—Dicen que Fri'it va a ir —dijo Dhblah—. Y... ese otro. La eminencia grasienta.

—El diácono Vorbis es una persona encantadora —dijo Brutha—. Ha sido muy bueno conmigo. Me dio algo de beber.

—¿Qué exactamente? Da igual —dijo Dhblah—. Claro que yo nunca diría una palabra contra él, eso por descontado —se apresuró a añadir.

—¿Por qué estás hablando con este estúpido? —quiso saber Om.

—Es... un amigo mío —dijo Brutha.

—Ojalá fuera amigo mío —dijo Dhblah—. Con amigos como Vorbis, nunca puedes tener enemigos. ¿Puedo tentarte con una sultana caramelizada? ¿Un pinchito?

Había otros veintitrés novicios en el dormitorio de Brutha, basándose en el principio de que dormir solo alentaba el pecado. Eso siempre dejaba un tanto perplejos a los novicios, dado que un momento de reflexión sugería que había gamas enteras de pecados que sólo estaban disponibles cuando tenías compañía. Pero eso se debía a que un momento de reflexión era el mayor de todos los pecados. Las personas a las que se permitía estar solas durante demasiado tiempo podían caer en la cavilación solitaria. Todo el mundo sabía que eso frenaba el crecimiento. Para empezar, podía hacer que te cortaran los pies.

Por eso Brutha tuvo que retirarse al huerto, con su Dios chillándole desde el bolsillo de su túnica, donde estaba siendo pinchado por un ovillo de cordel para atar matas, unas tijeras de podar y unas cuantas semillas sueltas.

Finalmente fue extraído del bolsillo.

—Mira, no he tenido ocasión de contártelo —dijo Brutha—. He sido elegido para formar parte de una misión muy importante. Voy a ir a Efebia, en una misión a los infieles. El diácono Vorbis me escogió. Es mi amigo.

—¿Quién es ese?

—Es el exquisidor jefe. Se... asegura de que eres adorado como es debido.

Om percibió el titubeo en la voz de Brutha, y se acordó de la reja. Y de todo el ajetreo que había debajo de ella...

—Tortura a las personas —dijo con voz gélida.

—¡Oh, no! Eso lo hacen los inquisidores. Y además trabajan un montón de horas por no demasiado dinero, o eso dice el hermano Nhumrod. No, los exquisidores sólo... organizan las cosas. El hermano Nhumrod dice que todo inquisidor quiere llegar a ser exquisidor algún día. Por eso aguantan el tener que estar de guardia a todas horas. A veces pasan días enteros sin dormir.

—Torturando personas —dijo el Dios pensativamente. No, una mente como la de aquel hombre del huerto nunca cogería un cuchillo. Otros se encargarían de hacer eso por él. Vorbis disfrutaría con otros métodos.

—Les sacan la maldad y la herejía que llevan dentro —dijo Brutha.

—Pero las personas... quizá... ¿no sobreviven al proceso? — Pero eso no tiene importancia —se apresuró a decir Brutha—. Lo que nos sucede en esta vida no es realmente real. Puede que haya un poco de dolor, pero eso no tiene importancia. No si asegura menos tiempo en los infiernos después de la muerte.

—Pero ¿y si los exquisidores se equivocan? —preguntó la tortuga.

—No pueden equivocarse —dijo Brutha—. Son guiados por la mano de... por tu mano... tu pata delantera...quiero decir, tu uña —farfulló.

El único ojo de la tortuga parpadeó. Se estaba acordando del calor del sol, de la impotencia, y de una cara que la observaba no con ninguna crueldad sino, peor aún, con interés. Alguien viendo morir a algo sólo para averiguar cuánto tardaba. Recordaría esa cara en cualquier sitio. Y la mente que había detrás de ella, aquella mente que era como una bola de acero.

—Pero supón que algo fuese mal —insistió.

—No entiendo mucho de teología —dijo Brutha —. Pero el testamento de Ossory es muy claro al respecto.

Tienen que haber hecho algo, porque de otra manera tú en tu sabiduría no conducirías a la Quisición hacia ellos.

—¿De veras? —dijo Om, todavía pensando en aquella cara—. Entonces ellos tienen la culpa de que los torturen. ¿Realmente dije eso?

—«Somos juzgados en la vida igual que lo somos en la muerte...» Ossory III, capítulo VI, versículo 56. Mi abuela decía que cuando la gente muere y tiene que comparecer ante ti, antes atraviesa un desierto terrible y luego tú pesas su corazón en unas balanzas —dijo Brutha—. Y si el corazón pesa menos que una pluma, entonces se salvan de los infiernos.

—Santo yo —dijo la tortuga. Y añadió—: Muchacho, ¿se te ha ocurrido pensar que yo podría no ser capaz de hacer todo eso y además estar paseándome por aquí abajo con un caparazón puesto?

—Tú podrías hacer todo lo que quisieras —dijo Brutha.

Om alzó el ojo hacia Brutha.

Realmente cree, pensó. No sabe cómo mentir. La intensidad de la fe de Brutha quemaba como una llama.

—Tienes que llevarme a ese sitio que llaman Efebia —dijo con voz apremiante.

—Haré cualquier cosa que tú quieras que haga —respondió Brutha —. ¿Vas a purificarlo con la pezuña y la llama?

—Podría ser, podría ser —dijo Om —. Pero tienes que llevarme contigo. —Estaba tratando de mantener calmados sus pensamientos más íntimos, por si acaso Brutha los oía. «¡No me dejes tirado aquí!»

—Pero podrías llegar allí mucho más deprisa si te dejara —dijo Brutha —. En Efebia son muy perversos.

Cuanto más pronto sea limpiado, tanto mejor. Podrías dejar de ser una tortuga y volar allí como un viento abrasador y purificar la ciudad.

Un viento abrasador, pensó Om. Y la tortuga pensó en la desolación silenciosa de las profundidades del desierto, y en el parloteo y los suspiros de los dioses que se habían desvanecido para terminar siendo meros genios y voces en el aire.

Dioses que ya no tenían creyentes.

Ni siquiera uno. Con uno solo bastaba.

Dioses que habían sido superados.

Y lo en verdad importante de la llama de la fe de Brutha era esto: en toda la Ciudadela, en todo el día, era la única que había encontrado el Dios.

Fri'it estaba tratando de rezar.

Llevaba mucho tiempo sin hacerlo.

Oh, por supuesto que estaban las ocho plegarias obligatorias de cada día, pero en la hora más tenebrosa de la noche Fri'it las reconocía como lo que realmente eran. Un hábito. Un momento para la reflexión, quizá. Y un método de medir el tiempo.

Se preguntó si había rezado alguna vez, si había abierto nunca su corazón y su mente a algo allí fuera, o allí arriba. Tenía que haberlo hecho, ¿verdad? Quizá cuando era joven. Ni siquiera podía acordarse. La sangre había disuelto los recuerdos.

La culpa era suya. Tenía que serlo. Ya había estado en Efebia antes, y la ciudad de mármol blanco edificada sobre su roca que dominaba el azul Mar del Círculo le había gustado bastante. Y había visitado Djelibeybi, aquellos locos en su pequeño valle fluvial que creían en dioses con cabezas raras y metían a sus muertos en pirámides. Incluso había estado en la lejana Ankh—Morpork, al otro lado del agua, donde estaban dispuestos a rendir culto a cualquier deidad con tal de que él o ella tuviera dinero. Sí, Ankh—Morpork, donde había calles y más calles de dioses, tan pegados los unos a los otros como las cartas en una baraja. Y ninguno de ellos quería prender fuego a ningún otro, o al menos no más de lo que era normalmente el caso en Ankh—Morpork. Sólo querían que los dejaran en paz, para que todo el mundo pudiera ir al cielo o al infierno a su manera.

Y esta noche había bebido mucho, de una reserva secreta de vino cuyo descubrimiento haría que fuese entregado a la maquinaria de los exquisidores en cosa de diez minutos.

Eso había que reconocérselo al viejo Vorbis. Hubo un tiempo en el que la Quisición era sobornable, pero aquello se acabó. El jefe exquisidor había vuelto a lo realmente básico. Ahora había una democracia de cuchillos afilados. Mejor que eso, de hecho. La búsqueda de la herejía se llevaba a cabo todavía más vigorosamente entre los niveles superiores de la Iglesia. Vorbis lo había dejado muy claro: cuanto más subías por el árbol, menos afilada tenía que ser la sierra.

Dadme esa religión de los viejos tiempos...

Volvió a cerrar los ojos, y lo único que pudo ver fue los cuernos del Templo, o sugerencias fragmentadas de la carnicería inminente, o... la cara de Vorbis.

Le había gustado aquella ciudad blanca.

Incluso los esclavos estaban razonablemente satisfechos. Había reglas sobre los esclavos. Había cosas que no podías hacerles a los esclavos. Los esclavos tenían un valor.

Allí había sabido de la Tortuga. Todo había parecido encajar. Suena lógico, había pensado. Tiene sentido. Pero con sentido o sin él, ese pensamiento lo estaba enviando al infierno.

Vorbis sabía de él. Tenía que saberlo. Había espías por todas partes. Sasho había sido útil. ¿Cuánto le había sacado Vorbis? ¿Había dicho Sasho lo que sabía? Por supuesto que habría dicho lo que sabía...

Algo se rompió dentro de Fri'it.

Miró su espada, colgada en la pared.

¿Y por qué no? Después de todo, iba a pasar toda la eternidad en un millar de infiernos...

El conocimiento era libertad, de cierta clase. Cuando lo mínimo que podían hacerte era todo, entonces lo máximo que podían hacerte dejaba de inspirar terror. Si lo iban a hervir por un cordero, ya puestos bien podían asarlo por una oveja.

Se levantó torpemente y, después de un par de intentos, descolgó el cinto de la espada de la pared. Los aposentos de Vorbis no quedaban muy lejos, si conseguía salvar los escalones. Un solo golpe, bastaría con eso.

Podía cortar en dos a Vorbis sin necesidad de esforzarse demasiado. Y quizá... quizá después no ocurriría nada.

Había otros que pensaban como él... en algún sitio. O, en todo caso, siempre podía bajar a los establos, estar muy lejos cuando amaneciera, llegar a Efebia, tal vez, atravesando el desierto.

Llegó a la puerta y buscó el pomo con manos torpes.

Este giró por sí solo.

Fri'it retrocedió tambaleándose mientras la puerta se abría hacia dentro.

Vorbis estaba de pie en el umbral. A la luz temblorosa de la lámpara de aceite, su rostro mostraba una cortés preocupación.

—Disculpad lo tardío de la hora, señor —dijo—. Pero he pensado que deberíamos hablar. Sobre mañana.

La espada cayó de la mano de Fri'it.

Vorbis se inclinó hacia adelante.

—¿Va todo bien, hermano? —preguntó.

Sonrió y entró en la habitación. Dos exquisidores encapuchados entraron detrás de él.

—Hermano —volvió a decir Vorbis. Y cerró la puerta.

—¿Qué tal se va ahí dentro? —preguntó Brutha.

—Voy a hacer más ruido que un guisante dentro de una olla —gruñó la tortuga.

—Podría poner un poco más de paja. Y, mira, tengo esto.

Un montón de cosas verdes cayeron sobre la cabeza de Om.

—De la cocina —dijo Brutha—. Mondas y repollo. Lo he robado — añadió—, pero después pensé que si lo hago por ti no puedo estar robando.

El fétido olor de las hojas medio podridas sugería que Brutha había cometido su crimen cuando las hortalizas ya iban de camino al estercolero, pero Om no lo dijo. No era el momento más apropiado.

—Claro —farfulló.

Tenía que haber otros, se dijo. Por supuesto. En el campo. Este lugar es demasiado sofisticado. Pero... había habido todos aquellos peregrinos enfrente del Templo. Aquellos no eran meros campesinos, sino los más devotos.

Aldeas enteras juntaban sus recursos para enviar a una persona que llevaría las peticiones de muchos. Pero no había habido la llama. Había habido miedo, y anhelo, y esperanza. Todas esas emociones tenían su sabor. Pero no había habido la llama.

El águila lo había dejado caer cerca de Brutha. Y al caer Om había... despertado. Podía recordar confusamente todo aquel tiempo pasado como una tortuga, y ahora recordaba haber sido un dios. ¿Hasta qué distancia de Brutha seguiría recordándolo? ¿A un kilómetro? ¿A diez kilómetros? ¿Cómo sería... sentir que el conocimiento se iba escurriendo de su mente, empequeñeciéndolo hasta que no fuese más que un insignificante reptil? Quizá habría una parte de él que siempre recordaría, impotentemente... Se estremeció.

En el momento actual Om era una caja de mimbre que colgaba del hombro de Brutha. La cesta no habría sido cómoda ni en las mejores circunstancias, pero ahora se estremecía ocasionalmente cada vez que Brutha pateaba el suelo con los pies para combatir el frío de antes del amanecer.

Pasado un rato llegaron algunos mozos de cuadra de la Ciudadela, con caballos. Brutha recibió unas cuantas miradas extrañadas. Les sonrió a todos. Parecía lo mejor que se podía hacer.

Empezaba a tener hambre, pero no se atrevía a abandonar su puesto. Le habían dicho que estuviera allí. Pero pasado un rato, los sonidos procedentes de detrás de la esquina hicieron que se desplazara unos cuantos metros para ver qué estaba ocurriendo.

El patio de aquella sección dibujaba una U alrededor de un ala de los edificios de la Ciudadela, y detrás de la esquina parecía como si otro grupo se estuviera preparando para emprender la marcha.

Los camellos no eran algo nuevo para Brutha. Había habido un par en la aldea de su abuela. Pero allí parecía haber centenares de ellos, quejándose como bombas mal engrasadas y oliendo como un millar de alfombras húmedas. Hombres vestidos con djelibas iban y venían por entre ellos y de vez en cuando los golpeaban con palos, que es el método aprobado de manejar a los camellos.

Brutha fue hacia el animal más próximo. Un hombre estaba sujetando cantimploras alrededor de su joroba.

—Buenos días, hermano —dijo Brutha.

—Vete a tomar viento —dijo el hombre sin volverse.

—El profeta Abismo nos dice (capítulo XXV, versículo 6): «Ay de aquel que profana su boca con maldiciones, pues sus palabras serán como polvo» —dijo Brutha.

—¿Eso dice? Bueno, pues él también se puede ir a tomar viento — dijo el hombre en un afable tono conversacional.

Brutha titubeó. Técnicamente, por supuesto, aquel hombre acababa de adquirir la posesión de un millar de infiernos y uno o dos meses de atenciones de la Quisición, pero ahora Brutha podía ver que era un miembro de la Legión Divina: entre las vestimentas del desierto había una espada medio escondida.

Y además tenías que ser un poco indulgente con los legionarios, de la misma manera en que tenías que serlo con los exquisidores. Su a menudo íntimo contacto con los impíos afectaba a sus mentes y ponía en peligro mortal a sus almas. Brutha decidió ser magnánimo.

—¿Y adónde vas a ir con todos esos camellos esta preciosa mañana, hermano?

El soldado ajustó una correa.

—Probablemente al infierno —dijo con una sonrisa sarcástica —. Justo detrás de ti.

—¿De veras? Según las palabras del profeta Ishkible, en verdad que un hombre no necesita ningún camello para llegar al infierno, ni caballo ni mula; porque un hombre puede ir al infierno cabalgando sobre su lengua —dijo Brutha, permitiendo que un leve temblor de desaprobación se infiltrara en su voz.

—¿Algún viejo profeta ha dicho algo sobre los bastardos entrometidos que acaban consiguiendo que les calienten las orejas a puñetazos? —preguntó el soldado.

—«Ay de aquel que alce su mano contra su hermano, tratándolo como haría con un infiel» —dijo Brutha—.

Eso es de Ossory, Preceptos XI, versículo 16.

—«No me toques más las narices y olvida que nos has visto porque de lo contrario te encontrarás metido en un buen lío, amigo mío». Sargento Aktar, capítulo I, versículo 1 —dijo el soldado.

Brutha frunció el ceño. De aquel sí no se acordaba.

—Vete —dijo la voz del Dios dentro de su cabeza—. No te busques problemas.

—Espero que tu viaje resulte agradable —dijo Brutha cortésmente —. Cualquiera que sea el destino.

Retrocedió y fue hacia la puerta.

—Un hombre que tendrá que pasar algún tiempo en los infiernos correctores, si es que yo entiendo de esas cosas —dijo. El dios no dijo nada.

El grupo que iría a Efebia estaba empezando a congregarse. Brutha se hizo a un lado y trató de no estorbar. Vio a una docena de soldados montados, pero a diferencia de los jinetes de los camellos, estos llevaban la reluciente cota de láminas y las capas negras y amarillas que normalmente sólo eran lucidas por los legionarios en ocasiones especiales. Brutha pensó que tenían un aspecto muy impresionante.

Y al final, uno de los sirvientes del establo fue hacia él.

—¿Qué estás haciendo aquí, novicio? —quiso saber.

—Voy a ir a Efebia —dijo Brutha.

El hombre lo miró y después sonrió.

—¿Tú? ¡Pero si ni siquiera has sido ordenado! ¿Vas a ir a Efebia?

—Sí.

—¿Qué te hace pensar eso?

—El hecho de que yo le dije que iría a Efebia —dijo la voz de Vorbis, detrás del hombre—. Y aquí está, del todo obediente a mis deseos.

Brutha se encontraba lo bastante cerca del hombre para verle bien la cara. El cambio que tuvo lugar en su expresión fue como ver una ondulación de grasa atravesando un estanque. Después el sirviente de los establos se volvió como si tuviera los pies clavados a un torno.

—Mi señor Vorbis —dijo untuosamente.

—Y ahora necesitará una montura —dijo Vorbis.

El rostro del encargado de los establos se había puesto amarillo de puro miedo.

—Será un placer. El mejor corcel que hay en el est...

—Mi amigo Brutha es un hombre humilde ante Om —dijo Vorbis —. No pedirá más que una mula, de eso no me cabe ninguna duda. ¿Brutha?

—Yo... no sé montar, mi señor —dijo Brutha.

—Cualquier hombre puede montar una mula —repuso Vorbis —. A menudo, hasta puede montarla muchas veces en una distancia bastante corta. Y ahora, se diría, ¿estamos todos aquí?

Dirigió un enarcamiento de ceja al sargento de la guardia, quien saludó.

—Esperamos al general Fri'it, mi señor —dijo.

—Ah. Sargento Simonía, ¿no?

Vorbis tenía una memoria tremenda para los nombres. Se los sabía todos. El sargento palideció un poco, y después saludó marcialmente.

—¡Sí! ¡Señor!

—Partiremos sin el general Fri'it —dijo Vorbis.

La P de «Pero» se enmarcó a sí misma en los labios del sargento, y allí se desvaneció.

—El general Fri'it tiene otros asuntos que atender —dijo Vorbis—. Asuntos muy urgentes y de la máxima importancia. Sólo él puede atenderlos.

Fri'it abrió los ojos en un espacio gris.

Podía ver la habitación alrededor de él, pero sólo borrosamente y como una serie de contornos trazados en el aire.

La espada...

Había dejado caer la espada, pero quizá podría volver a encontrarla. Dio un paso adelante, sintiendo una tenue resistencia alrededor de los tobillos, y miró hacia abajo.

Allí estaba la espada. Pero sus dedos pasaron a través de ella. Era como estar borracho, pero Fri'it sabía que no estaba borracho. Ni siquiera estaba sobrio. Estaba... súbitamente muy despejado.

Se volvió y contempló la cosa que había obstaculizado brevemente su avance.

—Oh —dijo.

—BUENOS DÍAS.

—Oh.

—AL PRINCIPIO SIEMPRE HAY UN POCO DE CONFUSIÓN. ES DE ESPERAR.

Fri'it, horrorizado, vio cómo la alta figura negra atravesaba el muro gris.

—¡Espera!

Una calavera envuelta en una capucha negra asomó del muro.

—¿SÍ?

—Eres la Muerte, ¿verdad?

—CIERTAMENTE.

Fri'it hizo acopio de lo que quedaba de su dignidad.

—Te conozco —dijo —. Me he enfrentado a ti muchas veces.

La Muerte lo miró en silencio durante unos momentos que se hicieron muy largos.

—NO, NO LO HAS HECHO —dijo finalmente.

—Te aseguro que...

—TE HAS ENFRENTADO A HOMBRES. SI TE HUBIERAS ENFRENTADO A MÍ, TE ASEGURO QUE... LO HABRÍAS SABIDO.

—Pero ¿qué me va a ocurrir ahora?

La Muerte se encogió de hombros.

—¿NO LO SABES? —dijo, y desapareció.

—¡Espera!

Fri'it fue corriendo hacia el muro y se sorprendió al descubrir que no presentaba ninguna barrera. Se encontraba en un pasillo vacío. La Muerte se había esfumado.

Y entonces se dio cuenta de que aquel no era el pasillo que recordaba, con sus sombras y la aspereza de la arena debajo de sus pies.

Aquel pasillo no tenía un resplandor al final, uno que tiraba de él tan irresistiblemente como un imán tira de una limadura de hierro.

No podías aplazar lo inevitable. Porque tarde o temprano, llegabas al sitio al que lo inevitable simplemente iba y te esperaba allí.

Y aquello era lo inevitable.

Fri'it atravesó el resplandor para salir a un desierto. El cielo estaba oscuro y tachonado de grandes estrellas, pero aun así la negra arena que se perdía en la lejanía estaba brillantemente iluminada.

Un desierto. Después de la muerte, un desierto. El desierto. Nada de infiernos, todavía. Quizá hubiese esperanza.

Se acordó de una canción de su infancia. Curiosamente, aquella canción no hablaba de fulminar y aniquilar.

Nadie era pisoteado. No era una canción sobre Om, temible en Su rabia. Era una simple cancioncilla de confección casera, aterradora en su simple y melancólica repetición.

«Tendrás que ir a un desierto solitario...»

—¿Dónde está este lugar? —preguntó con voz enronquecida.

—NO ES NINGÚN LUGAR.

«Tendrás que recorrerlo tú solo...»

—¿Qué hay al final del desierto?

—EL JUICIO.

«Nadie puede recorrerlo por ti...»

Fri'it contempló aquel arenal interminable.

—¿Y he de cruzarlo solo? —murmuró —. Pero la canción dice que es el desierto terrible...

—¿SÍ? Y AHORA, SI ME DISCULPAS...

La Muerte se esfumó.

Fri'it respiró hondo, puramente por la fuerza de la costumbre. Quizá podría encontrar un par de rocas allá fuera.

Una roca pequeña que sostener y una roca grande detrás de la que esconderse, mientras esperaba la llegada de Vorbis...

Y ese pensamiento también era pura costumbre. ¿Venganza? ¿Aquí? Sonrió.

No seas bobo, hombre. Eras un soldado. Esto es un desierto. En vida atravesaste unos cuantos.

Y sobreviviste aprendiendo cómo eran. Hay tribus enteras que saben cómo vivir en las peores clases de desierto. Lamiendo agua del lado de las dunas en que hay sombra, esa clase de cosas... Lo consideran su hogar.

Ponías en un huerto lleno de verdor y pensarían que estabas loco.

El recuerdo llegó por sí solo: un desierto es lo que tú crees que es. Y ahora, puedes pensar con claridad...

Allí no había mentiras. Todas las fantasías se desvanecían. Eso era lo que ocurría en todos los desiertos. Sólo estabas tú, y aquello en lo que creías.

¿Qué es lo que he creído siempre? Que en conjunto, y básicamente, si un hombre vivía como era debido, no según lo que dijera cualquier sacerdote, sino según lo que parecía honesto y decente dentro, entonces al final, más o menos, todo saldría bien.

No podías poner eso en un estandarte. Pero el desierto ya no parecía tan terrible.

Fri'it echó a andar.

La mula era pequeña y Brutha tenía las piernas muy largas: si se hubiese molestado en hacer el esfuerzo, habría podido permanecer de pie y dejar que la mula saliera trotando de debajo de él.

El orden de marcha no era el que algunos hubiesen podido esperar. El sargento Simonía y sus soldados iban delante, a cada lado del camino.

Eran seguidos por los sirvientes, secretarios y sacerdotes menores. Vorbis iba en último lugar, allí donde un exquisidor cabalgaba por derecho propio, como un pastor que cuidara de su rebaño.

Brutha cabalgaba junto a él. Era un honor que hubiese preferido evitar. Brutha era una de esas personas capaces de sudar en un día de ventisca, y el polvo se iba depositando sobre él como una piel rugosa. Pero Vorbis parecía derivar una cierta diversión de su compañía. De vez en cuando le hacía preguntas:

—¿Cuántas leguas hemos recorrido, Brutha?

—Cuatro leguas y siete estadios, señor.

—Pero ¿cómo lo sabes?

Esa era una pregunta a la que Brutha no podía responder. ¿Cómo sabía que el cielo era azul? Simplemente era algo dentro de su cabeza. No podías pensar en cómo pensabas. Era como abrir una caja con la palanqueta que había dentro de ella.

—¿Y cuánto tiempo llevamos viajando?

—Un poco más de setenta y nueve minutos.

Vorbis rió. Brutha se preguntó por qué. El misterio no era por qué él recordaba, sino por qué todos los demás parecían olvidar.

—¿Tus padres poseían esta notable facultad?

Hubo un silencio.

—¿También eran capaces de hacerlo? —preguntó Vorbis pacientemente.

—No lo sé. Sólo estaba mi abuela. Tenía... una buena memoria. Para algunas cosas. —Las transgresiones, ciertamente—. Y muy buena vista y oído. —Lo que su abuela en apariencia era capaz de ver u oír a través de dos paredes, recordaba Brutha, sólo podía calificarse de fenomenal.

Brutha se volvió con cautela sobre la silla de montar. Una nube de polvo flotaba encima del camino a cosa de una legua por detrás de ellos.

—Ahí viene el resto de los soldados —dijo, sólo por conversar.

Aquello pareció sorprender a Vorbis. Quizá fuese la primera vez en años que alguien le dirigía una observación de manera inocente.

—¿El resto de los soldados? —dijo.

—El sargento Aktar y sus hombres, montados en noventa y ocho camellos con muchas cantimploras —dijo Brutha—. Los vi antes de que partiéramos.

—No los viste —dijo Vorbis —. No vienen con nosotros. Te olvidarás de ellos.

—Sí, señor. —La petición de hacer magia de nuevo.

Unos minutos después la nube lejana se apartó del camino y comenzó a subir por la larga cuesta que llevaba a las alturas del desierto. Brutha la observaba disimuladamente, y alzó los ojos hacia las montañas de las dunas.

Un puntito describía círculos sobre ellas.

Brutha se llevó la mano a la boca.

Vorbis oyó el jadeo ahogado.

—¿Qué te ocurre, Brutha? —preguntó.

—Acabo de acordarme del Dios —dijo Brutha, sin pensar.

—Siempre deberíamos acordarnos del Dios —dijo Vorbis—, y confiar en que Él está con nosotros en este viaje.

—Está, está —dijo Brutha, y la convicción absoluta que había en su voz hizo sonreír a Vorbis.

Brutha trató de oír la insistente voz interna, pero no había nada. Por un momento horrible se preguntó si la tortuga no se habría caído de la caja, pero un peso tranquilizador tiraba de la correa.

—Y debemos tener la certeza de que Él estará con nosotros en Efebia, entre los infieles —dijo Vorbis.

—Estoy seguro de que estará —dijo Brutha.

—Y prepararnos para la venida del profeta —dijo Vorbis.

La nube ya había llegado a lo alto de las dunas, y desapareció en la desolación silenciosa del desierto.

Brutha intentó expulsarla de su mente, lo que era como tratar de vaciar un cubo sumergido en el agua. Nadie podía sobrevivir en aquella parte del desierto. No eran sólo las dunas y el calor. Había terrores ocultos en su corazón llameante, donde ni siquiera las tribus enloquecidas iban nunca. Un océano sin agua, voces sin bocas...

Lo cual no quería decir que el futuro inmediato no contuviese terrores de sobra.

Brutha había visto el mar antes, pero los omnianos no eran muy amigos del mar. Eso quizá se debiera a que los desiertos resultaban más difíciles de atravesar. Con todo, mantenían dentro a la gente. Pero a veces las barreras del desierto eran un problema, y entonces tenías que conformarte con el mar.

Il—drim no era más que unos cuantos cobertizos alrededor de un muelle de piedra, en uno de cuyos atracaderos había una trirreme sobre la que ondeaba la oriflama sagrada. Cuando la Iglesia viajaba, los viajeros eran personas muy mayores, por lo que cuando la Iglesia viajaba generalmente lo hacía a lo grande.

El grupo se detuvo en lo alto de una colina y lo contempló.

—Nos hemos ablandado y estamos corrompidos —dijo Vorbis—. En eso nos hemos convertido, Brutha.

—Sí, señor Vorbis.

—Y nos hemos abierto a la influencia perniciosa. El mar, Brutha. Baña costas impías, y da origen a ideas peligrosas. Los hombres no deberían viajar, Brutha. La verdad está en el centro. El error se va infiltrando en ti a medida que viajas.

—Sí, señor Vorbis.

Vorbis suspiró.

—En tiempos de Ossory nos hacíamos a la mar solos en botes hechos con pieles e íbamos allí donde nos llevaran los vientos del Dios. Así es como debería viajar un hombre santo.

Una minúscula chispa de desafío en Brutha declaró que, personalmente, correría el riesgo de sufrir un poquito de corrupción a cambio de viajar con dos cubiertas entre sus pies y las olas.

—He oído decir que en una ocasión Ossory fue a la isla de Erebos navegando sobre una rueda de molino —se atrevió a decir por aquello de mantener la conversación.

—Nada es imposible para aquellos que tienen fe —dijo Vorbis.

—Pruebe a encender una cerilla rascándola contra un trozo de gelatina, caballero.

Brutha se puso rígido. Vorbis tenía que haber oído la voz. Era imposible que no la hubiera oído.

La Voz de la Tortuga acababa de ser oída en la tierra.

—¿Quién es este memo?

—Adelante —dijo Vorbis—. Veo que nuestro amigo Brutha arde en deseos de subir a bordo. El caballo avanzó al trote.

—¿Dónde estamos? ¿Quién es ese tipo? Aquí dentro hace un calor infernal, y te aseguro que sé muy bien de qué estoy hablando.

—¡Ahora no puedo hablar! —siseó Brutha.

—¡Este repollo huele peor que un pantano! ¡Hágase la lechuga! ¡Háganse tajadas de melón!

Los caballos avanzaron a lo largo del muelle y fueron conducidos por la pasarela uno a uno. Para aquel entonces la caja estaba vibrando. Brutha lanzaba miradas culpables a su alrededor, pero nadie más se estaba dando cuenta. A pesar de su tamaño, era fácil pasar por alto a Brutha. Prácticamente todo el mundo tenía cosas mejores que hacer con su tiempo que fijarse en alguien como Brutha. Incluso Vorbis lo había desconectado, y estaba hablando con el capitán.

Brutha encontró un sitio cerca del extremo puntiagudo, donde una de las cosas que sobresalían y estaban llenas de velas le proporcionaba un poco de intimidad. Después, con cierto temor, abrió la caja.

La tortuga habló desde el interior de su concha.

—¿Hay algún águila por los alrededores? —Brutha examinó el cielo.

—No.

La cabeza asomó de la concha.

—Tú... —comenzó a decir.

—¡No podía hablar! —dijo Brutha—. ¡Había gente conmigo en todo momento! ¿No puedes... leer las palabras en mi mente? ¿No puedes leer mis pensamientos?

—Los pensamientos mortales no son así —dijo Om secamente—. ¿Crees que es como ver palabras pintándose a sí mismas a través del cielo? ¡Ja! Es como buscarle sentido a un montón de hierbajos. Intenciones, sí.

Emociones, sí. Pero pensamientos no. La mitad del tiempo ni tú mismo sabes en qué estás pensando, así que no veo por qué debería saberlo yo.

—Porque eres el Dios —dijo Brutha—. Abismo, capítulo LVI, versículo 17: «Om conoce cuanto hay en la mente mortal, y no hay secretos para Él».

—¿Abismo era el que tenía los dientes hechos migas?

Brutha bajó la cabeza.

—Oye, yo soy lo que soy —dijo la tortuga—. No puedo evitar que la gente piense otras cosas.

—Pero sabías lo que yo estaba pensando... en el huerto... — murmuró Brutha.

La tortuga titubeó.

—Eso era distinto —dijo —. No eran... pensamientos. Eso era culpabilidad.

—Creo que el Gran Dios es Om, y creo en Su justicia —dijo Brutha—. Y seguiré creyendo, digas lo que digas y seas lo que seas.

—Me alegra oírlo —dijo la tortuga—. No pierdas de vista ese pensamiento. ¿Dónde estamos?

—En un barco —dijo Brutha—. En el mar. Balanceándonos.

—¿Vamos a ir a Efebia en un barco? ¿Qué tiene de malo el desierto? —Nadie puede atravesar el desierto. Nadie puede vivir en el corazón del desierto.

—Yo lo hice.

—Sólo son un par de días de travesía. —El estómago de Brutha se bamboleó, a pesar de que la embarcación apenas si había dejado atrás el muelle—. Y dicen que el Dios...

—...yo...

—... va a mandarnos buenos vientos.

—¿Eso voy a hacer? Oh. Sí. Cuando se trata de buenos vientos, no hay nadie mejor que yo. El mar estará como una balsa de aceite hirviendo durante toda la travesía, no te preocupes.

—¡Oye, lo de que el aceite estaría hirviendo sólo era una broma! ¡Te juro que no hablaba en serio!

Brutha se agarraba al mástil.

Pasado un rato un marinero vino, se sentó encima de un rollo de soga y lo observó con interés.

—Puede soltarlo, padre —dijo —. Se aguanta solo.

—El mar... Las olas... —murmuró Brutha, hablando con infinita cautela a pesar de que ya no le quedaba nada que vomitar.

El marinero escupió con expresión pensativa.

—Cierto —dijo —. Verá, han de tener esa forma para que puedan encajar con el cielo.

—¡Pero el barco cruje!

—Cierto. Lo hace.

—¿Quieres decir que esto no es una tormenta? —El marinero suspiró y se fue.

Pasado un rato más, Brutha se atrevió a correr el riesgo de soltarse. Nunca se había sentido tan mal.

No era sólo el mareo. Lo peor era que no sabía dónde estaba. Y Brutha siempre había sabido dónde estaba.

Dónde estaba, y la existencia de Om, habían sido las dos únicas certezas de su vida.

Era algo que compartía con las tortugas. Observa andar a cualquier tortuga, y verás que se para periódicamente mientras archiva los recuerdos de lo que lleva de viaje. No por nada, en otro lugar del multiuniverso, los pequeños artefactos para viajar controlados por artefactos pensantes eléctricos son conocidos con el nombre de «tortugas».

Brutha sabía dónde estaba recordando dónde había estado, algo que hacía mediante el recuento inconsciente de los pasos dados y las cosas más notables que iba viendo. En algún lugar dentro de su cabeza había una hebra de memoria que, si la hubieras conectado directamente a lo que fuese que controlaba sus pies, habría hecho que Brutha retrocediera por todos los pequeños senderos de su existencia hasta llegar al lugar en el que había nacido.

Habiendo perdido el contacto con el suelo encima de la superficie mutable del mar, la hebra de Brutha ondulaba sin nada a lo que sujetarse.

Dentro de su caja, Om se bamboleó y tembló al compás de los movimientos de Brutha mientras Brutha se tambaleaba a través de la cubierta en movimiento y llegaba a la barandilla.

Para cualquiera que no fuese el novicio, la embarcación surcaba las olas en un día ideal para navegar. Las aves marinas revoloteaban sobre su estela. Lejos hacia un lado de ella —babor o estribor—, un banco de peces voladores salió a la superficie en un intento de escapar a las atenciones de unos cuantos delfines. Brutha contempló las siluetas grises que zigzagueaban por debajo de la quilla en un mundo donde nunca tenían que contar nada.

—Ah, Brutha —dijo Vorbis —. Dando de comer a los peces, veo.

—No, señor —dijo Brutha —. Estoy vomitando, señor.

Se volvió.

Vio al sargento Simonía, un joven musculoso con la expresión impasible del soldado verdaderamente profesional. Estaba con alguien a quien Brutha reconoció vagamente como la sal número uno o cualquiera que fuese su título. Y también estaba allí el exquisidor, sonriendo.

—¡Él! ¡Él! —gritó la voz de la tortuga.

—Nuestro joven amigo no es muy buen marino —dijo Vorbis.

—¡Él! ¡Él! ¡Lo reconocería en cualquier parte!

—Me conformaría con no ser un marino, señor —dijo Brutha, y sintió temblar la caja cuando Om empezó a dar saltos dentro de ella.

—¡Mátalo! ¡Busca algo afilado! ¡Arrójalo por la borda!

—Ven a la proa con nosotros, Brutha —dijo Vorbis —. Según el capitán, hay muchas cosas interesantes que ver.

El capitán esbozó la sonrisita congelada de alguien que se encuentra atrapado entre una espada y una pared.

Vorbis siempre podía encargarse de proporcionarte ambas cosas.

Brutha siguió a los otros tres, y se atrevió a murmurar:

—¿Qué ocurre?

—¡El! ¡El calvo! ¡Arrójalo al mar!

Vorbis se medio volvió, percibió la atención avergonzada de Brutha y sonrió.

—Ensanchará nuestros horizontes mentales, de eso estoy seguro —dijo. Se volvió nuevamente hacia el capitán y señaló un gran pájaro que estaba planeando sobre las olas.

—El Albatros Inútil —dijo el capitán de inmediato —. Vuela desde el Cubo hasta el Bo... —titubeó, pero Vorbis estaba contemplando la vista con aparente afabilidad.

—¡Me puso panza arriba y me dejó al sol! ¡Fíjate en su mente!

—De un polo del mundo al otro, cada año —dijo el capitán, que estaba sudando ligeramente.

—¿De veras? —dijo Vorbis —. ¿Y por qué lo hace? —Nadie lo sabe.

—Exceptuando al Dios, por supuesto —dijo Vorbis. El rostro del capitán se había vuelto de un amarillo enfermizo.

—Por supuesto. Ciertamente —dijo.

—¿Brutha? —gritó la tortuga—. ¿Me estás escuchando?

—¿Y allí arriba? —preguntó Vorbis. El capitán siguió su brazo extendido.

—Oh. Peces voladores —dijo—. Pero en realidad no vuelan —añadió a toda prisa—. Sólo van acumulando velocidad dentro del agua y luego dan un buen salto.

—Una de las maravillas del Dios —dijo Vorbis —. Infinita variedad, ¿eh?

—Sí, desde luego —dijo el capitán.

El alivio empezaba a cruzar su rostro, como un ejército amigo.

—¿Y esas cosas de ahí abajo? —preguntó el exquisidor.

—¿Ellas? Marsopas —dijo el capitán—. Una especie de pez.

—¿Siempre nadan alrededor de los navíos de esta manera?

—A menudo. Sobre todo en las aguas más próximas a Efebia. Vorbis se inclinó sobre la barandilla y no dijo nada. Simonía miraba el horizonte con el rostro absolutamente inmóvil. Eso dejó un vacío en la conversación que el capitán, muy estúpidamente, trató de llenar.

—Siguen a los navíos durante días —dijo.

—Notable. —Otra pausa, un pozo de brea lleno de silencio listo para atrapar a los mastodontes del comentario hecho sin pensar. Exquisidores anteriores habían gritado y arrancado confesiones mediante alaridos y chillidos.

Vorbis nunca hacía eso. Se limitaba a cavar profundos silencios delante de las personas.

—Parecen gustarles —dijo el capitán. Miró nerviosamente a Brutha, que estaba intentando acallar la voz de la tortuga dentro de su cabeza. Allí no había ninguna ayuda disponible.

En vez de Brutha, fue Vorbis quien acudió en su auxilio.

—Eso debe de resultar muy útil en los viajes largos —dijo.

—Uh. ¿Sí? —dijo el capitán.

—Desde el punto de vista de las provisiones —dijo Vorbis.

—Mi señor, no acabo de...

—Debe de ser como disponer de una despensa ambulante — dijo Vorbis.

El capitán sonrió.

—Oh, no, señor. No los comemos.

—¿Seguro que no? Pues yo diría que tienen aspecto de ser bastante apetitosos.

—Oh, pero ya conocéis el viejo dicho, señor...

—¿Dicho?

—Oh, dicen que después de morir, las almas de los marineros se convierten en...

El capitán vio el abismo delante de él, pero la frase ya se había precipitado en la negrura impulsada por una horrible inercia propia.

Durante un rato no hubo más sonido que el siseo de las olas, el chapoteo distante de las marsopas y el retumbar con que el corazón del capitán hacía temblar el cielo.

Vorbis se apoyó en la barandilla.

—Pero por supuesto nosotros no somos presa de tales supersticiones —dijo lánguidamente.

—Bueno, por supuesto que no —dijo el capitán, agarrándose a aquella paja—. Charlas de marineros, ya se sabe. Si vuelvo a oírlo decir alguna vez, mandaré azotar al que...

Vorbis estaba mirando más allá de su oreja.

—¡Eh! ¡Sí, tú! —dijo.

Uno de los marineros asintió.

—Tráeme un arpón —dijo Vorbis.

La mirada del hombre fue de Vorbis al capitán y después se apresuró a obedecer la orden.

—Pero, ah, uh, su señoría no debería tratar de practicar semejante deporte —dijo el capitán—. Ah. Uh. Un arpón es un arma realmente peligrosa en manos no adiestradas. Temo que podríais haceros daño...

—Pero es que no seré yo quien lo use —dijo Vorbis.

El capitán bajó la cabeza y tendió la mano para recibir el arpón.

Vorbis le dio una palmadita en el hombro.

—Y después almorzaréis con nosotros —dijo —. ¿Verdad que sí, sargento? Simonía saludó.

—Como usted diga, señor.

—Sí.

Brutha estaba tumbado entre velas y cordajes en algún lugar debajo de la cubierta. Hacía calor, y el aire olía como huele el aire de cualquier lugar que ha llegado a estar en contacto con una sentina.

Brutha no había comido en todo el día. Al principio estaba demasiado mareado para hacerlo, y después simplemente no había comido.

—Pero el que sea cruel con los animales no significa que sea una... mala persona —se atrevió a decir, con los armónicos de su tono sugiriendo que aquello no se lo creía ni él. La marsopa realmente era muy pequeña.

—Me puso panza arriba —dijo Om.

—Sí, pero los humanos son más importantes que los animales — dijo Brutha.

—Ese es un punto de vista expresado a menudo por los humanos — dijo Om.

—Capítulo IX, versículo 16 del libro de... —comenzó Brutha.

—¿A quién le importa lo que diga algún libro? —gritó la tortuga.

—Pero tú nunca dijiste a ninguno de los profetas que las personas debieran ser buenas con los animales —dijo —. No recuerdo nada acerca de eso. No cuando eras más... grande. Tú no quieres que las personas sean buenas con los animales porque son animales, sólo quieres que las personas sean buenas con los animales porque uno de ellos podría ser tú.

—¡No es una mala idea! — Y además, él ha sido muy bueno conmigo. No tenía por qué serlo.

—¿Eso piensas? ¿Es eso lo que piensas? ¿Te has fijado en la mente de ese hombre?

—¡Claro que no! ¡No sé cómo hacerlo!

—¿No sabes?

—¡No! Los humanos no podemos...

Brutha no terminó la frase. Vorbis parecía hacerlo. Le bastaba con mirar a alguien para saber qué pensamientos perversos albergaba su mente. Y la abuela había sido igual.

—Los humanos no pueden hacerlo, estoy seguro —dijo —. No podemos leer mentes.

—No me refería a leerlas sino a mirarlas —dijo Om —. Sólo hablaba de ver la forma que tienen. No puedes leer una mente. Ya puestos, también podrías tratar de leer un río. Pero ver la forma no cuesta nada. Las brujas pueden hacerlo como si tal cosa.

—«El camino de la bruja será como un sendero lleno de espinas» — dijo Brutha.

—¿Ossory? —preguntó Om.

—Sí. Pero naturalmente ya lo sabías —dijo Brutha.

—No lo había oído en la vida —dijo la tortuga con amargura—. Ha sido lo que podrías llamar una conjetura basada en la experiencia.

—Lo que tú digas —murmuró Brutha —. Sigo sabiendo que no puedes ser Om. El Dios no hablaría de Sus elegidos de esa manera.

—Yo nunca elegí a nadie —dijo Om —. Ellos se eligieron a sí mismos.

—Si realmente eres Om, deja de ser una tortuga.

—Ya te he dicho que no puedo. ¿Crees que no lo he intentado? ¡Tres años! Y la mayor parte de ese tiempo pensaba que era una tortuga.

—Entonces quizá lo eras. Quizá sólo eres una tortuga que piensa que es un dios.

—No, no. Olvídate de la filosofía, ¿de acuerdo? Empieza a pensar así y acabarás pensando que quizá sólo eres una mariposa que sueña que es un percebe o algo por el estilo. No. Un día todo lo que había en mi mente era la cantidad de pasos necesaria para llegar a la planta más cercana que tuviera unas hojas bajas de aspecto mínimamente decente, y al día siguiente... tenía toda esa memoria llenándome la cabeza. Tres años antes de la concha. No, no me digas que soy una tortuga con grandes ideas.

Brutha titubeó. Sabía que no estaba bien preguntarlo, pero quería saber qué era la memoria. Y de todas maneras, ¿de verdad obraría mal preguntándolo? Si el Dios estaba sentado aquí hablando contigo, ¿podías decir algo que te hiciera pecar? ¿Cuando estabas cara a cara con él? De alguna manera, en aquellas circunstancias el decir ese tipo de cosas ya no parecía tan grave como cuando el Dios se encontraba encima de una nube.

—Que yo recuerde, tenía intención de ser un gran toro blanco — dijo Om.

—Que pisoteaba a los infieles —añadió Brutha.

—No era mi intención básica, pero sin duda se podría haber organizado algún pisoteo que otro. O un cisne, pensé. Algo impresionante. Tres años después, despierto y resulta que he estado siendo una tortuga. Lo que quiero decir es que no se puede caer mucho más bajo, ¿verdad?

Cuidado, cuidado... Necesitas su ayuda, pero no se lo cuentes todo. No le cuentes lo que sospechas.

—¿Cuándo empezaste a pensar...? ¿Cuándo recordaste todo eso? —preguntó Brutha, al que el fenómeno del olvidar le parecía tan extraño y fascinante como a otros hombres hubiese podido parecérselo la idea de volar agitando los brazos.

—Cuando estaba a unos doscientos metros por encima de vuestro huerto —dijo Om —, y puedo asegurarte que es un punto en el que no tiene absolutamente ninguna gracia volverse consciente.

—Pero ¿por qué? —preguntó Brutha—. ¡Los dioses no tienen que seguir siendo tortugas a menos que ellos quieran!

—No lo sé —mintió Om.

Si lo deduce por sí solo, estoy listo, pensó. Es una posibilidad entre un millón. Si hago algo mal, significará volver a una vida donde la felicidad es una hoja que puedes alcanzar.

Una parte de él gritó: ¡Soy un dios! ¡No tengo por qué pensar estas cosas! ¡No tengo por qué ponerme en manos de un humano! Pero otra parte, la parte que podía recordar con toda exactitud lo que había supuesto ser una tortuga durante tres años, susurró: No. Tienes que hacerlo. Si quieres volver a estar allá arriba. Es un estúpido, no tiene agallas y no hay ni una sola gota de ambición en todo su enorme y fofo cuerpo. Esto es lo que hay, y tendrás que trabajar con ello.

La parte divina dijo: Vorbis habría sido mucho mejor. Sé racional. ¡Una mente como esa podría hacer todo lo que se propusiera! ¡Me puso panza arriba! No, puso panza arriba a una tortuga.

Sí. A mí.

No. Tú eres un dios.

Sí, pero un dios que parece estar inexplicablemente decidido a seguir teniendo forma de tortuga.

Si Vorbis hubiera sabido que eras un dios...

Pero Om se acordó de la expresión absorta de Vorbis, en un par de ojos situados delante de una mente tan impenetrable como una bola de acero. Nunca había visto una mente moldeada de esa manera en nada que andará erguido. Allí había alguien que probablemente pondría panza arriba a un dios sólo para ver qué sucedía. Alguien que pondría panza arriba al universo, sin pensar en las consecuencias, sólo porque quería saber qué ocurría cuando el universo quedaba panza arriba...

Pero la única herramienta de que disponía era Brutha, con una mente tan incisiva como un merengue. Y si Brutha llegaba a descubrir que...

O si Brutha moría...

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Om.

—Muy mal.

—Arrópate más con las velas —dijo Om —. No querrás pillar un resfriado, ¿verdad?

Tiene que haber alguien más, pensó. No puede ser únicamente él quien... El resto del pensamiento era tan terrible que Om trató de expulsarlo de su mente, pero no pudo.

... no puede ser únicamente él quien cree en mí.

Realmente en mí. No en un par de cuernos dorados. No en un gran edificio. No en el miedo a los cuchillos y el hierro al rojo vivo. No en pagar tributos a tu templo porque todos los demás los pagan. Sólo en el hecho de que el Gran Dios Om de verdad existe.

Y ahora ha despertado el interés de la mente más repulsiva que he visto nunca, la de alguien que mata personas para ver si mueren. Una persona del tipo águila si es que alguna vez hubo una.

Om se dio cuenta de que estaba oyendo una especie de murmullo.

Brutha yacía de bruces sobre la cubierta.

—¿Qué estás haciendo? —Brutha volvió la cabeza.

—Rezando.

—Eso está bien. ¿Y qué pides?

—¿No lo sabes?

—Oh.

Si Brutha muere...

La tortuga se estremeció dentro de su caparazón. Si Brutha moría, entonces ya podía oír en los oídos de su mente el silbido del viento en las abrasadoras profundidades del desierto.

Que era adonde iban a parar los dioses menores.

¿De dónde vienen los dioses? ¿Adónde van? El filósofo de las religiones Koomi de Smale intentó responder a estas preguntas en su libro Ego—Video Liber

Deorum, el cual podría traducirse en lengua vernácula como Dioses: una guía para el observador.

La gente decía que tenía que haber un Dios Supremo porque de lo contrario cómo podía existir el universo, ¿eh? Y por supuesto que estaba claro que tenía que haber, dijo Koomi, un Ser Supremo. Pero dado que el universo estaba un tanto liado, también era obvio que el Ser Supremo no lo había creado. Si lo hubiese creado y siendo Supremo, entonces habría hecho un trabajo mucho mejor y se hubiese esmerado bastante más, tomando un ejemplo al azar, en cosas como el diseño de la fosa nasal común. O, para decirlo de otra manera, la existencia de un reloj bastante mal montado probaba la existencia de un relojero ciego. Bastaba con mirar alrededor para ver que se podían introducir mejoras en todas partes.

Aquello sugería que el universo probablemente había sido montado con cierto apresuramiento por un subordinado mientras el Ser Supremo no estaba mirando, de la misma manera en que las minutas de la Asociación de Jóvenes Exploradores salen de fotocopiadoras de oficina esparcidas por todo el país.

Así pues, razonó Koomi, elevar plegarias al Ser Supremo no era muy buena idea. Con eso sólo conseguirías atraer su atención, y podías acabar metiéndote en un buen lío.

Y con todo parecía haber un montón de dioses menores sueltos por ahí. La teoría de Koomi era que los dioses surgen, crecen y prosperan porque se cree en ellos. La creencia es el alimento de los dioses. Inicialmente, cuando la humanidad vivía en pequeñas tribus primitivas, había millones de dioses. Ahora tendía a haber sólo los pocos muy importantes: los dioses locales del trueno y el amor, por ejemplo, tendían a juntarse como charcos de mercurio conforme las pequeñas tribus primitivas se iban uniendo y se convertían en enormes, poderosas tribus primitivas provistas de armas más sofisticadas. Pero cualquier dios podía participar en la competición. Cualquier dios podía empezar siendo pequeño. Cualquier dios podía crecer en estatura a medida que se incrementaban sus creyentes, y empequeñecerse a medida que estos disminuían. Era como un gran juego de serpientes y escaleras.

A los dioses les gustaban los juegos, con tal que fueran ganando.

La teoría de Koomi se basaba en buena medida en la herejía gnóstica, que tiende a poner patas arriba la totalidad del multiuniverso cada vez que los hombres se levantan después de haber estado arrodillados y empiezan a pensar durante dos minutos seguidos, aunque la conmoción de la altitud repentina tiende a hacer que los procesos mentales sean un poco precarios. Pero pone muy nerviosos a los sacerdotes, los cuales tienden a expresar su disgusto de la manera tradicional.

Cuando la Iglesia omniana se enteró de lo que había dicho Koomi, lo exhibió públicamente en cada una de las poblaciones del imperio de la Iglesia para demostrar los fallos esenciales que contenían sus argumentos.

Había un montón de poblaciones, así que tuvieron que cortarlo en trocitos muy pequeños.

Hilachas de nubes se deslizaban por el cielo. Las velas crujían bajo el viento que se estaba levantando, y Om podía oír los gritos de los marineros mientras estos trataban de ir más deprisa que la tormenta.

Iba a ser una gran tormenta, incluso para aquello a lo que estaban acostumbrados los marineros. Espuma blanca coronaba las olas.

Brutha roncaba en su nido.

Om escuchó a los marineros. No eran hombres aficionados a los sofismas. Alguien había matado una marsopa, y todo el mundo sabía qué significaba eso. Significaba que iba a haber una tormenta. Significaba que el barco se hundiría. Era simple causa y efecto. Era peor que mujeres a bordo. Era peor que un albatros.

Om se preguntó si las tortugas podían nadar. Las tortugas podían nadar, de eso estaba bastante seguro. Pero las muy desgraciadas tenían que cargar con el caparazón.

Habría sido demasiado pedir (incluso suponiendo que un dios hubiera tenido alguien a quien pedírselo) que un cuerpo diseñado para moverse por un erial reseco poseyera cualquier propiedad hidrodinámica aparte de las necesarias para hundirse hasta el fondo.

Oh, bueno. Qué se le iba a hacer. Om seguía siendo un dios. Tenía ciertos derechos.

Se deslizó a lo largo de un rollo de soga y reptó cautelosamente hasta el borde de la bamboleante cubierta, donde apoyó su concha en una cuaderna para poder mirar hacia abajo y contemplar las revueltas aguas.

Después habló en una voz inaudible para nada que fuese mortal.

La forma de agua subió hasta el nivel de la cubierta y una vez allí se mantuvo a la altura de Om.

Después desarrolló una cara y abrió una boca.

—¿Y bien? —dijo.

—Saludos, oh Reina del... —comenzó Om. Los ojos de agua se posaron en él.

—Pero si no eres más que un dios menor. ¿Y te atreves a invocarme?

El viento ululaba entre los cordajes.

—Tengo creyentes, así que tengo el derecho —dijo Om. Hubo la más breve de las pausas. Después la Reina del Mar dijo:

—¿Un creyente?

—La cuestión no es que tenga un creyente o que tenga muchos —dijo Om—. Tengo mis derechos.

—¿Y qué derechos exiges, pequeña tortuga? —preguntó la Reina del Mar.

—Salva al navío —dijo Om. La Reina guardó silencio.

—Tienes que acceder a la petición —dijo Om—. Son las reglas.

—Pero puedo fijar el precio —repuso la Reina del Mar.

—Eso también está en las reglas.

—Y será alto.

—Será pagado.

La columna de agua empezó a desplomarse sobre las olas.

—Me lo pensaré.

Om contempló el blanco mar. El barco se escoró, haciendo resbalar a Om cubierta abajo, y después volvió a enderezarse. Una uña delantera logró engancharse en la cuaderna mientras la concha de Om giraba locamente, y por un momento ambas patas traseras se agitaron impotentemente sobre las aguas.

Y entonces una sacudida desprendió a Om.

Algo blanco bajó hacia él mientras pasaba por encima del borde y Om lo mordió.

Brutha chilló y subió la mano, con Om colgando del extremo de ella.

—¡No tenías por qué morder!

El barco se metió en una ola y lanzó a Brutha a la cubierta. Om se soltó y salió rodando.

Cuando Brutha logró levantarse, o al menos ponerse a cuatro patas, vio a los tripulantes de pie alrededor de él.

Dos marineros lo agarraron por los codos mientras una ola chocaba con el casco.

—¿Qué estáis haciendo?

Intentaban evitar mirarlo a la cara. Lo llevaron a rastras hacia la barandilla.

En algún lugar entre los embornales, Om llamaba a gritos a la Reina del Mar.

—¡Lo pone en las reglas! ¡Las reglas!

Cuatro marineros habían cogido a Brutha. Om podía oír, por encima del rugir de la tormenta, el silencio del desierto.

—Esperad —dijo Brutha.

—No es nada personal —dijo un marinero —. No queremos hacerlo.

—Yo tampoco quiero que lo hagáis —dijo Brutha—. ¿Eso sirve de alguna ayuda?

—El mar quiere una vida —dijo el marinero de mayor edad —. La tuya es la más próxima. Bueno, ahora vamos a...

—¿Puedo ponerme en paz con mi Dios?

—¿Qué?

—Si vais a matarme, ¿puedo rezar a mi Dios antes?

—No vamos a matarte —dijo el marinero —. Será el mar quien te matará.

—«La mano que comete el acto es culpable del crimen» —dijo Brutha—. Ossory, capítulo LVI, versículo 93.

Los marineros se miraron. En un momento como aquel probablemente no fuese prudente enemistarse con ningún dios. El barco empezó a caer por la pendiente de una ola.

—Tienes diez segundos —dijo el marinero más viejo —. Eso son diez segundos más de los que se les dan a muchos hombres.

Brutha se tumbó sobre la cubierta, algo en lo que fue considerablemente ayudado por otra ola que embistió el maderamen.

Para su sorpresa, Om fue más o menos consciente de la plegaria. No podía distinguir las palabras, pero la plegaria propiamente dicha era un picor en el fondo de su mente.

—A mí no me mires —dijo, tratando de enderezarse—. Se me han terminado las opciones...

El barco cayó...

... hacia un mar tranquilo.

La tormenta seguía rugiendo, pero sólo alrededor de un círculo que se iba agrandando con el barco en su centro.

Los rayos que acuchillaban el mar los rodeaban como los barrotes de una jaula.

El círculo se prolongó ante ellos. El barco empezó a avanzar con creciente rapidez por un estrecho canal de calma entre muros grises de tormenta que medían un kilómetro de altura. Fuegos eléctricos hervían en las alturas.

Y de pronto desaparecieron.

Detrás de ellos, una montaña grisácea se sentó sobre el mar. Los últimos ecos del trueno se desvanecieron.

Brutha se levantó torpemente, dando traspiés de un lado a otro para compensar un movimiento que ya no estaba allí.

—Y ahora yo... —comenzó.

Estaba solo. Los marineros habían huido.

—¿Om? —dijo Brutha. —Aquí arriba.

Brutha extrajo a su Dios de entre las algas.

—¡Dijiste que no podías hacer nada! —lo acusó.

—No he sido y...

Om se calló. Habrá un precio, pensó. No será módico. No puede ser módico. La Reina del Mar es una deidad.

Yo también aplasté unas cuantas ciudades en mis tiempos. Fuego sagrado, esa clase de cosas. Si el precio no es alto, ¿cómo te va a respetar la gente?

—Hice algunos arreglos —dijo.

Olas de maremoto. Un barco que se hunde. Un par de ciudades que desaparecen bajo el mar. Será algo así. Si la gente no respeta entonces no temerá, y si no teme, ¿cómo vas a hacer que crean? Parece injusto. Un hombre mató a una marsopa. Claro que a la Reina le da igual quién salga despedido por la borda, de la misma manera en que a él le daba igual qué marsopa mataba. Eso es injusto, porque fue Vorbis quien lo hizo. Vorbis hace que las personas hagan cosas que no deberían hacer...

¿Qué estoy pensando? Antes de ser una tortuga, ni siquiera conocía el significado de la palabra «injusto».

Las escotillas se abrieron. Las personas salieron a cubierta y se agarraron a la barandilla. Estar en cubierta cuando hay tormenta siempre contiene la posibilidad de acabar en las olas, pero incluso esa posibilidad empieza a parecer atractiva después de horas bajo cubierta con caballos asustados y pasajeros mareados.

No hubo más tormentas. El barco avanzaba impulsado por vientos favorables, bajo un cielo despejado y en un mar tan desprovisto de vida como el abrasador desierto.

Los días transcurrieron sin novedades. Vorbis pasaba la mayor parte del tiempo bajo cubierta.

La tripulación trataba a Brutha con cauteloso respeto. Noticias como Brutha circulan muy deprisa.

Allí la costa era dunas con alguna que otra salina pantanosa. Una capa de calina flotaba sobre la tierra. Era la clase de costa donde la perspectiva de que un naufragio te lleve a ella se volvía más temible que la de ahogarse.

No había aves marinas. Incluso los pájaros que habían estado siguiendo al barco para hacerse con las sobras habían desaparecido.

—No hay águilas —dijo Om. Eso había que reconocerlo.

Hacia el anochecer del cuarto día el nada edificante panorama fue puntuado por un destello de luz, en lo alto del mar de dunas. La luz destellaba con una especie de ritmo. El capitán, que a juzgar por su rostro llevaba algún tiempo sin disfrutar regularmente de la compañía del sueño durante la noche, mandó llamar a Brutha.

—Su... Vuestro... El diácono me dijo que lo avisara cuando viera esto —explicó—. Ve a traerlo.

Vorbis ocupaba un camarote cerca de las sentinas, donde el aire era tan espeso como una sopa clara. Brutha llamó a la puerta.

—Adelante[[5]](#footnote-5).

Allí abajo no había portillas. Vorbis estaba sentado en la oscuridad.

—¿Sí, Brutha?

—El capitán me ha enviado a llamaros, señor. Algo brilla en el desierto.

—Muy bien. Y ahora escúchame con atención, Brutha. El capitán tiene un espejo. Irás a pedirle que te lo preste.

—Eh... ¿Qué es un espejo, señor?

—Un artilugio impío y prohibido —explicó Vorbis —. Que desgraciadamente puede ser puesto al servicio del Dios. El capitán lo negará, por supuesto. Pero un hombre con una barba tan pulcra y un bigotito tan minúsculo es vanidoso, y un hombre vanidoso ha de tener su espejo. Así que llévatelo. Y después ponte al sol y mueve el espejo de tal manera que proyecte sus rayos hacia el desierto. ¿Comprendes?

—No, señor —dijo Brutha.

—Tu ignorancia es tu protección, hijo mío. Y después vuelve y dime qué has visto.

Om dormitaba al sol. Brutha le había encontrado un hueco cerca del extremo puntiagudo en el que podía tomar el sol con escaso peligro de ser visto por la tripulación y además, en aquellos momentos y en todo caso, la tripulación estaba demasiado nerviosa para andar buscándose problemas.

Una tortuga sueña...

... durante millones de años.

Era el tiempo del sueño. El tiempo que aún no había sido formado.

Los dioses menores parloteaban y zumbaban en los lugares desérticos, y los lugares fríos, y los lugares profundos. Se arremolinaban en la oscuridad, sin memoria pero impulsados por la esperanza y el deseo de la única cosa, la única cosa que anhela un dios: fe.

En las profundidades del bosque no hay árboles de tamaño mediano. Allí sólo están los inmensos, cuyo dosel se despliega a través del cielo. Debajo, en la penumbra, no hay sitio para nada que no sea musgos o helechos. Pero cuando un gigante cae, dejando un poco de espacio... entonces se produce una carrera entre los árboles que crecen a cada lado, que quieren extenderse, y los brotes de abajo, que se apresuran a crecer hacia arriba.

A veces puedes hacerte tu propio espacio.

Los bosques estaban muy alejados de los desiertos. La voz sin nombre que iba a ser Om flotaba en el viento sobre el confín del desierto, tratando de ser oída entre incontables voces más, tratando de evitar que la empujaran hacia el centro. Puede que girase allí durante millones de años, porque no disponía de nada con lo cual medir el tiempo. Lo único que tenía era esperanza, y un cierto sentido de la presencia de las cosas. Y una voz.

Y entonces llegó un día. En cierto sentido, fue el primer día.

Om era consciente de la presencia del pastor desde hacía algún tiem..., bueno, simplemente era consciente de ella. El rebaño se había ido acercando cada vez más. Las lluvias habían sido escasas. El pasto escaseaba. Bocas hambrientas impulsaban a patas hambrientas a adentrarse un poco más entre las rocas para buscar los hasta aquel momento menospreciados retazos de hierba resecada por el sol.

Eran ovejas, tal vez el animal más estúpido del universo con la posible excepción del pato. Pero ni siquiera sus mentes nada complicadas podían oír la voz, porque las ovejas no escuchan.

Pero había un cordero. Andaba un poco perdido. Om se aseguró de que se despistara un poco más. Alrededor de una roca. Cuesta abajo. Hacia la cañada.

Sus balidos atrajeron a la madre.

La cañada estaba bien escondida y la oveja, después de todo, ya se había quedado satisfecha con encontrar a su cordero. No vio ninguna razón para balar, ni siquiera cuando el pastor empezó a ir por entre las rocas llamando, maldiciendo y, finalmente, suplicando. El pastor tenía cien ovejas, y podría haber parecido un tanto sorprendente que estuviera dispuesto a pasarse días buscando a una oveja: de hecho, el pastor tenía cien ovejas precisamente porque era la clase de hombre que está dispuesto a pasarse días buscando a una oveja perdida.

La voz que iba a ser Om esperó.

Fue hacia el anochecer del segundo día cuando la voz que iba a ser Om asustó a una codorniz que había estado anidando cerca de la cañada, justo cuando el pastor estaba pasando por allí.

Como milagro no era gran cosa, pero fue suficiente para el pastor. Amontonó unas cuantas piedras en aquel sitio y, al día siguiente, llevó allí a todo su rebaño. Y cuando el calor de la tarde apretaba, se tumbó a dormir... y Om le habló, dentro de su cabeza.

Tres semanas después el pastor moría lapidado por los sacerdotes de Ur—Gilash, quien por aquel entonces era el dios principal de la zona. Pero los sacerdotes habían tardado demasiado en actuar. Om ya tenía cien creyentes, y el número estaba creciendo...

A sólo un kilómetro de aquel pastor y sus ovejas había un pastor de cabras con su rebaño. Un minúsculo accidente de la microgeografía hizo que el primer hombre que oyó la voz de Om, y que proporcionó a Om su primera visión de los humanos, pastorease ovejas en vez de cabras. Un pastor de ovejas tiene una manera de ver el mundo muy distinta de la de un pastor de cabras, y toda la historia habría podido ser distinta.

Porque las ovejas son estúpidas, y tienen que ser empujadas. Pero las cabras son inteligentes, y necesitan ser guiadas.

Ur—Gilash, pensó Om. Ah, qué tiempos aquellos... Cuando Ossory y sus seguidores irrumpieron en el templo y destrozaron el altar y defenestraron a las sacerdotisas para que los perros salvajes las despedazaran, que era la manera correcta de hacer las cosas, y hubo un gran llanto y crujir de pies y los seguidores de Om encendieron sus hogueras en los salones abandonados de Gilash tal como había dicho el profeta, y eso contaba aunque lo hubiera dicho tan sólo cinco minutos antes, cuando estaban buscando madera para las hogueras, porque todo el mundo estaba de acuerdo en que una profecía es una profecía y nadie había dicho que tuvieras que esperar mucho tiempo para que se hiciera realidad.

Grandes días. Grandes días. Cada día traía nuevos conversos. La ascensión de Om había sido imparable...

Om despertó de golpe.

El viejo Ur—Gilash. Dios del clima, ¿verdad? Sí. No. ¿Quizá uno de los típicos dioses—araña gigantes? Algo así.

¿Qué había sido de él? ¿Qué fue de mí? ¿Cómo ocurre? Estás tan tranquilo en los planos astrales, fluyendo con el flujo y disfrutando de los ritmos del universo, convencido de que todos los, ya sabes, humanos están muy ocupados con el asunto del creer allá abajo, decides ir a enardecerlos un poco y de pronto... una tortuga. Es como ir al banco y encontrarte con que el dinero se ha estado cayendo por un agujero. Decides ir a dar un paseo por allí abajo en busca de una mente adecuada, y de pronto eres una tortuga y no te queda poder para salir de ahí.

Tres años de levantar la cabeza hacia prácticamente todo...

¿El viejo Ur—Gilash? Quizá estuviera aguantando como un lagarto en cualquier sitio, con algún viejo ermitaño como su único creyente. Más probablemente se habría visto arrastrado hacia el desierto. Un dios menor podía considerarse muy afortunado si tenía una oportunidad.

Algo iba mal. Om no podía señalarlo con el dedo, y no únicamente porque no tuviera ningún dedo. Los dioses subían y bajaban como trocitos de cebolla en una sopa hirviendo, pero esta vez era distinto. Esta vez algo había ido mal.

Om le había dado la patada a Ur—Gilash. Era justo, ¿no? La ley de la jungla. Pero a él no lo había estado desafiando nadie, y...

¿Dónde estaba Brutha?

—¡Brutha!

Brutha estaba contando los destellos de luz que llegaban del desierto.

—Es una suerte que yo tuviera un espejo, ¿verdad? —dijo el capitán esperanzadamente —. Espero que a su señoría no le importará que yo tuviera un espejo, visto lo útil que ha resultado ser.

—No creo que piense eso —dijo Brutha, que seguía contando.

—No. Yo tampoco lo creo —dijo el capitán lúgubremente.

—Siete, y después cuatro.

—Tendré que vérmelas con la Quisición —dijo el capitán.

Brutha se disponía a decir «Entonces alégrate porque tu alma será purificada». Pero no lo hizo. Y no sabía por qué no lo había dicho.

—Lo siento —dijo.

Un barniz de sorpresa recubrió la pena del capitán.

—Habitualmente los sacerdotes siempre decís que la Quisición es muy buena para el alma —dijo.

—Estoy seguro de que lo es —repuso Brutha.

El capitán no apartaba los ojos de su cara.

—Es plano, sabes —murmuró —. He surcado el Océano del Borde. Es plano, y he visto el Borde, y se mueve. No el Borde, no. Lo que... está allí abajo, quiero decir. Pueden cortarme la cabeza, pero seguirá moviéndose.

—Pero para ti dejará de moverse —dijo Brutha—. Así que yo tendría mucho cuidado a la hora de escoger con quién hablo, capitán.

El capitán se acercó un poco más.

—¡La Tortuga Se Mueve! —siseó, y se fue corriendo.

—¡Brutha!

La culpa tiró de Brutha como el sedal tira de un pez que ha mordido el anzuelo. Se volvió y faltó poco para que se desmayara de alivio. Hubiese podido ser Vorbis, pero sólo era Dios.

Brutha fue hacia el mástil y se detuvo delante de él. Om alzó la cabeza hacia él para lanzarle una mirada asesina.

—¿Sí? —dijo Brutha.

—Nunca vienes a verme —dijo la tortuga —. Ya sé que estás muy ocupado —añadió sarcásticamente —, pero aun así una plegaria rápida no estaría nada mal.

—Lo primero que hice esta mañana fue ir a ver cómo estabas — dijo Brutha.

—Y tengo hambre.

—Anoche te comiste una corteza de melón entera.

—Y quién se comió el melón, ¿eh?

—Vorbis no —dijo Brutha —. El se alimenta con agua y pan duro.

—¿Por qué no come pan tierno?

—Porque espera a que se ponga duro.

—Sí, claro. Cabía suponerlo —dijo la tortuga.

—¿Om?

—¿Qué?

—El capitán acaba de decir una cosa muy rara. Dijo que el mundo es plano y tiene un borde.

—¿Sí? ¿Y qué?

—Pero..., quiero decir que sabemos que el mundo es redondo, porque...

La tortuga parpadeó.

—No, no lo es —dijo —. ¿Quién ha dicho que el mundo es una bola?

—Tú —respondió Brutha. Y añadió —: Según el Libro Primero del Septateuco, en todo caso.

Yo nunca había pensado de esta manera antes, pensó Brutha. Antes nunca hubiese dicho «en todo caso».

—¿Por qué me habrá dicho eso el capitán? —preguntó —. No me parece una conversación muy normal.

—Ya te he dicho que yo nunca hice el mundo —dijo Om—. ¿Por qué iba a hacer el mundo? El mundo ya estaba aquí. Y si hiciese un mundo, no lo habría hecho con forma de bola. La gente se caería de él. Todo el mar se escurriría.

—No si tú le dijeras que se quedase donde estaba.

—¡Ja! ¿Habéis oído a este tío?

—Además, la esfera es una forma perfecta —dijo Brutha —. Porque en el Libro de...

—Una esfera no tiene nada de asombroso —dijo la tortuga—. Ya que hablamos de eso, una tortuga es una forma perfecta.

—¿Una forma perfecta para qué?

—Bueno, para empezar pues para una tortuga —dijo Om—. Si una tortuga tuviera forma de bola, siempre estaría saliendo a la superficie.

—Pero decir que el mundo es plano es una herejía —dijo Brutha.

—Quizá, pero es verdad.

—¿Y realmente viaja sobre la espalda de una tortuga gigante?

—Así es.

—En ese caso —dijo Brutha triunfalmente —, ¿encima de qué se sostiene la tortuga?

La tortuga lo miró como si no supiera de qué estaba hablando.

—Encima de nada —dijo finalmente —. Es una tortuga, por el amor del cielo. La tortuga va nadando. Las tortugas están hechas para nadar.

—Yo... esto... me parece que será mejor que vaya a informar a Vorbis —dijo Brutha —. Si tiene que esperar se pone muy intranquilo. ¿Para qué me querías? Intentaré traerte un poco más de comida después de la cena.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó la tortuga.

—Bien, gracias.

—¿Te alimentas como es debido y todas esas cosas?

—Sí, gracias.

—Me alegro de oírlo. Y ahora vete. Después de todo, sólo soy tu Dios. — Om levantó la voz mientras Brutha se iba a toda prisa—. ¡Y podrías visitarme más a menudo! Y rezar más alto. ¡Estoy harto de tener que aguzar el oído! —gritó.

Vorbis todavía estaba sentado en su camarote cuando Brutha llegó jadeando por el pasillo y llamó a la puerta.

No hubo contestación. Brutha esperó un poco y después abrió la puerta.

Vorbis no parecía leer. Era obvio que escribía, puesto que existían las famosas Cartas, pero nadie le veía hacerlo nunca. Cuando estaba solo pasaba mucho tiempo mirando la pared, o postrado rezando. Vorbis podía humillarse durante la oración de una manera que hacía que las exhibiciones de un emperador ávido de poder pareciesen serviles.

—¿Sabes una cosa, Brutha? —dijo —. Creo que no hay ni una sola persona en toda la Ciudadela que se atreviera a interrumpirme mientras estoy rezando. Temen a la Quisición. Todos temen a la Quisición. Excepto tú, al parecer. ¿Temes a la Quisición?

Brutha miró aquellos ojos negro—sobre—negro. Vorbis miró una cara redonda y sonrosada. Había una cara especial que las personas se ponían cuando hablaban con un exquisidor. Esa cara era inexpresiva, tensa y ligeramente reluciente, y hasta un exquisidor a medio entrenar podía leer la culpabilidad apenas disimulada como un libro. Brutha sólo parecía estar sin aliento, pero pensándolo bien siempre parecía estarlo. Era fascinante.

—No, señor —dijo.

—¿Por qué no?

—La Quisición nos protege, señor. Está escrito en Ossory, capítulo VII, versí...

Vorbis ladeó la cabeza.

—Por supuesto que lo está. Pero ¿nunca se te ha ocurrido que la Quisición podría equivocarse?

—No, señor —dijo Brutha. —Pero ¿por qué no?

—No lo sé, gran Vorbis. Nunca lo he pensado. Vorbis se sentó a la mesita de escribir, una mera tabla que bajaba del casco.

—Y has hecho bien, Brutha —dijo—. Porque la Quisición no puede equivocarse. Las cosas sólo pueden ser como el Dios desea que sean. Es imposible pensar que el mundo pueda funcionar de cualquier otra manera, ¿verdad? —Una visión de una tortuga con un solo ojo destelló por un instante en la mente de Brutha.

Brutha nunca había sabido mentir. La verdad siempre había parecido tan incomprensible que complicar las cosas todavía más siempre había estado totalmente fuera de su alcance.

—Así nos lo enseña el Septateuco —dijo.

—Cuando hay castigo, siempre hay un crimen —dijo Vorbis—. A veces el crimen sigue al castigo, lo cual sólo demuestra cuan previsor es el Gran Dios.

—Eso es lo que solía decir mi abuela —dijo Brutha automáticamente.

—¿De veras? Me gustaría saber más sobre esa formidable dama.

—Solía darme una azotaina cada mañana porque sin duda yo haría algo que la mereciese durante el día —dijo Brutha.

—Una comprensión admirablemente completa de la naturaleza de la humanidad —dijo Vorbis con el mentón apoyado en una mano—. Si no fuera por la deficiencia de su sexo, se diría que hubiese podido ser una excelente exquisidora.

Brutha asintió. Oh, sí. Sí, desde luego.

—Y ahora —dijo Vorbis, sin que se produjera cambio alguno en su tono— me contarás lo que viste en el desierto.

—Uh. Hubo seis destellos. Y después hubo una pausa de unos cinco latidos. Y después hubo ocho destellos. Y otra pausa. Y dos destellos.

Vorbis asintió.

—Tres cuartos —dijo —. Alabado sea el Gran Dios. El es mi cayado y me guía por los lugares difíciles. Y puedes irte.

Brutha no había esperado que se le dijera qué significaban los destellos, y no iba a preguntarlo. Las preguntas las hacía la Quisición. Era famosa por ello.

Al día siguiente el navío contorneó un promontorio y la bahía de Efebia apareció ante él, con la ciudad como un borrón blanco en el horizonte que el tiempo y la distancia convirtieron en un espolvoreo de casas cegadoramente blancas subiendo hasta lo alto de una gran roca.

El sargento Simonía pareció encontrarla muy interesante. Brutha no había intercambiado ni una palabra con él.

La fraternización entre el clero y los soldados no estaba muy bien vista, ya que había cierta tendencia a la impiedad entre los soldados.

Brutha, al que ya nadie hacía caso ahora que la tripulación se preparaba para atracar, observó con mucha atención al soldado. La mayoría de soldados tendían al desaliño y eran generalmente groseros con el clero menor.

Simonía era diferente. Aparte de todo lo demás, relucía. Su coraza brillaba con tal intensidad que te hacía daño en los ojos. Su piel parecía haber sido restregada con un cepillo.

El sargento estaba en la proa, contemplando la ciudad mientras esta se iba aproximando. Era raro verlo muy alejado de Vorbis. Allí donde estuviera Vorbis allí estaba el sargento, con la mano en la empuñadura de la espada y los ojos recorriendo los alrededores en busca de... ¿qué? Y siempre estaba callado, salvo cuando se le hablaba. Brutha intentó trabar amistad con él.

—Se la ve muy... blanca, ¿verdad? —dijo —. La ciudad, quiero decir. Es muy blanca. ¿Sargento Simonía? El sargento se volvió y miró a Brutha.

La mirada de Vorbis era terrible. Vorbis miraba a través de tu cabeza para ver los pecados que había dentro de ella, y tú apenas le interesabas salvo como un vehículo para tus pecados. Pero la mirada de Simonía era odio puro y simple.

Brutha dio un paso atrás.

—Oh. Lo siento —murmuro. Volvió sombríamente al extremo romo, y trató de mantenerse lo más alejado posible del soldado.

En cualquier caso, no tardó en haber más soldados.

Los efebianos los estaban esperando. El muelle estaba lleno de soldados que empuñaban las armas de una manera a la que le faltaba muy poco para ser un insulto directo. Y había muchos.

Cuando Brutha echó a andar, la voz de la tortuga se insinuó dentro de su cabeza.

—Así que los efebianos quieren la paz, ¿eh? —dijo Om —. Pues no lo parece. No parece que hayamos venido a dictar leyes a un enemigo derrotado. Más bien parece como si nos hubieran dado una buena paliza y no quisiéramos seguir recibiendo. Parece como si estuviéramos pidiendo la paz. Eso es lo que me parece a mí.

—En la Ciudadela todo el mundo decía que fue una gloriosa victoria —dijo Brutha. Había descubierto que ahora podía hablar casi sin mover los labios, ya que Om parecía capaz de captar sus palabras antes de que llegaran a, sus cuerdas vocales.

Delante de él, Simonía seguía al diácono como si fuera su sombra y lanzaba miradas suspicaces a cada guardia efebiano ante el que pasaban.

—Eso es muy curioso —dijo Om —. Los vencedores nunca hablan de gloriosas victorias. Eso es debido a que son los que ven el aspecto que tiene el campo de batalla después. Sólo los perdedores obtienen gloriosas victorias.

Brutha no supo qué contestar.

—No esperaba oírle decir eso a un dios —se atrevió a murmurar finalmente.

—Es este cerebro de tortuga.

—¿Qué?

—¿Cómo puedes ser tan ignorante? Los cuerpos son algo más que un sitio dentro del cual guardar tu mente. Tu forma afecta a cómo piensas. Es toda esa morfología que anda suelta por ahí.

—¿Qué? —Om suspiró.

—¡Que si no me concentro pienso igual que una tortuga!

—¿Qué? ¿Quieres decir muy despacio?

—¡No! Las tortugas son unas cínicas. Siempre esperan lo peor.

—¿Por qué?

—No lo sé. Porque suele ocurrirles, supongo.

Brutha contempló Efebia. Guardias con cascos coronados por plumas que parecían colas de caballo sublevadas marchaban a cada lado de la columna. Varios ciudadanos los miraban junto al camino. No parecían demonios de dos piernas y, de hecho, su aspecto era sorprendentemente similar al de las gentes de casa.

—Son personas.

—Sobresaliente en antropología comparada.

—El hermano Nhumrod dice que los efebianos comen carne humana —dijo Brutha —. El nunca diría una mentira.

Un niño miró a Brutha con expresión pensativa mientras se excavaba una fosa nasal. Si era un demonio en forma humana, era un actor extremadamente bueno.

A intervalos a lo largo del camino que salía de los muelles había estatuas de piedra blanca. Brutha nunca había visto estatuas antes. Aparte de las estatuas de los septarcas, por supuesto, pero no era lo mismo.

—¿Qué son?

—Bueno, el gordito de la toga es Tuvelpit, el dios del Vino. En Tsort lo llaman Smimto. Y esa tipa del peinado raro es Astoria, diosa del Amor. Una mema total. El feo es Offler el dios Cocodrilo. No es de por aquí.

Originalmente era klatchiano, pero los efebianos oyeron hablar de él y pensaron que era una buena idea. Fíjate en los dientes. Buenos dientes. Buenos dientes, sí señor. Y la que necesita que alguien le peine las serpientes es...

—Hablas de ellos como si fueran reales —dijo Brutha.

—Lo son.

—No hay más dios que tú. Eso fue lo que le dijiste a Ossory.

—Bueno... Exageré un poco, ya sabes. Pero no se puede decir que sean gran cosa. Uno de ellos se pasa la mayor parte del tiempo sentado por ahí tocando la flauta y persiguiendo a las pastoras. Yo no creo que eso sea muy divino. ¿Tú crees que eso es muy divino? Yo no.

El camino subía en una pronunciada pendiente que serpenteaba alrededor de la colina rocosa. La mayor parte de la ciudad parecía construida encima de promontorios o tallada en la misma roca, de tal manera que el patio de un hombre era el techo de otro. En realidad los caminos eran una serie de estrechos peldaños, accesibles para un hombre o un burro pero muerte súbita para un carro. Efebia era un lugar peatonal.

Brutha tuvo ocasión de echar una mirada al rostro de Vorbis. El exquisidor miraba fijamente hacia adelante.

Brutha se preguntó qué estaría viendo. ¡Todo era tan nuevo! Y diabólico, por supuesto. Aun así, los dioses representados por las estatuas no tenían aspecto de demonios, pero Brutha pudo oír la voz de Nhumrod señalando que ese mismo hecho los volvía todavía más demoníacos. El pecado caía sobre ti como un lobo con piel de cordero.

Brutha se dio cuenta de que una de las diosas había tenido problemas serios con su vestimenta. Si el hermano Nhumrod hubiera estado presente, habría tenido que salir corriendo para iniciar una sesión de reposo lo más serio posible.

—Petulia, diosa del Afecto Negociable —dijo Om—. Adorada por las damas de la noche así como de cualquier otra hora, y supongo que ya nos entendemos.

Brutha se quedó boquiabierto.

—¿Tienen una diosa para las rameras pintarrajeadas?

—¿Y por qué no? Tengo entendido que son un pueblo muy religioso. Están acostumbrados a pensar en... Pasan tanto tiempo mirándose el... Oye, la fe está allí donde la encuentras. Especialización. Es una manera de ponerse a cubierto, ¿entiendes? Pocos riesgos, ingresos garantizados. No sé dónde hasta hay un dios de la Lechuga. Quiero decir que, bueno, no hay muchas probabilidades de que alguien más intente llegar a ser un Dios de la Lechuga. Encuentras una comunidad que cultive lechugas y te aferras a ella. Los dioses del trueno vienen y van, pero cada vez que la Mosca de la Lechuga ataque en serio será a ti a quien recurrirán. Claro que Petulia siempre ha sido muy p... uh... perspicaz. Vio que había un hueco en el mercado y lo llenó.

—¿Hay un dios de la Lechuga?

—¿Por qué no? Si suficientes personas creen, puedes ser dios de cualquier...

Om se calló de golpe y esperó para ver si Brutha se había dado cuenta. Pero Brutha parecía estar pensando en otra cosa.

—Eso no está bien. No habría que tratar así a la gente. Ay.

Acababa de chocar contra la espalda de un subdiácono. El grupo se había detenido, en parte debido a que la escolta efebiana también se había detenido, pero principalmente porque un hombre venía corriendo por la calle.

Era muy viejo, y en muchos aspectos parecía una rana que llevara bastante tiempo en seco. Había algo en él que hacía que la gente pensara en la palabra «espabilado», pero en aquel momento había muchas más probabilidades de que pensaran en las palabras «tan desnudo como su madre lo trajo al mundo» y posiblemente también «empapado», y además habrían dado un ciento por ciento en el blanco. Aunque estaba la barba. Era una barba en la que podías acampar.

El hombre llegó corriendo por la calle sin que pareciera consciente de su desnudez y se detuvo delante de la tienda de un alfarero. Al propietario no pareció preocuparle en lo más mínimo que un hombrecillo desnudo y mojado se dirigiese a él; de hecho, ninguna de las personas que había en la calle lo había mirado dos veces.

—Querría una olla del Número Nueve y un poco de cordel, por favor —dijo el anciano.

—Sí, señor Legibus.

El alfarero metió la mano debajo del mostrador y sacó una toalla. El hombre desnudo la cogió. Brutha tuvo la impresión de que aquello ya les había sucedido a ambos antes.

—Y una palanca de longitud infinita y, um, un lugar inamovible en el que apoyarla —dijo Legibus mientras se secaba.

—Lo que ve es lo que tengo, señor. Ollas y enseres domésticos en general, pero ando un poquito corto de mecanismos axiomáticos.

—Bueno, ¿tiene un trozo de tiza?

—Me queda un poco de la última vez —dijo el alfarero.

El hombrecillo desnudo cogió la tiza y empezó a dibujar triángulos en el trozo de pared más próximo. Después miró hacia abajo.

—¿Por qué no llevo nada de ropa? —dijo.

—Hemos vuelto a bañarnos, ¿verdad? —preguntó el alfarero.

—¿Me he dejado la ropa en el baño?

—Creo que tuvo una idea mientras estaba bañándose —sugirió el alfarero.

—¡Eso es! ¡Eso es! ¡Se me ocurrió una idea realmente espléndida para mover el mundo! —dijo Legibus —. Un simple principio de palanca. Debería funcionar a la perfección. Sólo hay que resolver los pequeños detalles técnicos.

—Qué bien. Así durante el invierno podríamos desplazarnos a algún lugar donde haga más calor —dijo el alfarero.

—¿Puedo tomar prestada la toalla?

—De todas maneras es suya, señor Legibus.

—¿Sí?

—Sí, porque se la dejó aquí la última vez. ¿No se acuerda? ¿Cuando tuvo aquella idea para el faro?

—Magnífico. Magnífico —dijo Legibus, envolviéndose con la toalla. Trazó unas líneas más sobre la pared—. Magnífico. Muy bien. Ya mandaré a alguien para que recoja la pared.

Se volvió y pareció ver a los omnianos por primera vez. Los miró sin decir nada y luego se encogió de hombros.

—Hmmm. —dijo, y se fue.

Brutha le tiró de la capa a uno de los soldados efebianos.

—Disculpa, pero ¿por qué nos hemos detenido? —preguntó.

—Los filósofos tienen prioridad de paso —contestó el soldado.

—¿Qué es un filósofo? —preguntó Brutha.

—Alguien lo bastante listo para buscarse un trabajo en el que no hay que levantar objetos pesados —dijo una voz dentro de su cabeza.

—Un infiel en busca del justo destino que recibirá con toda certeza —dijo Vorbis —. Un inventor de falacias.

Esta ciudad maldita los atrae igual que un montón de estiércol atrae a las moscas.

—En realidad es el clima —dijo la voz de la tortuga—. Piensa un poco. Si eres el tipo de persona que salta de su bañera y corre calle abajo cada vez que cree haber tenido una gran idea, entonces no quieres hacerlo en un sitio donde haga mucho frío. Si haces eso en algún sitio donde haga mucho frío, te mueres. Selección natural, eso es lo que es. Efebia es famosa por sus filósofos. Es mejor que el teatro callejero.

—¿El qué, un montón de viejos desnudos corriendo por las calles? —murmuró Brutha mientras reanudaban la marcha.

—Más o menos. Si pasas todo tu tiempo pensando en el universo, tiendes a olvidarte de las partes menos importantes de él. Como tus pantalones. Y noventa y nueve de cada cien ideas que se les ocurren son totalmente inútiles.

—¿Y entonces por qué alguien no los encierra donde no molesten? No me parece que sirvan de mucho —dijo Brutha.

—Porque la idea número cien generalmente es la repanocha — dijo Om.

—¿Qué?

—Mira la torre más alta de la roca.

Brutha miró hacia arriba. En lo alto de la torre y sujetado por bandas metálicas, había un gran disco que relucía bajo el sol de la mañana.

—¿Qué es? —murmuró.

—La razón por la que Omnia ya casi no tiene flota —dijo Om—. Ese es el motivo por el cual vale la pena tener siempre unos cuantos filósofos cerca. En un momento dado todo se reduce a Es Verdad Belleza y Es Belleza Verdad y Hace Algún Ruido un Árbol que Cae en el Bosque si No Hay Nadie Allí para Oírlo, y justo cuando piensas que van a empezar a babear uno de ellos dice, Por cierto, colocar un reflector parabólico de diez metros en un lugar elevado para que dirija los rayos del sol contra los barcos del enemigo constituiría una demostración muy interesante de los principios ópticos —añadió —. A los filósofos siempre se les están ocurriendo asombrosas ideas nuevas. El que había antes del reflector era un complicado artilugio que demostraba los principios de la palanca y, de paso, lanzaba bolas de azufre ardiendo a cinco kilómetros de distancia. Antes de ese, creo, había una especie de cosa submarina que incrustaba troncos afilados en la quilla de los barcos.

Brutha volvió a mirar el disco. No había entendido más de una tercera parte de las palabras del último parlamento de la tortuga.

—Bueno —dijo—, ¿y lo hace?

—¿Hacer el qué?

—Que si hace ruido. Un árbol. Si cuando cae no hay nadie para oírlo caer, quiero decir.

—¿Y qué más da?

El grupo había llegado a una puerta en el muro que circundaba la cima de la roca de una forma bastante parecida a como una banda para el pelo rodea una cabeza. El capitán efebiano se detuvo y se volvió.

—Los... visitantes... deben llevar los ojos vendados —dijo.

—¡Esto es indignante! —dijo Vorbis —. ¡Hemos venido aquí en misión diplomática!

—Eso no es asunto mío —replicó el capitán —. Lo que sí es asunto mío es deciros que si pasáis por esa puerta, lo haréis con los ojos vendados. Podéis quedaros fuera. Pero si queréis entrar, tenéis que llevar una venda encima de los ojos. Es lo que llaman una elección.

Uno de los subdiáconos le murmuró algo al oído a Vorbis. Después Vorbis mantuvo una breve conversación en susurros con el capitán de la guardia omniana.

—Muy bien —dijo—, bajo protesta.

La venda era muy suave, y totalmente opaca. Pero mientras Brutha era guiado...

... diez pasos a lo largo de un corredor, y después cinco pasos a la izquierda, luego adelante en diagonal y tres pasos y medio a la izquierda, y ciento tres pasos a la derecha, bajar tres escalones, y te hacían girar diecisiete veces y un cuarto, y nueve pasos al frente, y un paso a la izquierda, y diecinueve pasos hacia adelante, tres segundos de pausa, y dos pasos a la derecha, y dos pasos atrás, y dos pasos a la izquierda, y te hacían girar tres veces y media, y esperar un segundo, y subir tres escalones, y veinte pasos a la derecha, y te hacían girar cinco veces y un cuarto, y quince pasos a la izquierda, y siete pasos al frente, y dieciocho pasos a la derecha, y siete pasos subiendo, y avanzar en diagonal, y dos segundos de pausa, cuatro pasos a la derecha, y bajar por una pendiente que descendía un metro cada diez pasos durante treinta pasos, y después te hacían girar siete veces y media, y seis pasos al frente...

... se preguntó para qué servía.

La venda fue quitada en un patio sin muros hecho de alguna piedra blanca que convertía la luz del sol en un intenso resplandor. Brutha parpadeó.

El patio estaba rodeado de arqueros. Sus flechas apuntaban hacia abajo, pero su postura sugería que el que apuntaran horizontalmente era algo que podía ocurrir en cualquier momento.

Otro hombre calvo los estaba esperando. Efebia parecía tener una provisión ilimitada de hombres calvos y flacos vestidos con togas. Aquel sonrió, sólo con su boca.

No le caemos muy bien a nadie, pensó Brutha.

—Confío en que excusaréis esta pequeña molestia —dijo el hombre flaco —. Me llamo Aristócrates y soy el secretario del Tirano. Tened la bondad de pedir a vuestros hombres que entreguen sus armas.

Vorbis se irguió cuan alto era. Era una cabeza más alto que el efebiano. Su tez, que normalmente ya era pálida, se había vuelto todavía más pálida.

—¡Tenemos derecho a conservar nuestras armas! —dijo —. ¡Somos emisarios en una tierra extranjera!

—Pero no bárbara —repuso Aristócrates apaciblemente —. Las armas no serán necesarias aquí.

—¿Bárbara? —dijo Vorbis —. ¡Quemasteis nuestras naves! Aristócrates levantó una mano.

—Eso es algo a discutir más adelante —dijo—. Ahora mi agradable tarea consiste en acompañaros hasta vuestros aposentos. Estoy seguro de que os gustaría descansar un poco después de vuestro viaje. Dentro del palacio podéis ir adonde os plazca, por supuesto. Y si hay algún lugar al que no deseamos que vayáis, tened la seguridad de que los guardias se encargarán de informaros con celeridad y tacto.

—¿Y podemos salir del palacio? —preguntó Vorbis con voz gélida.

Aristócrates se encogió de hombros.

—La entrada nunca está vigilada excepto en tiempos de guerra — dijo —. Si podéis acordaros del camino, sois libres de usarlo. Pero debo advertiros de que los paseos sin rumbo por el laberinto no son muy sensatos. Desgraciadamente nuestros antepasados eran muy suspicaces y la desconfianza los indujo a poner muchas trampas: las mantenemos bien engrasadas y listas para funcionar, por supuesto, meramente en señal de respeto a la tradición. Y ahora, si tenéis la amabilidad de seguirme...

Los omnianos se mantuvieron juntos mientras seguían a Aristócrates por el palacio. Había fuentes. Había jardines. Aquí y allá había grupos de personas sentadas que no hacían gran cosa aparte de hablar. Los efebianos parecían tener ciertos problemas a la hora de entender conceptos como «dentro» y «fuera», salvo por el laberinto que circundaba al palacio, el cual se mostraba muy claro acerca del tema.

—El peligro nos espera a la vuelta de cada esquina —dijo Vorbis —. El hombre que rompa filas o confraternice de cualquier manera explicará su conducta a los exquisidores. Con todo detalle.

Brutha miró a una mujer que estaba llenando una jarra en un pozo. No parecía un acto muy militar.

Volvía a experimentar aquella extraña doble sensación. En la superficie estaban los pensamientos de Brutha, exactamente la clase de pensamientos que la Ciudadela hubiese aprobado. Aquello era un nido de infieles y no creyentes, su misma mundanidad una sutil capa con la cual esconder las trampas de la herejía y el pensamiento equivocado. Efebia podía estar bañada por el sol, pero en realidad era un lugar de sombras.

Pero más abajo estaban los pensamientos del Brutha que observaba a Brutha desde dentro...

Y allí Vorbis parecía estar fuera de lugar. Se lo veía cortante y desagradable. Y cualquier ciudad en la que los alfareros no se pusieran nerviosos cuando ancianos desnudos y goteantes entraban en su tienda y dibujaban triángulos encima de sus paredes era un sitio acerca del que Brutha quería saber más cosas. Se sentía como una gran jarra vacía. Lo que había que hacer con algo vacío era llenarlo.

—¿Me estás haciendo algo? —susurró.

Dentro de su caja, Om echó un vistazo a la forma de la mente de Brutha. Después trató de pensar deprisa.

—No —dijo, y al menos eso era verdad.

¿Habría ocurrido aquello antes alguna vez? ¿Había sido así en los primeros tiempos? Tenía que haberlo sido. Ahora todo aquello estaba muy borroso. Om no podía recordar los pensamientos que había tenido entonces, sólo la forma de los pensamientos. Todo había estado teñido de vivos colores, todo había estado creciendo a cada día que pasaba: él mismo había estado creciendo cada día, porque los pensamientos y la mente que los pensaba se estaban desarrollando a la misma velocidad. Era fácil olvidar cosas de aquellos tiempos. Era como un fuego tratando de recordar la forma de sus llamas. Pero la sensación... Eso sí que podía recordarlo.

No le estaba haciendo nada a Brutha. Brutha se lo estaba haciendo a sí mismo. Brutha estaba empezando a pensar a la manera divina. Brutha estaba empezando a convertirse en un profeta.

Om deseó tener alguien con quien hablar. Alguien que comprendiera.

Aquello era Efebia, ¿no? ¿Donde la gente se ganaba la vida tratando de comprender? Los omnianos fueron alojados en pequeñas habitaciones alrededor de un patio central. En el centro del patio había una fuente, en un minúsculo bosquecillo de pinos que olían muy bien. Los soldados intercambiaron codazos. La gente cree que los soldados profesionales siempre están pensando en luchar, pero los verdaderos soldados profesionales piensan mucho más en la comida y en un sitio caliente donde dormir que en luchar, porque esas son las dos cosas que generalmente cuesta mucho conseguir, mientras que el luchar tiende a presentarse por sí solo a cada momento.

En la celda de Brutha había un cuenco con fruta y un plato de carne fría. Pero primero lo primero. Brutha sacó al dios de la caja.

—Hay fruta —dijo —. ¿Qué son esa especie de bayas?

—Uvas —respondió Om —. Materia prima para el vino.

—Antes mencionaste esa palabra. ¿Qué significa?

Un grito resonó fuera.

—¡Brutha!

—Es Vorbis. Tendré que ir.

Vorbis estaba de pie en el centro de su celda.

—¿Has comido algo? —quiso saber.

—No, señor.

—Fruta y carne, Brutha. Y hoy es un día de ayuno. ¡Pretenden insultarnos!

—Um. ¿Quizá no saben que es un día de ayuno? —se atrevió a sugerir Brutha.

—En sí misma la ignorancia ya es un pecado —dijo Vorbis.

—Ossory VII, versículo 4 —dijo Brutha automáticamente.

Vorbis sonrió y le dio una palmadita en el hombro.

—Eres un libro ambulante, Brutha. El Septateucus perambulatus.

Brutha se miró las sandalias.

Tiene razón, pensó. Y yo había olvidado que hoy es un día de ayuno. O al menos no quise recordarlo.

Y entonces oyó cómo sus propios pensamientos le eran devueltos bajo la forma de un eco: es fruta y carne y pan, nada más. Eso es todo lo que es. Días de ayuno y festividades sagradas y Días de los Profetas y días del pan...

¿A quién le importa todo eso? ¿Un Dios al que ahora lo único que le interesa de la comida es que esté lo bastante baja para que se pueda llegar hasta ella? Ojalá dejara de darme palmaditas en el hombro.

Vorbis se volvió.

—¿Se lo recuerdo a los demás? —preguntó Brutha.

—No. Nuestros hermanos ordenados no necesitarán que se les recuerde, naturalmente. En cuanto a los soldados... una pequeña licencia, quizá, sería permisible estando tan lejos de casa...

Brutha volvió a su celda.

Om seguía encima de la mesa, mirando el melón.

—He estado a punto de cometer un pecado terrible —dijo Brutha —. Ha faltado poco para que comiera fruta en un día sin fruta.

—Eso es terrible, terrible —dijo Om —. Y ahora abre el melón.

—¡Pero está prohibido! —exclamó Brutha.

—No, no lo está —dijo Om—. Abre el melón.

—Pero fue el comer fruta lo que hizo que la pasión invadiera el mundo —dijo Brutha.

—Lo único que causó fue flatulencia —dijo Om—. ¡Abre el melón!

—¡Me estás tentando!

—No, no te estoy tentando. Te estoy dando permiso. ¡Una dispensa especial! ¡Abre el dichoso melón!

—Sólo un obispo o grado superior puede... —comenzó Brutha. Pero calló.

Om había clavado su único ojo en él.

—Sí. Exactamente —dijo —. Y ahora abre el melón. —Su tono se suavizó un poco —. Si eso te hace sentir mejor, declararé que es pan. Da la casualidad de que soy el Dios de estos parajes. Puedo llamarlo lo que me dé la gana. Es pan. ¿De acuerdo? Y ahora corta el dichoso melón.

—La dichosa hogaza —lo corrigió Brutha.

—Sí, eso. Y dame una tajada en la que no haya pepitas.

Brutha así lo hizo, con cuidado.

—Y cómetela deprisa —dijo Om.

—¿Porque no quieres que Vorbis nos pille comiendo?

—Porque tienes que ir a encontrar un filósofo —dijo Om. El hecho de que su boca estuviera llena no alteraba en nada su voz dentro de la mente de Brutha —. Verás, en estado natural los melones crecen por ahí. No estoy hablando de los grandes como este, sino de unas cositas verdes. Tienen la corteza tan dura como el cuero. No hay manera de romperla con los dientes. ¡La de años que me he tirado comiendo hojas muertas que una cabra escupiría, justo al lado de una cosecha de melones! Los melones deberían tener la piel más delgada. Que no se te olvide.

—¿Te refieres a lo de encontrar un filósofo?

—Exacto. Alguien que sepa cómo pensar. Alguien que pueda ayudarme a dejar de ser una tortuga.

—Pero... Vorbis podría necesitarme para algo.

—Habrás ido a dar un paseo. No hay problema. Y date prisa. En Efebia hay otros dioses. No quiero encontrarme con ellos ahora. No mientras tenga este aspecto.

Brutha puso cara de pánico.

—¿Y cómo encuentro un filósofo? —preguntó.

—¿En estos lugares? Yo diría que bastará con que tires un ladrillo.

El laberinto de Efebia es antiguo y está lleno de las mil y una cosas asombrosas que puedes llegar a hacer con resortes escondidos, cuchillos afilados como navajas de afeitar y rocas que caen. No hay un solo guía que te lleve por él. Hay seis, y cada uno sabe orientarse a través de una sexta parte del laberinto. Cada año celebran una competición especial, y entonces introducen ciertos cambios en el diseño. Se enfrentan unos con otros para averiguar quién puede hacer que su sección resulte todavía más letal para el paseante que las demás. Hay un panel de jueces, y un pequeño premio.

La distancia máxima jamás recorrida dentro del laberinto sin un guía fue de diecinueve pasos. Más o menos.

La cabeza rodó siete pasos más, pero eso probablemente no cuenta.

En cada punto de relevo hay una pequeña cámara libre de trampas. Lo que contiene es una campanita de bronce. Esas cámaras son las pequeñas salas de espera en las que los visitantes son confiados al siguiente guía. Y aquí y allá, esparcidas a gran altura en el techo del túnel encima de las trampas más ingeniosas, hay ventanitas de observación, porque a los guardias les gusta tanto echar unas risas como a cualquiera.

Todo aquello le paso totalmente por alto a Brutha, quien recorrió tranquilamente los túneles y corredores sin pensar demasiado en lo que estaba haciendo, y terminó empujando la puerta que daba al frescor de las últimas horas del atardecer.

El aire estaba perfumado por la fragancia de las llores. Las mariposas nocturnas revoloteaban a través de la penumbra.

—¿Qué aspecto tienen los filósofos? —preguntó Brutha —. Cuando no se están bañando, quiero decir.

—Piensan mucho —dijo Om —. Busca a alguien con la cara fruncida y expresión de estarse esforzando.

—Eso podría significar meramente estreñimiento.

—Bueno, mientras se lo tome con filosofía...

La ciudad de Efebia los rodeaba. Los perros ladraban. Un gato maulló en algún lugar. Había ese susurro general de pequeños sonidos acogedores indicador de que un montón de personas están viviendo sus vidas allá afuera.

Y entonces una puerta se abrió bruscamente calle abajo y se oyó el chasquido de un ánfora de vino bastante grande siendo hecha añicos encima de la cabeza de alguien.

Un anciano flaco que llevaba una toga se levantó de los adoquines en los que había aterrizado y le lanzó una mirada asesina a la entrada.

—Lo que os estoy diciendo, y a ver si me escucháis de una vez, es que un intelecto finito, eso, finito, no puede llegar a la verdad absoluta de las cosas mediante la comparación, porque siendo por naturaleza indivisible, la verdad excluye los conceptos de «más» o «menos» de tal manera que nada salvo la verdad misma puede ser la exacta medida cié la verdad. Bastardos —dijo.

—¿Oh, sí? — dijo alguien desde dentro del edificio —. Eso es lo que tú dices.

El viejo ignoró a Brutha pero, con gran dificultad, extrajo un adoquín y lo sopesó en su mano.

Después entró corriendo en la casa. Hubo un alarido de rabia distante.

—Ah. Filosofía —dijo Om.

Brutha echó un cauteloso vistazo desde detrás de la puerta.

Dentro de la sala había dos grupos de hombres prácticamente idénticos vestidos con togas que trataban de contener a dos de sus colegas. Es una escena que se repite un millón de veces al día en los bares alrededor del multiuniverso: los dos aspirantes a combatientes gruñían y se hacían muecas el uno al otro e intentaban soltarse de las manos de sus amigos, sólo que por supuesto no lo intentaban con demasiada energía, porque no hay nada peor que conseguir liberarse de las manos que te están conteniendo y encontrarse de pronto totalmente solo en el centro del ring con un loco que se dispone a atizarte entre los ojos con una roca.

—Sí —dijo Om —. Filosofía en acción, no hay duda.

—¡Pero se están peleando!

—Un intenso intercambio de opiniones expresadas con toda libertad, sí.

Ahora que podía verlos mejor, Brutha se dio cuenta de que había una o dos diferencias entre los hombres. La barba de uno era más corta y su cara estaba muy roja, y estaba agitando un dedo de manera claramente acusadora.

—¡Me ha acusado de calumnia y difamación! —gritaba.

—¡No lo he hecho! —replicó el otro hombre.

—¡Lo hiciste! ¡Lo hiciste! ¡Cuéntales lo que dijiste!

—Oye, meramente sugerí, para indicar la naturaleza de la paradoja, eh, que si Xenón el Efebiano decía «Todos los efebianos son unos mentirosos»...

—¿Veis? ¿Veis? ¡Lo ha vuelto a hacer!

—No, no, escucha, escucha... Entonces, dado que Xenón es un efebiano, eso significaría que él mismo es un mentiroso y por consiguiente...

Xenón hizo un decidido esfuerzo para soltarse que arrastró a cuatro desesperados colegas a través del suelo.

—¡Te voy a partir la cara, amigo!

—Disculpadme —dijo Brutha.

Los filósofos se quedaron inmóviles. Después se volvieron para mirar a Brutha. Se fueron relajando gradualmente y hubo un coro de toses avergonzadas.

—¿Todos sois filósofos? —preguntó Brutha.

El que se llamaba Xenón se puso bien la toga y dio un paso adelante.

—Exacto —dijo —. Somos filósofos. Pensamos, por lo tanto existimos.

—Existimos —dijo automáticamente el infortunado fabricante de paradojas.

Xenón se encaró con él.

—¡Mira, Ibíd, me tienes hasta las mismísimas narices! —rugió. Después se volvió hacia Brutha—. Existimos, por lo tanto somos —dijo muy seguro de sí mismo —. Eso es.

Varios filósofos se miraron con visible interés.

—Eh, eso es bastante interesante —dijo uno de ellos —. Estás diciendo que la evidencia de nuestra existencia es el hecho de nuestra existencia, ¿no?

—Oh, cállate —dijo Xenón sin mirar alrededor.

—¿Habéis estado peleando? —preguntó Brutha.

Los filósofos adoptaron distintas expresiones de perplejidad y horror.

—¿Peleando? ¿Nosotros? Somos filósofos —dijo Ibíd, consternado.

—Desde luego que lo somos —dijo Xenón.

—Pero estabais... —comenzó Brutha.

Xenón agitó una mano.

—El apasionamiento del debate —dijo.

—Tesis más antítesis igual a histéresis —terció Ibíd—. La astringente puesta a prueba del universo. El martillo del intelecto cayendo sobre el yunque de la verdad fundamental.

—Cállate —dijo Xenón—. ¿Y qué podemos hacer por ti, muchacho?

—Pregúntale por los dioses —intervino Om.

—Uh, quiero saber algunas cosas sobre los dioses —dijo Brutha.

Los filósofos se miraron.

—¿Dioses? —dijo Xenón—. Los dioses no nos interesan en lo más mínimo. Reliquias de un sistema de creencias periclitado, eso es lo que son.

Un rumor de truenos resonó en el cielo despejado del atardecer.

—Salvo el Ciego lo el dios del Trueno —siguió diciendo Xenón, sin que su tono cambiara apenas.

Un relámpago destelló a través del cielo.

—Y Cubal el dios del Fuego —dijo Xenón.

Una ráfaga de viento sacudió las ventanas.

—Aunque Flátulo el dios de los Vientos tampoco está nada mal —dijo Xenón.

Una flecha se materializó en el aire y se incrustó en la mesa junto a la mano de Xenón.

—Seurus el Mensajero de los dioses, uno de los grandes de todos los tiempos —dijo Xenón.

Un pájaro apareció en el umbral. Al menos tenía un vago parecido con un pájaro. Mediría unos treinta centímetros de altura, era blanco y negro, y tenía el pico torcido y una expresión que sugería que lo que más temía que le sucediera, fuera lo que fuera, ya le había sucedido.

—¿Qué es eso? —preguntó Brutha.

—Un pingüino —dijo la voz de Om dentro de su cabeza.

—¿Pátina la diosa de la Sabiduría? No hay otra como ella —dijo Xenón.

El pingüino le soltó un graznido y después se marchó con andares tambaleantes para perderse en la oscuridad.

Los filósofos parecían bastante desconcertados. Finalmente Ibíd dijo:

—¿Foorgol el dios de las Avalanchas? ¿Dónde están las nieves más próximas?

—A doscientos kilómetros de aquí —dijo alguien.

Esperaron. No ocurrió nada.

—Reliquia de un sistema de creencias superado —dijo Xenón.

Ni un solo muro de muerte blanca en estado de congelación apareció en ningún lugar de Efebia.

—Mera personificación inconsciente de una fuerza natural —dijo uno de los filósofos, levantando la voz. De pronto todos parecían mucho más animados.

—Culto primitivo a la naturaleza.

—No te daría ni dos chavos por él.

—Simple racionalización de lo desconocido.

—¡Ja! ¡Una astuta ficción, un hombre del saco con el que asustar a los débiles y los estúpidos! —Las palabras surgieron por sí solas dentro de Brutha. No pudo contenerse.

—¿Siempre hace tanto frío? —preguntó—. Cuando venía hacia aquí me pareció que hacía mucho frío.

Todos los filósofos se apartaron de Xenón.

—Aunque si hay una cosa que se pueda decir de Foorgol —dijo Xenón—, es que siempre ha sido un dios muy comprensivo. Sabe reír un chiste tan bien como cualquier hijo de... de los cielos.

Miró rápidamente a un lado y a otro. Pasados unos momentos los filósofos se relajaron, y parecieron olvidarse por completo de Brutha.

Y sólo entonces tuvo tiempo Brutha de fijarse en la sala. Nunca había visto una taberna en su vida, pero aquel sitio era precisamente eso. La barra corría a lo largo de un extremo de la sala. Detrás de ella había los típicos adornos de un bar efebiano: pilas de jarras de vino, hileras de ánforas, y las alegres imágenes de vírgenes vestales que regalaban en las bolsas de cacahuetes salados y tasajo de cabra, clavadas con chinchetas con la esperanza de que en el mundo había gente capaz de comprar más y más bolsas de cacahuetes sólo para poder contemplar un pezón de cartón.

—¿Qué son todas esas cosas? —murmuró Brutha.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —dijo Om—. Déjame salir de aquí para que pueda echar un vistazo.

Brutha abrió la caja y sacó a la tortuga. Un ojo legañoso miró alrededor.

—Oh. La típica taberna —dijo Om—. Estupendo. Para mí un plato de lo que estén bebiendo.

—¿Una taberna? ¿Un sitio donde se bebe alcohol?

—Tengo la firme intención de que ese sea el caso, sí.

—Pero... pero... El Septateuco nos advierte, muy enfáticamente y no menos de diecisiete veces, de que debemos abstenernos...

—Nunca he entendido por qué —dijo Om—. ¿Ves a ese hombre que está limpiando las jarras? Pues vas y le dices: Ponme un...

—Pero el profeta Ossory dice que el alcohol degrada la mente del hombre. Y...

—¡Lo repetiré una vez más! ¡Yo nunca he dicho eso! ¡Ahora ve y habla con ese hombre!

De hecho fue el hombre quien le dirigió la palabra a Brutha. Apareció mágicamente al otro lado de la barra, todavía limpiando una jarra.

—Buenas noches, señor —dijo—. ¿Qué desea?

—Un vaso de agua, por favor —dijo Brutha, muy deliberadamente.

—¿Y algo para la tortuga?

—¡Vino! —dijo la voz de Om.

—No sé —dijo Brutha—. ¿Qué suelen beber las tortugas?

—Las que vienen por aquí suelen tomar unas gotas de leche con migas de pan —dijo el camarero.

—¿Y vienen muchas tortugas por aquí? —preguntó Brutha, hablando más alto para tratar de ahogar los gritos de indignación de Om.

—Oh, la tortuga media es un animal muy útil en la filosofía. Yendo más deprisa que las flechas metafóricas, venciendo a las liebres en las carreras... Se le puede sacar mucho jugo, créame.

—Uh... No tengo dinero —dijo Brutha.

El camarero se inclinó hacia él.

—Bueno, eso no es ningún problema —dijo —. Declives acaba de pagar una ronda. No le importará.

— ¿Pan y leche?

—Oh. Gracias. Muchísimas gracias.

—La verdad es que aquí los vemos de todos los colores —dijo el camarero, echándose hacia atrás —. Estoicos. Cínicos. Unos grandes bebedores, los cínicos. Epicúreos. Estocásticos. Anaximandritas. Epistemólogos. Peripatéticos. Sinópticos. De todo. Es lo que yo digo siempre. Lo que yo digo siempre... —cogió otra jarra y empezó a secarla— es que en el mundo tiene que haber de todo.

—¡Pan y leche! —gritó Om—. Sentirás mi ira por esto, ¿vale? ¡Y ahora pregúntale por los dioses!

—Oiga, ¿y alguno de ellos entiende mucho de dioses? —preguntó Brutha, tomando un sorbo de su jarra de agua.

—Para eso sería mejor que fuera a hablar con un sacerdote — dijo el camarero.

—No, me refería a... qué son los dioses... cómo llegaron a existir los dioses... Esa clase de cosas, ya sabe —dijo Brutha, tratando de habituarse a la peculiar manera de conversar del camarero.

—A los dioses no les hace ninguna gracia que se toquen esos temas —explicó el camarero —. Cuando alguien se ha tomado unas cuantas copas, a veces nos ponemos a hablar del asunto. Especulaciones cósmicas acerca de si los dioses realmente existen, ya sabe. Y de pronto un rayo con una nota enrollada alrededor en la que pone «Sí, existimos» atraviesa el techo, y del tipo con el que estabas hablando ya sólo quedan un par de sandalias humeantes. Esa clase de cosas le quitan todo el interés a la especulación metafísica.

—Ni siquiera pan recién hecho —masculló Om con la nariz metida en su plato.

—No, si ya sé que los dioses existen —se apresuró a decir Brutha—. Sólo quería saber algo más sobre... ellos.

El camarero se encogió de hombros.

—En ese caso le agradecería que se mantuviera alejado de todo lo que tenga algún valor —dijo—. Claro que en cien años todos calvos, ¿no? —añadió, cogiendo otra jarra y empezando a sacarle brillo.

—¿Es usted filósofo? —preguntó Brutha.

—Bueno, al cabo de un tiempo se te acaba pegando —dijo el camarero.

—Esta leche está pasada —dijo Om —. Dicen que Efebia es una democracia, ¿no? Pues a esta leche se le debería permitir votar.

—Me parece que aquí no voy a encontrar lo que estoy buscando —murmuró Brutha —. Um. ¿Señor Vendedor de Bebidas?

—¿Sí?

—¿Qué era ese pájaro que entró aquí cuando se mencionó a la diosa —Brutha saboreó aquella palabra que le resultaba tan poco familiar— de la Sabiduría?

—Ahí hay un pequeño problema —dijo el camarero—. En realidad, se podría decir que fue algo así como una metedura de pata.

—¿Cómo dice? — Era un pingüino —dijo el camarero.

—¿Una especie de pájaro sabio, entonces?

—No. No mucho —dijo el camarero —. El pingüino no es lo que se dice famoso por su sabiduría. El segundo pájaro más despistado del mundo, ¿sabe? Dicen que sólo puede volar debajo del agua.

—¿Y entonces por qué...?

—No nos gusta hablar de ello —dijo el camarero —. Pone nerviosa a la gente. Condenado escultor —añadió en voz baja.

Al otro extremo de la barra, los filósofos ya se estaban peleando otra vez.

El camarero se inclinó.

—Si no tiene dinero, no creo que vaya a conseguir mucha ayuda —dijo —. Por aquí el hablar sale bastante caro.

—Pero ellos sólo... —comenzó Brutha.

—Para empezar, está el gasto en jabón y agua. Toallas. Albornoces. Zapatillas. Piedra pómez. Sales de baño. Una cosa se suma a la otra.

Un gorgoteo ahogado hizo vibrar el plato. Om volvió una cabeza bastante láctea hacia Brutha.

—¿No tienes nada de dinero? —preguntó.

—No —dijo Brutha.

—Bueno, pues el caso es que necesitamos un filósofo —dijo secamente la tortuga —. Yo no puedo pensar y tú no sabes cómo hacerlo. Tenemos que encontrar a alguien que lo esté haciendo todo el tiempo.

—Claro que siempre podría probar con el viejo Didáctilos — dijo el camarero —. Si se trata de ahorrar, Didáctilos es su hombre.

—¿No usa jabón caro? —preguntó Brutha.

—Podría afirmarse sin temor a contradicción alguna —dijo el camarero solemnemente— que Didáctilos no utiliza ningún jabón de ninguna clase.

—Oh. Bueno. Gracias —dijo Brutha.

—Pregúntale dónde vive ese hombre —ordenó Om.

—¿Dónde puedo encontrar al señor Didáctilos? —preguntó Brutha.

—En el patio del palacio. Justo al lado de la Biblioteca. No tiene pérdida. Bastará con que siga a su nariz.

—Acabamos de llegar de... —dijo Brutha, pero su voz interior lo instó a no terminar la frase —. Bien, entonces nos vamos.

—No se olvide su tortuga —dijo el camarero—. Son muy sabrosas.

—¡Que todo tu vino se convierta en agua! —chilló Om.

—¿Su vino se convertirá en agua? —preguntó Brutha mientras salían a la noche.

—No.

—Vuelve a explicármelo. ¿Por qué estamos buscando a un filósofo? —preguntó Brutha.

—Porque quiero recuperar mi poder —dijo Om.

—¡Pero todo el mundo cree en ti!

—Si creyeran en mí podrían hablarme y yo podría hablarles. No sé qué es lo que ha ido mal. En Omnia nadie adora a ningún otro dios, ¿verdad?

—No se les permitiría hacerlo —dijo Brutha—. La Quisición se aseguraría de ello.

—Sí. Es difícil arrodillarse cuando no tienes rodillas. Brutha se detuvo en la calle vacía.

—¡No te entiendo!

—No se supone que debas entenderme. Se supone que los designios de los dioses deben ser incomprensibles para los hombres.

—¡La Quisición nos mantiene en el camino de la verdad! ¡La Quisición trabaja para la mayor gloria de la Iglesia!

—Y tú lo crees, ¿verdad? —preguntó la tortuga.

Brutha miró y descubrió que la certidumbre se había esfumado. Abrió la boca y la cerró, pero no había palabras que decir.

—Vamos —dijo Om, en el tono más afable de que fue capaz—. Regresemos.

Los ruidos procedentes de la cama de Brutha despertaron a Om cuando ya era noche cerrada.

Brutha volvía a rezar.

Om escuchó con curiosidad. Todavía se acordaba de las plegarias. Antes había habido muchas. Había tantas que no hubiese podido diferenciar una plegaria de otra ni aun suponiendo que hubiera querido hacerlo, pero eso daba igual, porque lo que importaba era el inmenso susurro cósmico de millares de mentes que rezaban y creían.

Y de todas maneras las palabras no merecían ser escuchadas.

¡Humanos! Vivían en un mundo donde la hierba seguía siendo verde y el sol salía cada día y las flores se convertían regularmente en frutos, ¿y qué era lo que les parecía impresionante? Estatuas que lloraban. ¡Y vino obtenido a partir del agua! Un mero efecto de túnel derivado de la mecánica cuántica, que hubiese tenido lugar de todas maneras si estabas dispuesto a esperar durante unos cuantos zillones de años. Como si la conversión de los rayos de sol en vino, mediante las parras y las uvas y el tiempo y las enzimas, no fuese mil veces más impresionante y no ocurriera continuamente...

Bueno, ahora Om ni siquiera podía hacer los trucos más básicos del repertorio divino. Rayos con aproximadamente el mismo efecto que la chispa surgida del pelaje de un gato, y difícilmente podías fulminar a alguien con eso. Om había fulminado de lo lindo en sus buenos tiempos. Ahora apenas si podía andar a través del agua y alimentar al Uno.

La plegaria de Brutha era una tenue melodía en un mundo de silencio.

Om esperó hasta que el novicio dejó de hacer ruido y entonces sacó las patas de la concha y se alejó, bamboleándose de un lado a otro, hacia el amanecer.

Los efebianos cruzaron los patios del palacio, rodeando a los omnianos pero sin llegar a rodearlos del todo, andando a la manera de una escolta de prisioneros.

Brutha podía ver que Vorbis estaba hirviendo de furia. Una venita palpitaba en la calva sien del exquisidor.

Como si sintiera los ojos de Brutha posados en él, Vorbis volvió la cabeza.

—Esta mañana pareces un poco nervioso, Brutha —dijo.

—Lo siento, señor.

—Se diría que vas mirando en todos los rincones. ¿Qué esperas encontrar?

—Uh. Mero interés, señor. Todo es nuevo.

—Toda la llamada sabiduría de Efebia no vale una sola línea del párrafo más insignificante del Septateuco —dijo Vorbis.

—Pero ¿no podríamos estudiar las obras del infiel para así estar prevenidos contra las tretas de la herejía? —preguntó Brutha, sorprendiéndose a sí mismo.

—Ah. Un argumento muy persuasivo, Brutha, y uno que los exquisidores han oído muchas veces, si bien en muchos casos expresado de manera un tanto confusa y con un hilo de voz.

Vorbis lanzó una mirada asesina a la cabeza de Aristócrates, que guiaba al grupo.

—De escuchar la herejía a cuestionar la verdad establecida no hay más que un pequeño paso, Brutha. La herejía suele ser fascinante, y su peligro estriba precisamente en ello.

—Sí, señor.

—¡Ja! Y no sólo esculpen estatuas prohibidas, sino que ni siquiera saben hacerlo como es debido.

Brutha no era ningún experto, pero incluso él tenía que admitir que así era. Ahora que la novedad ya se había disipado, las estatuas que adornaban cada hornacina del palacio ofrecían un cierto aspecto de estar bastante mal hechas. Brutha estaba casi seguro de que acababa de pasar por delante de una con dos brazos izquierdos. Una segunda estatua tenía una oreja bastante más grande que la otra. No se trataba de que alguien hubiera decidido esculpir dioses feos. Estaba claro que se había pretendido que las estatuas fueran lo más atractivas posible, pero el escultor no había obtenido muy buenos resultados.

—Esa mujer de allí parece estar sosteniendo un pingüino — dijo Vorbis.

—Pátina, diosa de la Sabiduría —repuso Brutha automáticamente, y entonces se dio cuenta de lo que había dicho —. Yo... se lo oí decir a alguien —añadió.

—Claro. Y qué oído tan agudo debes de tener —dijo Vorbis.

Aristócrates se detuvo delante de una impresionante entrada y dirigió una inclinación de la cabeza al grupo.

—Caballeros, el Tirano los verá ahora —dijo.

—Recordarás todo lo que se diga —murmuró Vorbis. Brutha asintió.

Las puertas se abrieron.

Por todo el mundo había gobernantes con títulos como el Exaltado, el Supremo y el Gran Esto o Lo Otro. Sólo en un pequeño país el gobernante era elegido por el pueblo, el cual podía deponerlo cuando quisiera..., y lo llamaban el Tirano.

Los efebianos creían que todo hombre debería tener derecho al voto[[6]](#footnote-6).

Cada cinco años alguien era elegido para ser Tirano, con tal de que pudiera demostrar que era honrado, inteligente, sensato y merecedor de confianza.

Inmediatamente después de que hubiera sido elegido, por supuesto, todos se daban cuenta de que aquel hombre estaba loco de atar y no tenía nada en común con el filósofo corriente de la calle que andaba buscando una toalla.

Y cinco años después elegían a otro igualito que él, y lo asombroso era que personas inteligentes continuaran cometiendo los mismos errores.

Los candidatos a la Tiranía eran elegidos depositando bolas negras o blancas en distintas urnas, lo cual había dado origen a un conocidísimo comentario sobre la política.

El Tirano era un hombrecillo obeso de piernas bastante flacas, lo que hacía que la gente siempre pensara en un huevo puesto del revés cuyo ocupante estuviera empezando a romper la cáscara. Estaba sentado en el centro del suelo de mármol, en una silla rodeada de pergaminos y hojas de papel. Sus pies no tocaban el mármol, y tenía la cara sonrosada.

Aristócrates le murmuró algo al oído. El Tirano levantó los ojos de sus papeles.

—Ah, la delegación omniana —dijo, y una sonrisa destelló a través de su rostro como algo pequeño que corretea por encima de una piedra—. Sentaos, sentaos.

Volvió a bajar la vista.

—Soy el diácono Vorbis de la Quisición de la Ciudadela —dijo Vorbis con voz gélida.

El Tirano levantó la vista y obsequió a Vorbis con otra sonrisa de lagarto.

—Sí, lo sé —dijo—. Os ganáis la vida torturando personas. Tened la bondad de sentaros, diácono Vorbis. Y vuestro rechoncho joven amigo que parece estar buscando algo. Y los demás. Unas cuantas jóvenes vendrán dentro de un momento con uvas y otras cosas. Es lo que pasa generalmente. De hecho, se diría que no hay manera de evitar que pase.

Había bancos delante del asiento del Tirano. Los omnianos se sentaron. Vorbis permaneció de pie. El Tirano asintió.

—Como queráis —dijo.

—¡Esto es intolerable! —protestó Vorbis —. Hemos sido tratados...

—Mucho mejor de lo que nos habríais tratado vosotros — dijo el Tirano apaciblemente —. Sentaos o quedaos de pie, señor mío, porque esto es Efebia y os aseguro que si os apetece por mí podéis hacer el pino, pero no esperéis que crea que si yo hubiera ido a buscar la paz a vuestra Ciudadela, se me animaría a hacer cualquier cosa que no fuera humillarme sobre lo que quedase de mi estómago. Sentaos o permaneced de pie, señor mío, pero guardad silencio. Ya casi he terminado.

—¿Terminado qué? —preguntó Vorbis.

—El tratado de paz —dijo el Tirano.

—Pero es lo que hemos venido a discutir —dijo Vorbis.

—No —dijo el Tirano. El lagarto volvió a corretear—. Es lo que habéis venido a firmar.

Om respiró hondo y cobró impulso.

El tramo de peldaños era bastante empinado. Om sintió cada uno mientras caía por él, pero al menos acabó llegando al final erguido.

Se había perdido, pero estar perdido en Efebia era preferible a estar perdido en la Ciudadela. Al menos allí no había sótanos obvios.

Biblioteca, biblioteca, biblioteca...

Brutha había dicho que en la Ciudadela había una biblioteca. La había descrito, así que Om tenía cierta idea de qué estaba buscando.

En ella habría un libro.

Las negociaciones de paz no iban demasiado bien.

—¡Nos atacásteis! —dijo Vorbis.

—Yo lo llamaría defensa preventiva —dijo el Tirano —. Vimos lo que les ocurrió a Istanzia, Betrek y Ushistán.

—¡Vieron la verdad de Om!

—Sí —dijo el Tirano —. Creemos que terminaron viéndola.

—Y ahora son orgullosos miembros del Imperio.

—Sí —dijo el Tirano —. Creemos que lo son. Pero nos gusta recordarlos tal como eran. Antes de que les mandarais vuestras cartas, las que cargaron de cadenas las mentes de los hombres.

—Las que guiaron los pies de los hombres hacia el recto camino —dijo Vorbis.

—Cadenas de cartas —dijo el Tirano—. La cadena de cartas a los efebianos. Olvidad a Vuestros Dioses. Sed Subyugados. Aprended a Temer. No rompas la cadena, porque el último que lo hizo despertó una mañana para encontrarse con que había cincuenta mil hombres armados en su jardín.

Vorbis se acomodó en la silla.

—¿Qué es lo que teméis? — preguntó —. ¿Aquí en vuestro desierto, con vuestros... dioses? ¿No será que, en lo más profundo de vuestras almas, sabéis que vuestros dioses son tan mudables como la arena?

—Oh, sí —dijo el Tirano —. Lo sabemos. Eso siempre ha sido un punto a su favor. Conocemos la arena. Y vuestro Dios es una roca..., y conocemos las rocas.

Om avanzaba lentamente por una calle adoquinada, manteniéndose lo más pegado posible a la sombra.

Había voces. En particular, una voz petulante y cascada. Era la del filósofo Didáctilos.

Aunque fue uno de los filósofos más populares y más citados de todos los tiempos, Didáctilos el Efebiano nunca consiguió ganarse el respeto de sus colegas. Les parecía que no tenía madera de filósofo. No se bañaba lo bastante a menudo o, para decirlo de otra manera, no se bañaba en absoluto. Y filosofaba sobre las cosas equivocadas. Y le interesaban las cosas equivocadas. Cosas peligrosas. Otros filósofos hacían preguntas como:

¿Es la Verdad Belleza, y Es la Belleza Verdad? y: ¿Es la Realidad Creada por el Observador? Pero Didáctilos planteó el famoso intríngulis filosófico: «Sí, Pero A Fin De Cuentas, ¿Qué Sentido Tiene Todo?, Y Cuando Digo Todo Quiero Decir Todo».

Su filosofía era una mezcla de tres famosas escuelas —los cínicos, los estoicos y los epicúreos —, y Didáctilos las resumió en su famosa frase: «Lo mires como lo mires hay gente en la que no se puede confiar y eso es algo que no tiene remedio, así que tomemos una copa. Si pagas tú, para mí un doble. Gracias. Y una bolsa de nueces. Se le ve casi todo el seno izquierdo, ¿eh? ¡Venga, dos bolsas más!» Muchas personas han citado este párrafo de sus famosas Meditaciones:

«El mundo es un asco, eso está claro. Pero hay que procurar pasarlo bien, ¿verdad? Nil Illegitimo

Carborundum, eso digo yo. Los expertos no lo saben todo. Y pensándolo bien, ¿dónde estaríamos si todos fuéramos iguales?» Om se acercó un poco más a la voz, doblando la esquina de la pared para poder ver el interior de un pequeño patio.

Junto a la pared del fondo había un tonel muy grande. Los desperdicios esparcidos a su alrededor —un ánfora de vino rota, huesos mordisqueados y un par de cuchitriles hechos con tablas— sugerían que era el hogar de alguien. Y esta impresión quedaba reforzada por lo que había escrito con tiza sobre una tabla que había sido clavada a la pared encima del barril.

El cartel improvisado decía:

"DIDÁCTILOS y Sobrino

Filósofos Prácticos

Ninguna Proposición Es Demasiado Grande

«Podemos Pensar por Usted»

Tarifas Especiales a partir de las 6 de la tarde

Axiomas Frescos Cada Día"

—¡Condenado gandul! —Tío, te aseguro que...

—¡Vuelvo la espalda durante media hora y te quedas dormido en el trabajo!

—¿Qué trabajo? No hemos tenido nada desde que el señor Piloxi el granjero vino la semana pasada...

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo lo sabes? ¡Mientras tú estabas roncando podrían haber pasado por aquí docenas de personas, cada una de ellas necesitada de una filosofía personal!

—... y sólo pagó en aceitunas.

—¡Probablemente obtendré un buen precio por esas aceitunas!

—Están podridas, tío.

—¡Tonterías! ¡Dijiste que estaban verdes!

—Sí, pero se supone que han de ser negras.

Entre las sombras, la cabeza de la tortuga se volvía de un lado a otro como un espectador en un partido de tenis.

El joven se levantó.

—La señora Bylaxis vino esta mañana —dijo —. Dijo que el proverbio que le hiciste la semana pasada ha dejado de funcionar.

Didáctilos se rascó la cabeza.

—¿Cuál era ese?—preguntó.

—Le diste «Siempre está más oscuro antes de amanecer».

—Pues no veo dónde está el problema. Una filosofía condenadamente buena, ¿no?

—Dijo que no se sentía mejor. Bueno, el caso es que dijo que no había podido pegar ojo en toda la noche porque le dolía mucho la pierna y justo antes de amanecer había como bastante luz, así que no era verdad. Y le seguía doliendo la pierna. Así que le ofrecí un intercambio parcial con «Aun así, reír siempre sienta bien».

Didáctilos se animó un poco.

—Te la quitaste de encima, ¿eh?

—Dijo que lo probaría. Me dio un calamar en salmuera entero por él. Dijo que tengo aspecto de estar comiendo poco.

—¿De veras? Estás aprendiendo. ¿Lo ves, Urna? Ya te dije que si insistíamos acabaría funcionando.

—Yo no diría que un calamar en salmuera y una caja de aceitunas grasientas sean unos grandes ingresos, maestro. No a cambio de dos semanas de pensar.

—Conseguimos tres obols con ese proverbio para el viejo Grillos el zapatero.

—Te equivocas. Vino a devolverlo. A su esposa no le gustaba el color.

—¿Y tú le devolviste su dinero?

—Sí.

—¿Cómo, todo?

—Sí.

—No puedes hacer eso. No después de que haya estado utilizando las palabras, porque se desgastan con el uso.

—¿Cuál era?

—«Sabio es el cuervo que sabe hacia dónde señala el camello».

—Ese me costó un montón de trabajo.

—Dijo que no conseguía entenderlo.

—Yo tampoco entiendo de suelas, pero sé reconocer un buen par de sandalias cuando las llevo puestas.

Om pestañeó su único ojo. Después echó un vistazo a las formas de las mentes que había delante de él.

El que se llamaba Urna presumiblemente era el sobrino y tenía una mente tirando a normal, por mucho que en ella pareciese haber demasiados círculos y ángulos. Pero la mente de Didáctilos burbujeaba y destellaba como un puchero lleno de anguilas eléctricas en pleno hervor. Om nunca había visto nada parecido. Los pensamientos de Brutha tardaban eones en ocupar su sitio, y verlo pensar era como presenciar una colisión entre montañas; pero los pensamientos de Didáctilos se perseguían los unos a los otros con un sonido sibilante. No era de extrañar que estuviese calvo. El pelo habría ardido de dentro hacia fuera.

Om había encontrado un pensador.

Y a juzgar por lo que había oído, uno que no saldría demasiado caro.

Echó una mirada a la pared detrás del tonel. Un poco más allá había un impresionante tramo de peldaños de mármol que subían hacia unas puertas de bronce, y encima de las puertas, en letras de metal incrustadas en la piedra, estaba escrita la palabra LIBRVM.

Om llevaba demasiado tiempo mirando. La mano de Urna se posó sobre su concha, y oyó que la voz de Didáctilos decía:

—Eh, estos bichos son muy sabrosos.

Brutha no sabía dónde meterse.

—¡Lapidasteis a nuestro enviado! —gritó Vorbis —. ¡Un hombre desarmado!

—Él se lo buscó —dijo el Tirano —. Aristócrates estaba allí. El os lo contará.

El hombre alto asintió y se puso en pie.

—Por tradición cualquiera puede hablar en el mercado... — comenzó.

—¿Y ser lapidado? —repuso Vorbis. Aristócrates levantó una mano.

—Ah —dijo—, en la plaza cualquiera puede decir lo que quiera. Pero tenemos otra tradición llamada libertad de escucha. Desgraciadamente, cuando a la gente no le gusta lo que oye, puede ponerse un poco... desagradable.

—Yo también estaba allí —dijo otro consejero —. Vuestro sacerdote se levantó para hablar y al principio todo fue estupendamente, porque la gente se reía. Y entonces dijo que Om era el único Dios verdadero, y todo el mundo se quedó muy callado. Y después derribó una estatua de Tuvelpit, el dios del Vino. Entonces fue cuando empezó el jaleo.

—¿Acaso os proponéis decirme que fue fulminado por el rayo? —preguntó Vorbis.

Vorbis ya no gritaba. Su voz se había vuelto impasible, sin ninguna pasión. El pensamiento cobró forma en la mente de Brutha: así es como hablan los exquisidores. Cuando los inquisidores han terminado, los exquisidores hablan...

—No. Por un ánfora. Veréis, Tuvelpit estaba entre la multitud.

—Y golpear a hombres honrados está considerado una conducta divina apropiada, ¿verdad?

—Vuestro misionero había dicho que quienes no creían en Om serían castigados durante toda la eternidad.

Debo deciros que la multitud lo consideró una grosería.

—Y por eso le tiraron piedras.

—No muchas. Sólo hirieron su orgullo. Y únicamente después de que se les hubieran terminado las hortalizas.

—¿Le tiraron hortalizas?

—Cuando no pudieron encontrar más huevos.

—Y cuando vinimos para reprocharos...

—Estoy seguro de que sesenta barcos pretendían algo más que formular un reproche —dijo el Tirano —. Y ya os hemos advertido, señor Vorbis. En Efebia las personas encuentran aquello que buscan. Habrá más incursiones contra vuestras costas. Hostigaremos a vuestros barcos. A menos que firméis.

—¿Y el derecho de paso a través de Efebia? —preguntó Vorbis.

El Tirano sonrió.

—¿A través del desierto? Señor mío, si podéis cruzar el desierto entonces estoy seguro de que podéis ir a cualquier sitio. —El Tirano apartó la mirada de Vorbis y alzó los ojos hacia el cielo, visible entre los pilares —. Y ahora veo que falta poco para mediodía. Y empieza a hacer calor. No me cabe duda de que desearéis discutir nuestras... uh... propuestas con vuestros colegas. ¿Puedo sugerir que volvamos a reunimos hacia el ocaso? Vorbis pareció pensárselo.

—Creo —dijo al cabo— que nuestras deliberaciones tal vez requieran más tiempo. ¿Digamos... mañana por la mañana? —El Tirano asintió.

—Como queráis. Mientras tanto, el palacio está a vuestra disposición. Hay muchos preciosos templos y obras de arte que quizá deseéis inspeccionar. Cuando queráis comer, comentádselo al esclavo más próximo.

—Esclavo es una palabra efebiana. En Om no tenemos ninguna palabra para los esclavos —dijo Vorbis.

—Eso tengo entendido —dijo el Tirano—. Imagino que los peces no tienen ninguna palabra para el agua. — Volvió a esbozar aquella sonrisa huidiza—. Y están los baños y la Biblioteca, por supuesto. Hay muchas cosas magníficas que ver. Sois nuestros invitados.

Vorbis inclinó la cabeza.

—Rezo para que algún día seáis invitado mío —dijo.

—Y la de cosas que veré entonces —observó el Tirano.

Brutha se levantó, volcando su banco y enrojeciendo todavía más por la vergüenza.

Pensó: mintieron acerca del hermano Murduck. Vorbis dijo que lo golpearon hasta dejarlo medio muerto, y que después lo flagelaron hasta dejarlo muerto del todo. Y el hermano Nhumrod dijo haber visto el cuerpo, y que así había sido. ¡Sólo por hablar! Las personas que son capaces de hacer esa clase de cosas merecen... un castigo.

Y tienen esclavos. Personas que son obligadas a trabajar en contra de su voluntad. Personas que son tratadas como animales. ¡Pero si incluso llaman Tirano a su gobernante! ¿Y por qué nada de todo esto es exactamente lo que parece? ¿Por qué no me creo nada de todo ello? ¿Por qué sé que no es verdad? ¿Y qué quería decir el Tirano con eso de que los peces no tienen ninguna palabra para el agua? Los omnianos fueron medio escoltados medio conducidos a sus alojamientos. Otro cuenco de fruta estaba esperando encima de la mesa en la celda de Brutha, con un poco más de pescado y una hogaza de pan.

También había un hombre que estaba barriendo el suelo.

—Um —dijo Brutha—. ¿Eres un esclavo?

—Sí, amo.

—Debe de ser terrible.

El hombre se apoyó en su escoba.

—Tenéis razón. Es terrible. Realmente terrible. ¿Sabéis que sólo tengo un día libre a la semana? —Brutha, que nunca había oído las palabras «día libre», y que en cualquier caso no estaba familiarizado con el concepto, asintió vacilante.

—¿Por qué no huyes? —preguntó.

—Oh, ya lo he hecho —dijo el esclavo—. En una ocasión huí a Tsort. No me gustó demasiado. Volví. Pero cada invierno me escapo un par de semanas a Djelibeybi.

—¿Y te vuelven a traer aquí? —preguntó Brutha.

—¡Ja! —dijo el esclavo —. No, de eso nada. Aristócrates es un rácano. He de volver por mis propios medios. Convencer al capitán de un barco para que me lleve, esa clase de cosas.

—¿Vuelves?

—Sí. El extranjero está bien para visitarlo, pero nadie querría vivir allí. Y de todas maneras, sólo me quedan cuatro años más como esclavo y después seré libre. Cuando eres libre te dan el voto. Y además puedes tener esclavos. —Su rostro se tensó con el esfuerzo de recordar mientras iba enumerando con los dedos—. Los esclavos tienen tres comidas al día, por lo menos una de ellas con carne. Y un día libre a la semana. Y dos semanas de permiso—para—escaparse cada año. Y no hago los hornos ni levanto cosas que pesen, y las réplicas sarcásticas e ingeniosas son estrictamente por acuerdo previo.

—Sí, pero no eres libre —dijo Brutha, que no podía evitar sentirse intrigado.

—¿Cuál es la diferencia?

—Bueno... pues que no tienes ningún día libre. —Brutha se rascó la cabeza—. Y sólo comes dos veces al día.

—¿De veras? Pues entonces creo que paso de la libertad, muchas gracias.

—Ya, ya. ¿Has visto una tortuga por aquí? —preguntó Brutha.

—No. Y he limpiado debajo de la cama.

—¿Qué está haciendo ahora?

—La hipotenusa, creo.

—¿Llamas hipotenusa a eso? Está toda torcida.

—No está torcida. ¡La está haciendo perfectamente recta y tú la estás mirando de una manera torcida!

—¡Apuesto treinta obols a que no puede hacer un cuadrado!

—Estos cuarenta obols dicen que sí puede.

Hubo otro silencio al que siguió un estallido de vítores.

—¡Sí!

—Si quieres saber mi opinión, eso más bien es un paralelogramo —dijo una voz petulante.

—¡Oye, sé reconocer un cuadrado en cuanto veo uno! Y eso es un cuadrado.

—De acuerdo. Entonces doble o nada. Apuesto a que no puede hacer un dodecágono.

—¡Ja! Hace un momento apostaste a que no podía hacer un heptágono.

—Doble o nada. Dodecágono. ¡Asustado, eh! ¿Te sientes un poquito avis domestica? ¿Cloc—cloc—cloc?

—Bueno, el dinero es tuyo y si quieres perderlo tontamente... Hubo otro silencio.

—¿Diez lados? ¿Diez lados? ¡Ja!

—¡Ya os dije que no sabría hacerlo! ¿Quién ha oído hablar de una tortuga haciendo geometría?

—¿Otra de esas ridículas ideas tuyas, Didáctilos?

—Lo he dicho desde el primer momento. No es más que una tortuga.

—Esos bichos son muy sabrosos...

La masa de filósofos se dispersó, pasando junto a Brutha sin prestarle demasiada atención. Brutha entrevió un círculo de arena húmeda cubierta de figuras geométricas. Om estaba sentado entre ellas. Detrás de él había un par de filósofos muy desastrados que estaban contando un montoncito de monedas.

—¿Qué tal nos ha ido, Urna? —preguntó Didáctilos.

—Tenemos cincuenta y dos obols, maestro.

—¿Lo ves? La situación mejora a cada día que pasa. Lástima que no sepa qué diferencia hay entre diez y doce.

Bueno, córtale una pata y prepararemos un estofado.

—¿Cortarle una pata?

—Bueno, a una tortuga así no te la comes toda de una sola vez.

Didáctilos volvió la cara hacia un rechoncho joven de pies muy planos y cara enrojecida que estaba mirando a la tortuga.

—¿Sí? —dijo.

—La tortuga sabe qué diferencia hay entre diez y doce —dijo el muchacho gordo.

—Ese maldito bicho acaba de hacerme perder ochenta obols —dijo Didáctilos.

—Sí, pero mañana... —comenzó a decir el muchacho, como si estuviera repitiendo con mucho cuidado algo que acababa de oír—, mañana... deberías poder conseguir que las apuestas se pusieran en tres a uno.

Didáctilos se quedó boquiabierto.

—Pásame la tortuga, Urna —pidió.

El aprendiz de filósofo se inclinó y cogió a Om, muy cuidadosamente.

—Sabes, desde el primer momento me ha parecido que había algo raro en esta criatura —dijo Didáctilos —. Le dije a Urna, ahí está la cena de mañana, y entonces él dijo no, está arrastrando la cola por la arena y haciendo geometría. Eso no es algo que le salga de manera natural a una tortuga, la geometría.

El ojo de Om se volvió hacia Brutha.

—Tuve que hacerlo —dijo —. Era la única manera de atraer su atención. Ahora lo tengo cogido por la curiosidad. Cuando los tienes cogidos por la curiosidad, sus corazones y sus mentes la seguirán.

—Es un dios —dijo Brutha.

—¿De veras? ¿Cómo se llama? —preguntó el filósofo.

—¡No se lo digas! ¡No se lo digas! ¡Los dioses locales lo oirán!

—No lo sé —dijo Brutha. Didáctilos le dio la vuelta a Om.

—La Tortuga Se Mueve —dijo Urna pensativamente.

—¿Qué? —dijo Brutha.

—El maestro escribió un libro —dijo Urna.

—Bueno, en realidad no era un libro —dijo Didáctilos con modestia—. Más bien un pergamino. Una cosita de nada que se me ocurrió.

—¿Diciendo que el mundo es plano y que viaja a través del espacio encima de la espalda de una tortuga gigante? —preguntó Brutha.

—¿Lo has leído? —Los ojos de Didáctilos no se apartaban del rostro de Brutha—. ¿Eres un esclavo?

—No. Soy un...

—¡No menciones mi nombre! ¡Di que eres un escribano o algo por el estilo!

—... escribano —dijo Brutha con un hilo de voz.

—Sí, ya lo veo —dijo Urna —. El callo delator en el pulgar allí donde apoyas la pluma. Las manchas de tinta que hay en tus mangas.

Brutha se miró el pulgar izquierdo.

—Yo no...

—Sí —dijo Urna sonriendo—. Utilizas la mano izquierda, ¿verdad? Soy un...

—Eh... utilizo las dos —dijo Brutha—. Pero todo el mundo dice que no muy bien.

—Ah —dijo Didáctilos —. ¿Ambisiniestro?

—¿Qué?

—Quiere decir incompetente con ambas manos —dijo Om.

—Oh. Sí. Ese soy yo. —Brutha tosió educadamente —. Mira... Estoy buscando un filósofo. Um. Uno que entienda de dioses.

Esperó.

—¿No vas a decir que los dioses son una reliquia de un sistema de creencias que se ha quedado anticuado? —dijo después.

Didáctilos, que seguía deslizando los dedos por la concha de Om, meneó la cabeza.

—Qué va. Prefiero que mis tormentas estén lo más lejos posible de mí.

—Oh. ¿Te importaría dejar de darle vueltas? Acaba de decirme que no le gusta.

—Se puede saber lo viejas que son partiéndolas por la mitad y contando los anillos —dijo Didáctilos.

—Um. Y tampoco tiene mucho sentido del humor.

—Por tu manera de hablar, yo diría que eres omniano.

—Sí.

—¿Has venido a hablar del tratado?

—Lo mío es escuchar.

—¿Y qué quieres saber acerca de los dioses? Brutha pareció escuchar, y finalmente dijo:

—Cómo surgen. Cómo crecen. Y qué les sucede después.

Didáctilos puso la tortuga en las manos de Brutha.

—Esa clase de pensar cuesta dinero —dijo.

—Avísame cuando hayamos gastado pensamientos por valor de más de cincuenta obols —dijo Brutha.

Didáctilos sonrió.

—Vaya, parece que sabes usar la cabeza —dijo —. ¿Tienes buena memoria?

—No. No exactamente buena.

—¿Sí? Sí. Entra en la Biblioteca. Tiene el techo de cobre, sabes. Los dioses odian los techos de cobre.

Didáctilos se inclinó y cogió una linterna de hierro bastante oxidada que había junto a él.

Brutha alzó la mirada hacia el gran edificio blanco.

—¿Eso es la Biblioteca? —preguntó.

—Sí —dijo Didáctilos —. Por eso tiene LIBRVM tallado en letras tan grandes encima de la puerta. Pero un escribano como tú ya lo sabía, por supuesto.

La Biblioteca de Efebia era —antes de que le prendieran fuego— la segunda más grande del Disco.

No era tan grande como la de la Universidad Invisible, por supuesto, pero esa biblioteca contaba con una o dos ventajas debido a su naturaleza mágica. Ninguna otra biblioteca de ningún sitio, por ejemplo, tiene una galena entera de libros no escritos, esos libros que habrían sido escritos si un cocodrilo no se hubiera comido al autor cuando iba por el capítulo 1, y así sucesivamente. Atlas de lugares imaginarios. Diccionarios de palabras ilusorias.

Guías para los observadores de cosas invisibles. Obras de consulta salvajes en la Sala de las Lecturas Perdidas.

Una biblioteca tan grande que distorsiona la realidad y abre accesos a todas las otras bibliotecas, en cualquier lugar y en cualquier tiempo...

Y por eso tan distinta de la Biblioteca de Efebia, con sus cuatrocientos o quinientos volúmenes. Muchos de ellos eran rollos de pergamino, para ahorrar a los lectores la fatiga de tener que llamar a un esclavo cada vez que querían que se diera vuelta a una página. Pero cada uno ocupaba su propio casillero. Los libros nunca deberían estar demasiado cerca unos de otros, porque entonces interactúan de maneras extrañas e imprevisibles.

Rayos de sol perforaban las sombras, tan palpables como columnas en el aire polvoriento.

Aunque era el menor de los prodigios de la Biblioteca, Brutha no pudo evitar fijarse en una estructura bastante extraña que había en los pasillos. Una serie de listones de madera habían sido colocados entre las hileras de estanterías de piedra a unos dos metros del suelo, de tal manera que sostenían un tablón más grueso que no parecía tener absolutamente ninguna utilidad. Su parte inferior había sido adornada con toscos motivos.

—La Biblioteca —anunció Didáctilos.

Levantó el brazo. Sus dedos rozaron el tablón que había encima de su cabeza.

Entonces Brutha lo entendió.

—Eres ciego, ¿verdad? —preguntó.

—Así es.

—Pero ¿llevas una linterna?

—Oh, no te preocupes —dijo Didáctilos —. Nunca le pongo aceite.

—¿Una linterna que no da luz para un hombre que no ve?

—Sí. Funciona estupendamente. Y por supuesto es muy filosófico.

—Y vives en un tonel.

—Vivir en un tonel está muy de moda —dijo Didáctilos, avanzando decididamente con sus dedos tocando sólo de vez en cuando los motivos tallados en el tablón—. La mayoría de los filósofos lo hacen. Muestra desprecio y desdén por las cosas mundanas. Ojo, que Legibus tiene una sauna en el suyo. Dice que se te pueden llegar a ocurrir cosas asombrosas en ella.

Brutha miró alrededor. Los pergaminos sobresalían de sus estantes como cuclillos que se dispusieran a dar la hora desde un reloj.

—Todo es tan... Antes de venir aquí nunca había conocido a un filósofo —dijo—. Anoche, todos estaban...

—Debes recordar que en estas tierras hay tres maneras básicas de filosofar —dijo Didáctilos —. Explícaselo, Urna.

—Están los xenonistas —se apresuró a decir Urna—. Dicen que el mundo es básicamente complejo y aleatorio. Luego están los ibidianos. Dicen que el mundo es básicamente simple y obedece ciertas reglas fundamentales.

—Y luego estoy yo —dijo Didáctilos, sacando un rollo de pergamino de su casillero.

—El maestro dice básicamente que el mundo es un lugar muy extraño —explicó Urna.

—Y que no contiene suficiente bebida —agregó Didáctilos.

—Y que no contiene suficiente bebida.

—Dioses —dijo Didáctilos, mitad para sí mismo. Extrajo otro rollo—. ¿Quieres saber algunas cosas sobre los dioses? Aquí tenemos las Reflexiones de Xenón, y las Trivialidades del viejo Aristócrates, y el condenadamente estúpido Discursos de Ibíd, y las Geometrías de Legibus y las Teologías de Jerarca...

Los dedos de Didáctilos danzaron sobre las estanterías. Más polvo llenó el aire.

—¿Todo eso son libros? —preguntó Brutha.

—Oh, sí. Aquí todo el mundo escribe. No hay manera de que dejen de escribir, créeme.

—¿Y la gente puede leerlos? —preguntó Brutha.

Omnia estaba basada en un solo libro. Y aquí había... centenares...

—Bueno, si quieren pueden hacerlo —dijo Urna—. Pero casi nadie viene por aquí. Estos libros no son para leer. Digamos que son más bien para escribir.

—La sabiduría de las eras —dijo Didáctilos —. Verás, para demostrar que eres un filósofo tienes que escribir un libro. De esa manera consigues tu pergamino y tu esponja de baño oficial gratuita de filósofo.

La luz del sol se remansaba encima de una gran mesa de piedra en el centro de la sala. Urna desenrolló el pergamino. Flores de vivos colores relucieron bajo la claridad dorada.

— Sobre la naturaleza de las plantas de Oríjncrates —. Seiscientas plantas y sus usos...

—Son preciosas —murmuró Brutha.

—Sí, ese es uno de los usos de las plantas —dijo Didáctilos—. Y uno que al viejo Oríjncrates se le pasó por alto, además. Bravo. Enséñale el Bestiario de Filo, Urna.

Otro pergamino fue desenrollado. Había docenas de imágenes de animales, miles de palabras ilegibles.

—Pero... imágenes de animales... No está bien... ¿Verdad que no está...?

—Aquí hay imágenes de prácticamente todo —dijo Didáctilos.

En Omnia el arte no estaba permitido.

—Y este es el libro que escribió Didáctilos —dijo Urna.

Brutha bajó los ojos hacia un dibujo de una tortuga. Había... elefantes, son elefantes, le suministró su memoria, a partir de los recuerdos frescos del bestiario hundiéndose indeleblemente en su cerebro... elefantes encima de su caparazón, y encima de ellos algo con montañas y la cascada de un océano alrededor de su borde...

—¿Cómo puede ser? —preguntó Brutha—. ¿Un mundo encima del caparazón de una tortuga? ¡Esto no puede ser verdad!

—Díselo a los marineros —dijo Didáctilos —. Todo aquel que ha navegado por el Océano del Borde lo sabe.

¿Por qué negar lo obvio?

—Pero seguramente el mundo es una esfera perfecta que gira alrededor de la esfera del sol, tal como nos dice el Septateuco — dijo Brutha—. Eso parece tan... lógico. Es como deberían ser las cosas.

—¿Deberían? —dijo Didáctilos—. Bueno, yo no estaría tan seguro de ello. «Deberían» no es una palabra filosófica.

—¿Y... qué es esto...? —murmuró Brutha, señalando un círculo debajo del dibujo de la tortuga.

—Eso es una vista en forma de plano —dijo Urna.

—El mapa del mundo —dijo Didáctilos.

—¿Mapa? ¿Qué es un mapa?

—Es un tipo de imagen que te indica dónde estás —dijo Didáctilos.

Brutha lo miró con asombro.

—¿Y cómo lo sabe?

—¡Ja!

—Dioses —insistió Om —. ¡Hemos venido aquí a preguntar sobre los dioses!

—Pero ¿todo esto es verdad? —preguntó Brutha.

Didáctilos se encogió de hombros.

—Podría serlo. Podría serlo. Estamos aquí y es ahora. Tal como yo lo veo, a partir de ahí todo tiende a la conjetura.

—¿Quieres decir que no sabes si es verdad? —preguntó Brutha.

—Pienso que podría serlo —dijo Didáctilos —. Podría estar equivocado. Ser un filósofo consiste precisamente en no estar seguro.

—Hablemos de los dioses —propuso Om.

—Dioses —dijo Brutha con un hilo de voz.

Su mente estaba ardiendo. Aquellas personas hacían todos aquellos libros sobre cosas, y no estaban seguras.

Pero él había estado seguro, y el hermano Nhumrod había estado seguro, y el diácono Vorbis tenía una seguridad alrededor de la cual podías doblar herraduras. La seguridad era una roca.

Ahora sabía por qué, cuando Vorbis hablaba de Efebia, se le ponía el rostro gris de odio y la voz se le volvía tan tensa como un alambre. Si no había ninguna verdad, ¿qué quedaba? Y aquellos viejos que sólo sabían discursear dedicaban su tiempo a demoler las columnas del mundo, y no tenían nada con qué reemplazarlas aparte de incertidumbre. ¿Y se sentían orgullosos de eso? Urna se había subido a una escalerilla y rebuscaba entre los estantes de pergaminos. Didáctilos se había sentado enfrente de Brutha, su mirada ciega aparentemente todavía fija en él.

—No te gusta, ¿verdad? —dijo el filósofo.

Brutha no había dicho nada.

—Verás —dijo el filósofo, afable—, la gente te dirá que en lo que concierne a los otros sentidos nosotros los ciegos somos el no va más. Y no es cierto, los muy idiotas lo dicen sólo porque el decirlo hace que se sientan mejor. Los libra de la obligación de sentir lástima por nosotros. Pero cuando no puedes ver, aprendes a escuchar más. La manera en que respira la gente, los sonidos que producen sus ropas...

Urna reapareció con otro pergamino.

—No deberíais hacerlo. Todo esto... —dijo Brutha con pesadumbre, y se calló.

—Sé lo que es estar seguro —repuso Didáctilos. El tono desenvuelto e irascible de antes se había esfumado de su voz—. Antes de ser ciego, una vez fui a Omnia. Eso fue antes de que cerraran las fronteras, cuando todavía permitíais viajar a la gente. Y en vuestra Ciudadela vi a una multitud matando a pedradas a un hombre metido en un pozo. ¿Lo has visto alguna vez?

—Tiene que hacerse —farfulló Brutha—. Para que el alma pueda recibir la absolución y...

—No sé lo que le ocurre al alma. Nunca he sido de esa clase de filósofos —dijo Didáctilos —. Lo único que sé es que fue un espectáculo horrible.

—El estado del cuerpo no es...

—Oh, no estoy hablando del pobre desgraciado del pozo —dijo el filósofo —. Estoy hablando de las personas que tiraban las piedras. Estaban seguras, desde luego. Estaban seguras de que no eran ellas las que estaban en el pozo. Podías verlo en sus caras. Se alegraban tanto de no ser ellas que tiraban las piedras todo lo fuerte que podían.

Urna esperaba junto a ellos como si no supiera qué hacer.

—Tengo Sobre la religión de Abraxas —dijo.

—El viejo Carboncillo Abraxas —dijo Didáctilos, volviendo a animarse—. Ya le han caído encima quince rayos, y todavía no se ha dado por vencido. Puedes cogerlo prestado esta noche si quieres. Nada de escribir comentarios en los márgenes, ojo, a menos que sean interesantes.

—¡Ya es suficiente! —ordenó Om—. Venga, olvidémonos de este idiota.

Brutha desenrolló el pergamino. Ni siquiera había imágenes. El pergamino estaba lleno de apretada escritura, línea tras línea de ella.

—Pasó años investigándolo —dijo Didáctilos —. Fue al desierto, habló con los dioses menores. También habló con algunos de nuestros dioses. Un hombre valiente. Dice que a los dioses les gusta ver a un ateo rondando por ahí. Les da algo a lo que apuntar.

Brutha desenrolló un poco más el pergamino. Cinco minutos antes hubiese admitido que no sabía leer. Ahora ni los más concienzudos esfuerzos de los exquisidores hubieran podido obligarle a confesarlo. Lo sostuvo en lo que esperaba fuese una manera familiar.

—¿Dónde está ahora? —preguntó.

—Bueno, alguien dijo que vieron un par de sandalias con humo saliendo de ellas justo delante de su casa hará uno o dos años —dijo Didáctilos —. Puede que abusara de su suerte, ya sabes.

—Será mejor que me vaya —dijo Brutha—. Lamento haber dispuesto de vuestro tiempo de esta manera.

—Devuélvelo cuando hayas terminado con él —dijo Didáctilos.

—¿Es así como lee la gente en Omnia? —preguntó Urna.

—¿Qué?

—Del revés.

Brutha cogió a la tortuga, le lanzó una mirada asesina a Urna y salió de la Biblioteca lo más altivamente posible.

—Hmmm —dijo Didáctilos, y tabaleó con los dedos sobre las mesas.

—Fue a él a quien vi en la taberna anoche —dijo Urna—. Estoy seguro, maestro.

—Pero los omnianos están alojados en el palacio.

—Así es, maestro.

—Pero la taberna está fuera del palacio.

—Sí.

—Entonces ¿crees que habrá volado por encima del muro?

—Estoy seguro de que era él, maestro.

—En ese caso... quizá volvió después. Quizá todavía no había entrado en el palacio cuando lo viste.

—Sólo puede ser eso, maestro. Los guardianes del laberinto son insobornables.

Didáctilos le dio un linternazo en la nuca a Urna.

—¡Muchacho estúpido! Ya te he dejado muy claro lo que opino de esa clase de afirmaciones.

—Quiero decir que no se les soborna fácilmente, maestro. Ni con todo el oro de Omnia, por ejemplo.

—Eso ya está mejor.

—¿Piensas que la tortuga era un dios, maestro?

—Si lo es, cuando vaya a Omnia se meterá en un buen lío. Allí tienen un dios que es un auténtico bastardo.

¿Nunca has leído al viejo Abraxas?

—No, maestro.

—Siempre le han interesado mucho los dioses. Un auténtico obseso de la divinidad, créeme. Siempre olía a pelo quemado. Resistente por naturaleza.

Om reptaba lentamente a lo largo de una línea.

—¿Quieres hacer el favor de estarte quieto de una vez? —dijo —. No puedo concentrarme.

—¿Cómo pueden decir esas cosas? —preguntó Brutha—. ¡Comportándose como si se alegraran de no saber las cosas! ¡Descubriendo más y más cosas sobre las que no saben nada! ¡Como niños que vienen a enseñarte orgullosamente un orinal lleno!

Om marcó su sitio con una uña.

—Pero van haciendo descubrimientos —dijo—. El tal Abraxas era todo un pensador, de eso no cabe duda. Ni yo mismo sabía algunas de esas cosas. ¡Siéntate!

Brutha obedeció.

—Muy bien —dijo Om—. Y ahora... escucha. ¿Sabes cómo obtienen poder los dioses?

—Basta con que la gente crea en ellos —dijo Brutha—. Millones de personas creen en ti.

Om titubeó.

De acuerdo, de acuerdo. Estamos aquí y es ahora. Tarde o temprano acabará descubriéndolo por sí solo...

—No creen —dijo Om.

—Pero...

—Ya ha ocurrido antes —dijo la tortuga—. Docenas de veces. ¿Sabías que Abraxas encontró la ciudad perdida de Fe? Unas tallas muy extrañas, dice. Fe, dice. La fe cambia. La gente empieza a dejar de creer en el dios y termina creyendo en la estructura.

—No lo entiendo —dijo Brutha.

—Lo diré de otra manera —dijo la tortuga—. Yo soy tu Dios, ¿no?

—Sí

—Y me obedecerás.

—Sí.

—Bien. Ahora coge una roca y mata a Vorbis. Brutha no se movió.

—Estoy seguro de que me has oído —dijo Om.

—Pero Vorbis es... El es... La Quisición me...

—Ahora ya sabes a qué me refería —dijo la tortuga—. En estos momentos le tienes más miedo a él que a mí.

Abraxas dice en su libro: «Alrededor del Dios se va formando un Caparazón de Plegarias y Ceremonias y Edificios y Sacerdotes y Autoridad, hasta que Finalmente el Dios Muere. Y esto puede pasar desapercibido.»

—¡Eso no puede ser verdad!

—Creo que lo es. Abraxas dice que hay un cangrejo que vive de la misma manera. Va desarrollando un caparazón cada vez más y más grande hasta que llega un momento en el que ya no puede moverse, y entonces muere.

—Pero... pero eso significa... que toda la Iglesia...

—Sí.

Brutha trató de hacerse a la idea, pero en su cabeza no había espacio para semejante enormidad.

—Pero tú no has muerto —consiguió decir.

—A efectos prácticos, es como si hubiera muerto —dijo Om—. ¿Y sabes una cosa? Ningún otro dios menor está intentando usurparme. ¿Te he hablado alguna vez del viejo Ur—Gilash? Era el dios que había antes de mí en lo que ahora es Omnia. No es que fuese gran cosa, claro. Básicamente un dios del clima. O un dios serpiente. Algo, en cualquier caso. Pero tardé años en librarme de él. Guerras y todo lo demás. Así que he estado pensando...

Brutha no dijo nada.

—Om todavía existe —dijo la tortuga—. Me refiero a la concha, que es lo básico. Bastaría con que se lo hicieras entender a la gente.

Brutha seguía sin decir nada.

—Puedes ser el próximo profeta —dijo Om.

—¡No puedo serlo! ¡Todo el mundo sabe que Vorbis será el próximo profeta!

—Ah, pero en tu caso sería algo oficial.

—¡No!

—¿No? ¡Soy tu Dios!

—Y yo soy mi yo. No soy un profeta. Ni siquiera sé escribir. No sé leer. Nadie me escuchará.

Om lo miró de arriba abajo.

—Debo admitir que no eres el elegido que yo hubiese elegido —dijo.

—Los grandes profetas tenían el don de la visión —dijo Brutha—. Incluso suponiendo que... que tú no les hayas hablado, ellos tenían algo que decir. ¿Qué podría decir yo? No tengo nada que decirle a nadie. ¿Qué podría decir?

—Creed en el Gran Dios Om —dijo la tortuga.

—¿Y qué más?

—¿Qué quieres decir?

Brutha contempló con expresión lúgubre el patio que se iba oscureciendo.

—Creed en el Gran Dios Om si no queréis que os parta un rayo —dijo.

—A mí me suena bastante bien.

—¿Es así como tiene que ser siempre?

Los últimos rayos de sol destellaron en la estatua que se alzaba en el centro del patio. Era vagamente femenina y tenía un pingüino posado en un hombro.

—Pátina, diosa de la Sabiduría —dijo Brutha—. La del pingüino. ¿Por qué un pingüino?

—Ni idea —se apresuró a decir Om.

—No es que haya nada de particularmente sabio en los pingüinos, ¿verdad?

—No creo. A menos que cuentes el hecho de que en Omnia no hay pingüinos, lo cual parece muy sabio por parte de los pingüinos.

—¡Brutha!

—Ese es Vorbis —dijo Brutha, poniéndose en pie—. ¿Te dejo aquí?

—Sí. Todavía queda un poco de melón. Quiero decir de hogaza.

Brutha salió al anochecer.

Vorbis estaba sentado en un banco debajo de un árbol, tan inmóvil como una estatua entre las sombras.

La certeza, pensó Brutha. Antes yo siempre estaba seguro. Ahora ya no lo estoy tanto.

—Ah, Brutha. Me acompañarás a dar un pequeño paseo. Tomaremos el aire del anochecer.

—Sí, señor.

—Has disfrutado de nuestra visita a Efebia. Vorbis rara vez hacía una pregunta si bastaba con una aseveración.

—Ha sido... interesante.

Vorbis puso una mano sobre el hombro de Brutha y usó la otra para levantarse apoyándose en su cayado.

—¿Y qué opinas de Efebia? —preguntó.

—Tienen muchos dioses, y no les prestan demasiada atención —dijo Brutha—. Y buscan la ignorancia.

—Y la encuentran en abundancia, de eso puedes estar seguro — observó Vorbis.

Una risa resonó en algún lugar de la oscuridad, seguida por un tintineo de ollas y sartenes. El perfume de las flores que se abren con el anochecer impregnaba el aire. El calor almacenado durante el día irradiaba de las piedras, haciendo que la noche pareciese una sopa fragante.

—Efebia mira hacia el mar —dijo Vorbis pasados unos momentos—. ¿Ves la forma en que está construida? Todo ha sido edificado sobre la ladera de una colina que da al mar. Pero, el mar es mutable. Nada duradero proviene del mar. Nuestra querida Ciudadela, en cambio, da a las alturas del desierto. ¿Y qué es lo que vemos allí?

Brutha se volvió instintivamente y contempló, por encima de los tejados, la negra masa del desierto recortándose contra el cielo.

—Veo un destello de luz —dijo—. Y otro. En la ladera.

—Ah. La luz de la verdad —dijo Vorbis —. Pues entonces vayamos a su encuentro. Llévame a la entrada del laberinto, Brutha. Conoces el camino.

—¿Señor? —dijo Brutha.

—¿Sí, Brutha?

—Querría haceros una pregunta.

—Hazla.

—¿Qué le ocurrió al hermano Murduck?

Una levísima sugerencia de titubeo se infiltró en el ritmo con que el cayado de Vorbis se movía sobre los adoquines.

—La verdad, mi buen Brutha, es como la luz. ¿Qué es lo que sabes sobre la luz?

—Viene... del sol. Y de la luna y las estrellas. Y las velas. Y las lámparas.

—Y etcétera, etcétera —dijo Vorbis —. Por supuesto. Pero hay otra clase de luz, una que llena incluso el más oscuro de los lugares. Así tiene que ser. Porque si esa meta—luz no existiera, ¿cómo se podría ver la oscuridad?

Brutha no dijo nada. Aquello sonaba demasiado a filosofía.

—Y con la verdad ocurre exactamente lo mismo —dijo Vorbis—. Hay algunas cosas que parecen ser verdad y que muestran todos los rasgos distintivos de la verdad, pero que no son la verdadera verdad. A veces la verdadera verdad tiene que ser protegida mediante un laberinto de mentiras.

Se volvió hacia Brutha.

—¿Me comprendes?

—No, señor Vorbis.

—Quiero decir que aquello que se ofrece a nuestros sentidos no es la verdad fundamental. Las cosas que son vistas, oídas y hechas por la carne son meras sombras de una realidad más profunda. Eso es lo que debes entender conforme progresas en la Iglesia.

—Pero de momento, señor, sólo conozco la verdad trivial, la verdad disponible en el exterior —dijo Brutha, sintiéndose como si estuviera al borde de un pozo.

—Así es como empezamos todos —dijo Vorbis bondadosamente.

—¿Entonces los efebianos mataron al hermano Murduck? —insistió Brutha, avanzando centímetro a centímetro entre la oscuridad.

—Te estoy diciendo que en el sentido más profundo de la verdad así lo hicieron. Con su incapacidad para abrazar sus palabras, con su intransigencia, a buen seguro que lo mataron.

—Pero en el sentido trivial de la verdad —dijo Brutha, escogiendo cada palabra con la misma minuciosa atención que un exquisidor podría dedicar a su paciente en las profundidades de la Ciudadela—, en el sentido trivial, el hermano Murduck murió realmente en Omnia, porque no había muerto en Efebia, donde sólo se habían burlado de él, pero se temió que otros en la Iglesia quizá no entendieran la, la verdad más profunda., y por eso se hizo saber que los efebianos lo habían matado, en el sentido trivial, lo que os proporcionó, a vos y a quienes habían visto la verdad del mal de Efebia, motivo suficiente para llevar a cabo una.,, justa represalia.

Pasaron junto a una fuente. La puntera de acero del cayado del diácono chasqueaba en la noche.

—Veo un gran futuro para ti en la Iglesia —dijo Vorbis pasado un rato—. La hora del octavo profeta se acerca.

Un momento de expansión, y una gran oportunidad para quienes sirven fielmente a Om.

Brutha miró dentro del pozo.

Si Vorbis estaba en lo cierto, y había una clase de luz que hacía visible la oscuridad, entonces allí abajo estaba su opuesto, la oscuridad a la que ninguna luz podría llegar jamás: una oscuridad que ennegrecía la luz. Pensó en el ciego Didáctilos y su linterna vacía.

Y se oyó decir:

—Y con gente como los efebianos no hay tregua posible. ¿Verdad que ningún tratado puede ser considerado vinculante, si ha sido negociado entre personas como los efebianos y aquellos que siguen una verdad más profunda?

Hubo más risas en la oscuridad, y el tañido de instrumentos de cuerda.

—Un banquete —se burló Vorbis —. ¡El Tirano nos ha invitado a un banquete! Envié a algunos de los miembros de la delegación, por supuesto. ¡Incluso sus generales están ahí! Creen estar a salvo detrás de su laberinto, de la misma manera en que la tortuga cree estar a salvo dentro de su caparazón, sin darse cuenta de que es una prisión. Vamos.

El muro interior del laberinto surgió de la oscuridad. Brutha se apoyó en él. Desde muy arriba llegaba el tintineo del metal sobre el metal a medida que un centinela hacía sus rondas.

La entrada al laberinto estaba abierta de par en par. Los efebianos nunca habían creído necesario impedir que la gente entrara en él. Al final de un corto túnel lateral, el guía del primer sexto del camino dormía acostado en un banco con una vela chisporroteando junto a él. Encima de su alcoba estaba colgada la campana de bronce que quienes aspiraban a atravesar el laberinto usaban para llamarlo. Brutha pasó junto a ella.

—¿Brutha?

—¿Sí, señor?

—Guíame a través del laberinto. Sé que puedes hacerlo.

—Señor...

—Es una orden, Brutha —dijo Vorbis afablemente.

No hay escapatoria, pensó Brutha. Sí, es una orden.

—Entonces pisad allí donde yo pise, señor —susurró —. A no más de un paso por detrás de mí.

—Sí, Brutha.

—Si de pronto doy un rodeo sin que haya razón aparente para ello, dad un rodeo también.

—Sí, Brutha.

Brutha pensó: quizá podría hacerlo mal. No. Hice votos y todo lo demás. No puedes desobedecer como si tal cosa. Si empiezas a pensar así, el mundo entero se acaba.

Dejó que su mente dormida tomara el control. La ruta a través del laberinto se desenrolló dentro de su cabeza como un alambre reluciente.

... hacia adelante diagonalmente y tres pasos y medio hacia la derecha, y sesenta y tres pasos hacia la izquierda, esperar dos segundos sin moverse —allí donde un siseo acerado en la oscuridad sugería que uno de los guardianes había diseñado algo que le valió un premio —, y tres pasos hacia arriba...

Podría echar a correr, pensó. Podría esconderme y entonces él se metería en alguno de los pozos o caería por algún sitio o lo que fuese, y después yo podría volver a mi habitación sin que me vieran ¿y quién lo sabría jamás? Yo.

... nueve pasos adelante y un paso a la derecha, y diecinueve pasos adelante y dos pasos a la izquierda...

Había una luz allá delante. No el ocasional resplandor blanco de la luna a través de las rendijas del techo, sino la luz amarilla de una lámpara, debilitándose y volviéndose más intensa conforme se iba aproximando su propietario.

—Alguien viene —murmuró Brutha—. ¡Debe de ser uno de los guías!

Vorbis se había esfumado.

Brutha se quedó inmóvil sin saber qué hacer mientras la luz continuaba aproximándose.

—¿Eres tú, Número Cuatro? —preguntó la voz de un hombre bastante mayor.

La luz dobló una esquina. Medio iluminó a un viejo, quien fue hacia Brutha y levantó la vela para verle la cara.

—¿Dónde está el Número Cuatro? —dijo, mirando más allá de Brutha.

Una figura apareció detrás del hombre, saliendo de un pasadizo lateral. Brutha tuvo un brevísimo atisbo de Vorbis, su rostro extrañamente apacible, mientras el diácono hacía girar la cabeza de su cayado y tiraba de ella.

Un afilado destello metálico relució por un instante bajo la luz de la vela.

Después la luz se apagó.

—Vuelve a ir delante —dijo la voz de Vorbis.

Temblando, Brutha obedeció. Por un momento sintió bajo su sandalia la blandura de la carne de un brazo extendido.

El pozo, pensó. Mira a los ojos de Vorbis, y allí está el pozo. Y yo estoy dentro con él.

He de acordarme de la verdad fundamental.

No había más guías patrullando el laberinto. Después de un mero millón de años, Brutha sintió en su cara el frescor del aire nocturno y se encontró bajo las estrellas.

—Bravo. ¿Recuerdas cómo se va hasta la puerta?

—Sí, señor Vorbis.

Había unas cuantas antorchas iluminando las calles, pero Efebia no era una ciudad que se mantuviera despierta en la oscuridad. Un par de transeúntes no les prestaron ninguna atención.

—Vigilan su puerto —dijo Vorbis en un tono de conversación normal—. Pero la ruta del desierto... Todo el mundo sabe que nadie puede cruzar el desierto. Estoy seguro de que tú también lo sabes, Brutha.

—Pero ahora sospecho que lo que sé no es la verdad —dijo Brutha.

—Exactamente. Ah. La puerta. Me parece recordar que ayer tenía dos guardias, ¿no?

—Vi a dos.

—Y ahora es de noche y la puerta está cerrada. Pero habrá un vigilante. Espera aquí.

Vorbis desapareció entre la penumbra. Pasado un rato hubo una conversación en voz baja. Brutha miraba al frente.

La conversación fue seguida por un silencio ahogado. Pasado un rato, Brutha empezó a contar mentalmente.

Cuando haya llegado a diez, me iré.

Otros diez, entonces.

De acuerdo. Que sean treinta. Y entonces me...

—Ah, Brutha. Vámonos.

Brutha volvió a tragarse el corazón y se volvió muy despacio.

—No os había oído, señor —logró decir.

—Tengo el paso muy ligero.

—¿Hay un vigilante?

—Ya no. Ven a ayudarme con los cerrojos.

En la puerta principal había incrustada una pequeña garita de guardia. Brutha, la mente entumecida por el odio, descorrió los cerrojos con el canto de la mano. La puerta se abrió con apenas un crujido.

Fuera había la luz ocasional de una granja lejana, y la oscuridad infinita.

Y la oscuridad entró por la puerta.

Jerarquía, dijo Vorbis más tarde. Los efebianos no pensaban en términos de jerarquía.

Ningún ejército podía cruzar el desierto. Pero un ejército pequeño quizá podría recorrer una cuarta parte de la distancia, y esconder una reserva de agua. Y hacer eso varias veces. Y otro pequeño ejército podría usar parte de esa reserva para llegar más lejos, quizá a mitad de camino, y dejar una reserva escondida. Y otro pequeño ejército...

Hicieron falta meses. Un tercio de los hombres había muerto, de calor y deshidratación y por los ataques de las fieras y de cosas peores, aquellas cosas peores que contenía el desierto.

Tenías que tener una mente como la de Vorbis para planearlo.

Y planearlo con tiempo. Ya había hombres muriendo en el desierto antes de que el hermano Murduck fuera a predicar; ya había una senda abierta cuando la flota omniana ardió en el estuario delante de Efebia.

Tenías que tener una mente como la de Vorbis para planear tu represalia antes de tu ataque.

Todo terminó en menos de una hora. La verdad fundamental era que el puñado de guardias efebianos que había en el palacio no tenía ninguna posibilidad.

Vorbis estaba sentado en el trono del Tirano. Faltaba poco para mediodía.

Varios ciudadanos efebianos entre los que figuraba el Tirano habían sido llevados ante él.

Vorbis se entretuvo unos momentos con el papeleo y después levantó la vista con una expresión de leve sorpresa, como si hasta aquel instante no se hubiera enterado de que cincuenta personas esperaban a punta de ballesta delante de él.

—Ah —dijo, y sonrió levemente—. Bueno, me complace decir que ahora podemos prescindir del tratado de paz. Se ha vuelto totalmente innecesario. ¿Por qué perder el tiempo hablando de paz cuando ya no hay más guerra? Efebia ha pasado a ser una diócesis de Omnia. No habrá discusiones.

Arrojó un papel al suelo.

—Dentro de unos días llegará una flota. Mientras el palacio esté en nuestras manos no habrá ninguna oposición. Vuestro espejo infernal está siendo hecho añicos en estos mismos instantes.

Formó un puente con los dedos y miró a los efebianos congregados ante él.

—¿Quién lo construyó? —El Tirano levantó la vista.

—Fue una construcción efebiana —dijo.

—Ah —repuso Vorbis—, democracia. Lo había olvidado. Entonces ¿quién... —hizo una seña a un guardia, el cual le entregó un saco— escribió esto?

Un ejemplar de De Chelonian Mobile fue arrojado sobre el suelo de mármol.

Brutha estaba de pie junto al trono. Era donde le habían dicho que debía estar.

Miró dentro del pozo, y ahora era él quien estaba dentro. Todo lo que había a su alrededor estaba sucediendo en algún lejano círculo de luz rodeado de oscuridad. Los pensamientos se perseguían unos a otros en el interior de su cabeza.

¿Estaba al corriente el cenobiarca de todo aquello? ¿Alguna otra persona conocía la existencia de las dos clases de verdad? ¿Quién más sabía que Vorbis estaba siendo ambos bandos en una guerra, igual que un niño que juega con soldados? ¿Estaba realmente mal si se hacía a mayor gloria de...

... un dios que era una tortuga? ¿Un dios en el que sólo creía Brutha? ¿A quién le hablaba Vorbis cuando rezaba? A través de la tormenta mental, Brutha oyó los tonos pausados y tranquilos de Vorbis:

—Si el filósofo que escribió esto no lo admite, todos vosotros seréis pasados por las llamas. No dudéis que hablo en serio.

Hubo un movimiento entre los efebianos, y la voz de Didáctilos.

—¡Soltadme! ¡Ya lo habéis oído! De todas maneras... siempre he querido tener ocasión de hacer esto...

Un par de sirvientes fueron hechos a un lado y el filósofo salió de entre la multitud, su linterna vacía sostenida desafiantemente por encima de su cabeza.

Brutha lo vio detenerse por un instante en el espacio vacío, y después volverse muy lentamente hasta quedar de cara a Vorbis. Luego dio unos pasos al frente, y alzó la linterna mientras parecía contemplar al diácono con atención.

—Hmmm —dijo.

—¿Eres el... perpetrador? —dijo Vorbis.

—Ciertamente. Me llamo Didáctilos.

—¿Eres ciego?

—Sólo en lo que concierne a la visión, mi señor.

—Y sin embargo llevas una linterna —dijo Vorbis —. Sin duda por alguna razón ingeniosa. Probablemente me dirás que estás buscando a un hombre honrado.

—No sé, mi señor. Quizá podríais decirme qué aspecto tiene un hombre honrado.

—Debería acabar contigo ahora mismo —dijo Vorbis.

—Oh, ciertamente.

Vorbis señaló el libro.

—Estas mentiras. Este escándalo. Este... este señuelo para apartar las mentes de los hombres del camino del verdadero conocimiento. ¿Osas comparecer ante mí y declarar... —empujó el libro con la punta del pie— que el mundo es plano y viaja a través del vacío encima de la espalda de una tortuga gigante?

Brutha contuvo el aliento.

La historia también.

Afirma tu creencia, pensó Brutha. Por favor, que alguien plante cara a Vorbis aunque sólo sea por una vez. Yo no puedo hacerlo. Pero alguien...

Descubrió que sus ojos se estaban volviendo hacia Simonía, quien estaba de pie al otro lado del trono de Vorbis. El sargento parecía paralizado, fascinado.

Didáctilos se irguió cuan alto era. Dio media vuelta y por un momento su mirada vacía pasó por encima de Brutha. La linterna fue extendida al extremo del brazo.

—No —dijo.

—Cuando todos los hombres honrados saben que el mundo es una esfera, una forma perfecta, obligada a girar alrededor de la esfera del Sol de la misma manera en que el Hombre órbita la verdad central de Om —dijo Vorbis —, y las estrellas...

Brutha se inclinó hacia adelante con el corazón palpitándole locamente.

—¿Señor? —murmuró.

—¿Qué? —masculló Vorbis.

—Ha dicho «no» —dijo Brutha.

—Así es —confirmó Didáctilos.

Vorbis permaneció absolutamente inmóvil por un instante.

Después su mandíbula se movió de manera casi imperceptible, como si estuviera ensayando algunas palabras para sus adentros.

—¿Lo niegas? —preguntó.

—Adelante, que sea una esfera —dijo Didáctilos —. No hay ningún problema con que sea una esfera. Sin duda se habrá hecho algún tipo de arreglo especial para que todo se mantenga encima de ella. Y el Sol puede ser otra gran esfera, a mucha distancia. ¿Preferís que la Luna orbite el mundo o que orbite el Sol? Yo os aconsejaría el mundo. Más jerárquico, y un espléndido ejemplo para todos nosotros.

Brutha estaba viendo algo que nunca había visto. Vorbis parecía perplejo.

—Pero tú escribiste... ¡Dijiste que el mundo está encima de la espalda de una tortuga gigante! ¡Diste un nombre a la tortuga! Didáctilos se encogió de hombros.

—Me he dado cuenta de que estaba equivocado —admitió —. ¿Quién ha oído hablar de una tortuga que tiene diez mil kilómetros de largo? ¿Nadando a través del vacío del espacio? Ja. ¡Menuda idiotez! Ahora me avergüenzo sólo de pensarlo.

Vorbis cerró la boca. Después volvió a abrirla.

—¿Así es como se comporta un filósofo efebiano? —dijo. Didáctilos volvió a encogerse de hombros.

—Así es como se comporta cualquier auténtico filósofo —precisó—. Uno siempre debe estar preparado para abrazar nuevas ideas y tomar en consideración nuevas pruebas. ¿No estáis de acuerdo? Y nos habéis traído muchos nuevos factores... —un gesto pareció abarcar, de manera totalmente accidental, a los arqueros omnianos apostados a lo largo de la sala— sobre los que debo reflexionar. Un argumento realmente poderoso siempre será capaz de hacerme cambiar de opinión.

—¡Tus mentiras ya han envenenado al mundo!

—En ese caso escribiré otro libro —dijo Didáctilos sin inmutarse—. Pensad en lo que parecerá: el orgulloso Didáctilos convencido por los argumentos de los omnianos. Una retractación completa. ¿Hmmm? De hecho, señor, con vuestro permiso (ya sé que tenéis muchas cosas que hacer, saquear e incendiar y todo eso), me retiraré a mi tonel y empezaré a trabajar en él. Un universo de esferas. Bolas que giran a través del espacio. Hmmm. Sí. Con vuestro permiso, señor, os escribiré más bolas de las que podéis imaginar...

El viejo filósofo se volvió y, andando muy despacio, fue hacia la puerta.

Vorbis lo siguió con la mirada.

Brutha lo vio alzar la mano para hacer una seña a los guardias y luego bajarla.

Vorbis se volvió hacia el Tirano.

—Bien, ya habéis visto que vuestra filosofía no... —comenzó.

—¡Cu—cú!

La linterna entró volando por la puerta y se hizo añicos contra el cráneo de Vorbis.

—¡Y no obstante... la Tortuga Se mueve! Vorbis se levantó de un salto.

—Yo... —gritó, y después logró controlarse. Llamó a un par de guardias con un irritado vaivén de la mano —. Quiero que lo hagan prisionero. Ahora. Y... ¿Brutha?

—¿Sí, señor?

—Escogerás a unos hombres y los llevarás a la Biblioteca... y una vez allí, Brutha, quemaréis la Biblioteca.

Didáctilos era ciego, pero estaba oscuro. Los guardias que lo perseguían podían ver, salvo que no había nada a cuya luz se pudiera ver. Y los guardias no habían pasado su vida recorriendo unos callejones tan serpenteantes, desiguales y tan provistos de escalones como los de Efebia.

—... ocho, nueve, diez, once —murmuró el filósofo, subiendo a la carrera por un tramo de escalones y doblando una esquina con la rapidez de una liebre.

—Argh, ay, eso era mi rodilla —masculló uno de los guardias entre un montón de cuerpos hacia la mitad de la escalera.

Pero uno logró llegar al final de ella. Las estrellas le permitieron entrever la flaca figura que galopaba frenéticamente calle abajo. Levantó su ballesta. El viejo idiota ni siquiera corría en zigzag...

Un blanco perfecto.

Hubo un tañido.

Por un momento el guardia pareció asombrarse. La ballesta cayó de sus manos, disparándose al chocar contra los adoquines para mandar su dardo hacia una estatua en la que rebotó. El guardia bajó los ojos hacia el astil emplumado que sobresalía de su pecho, y después los levantó hacia la silueta que estaba saliendo de entre las sombras.

—¿Sargento Simonía? —susurró.

—Lo siento —dijo Simonía—. De veras que lo siento, pero la Verdad es importante.

El soldado abrió la boca para dar su opinión sobre la verdad y después cayó de bruces.

Abrió los ojos.

Simonía se estaba yendo. Todo parecía un poco más claro. Seguía estando oscuro, pero ahora podía ver en la oscuridad. Todo estaba trazado en matices de gris. Y debajo de su mano, los adoquines se habían convertido de alguna manera en una áspera arena negra.

Miró hacia arriba.

—EN PIE, SOLDADO ICHLOS.

Se levantó mansamente. Ahora era más que un mero soldado, una figura anónima para perseguir y a la cual dar muerte que sólo era un insignificante actor de reparto en las vidas de otras personas. Ahora era Dervi Ichlos, de treinta y ocho años, comparativamente inocente en el gran plan de las cosas, y muerto.

Se llevó vacilantemente una mano a los labios.

—¿Eres el juez? —preguntó.

—NO.

Ichlos contempló las arenas que se perdían en la lejanía. Sabía instintivamente qué tenía que hacer. Era mucho menos sofisticado que el general Fri'it, y había prestado más atención a las canciones que oyó durante su infancia.

Además, contaba con una ventaja. Era todavía menos religioso que el general.

—EL JUICIO SE ENCUENTRA AL FINAL DEL DESIERTO.

Ichlos trató de sonreír.

—Mi mamá me habló de esto —dijo—. Cuando estás muerto, tienes que andar a través de un desierto. Y lo ves todo como es debido, decía. Y te acuerdas de todo sin olvidar nada.

La Muerte se aseguró de que no dejaba traslucir lo que pensaba de todo aquello.

—Quizá me encuentre con unos cuantos amigos a lo largo del camino, ¿eh? —dijo el soldado.

—POSIBLEMENTE.

Ichlos echó a andar. En realidad, pensó, podría haber sido peor.

Urna iba y venía a lo largo de los estantes igual que un mono, sacando libros de sus casilleros y tirándolos al suelo.

—Puedo llevar unos veinte —dijo —. Pero ¿cuáles veinte?

—Siempre había querido hacerlo —murmuró Didáctilos alegremente—. Proclamar la verdad en las mismísimas narices de la tiranía y todo eso. ¡Ja! Un hombre, impávido y sin...

—¿Qué coger? ¿Qué coger? —gritó Urna.

—No necesitamos las Mecánicas de Grido —dijo Didáctilos—. ¡Eh, ojalá pudiera haber visto la cara que puso! Un lanzamiento condenadamente bueno, dadas las circunstancias. Espero que alguien tomara nota de lo que le...

—¡Principios de los engranajes! ¡Teoría de la expansión del agua! —gritó Urna—. Pero no necesitamos la Cívica de Ibíd o la Ectopía de Gnomon, eso está claro...

—¿Qué? ¡Pertenecen a la humanidad! —protestó Didáctilos.

—Entonces si toda la humanidad viene y nos ayuda a llevárnoslos, por mí estupendo —dijo Urna—. Pero si sólo vamos a ser nosotros dos, en ese caso prefiero coger algo útil.

—¿Útil? ¿Libros sobre mecanismos?

—¡Sí! ¡Pueden indicar a las personas qué hay que hacer para vivir mejor!

—Y esos otros libros indican a las personas qué hay que hacer para ser personas —dijo Didáctilos —. Lo cual me recuerda una cosa. A ver si me encuentras otra linterna. Me siento ciego

—Déjelo, cabo —dijo Brutha. Pasó por encima de la puerta.

—He dicho que deje a ese hombre.

—Pero tengo órdenes de...

—¿Está sordo? Si lo está, la Quisición puede curar eso —dijo Brutha, asombrado ante la firmeza de su voz.

—Usted no pertenece a la Quisición —dijo el cabo.

—No. Pero conozco a un hombre que sí pertenece a ella —dijo Brutha—. Deben registrar el palacio en busca de libros. Dejen a ese hombre conmigo. Es un anciano. ¿Qué daño puede hacer?

La mirada titubeante del cabo fue de Brutha a los prisioneros.

—Muy bien, cabo. Yo me ocuparé de esto. Todos se volvieron hacia él.

—¿Me ha oído? —dijo el sargento Simonía, abriéndose paso a codazos.

—Pero el diácono nos dijo...

—¿Cabo?

—¿Sí, sargento?

—El diácono está muy lejos. Yo estoy aquí mismo.

—Sí, sargento.

—¡En marcha! — Sí, sargento.

Simonía pareció aguzar el oído mientras los soldados se iban.

Después clavó su espada en la puerta y se volvió hacia Didáctilos. Cerrando la mano izquierda y apretando el puño, dejó caer la mano derecha sobre él con la palma extendida.

—La Tortuga Se mueve —dijo.

—Bueno, eso depende —dijo el filósofo cautelosamente.

—Quiero decir que soy... un amigo —dijo Simonía.

—¿Por qué deberíamos confiar en ti? —preguntó Urna.

—Porque no os queda otra elección —dijo el sargento Simonía.

—¿Puedes sacarnos de aquí? —preguntó Brutha.

Simonía lo fulminó con la mirada.

—¿A ti? ¿Y por qué debería sacarte de aquí? ¡Eres un exquisidor! —dijo, disponiéndose a desclavar su espada.

Brutha retrocedió.

—¡No lo soy!

—Cuando el capitán te sondeó a bordo del barco, no dijiste nada —dijo Simonía—. No eres uno de nosotros.

—Creo que tampoco uno de ellos —dijo Brutha—. Soy uno de los míos.

Dirigió una mirada implorante a Didáctilos, lo que era toda una pérdida de tiempo y energías, y después se volvió hacia Urna.

—No sé nada sobre este soldado —dijo—. Lo único que sé es que Vorbis quiere veros muertos y que quemará la Biblioteca. Pero puedo ayudar. Se me ha ocurrido mientras venía hacia aquí.

—Y no le escuchéis —dijo Simonía. Dobló una rodilla delante de Didáctilos, como un suplicante—. Señor, hay... algunos de nosotros... que hemos sabido reconocer vuestro libro por lo que es... Mirad, tengo un ejemplar...

Rebuscó debajo de su coraza.

—Lo copiamos —dijo Simonía—. ¡Un ejemplar! ¡Era todo lo que teníamos! Pero ha circulado. ¡Algunos de los que podían leer se lo leyeron a los demás! ¡Tiene tantísimo sentido!

—Eh... —dijo Didáctilos —. ¿Cuál?

Simonía manoteó excitadamente.

—Porque lo sabemos... He estado en lugares que... ¡Es verdad! Hay una Gran Tortuga. ¡Y la tortuga se mueve! ¡No necesitamos dioses!

—¿Urna? Supongo que nadie habrá quitado el cobre del techo, ¿verdad? —dijo Didáctilos.

—No creo.

—Entonces recuérdame que no hable con este tipo fuera de aquí.

—¡No lo entendéis! —dijo Simonía—. Puedo salvaros. Tenéis amigos en lugares inesperados. Venid. Mataré a este sacerdote y...

Empuñó su espada. Brutha retrocedió.

—¡No! ¡Yo también puedo ayudar! Por eso he venido. ¡Cuando te vi delante de Vorbis, supe qué podía hacer!

—¿Qué puedes hacer? —se burló Urna.

—Puedo salvar la Biblioteca.

—¿Cómo? ¿Echándotela a la espalda para salir corriendo con ella a cuestas? —se burló Simonía.

—No. No me refería a eso. ¿Cuántos pergaminos hay aquí?

—Unos setecientos —dijo Didáctilos.

—¿Cuántos de ellos son importantes?

—¡Todos! —exclamó Urna.

—Puede que unos doscientos —dijo Didáctilos sin levantar la voz.

—¡Tío!

—Los demás los escribieron únicamente para alardear de que los habían escrito —dijo Didáctilos.

—¡Pero son libros!

—Tal vez pueda con unos cuantos más —dijo Brutha—. ¿Hay alguna otra salida?

—Podría... haberla —dijo Didáctilos.

—¡No le digas dónde está! —imploró Simonía.

—Entonces todos vuestros libros arderán —dijo Brutha. Señaló a Simonía—. Ha dicho que no teníais elección.

Eso significa que no tenéis nada que perder, ¿verdad?

—Es un... —comenzó Simonía.

—Callaos todos —ordenó Didáctilos, y miró más allá de la oreja de Brutha—. Puede que haya una salida —dijo —. ¿Qué tienes intención de hacer?

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Urna—. ¡Hay omnianos aquí y les estás diciendo que hay otra salida!

—Toda esta roca está atravesada por túneles —dijo Didáctilos.

—¡Puede, pero no se lo vamos diciendo a la gente!

—Me inclino a confiar en esta persona —dijo Didáctilos—. Tiene una cara honrada. Hablando filosóficamente.

—¿Por qué deberíamos confiar en él?

—Cualquiera lo bastante estúpido para esperar que confiemos en él en estas circunstancias tiene que ser merecedor de confianza —razonó Didáctilos —. Es demasiado estúpido para engañarnos.

—Puedo salir de aquí ahora mismo —dijo Brutha—. ¿Y qué sería de vuestra Biblioteca entonces?

—¿Lo veis? —dijo Simonía.

—Justo cuando las cosas parecen ponerse muy oscuras, de pronto tenemos amigos insospechados en todas partes —observó Didáctilos —. ¿Cuál es tu plan, muchacho?

—No tengo ningún plan —respondió Brutha—. Simplemente hago las cosas, una detrás de otra.

—¿Y cuánto tardarás en hacer las cosas una detrás de otra?

—Creo que unos diez minutos. Simonía miró a Brutha.

—Ahora traed los libros —dijo Brutha—. Y necesitaré un poco de luz.

—¡Pero si ni siquiera sabes leer! —dijo Urna.

—No voy a leerlos. — Brutha echó un vistazo al primer pergamino, que casualmente era De Chelonian Mobile—. Oh. Dios mío —dijo.

—¿Algún problema? —preguntó Didáctilos.

—¿Alguien podría traerme mi tortuga?

Simonía trotaba por el palacio. Nadie le prestaba demasiada atención. La mayor parte de la guardia efebiana estaba fuera del laberinto, y Vorbis le había dejado muy claro a cualquiera que pudiera estar pensando en atreverse a entrar lo que les ocurriría a los moradores del palacio. Grupos de soldados omnianos habían iniciado un saqueo de manera bastante disciplinada.

Además, Simonía estaba volviendo a su alojamiento.

Había una tortuga en la habitación de Brutha, sentada encima de la mesa, entre un pergamino enrollado y una tajada de melón mordisqueada y, en la medida en que era posible saberlo con las tortugas, estaba dormida.

Simonía la cogió sin más ceremonias, la metió en su mochila y se apresuró a volver a la Biblioteca.

Se odiaba a sí mismo por hacerlo. ¡Aquel idiota de sacerdote lo había estropeado todo! Pero Didáctilos se lo había hecho prometer, y Didáctilos era el hombre que conocía la Verdad.

Durante todo el camino hasta allí, Simonía había tenido la vaga impresión de que alguien estaba intentando atraer su atención.

—¿Puedes recordarlos con sólo mirarlos? —preguntó Urna.

—Sí.

—¿Todo el pergamino?

—Sí.

—No te creo.

—La palabra LIBRVM de fuera de este edificio tiene una melladura en la primera letra —dijo Brutha—. Xenón escribió Reflexiones, y el viejo Aristócrates escribió Trivialidades, y Didáctilos piensa que los Discursos de Ibíd son una sarta de estupideces. Desde el trono de la sala del Tirano hasta la Biblioteca hay seiscientos pasos.

Hay un...

—Tiene buena memoria, eso debes admitirlo —dijo Didáctilos—. Enséñale unos cuantos pergaminos más.

—¿Cómo sabremos que los ha recordado? —preguntó Urna, desenrollando un pergamino de teoremas geométricos —. ¡No sabe leer! ¡Y aunque pudiera leer, no sabe escribir! —Tendremos que enseñarle.

Brutha echó un vistazo a un pergamino lleno de mapas. Cerró los ojos. Los contornos resplandecieron por un momento sobre el interior de sus párpados, y después dejó que se asentaran en su mente. Seguían allí, en algún lugar, y ahora podía hacerlos regresar en cualquier momento. Urna desenrolló otro pergamino. Imágenes de animales. En este, dibujos de plantas y montones de escritura. En este, sólo escritura. En este, triángulos y cosas.

Los pergaminos se fueron acomodando en su memoria. Pasado un rato, Brutha ya ni siquiera se daba cuenta de cómo eran desenrollados ante él. Simplemente tenía que seguir mirando.

Se preguntó cuánto podía llegar a recordar. Pero eso era una estupidez. Simplemente recordabas todo lo que veías. La superficie de una mesa, o un pergamino lleno de escritura. Había tanta información en el grano y la coloración de la madera como en las Reflexiones de Xenón.

Aun así, Brutha era consciente de cierta pesadez mental, la sensación de que si volvía bruscamente la cabeza entonces la memoria se le saldría a chorros por las orejas.

Urna cogió un pergamino al azar y lo desenrolló hasta la mitad. —Describe el aspecto de un Puzuma Ambiguo —pidió.

—No sé qué aspecto tiene —dijo Brutha, y parpadeó.

—Pues vaya con el señor Memoria —dijo Urna.

—No sabe leer, chico. Eso no es justo —dijo el filósofo.

—De acuerdo. Quería decir... la cuarta imagen del tercer rollo que viste —dijo Urna.

—Una criatura de cuatro patas vuelta hacia la izquierda —dijo Brutha—. Una cabeza grande similar a la de un gato y hombros anchos, con el cuerpo estrechándose hacia los cuartos traseros. El cuerpo es un motivo de cuadrados oscuros y claros. Las orejas son muy pequeñas y están pegadas a la cabeza. Hay seis bigotes. La cola es gruesa y corta. Sólo las patas traseras tienen garras, tres garras en cada una. Las patas delanteras son aproximadamente igual de largas que la cabeza. Un espeso pelaje...

—Eso fue hace cincuenta pergaminos —dijo Urna—. Vio el pergamino durante uno o dos segundos. Miraron a Brutha, que volvió a parpadear.

—¿Te lo sabes todo? —preguntó Urna.

—No lo sé.

—¡Tienes la mitad de la Biblioteca dentro de tu cabeza!

—Me siento... un poco...

La Biblioteca de Efebia era un horno. Las llamas ardían con un resplandor azulado allí donde el cobre fundido del techo goteaba sobre los estantes.

Todas las bibliotecas, en todas partes, están conectadas a través de los agujeros dimensionales en el espacio creados por las intensas distorsiones espaciotemporales que aparecen alrededor de cualquier gran colección de libros.

Sólo unos cuantos bibliotecarios llegan a descubrir el secreto, y hay reglas inflexibles acerca de la utilización de ese hecho. Porque equivale a viajar por el tiempo, y viajar por el tiempo ocasiona grandes problemas.

Pero si una biblioteca está ardiendo, y pasa a figurar en los libros de historia como habiendo ardido...

Hubo un pop muy suave, inaudible entre los crujidos y chasquidos de los estantes, y una figura surgió de la nada para posarse sobre una pequeña porción de suelo no quemado en el centro de la Biblioteca.

Tenía aspecto de mono, pero se movía de manera muy decidida. Largos brazos simiescos apagaron las llamas, extrajeron rollos de pergamino de los estantes y los metieron en un saco. Cuando el saco estuvo lleno, aquella figura que se apoyaba en los nudillos al andar volvió al centro de la sala... y desapareció, con otro pop.

Esto no tiene nada que ver con la Historia.

Como tampoco tiene nada que ver con ella el hecho de que, algún tiempo después, pergaminos que se creía habían sido destruidos en el Incendio de la Gran Biblioteca de Efebia aparecieran en un notable buen estado de conservación dentro de la Biblioteca de la Universidad Invisible en Ankh—Morpork.

Pero aun así es agradable saberlo.

Brutha despertó con el olor del mar en sus fosas nasales.

Al menos era lo que la gente considera olor del mar, el cual consiste en hedor a pescado pasado y algas podridas.

Se encontraba en una especie de cobertizo. La escasa luz que conseguía entrar por una ventana sin cristales era roja, y parpadeaba. Un extremo del cobertizo daba a las aguas. La luz rojiza mostraba unas cuantas figuras inmóviles alrededor de algo que había allí.

Brutha examinó cautelosamente los contenidos de su memoria. Todo parecía estar allí, con los pergaminos de la Biblioteca pulcramente ordenados. Las palabras tenían tan poco significado para él como cualquier otra palabra escrita, pero las imágenes eran interesantes. Más que la mayoría de cosas que contenía su memoria, en cualquier caso.

Se incorporó con cuidado.

—Ah, estás despierto —dijo la voz de Om dentro de su cabeza—.

Nos sentimos un poquito llenos, ¿verdad? ¿Nos sentimos un poquito como una hilera de estanterías? ¿Nos sentimos como si hubiera grandes letreros de ¡SILENCIO! repartidos por todo el interior de nuestra cabeza? ¿Por qué tuviste que hacer eso?

—Yo... no lo sé. Parecía lo... que había que hacer. ¿Dónde estás?

—Tu amigo el soldado me ha metido en su mochila. Gracias por haber cuidado de mí tan eficientemente, por cierto.

Brutha logró ponerse en pie. El mundo giró alrededor de él por un instante, con lo que añadió una tercera teoría astronómica a las dos que ocupaban las mentes de los pensadores locales en aquellos momentos.

Miró por la ventana. La luz roja procedía de los fuegos que ardían por todo Efebia, pero había un enorme resplandor encima de la Biblioteca.

—Actividad guerrillera —dijo Om—. Incluso los esclavos están luchando. No entiendo por qué. Cualquiera pensaría que habrían aprovechado encantados la posibilidad de vengarse de sus amos, ¿eh?

—Supongo que en Efebia un esclavo tiene la posibilidad de ser libre —dijo Brutha.

Hubo un siseo procedente del otro extremo del cobertizo, seguido por una especie de zumbido metálico.

Brutha oyó la voz de Urna diciendo:

—¿Veis? Ya os lo había dicho. Sólo era una obstrucción en los tubos. Echemos un poco más de combustible.

Brutha fue con paso tambaleante hacia el grupo.

Estaban de pie alrededor de un bote. Para lo que se estilaba en los botes, su forma no podía ser más normal: un extremo puntiagudo delante, un extremo plano detrás. Pero no había ningún mástil. Lo que había era una gran bola de color cobre suspendida de un armazón de madera hacia la parte de atrás del bote. Debajo de ella había una cesta de hierro, dentro de la que alguien ya había encendido un buen fuego.

Y la bola estaba girando dentro de su armazón, entre una nube de vapor.

—Yo he visto eso —dijo —. En De Chelonian Mobile. Había un dibujo.

—Oh, es la Biblioteca ambulante —dijo Didáctilos —. Sí. Tienes razón. Ilustrando el principio de reacción.

Nunca se me había ocurrido pedirle a Urna que construyera uno grande. Esto es lo que ocurre cuando empiezas a pensar con las manos.

—Una noche de la semana pasada lo llevé alrededor del faro — dijo Urna.

—Ankh—Morpork queda mucho más lejos que eso —dijo Simonía.

—Sí, a cinco veces la distancia entre Efebia y Omnia —dijo Brutha solemnemente —. Había un rollo de mapas.

El vapor brotaba en nubes abrasadoras de la bola que giraba rápidamente. Ahora que estaba más cerca, Brutha pudo ver que media docena de remos muy cortos habían sido juntados para formar una especie de estrella detrás del globo de cobre, y que luego los habían dejado suspendidos encima de la parte trasera del bote. Ruedas dentadas de madera y un par de cintas sin fin llenaban el espacio intermedio. Conforme giraba el globo, las paletas batían el aire.

—¿Cómo funciona? —preguntó.

—Muy simple —dijo Urna —. El fuego hace que...

—No tenemos tiempo para esto —dijo Simonía.

—... hace que el agua se caliente y entonces el agua se enfada — dijo el aprendiz de filósofo —. Así que sale del globo a través de esas cuatro pequeñas válvulas para alejarse del fuego. Los chorros de vapor empujan el globo haciéndolo girar, y las ruedas dentadas y el mecanismo de tornillo de Legibus transfieren el movimiento a las paletas, que a su vez impulsan el bote a través del agua.

—Muy filosófico —dijo Didáctilos.

Brutha se sintió obligado a salir en defensa del progreso omniano.

—Las grandes puertas de la Ciudadela pesan toneladas, pero son abiertas únicamente por el poder de la fe —dijo —. Un empujón y giran sobre sus goznes.

—Me gustaría mucho verlo —dijo Urna.

Brutha sintió una tenue y pecaminosa punzada de orgullo ante aquella confirmación de que Omnia seguía teniendo algo de lo que podía sentirse orgulloso.

—Un equilibrio excelente y algo de hidráulica, probablemente.

—Oh.

Simonía empujó pensativamente el mecanismo con su espada.

—¿Habéis pensado en todas las posibilidades? —dijo.

Las manos de Urna empezaron a mecerse a través del aire.

—¿Te refieres a grandes navíos que surcan el mar color de vino sin ninguna...? —comenzó.

—Estaba pensando en el transporte terrestre —dijo Simonía—. Tal vez... en alguna especie de carro que...

—Oh, no veo qué sentido tendría poner una embarcación encima de un carro.

Los ojos de Simonía relucieron con los destellos de un hombre que había visto el futuro y había descubierto que estaba blindado.

—Hmmm —dijo.

—Todo eso está muy bien, pero no es filosofía —dijo Didáctilos.

—¿Dónde está el sacerdote?

—Estoy aquí, pero no soy un...

—¿Cómo te encuentras? Te apagaste como una vela en la Biblioteca.

—Ya... estoy mejor.

—Estabas de pie y de pronto te convertiste en un protector contra las corrientes de aire.

—Estoy mucho mejor.

—Te ocurre con frecuencia, ¿verdad?

—A veces.

—¿Te acuerdas de los pergaminos?

—Creo... que sí. ¿Quién incendió la Biblioteca?

Urna levantó la vista del mecanismo.

—Él —dijo.

Brutha miró a Didáctilos.

—¿Prendiste fuego a vuestra propia Biblioteca?

—Soy el único que estaba cualificado para hacerlo —dijo el filósofo—. Y además, así Vorbis no podrá echarle mano.

—¿Qué? —Supón que leyera los pergaminos, ¿eh? Ahora ya es bastante peligroso, pero con todo ese conocimiento dentro de él sería una amenaza mucho peor.

—No los hubiese leído —dijo Brutha.

—Oh, sí que los habría leído. Conozco a los de su tipo —dijo Didáctilos —. Mucha sagrada devoción en público, y montones de uvas peladas y excesos varios en privado.

—Vorbis no —repuso Brutha con certeza absoluta—. No los hubiese leído.

—Bueno, da igual —dijo Didáctilos—. Si tenía que hacerse, yo lo hice.

Urna se volvió hacia ellos desde la popa del bote, donde había estado metiendo más madera en el brasero suspendido debajo del globo.

—¿Podemos subir a bordo? —preguntó.

Brutha se instaló en un tosco banco situado encima de la cuaderna central, o como se llamara aquella parte del bote. El aire olía a agua caliente.

—Bien, vamos allá —dijo Urna.

Tiró de una palanca. Las paletas giratorias chocaron con el agua; hubo una sacudida y después, con el vapor flotando en el aire detrás de él, el bote comenzó a avanzar.

—¿Qué nombre tiene esta embarcación? —preguntó Didáctilos.

Urna pareció sorprenderse.

—¿Nombre? —dijo—. Es una embarcación. Una cosa, de la naturaleza de las cosas. No necesita un nombre.

—Los nombres son más filosóficos —dijo Didáctilos, con una sombra de enfado en la voz—. Y deberías haber roto un ánfora de vino encima de ella.

—Menuda manera de desperdiciar el vino.

La embarcación salió del cobertizo y se internó en el oscuro puerto. Una galera efebiana ardía a lo lejos. La ciudad entera era un damero de llamas.

—Pero ¿tienes un ánfora a bordo, sí o no? —preguntó Didáctilos.

—Sí.

—Entonces pásamela.

Una estela de agua blanca seguía a la embarcación. Las paletas batían el mar.

—Sin viento. ¡Sin remeros! —exclamó Simonía—. ¿Empiezas a entender qué es lo que tenéis aquí, Urna?

—Desde luego. Los principios operativos son asombrosamente simples —dijo Urna.

—No me refería a eso. ¡Me refería a todas las cosas que podríais hacer con este poder! Urna echó otro leño al fuego.

—No es más que la transformación del calor en trabajo —dijo—. Supongo que... Oh, bombear el agua.

Molinos que pueden moler incluso cuando no sopla viento. ¿Esa clase de cosas? ¿Era en eso en lo que estabas pensando? Simonía el soldado titubeó.

—Sí —dijo finalmente—. Algo por el estilo.

—¿Om? —susurró Brutha.

—¿Sí?

—¿Estás bien?

—Este sitio huele a mochila de soldado. Sácame de aquí.

La bola de cobre giraba locamente encima del fuego. Brillaba casi tan intensamente como los ojos de Simonía.

Brutha le tocó el hombro.

—¿Podrías devolverme mi tortuga? —Simonía rió amargamente.

—Estos bichos son muy sabrosos —dijo, sacando a Om.

—Todo el mundo lo dice —dijo Brutha, y bajó la voz a un susurro—: ¿Qué clase de lugar es Ankh?

—Una ciudad de un millón de almas —contestó la voz de Om—, muchas de las cuales ocupan cuerpos. Y un millar de religiones. ¡Hasta hay un templo a los dioses menores! Suena como un sitio en el que a la gente no le cuesta nada creer en cosas. Creo que sería un buen lugar en el que empezar de nuevo. Con mi cerebro y tus...

Bueno, con mi cerebro pronto deberíamos estar nadando en la abundancia.

—¿No quieres volver a Omnia?

—¿Para qué? —dijo la voz de Om—. Siempre hay maneras de derrocar a un dios establecido. La gente se harta y quiere cambiar. Pero no puedes derrocarte a ti mismo, ¿verdad?

—¿Con quién estás hablando, sacerdote? —preguntó Simonía.

—Yo... eh... Estaba rezando.

—¡Ja! ¿A Om? Ya puestos, también podrías rezarle a esa tortuga.

—Sí.

—Siento vergüenza por Omnia —dijo Simonía—. Miradnos. Atrapados en el pasado. Frenados por un monoteísmo represivo. Rechazados por nuestros vecinos. ¿Qué bien nos ha hecho nuestro Dios? ¿Dioses? ¡Ja!

—Nada de alterarse, por favor —pidió Didáctilos —. Estamos encima de un montón de agua salada, y la coraza que llevas puesta es altamente conductiva.

—Oh, no estoy diciendo nada acerca de otros dioses —se apresuró a precisar Simonía—. No tengo ningún derecho a hablar de ellos. Pero ¿Om? ¡Un títere que la Quisición utiliza para asustar! ¡Si existe, que me fulmine aquí y ahora!

Simonía desenvainó la espada y la sostuvo con el brazo extendido.

Om siguió apaciblemente sentado sobre el regazo de Brutha.

—Eh, este chico me gusta —dijo—. Es casi tan bueno como un creyente. Es como el amor y el odio, ¿sabes a qué me refiero?

Simonía volvió a envainar su espada.

—Así refuto a Om —dijo.

—Sí, pero ¿cuál es la alternativa?

—¡Filosofía! ¡Filosofía práctica! Como el motor de Urna que vemos ahí. ¡Podría llevar a Omnia al Siglo del Murciélago de la Fruta en un abrir y cerrar de ojos! Por mucho que se resistiera, por mucho que chillara y pataleara, Omnia...

—¿Aunque chillara y pataleara? —preguntó Brutha.

—Si hay que hacerlo, hay que hacerlo —dijo Simonía con una ancha sonrisa.

—No te preocupes por él —dijo Om—. Estaremos muy lejos. Y cuanto más lejos mejor, por cierto. No creo que Omnia vaya a ser un país muy popular en cuanto se sepa lo que ha ocurrido aquí esta noche.

—¡Pero la culpa ha sido de Vorbis! —exclamó Brutha—. ¡Fue él quien lo empezó todo! ¡Envió al pobre hermano Murduck, y después hizo que lo mataran para poder culpar a los efebianos! ¡Nunca tuvo intención de negociar ningún tratado de paz! ¡Sólo quería entrar en el palacio!

—Otra cosa que no entiendo es cómo consiguió entrar allí —dijo Urna—. Nadie ha logrado atravesar jamás el laberinto sin un guía. ¿Cómo lo hizo?

Los ojos ciegos de Didáctilos buscaron a Brutha.

—Ni idea, francamente —admitió.

Brutha bajó la cabeza.

—¿De verdad hizo todo eso? —preguntó Simonía.

—Sí.

—¡Idiota! ¿Cómo puedes ser tan imbécil? —aulló Om.

—¿Y le repetirías lo que acabas de decir a otras personas? —insistió Simonía.

—Supongo que sí.

—¿Serías capaz de alzar tu voz contra la Quisición?

Brutha contempló la noche con mirada abatida. Detrás de ellos, las llamas de Efebia se habían fundido en una sola chispa anaranjada.

—Lo único que puedo decir es lo que recuerdo —murmuró.

—Estamos muertos —dijo Om—. ¡Tírame por la borda, venga! ¡Ahora este cabeza dura querrá llevarnos de vuelta a Omnia!

Simonía se frotó el mentón con expresión pensativa.

—En ciertas circunstancias, Vorbis tiene muchos enemigos —dijo—. Sería preferible que se le matara, pero a eso algunos lo llamarían asesinato. O incluso martirio. Pero un juicio... Si hubiera pruebas... Sólo con que pensaran que podía llegar a haber pruebas...

—¡Puedo ver funcionar su mente! —gritó Om—. ¡Si no hubieras abierto la boca, ahora todos estaríamos a salvo!

—Vorbis sometido a juicio —dijo Simonía con tono reflexivo.

Brutha palideció sólo de pensarlo. Era la clase de pensamiento que resultaba casi imposible de concebir. Era la clase de pensamiento que no tenía absolutamente ningún sentido. ¿Vorbis sometido a juicio? Los juicios eran cosas que les ocurrían a otras personas.

Se acordó del hermano Murduck. Y de los soldados perdidos en el desierto. Y de todas las cosas que se les había hecho a muchas personas, Brutha entre ellas.

—¡Dile que no lo recuerdas! —chilló Om—. ¡Dile que se te ha olvidado!

—Y si lo juzgaran —dijo Simonía—, lo encontrarían culpable. Nadie se atrevería a hacer otra cosa.

Los pensamientos siempre se desplazaban a través de la mente de Brutha muy lentamente, igual que icebergs.

Llegaban poco a poco y se iban poco a poco, y mientras permanecían allí ocupaban un montón de espacio, una gran parte del cual estaba situado por debajo de la superficie.

Lo peor de Vorbis no es que sea malvado, pensó, sino que hace que personas buenas hagan cosas malas.

Convierte a las personas en cosas como él mismo. No puedes evitarlo. Te lo acaba contagiando.

No había más sonido que el chapaleo del agua contra el casco del Bote Anónimo y el girar del motor filosófico.

—Si regresáramos a Omnia nos capturarían —dijo Brutha, hablando muy despacio.

—Podríamos desembarcar lejos de los puertos —sugirió Simonía.

—¡Ankh—Morpork! —gritó Om.

—Primero deberíamos llevar al señor Didáctilos a Ankh—Morpork —dijo Brutha—. Después... regresaré a Omnia.

—¡Y de paso también podrías dejarme allí, maldita sea! —dijo Om—. ¡No tardaré mucho en encontrar algunos creyentes en Ankh—Morpork, no te preocupes, porque lo que es allí creen en cualquier cosa!

—Nunca he visto Ankh—Morpork —dijo Didáctilos —. Con todo, vivimos y aprendemos. Eso es lo que yo digo siempre. —Se volvió hacia el soldado —. Chillando y pataleando, claro.

—En Ankh hay unos cuantos exiliados —repuso Simonía—. No os preocupéis. Allí estaréis a salvo.

—¡Asombroso! —exclamó Didáctilos —. Y pensar que esta mañana yo ni siquiera sabía que corriese peligro.

Se sentó en la embarcación.

—La vida en este mundo —dijo— es como una estancia en una caverna. ¿Qué podemos llegar a saber de la realidad? Porque todo lo que vemos de la verdadera naturaleza de la existencia es, podríamos decir, meras sombras fascinantes y enigmáticas proyectadas sobre la pared interior de la caverna por la luz cegadora y nunca vista de la verdad absoluta, de la cual podemos deducir algún atisbo de veracidad o no deducirlo, y en tanto que trogloditas buscadores de la sabiduría, lo único que podemos hacer es alzar nuestras voces hacia aquello que no es visto y decir, humildemente, «Adelante, Conejo Deformado... es mi favorito».

Vorbis removió las cenizas con el pie.

—No hay huesos —dijo.

Los soldados no dijeron nada. Los copos grises se desmoronaron y acabaron disipándose en la brisa del amanecer.

—Y además, no hay la ceniza que debería haber —dijo Vorbis.

El sargento abrió la boca para decir algo.

—Ten la seguridad de que sé de qué hablo —dijo Vorbis.

Fue hacia la trampilla medio calcinada y la empujó con el dedo gordo del pie.

—Seguimos el túnel —dijo el sargento con el tono de alguien que espera que el mostrarse servicial desviará la ira que está a punto de abatirse sobre él, por mucho que experiencias anteriores le hayan demostrado que no será así—. Termina cerca de los muelles.

—Pero si entras en él desde los muelles no apareces aquí —reflexionó Vorbis contemplando las cenizas humeantes como si las encontrara infinitamente fascinantes.

El sargento frunció el ceño.

—¿Es que no lo comprendes? —dijo Vorbis —. Los efebianos nunca construirían una salida que también fuese una entrada. Las mentes que concibieron el laberinto no actuarían así. Habría... válvulas. Secuencias de piedras que caen sobre ti, quizá. Puertas que se abren en un solo sentido. Afiladas hojas giratorias que surgen de paredes inesperadas.

—Ah.

—Todo muy intrincado y tortuoso, de eso no me cabe duda.

El sargento se humedeció los labios con una lengua reseca. No podía leer a Vorbis igual que si fuera un libro, porque nunca había habido un libro como Vorbis. Pero Vorbis tenía ciertos hábitos mentales que aprendías a reconocer, pasado un tiempo.

—Deseáis que me lleve conmigo al pelotón y siga el túnel desde los muelles —dijo con voz hueca.

—Estaba a punto de sugerirlo —repuso Vorbis.

—Sí, señor.

Vorbis le dio una palmadita en el hombro.

—¡Pero no te preocupes! —exclamó alegremente—, Om protegerá a los que creen.

—Sí, señor.

—Y el último hombre podrá traerme un informe completo. Pero antes... ¿No están en la ciudad?

—La hemos registrado a fondo, señor.

—¿Y no ha quedado nadie junto a la puerta? Entonces se fueron por mar.

—Todos los barcos de guerra efebianos están controlados, gran Vorbis.

—Este puerto está infestado de pequeñas embarcaciones.

—Que sólo pueden ir a mar abierto, señor.

Vorbis contempló el Mar Circular. Llenaba el mundo de horizonte a horizonte. Más allá estaba el borrón de las llanuras de Sto y la escarpada línea de las Montañas del Carnero, extendiéndose hasta las inmensas cimas que los herejes llamaban el Cubo pero que, Vorbis lo sabía, era el Polo, visible alrededor de la curva del mundo únicamente debido a la manera en que la luz se deformaba dentro de la atmósfera, igual que lo hacía dentro del agua... y vio una manchita blanca deslizándose sobre el distante océano.

Vorbis tenía muy buena vista, desde cierta altura.

Cogió un puñado de ceniza gris, que en tiempos había sido los Principios de navegación, y lo dejó escurrir entre los dedos.

—Om nos ha mandado un viento favorable —dijo—. Bajemos a los muelles.

La esperanza saludó optimistamente desde las aguas de la desesperación del sargento.

—¿Entonces no querréis que exploremos el túnel, señor? — preguntó.

—Oh, claro que sí. Eso podéis hacerlo cuando regresemos.

Urna empujó cautelosamente el globo de cobre con un trozo de alambre mientras el Bote Anónimo se balanceaba sobre las olas.

—¿No puedes darle unos golpes? —preguntó Simonía, quien no tenía demasiado claro qué diferencia había entre las máquinas y las personas.

—Es un motor filosófico —dijo Urna—. Los golpes no servirían de nada.

—Pero dijiste que las máquinas podrían ser nuestras esclavas —dijo Simonía.

—No de la clase a las que se les puede pegar —dijo Urna—. La sal ha obstruido las válvulas. Cuando el agua sale disparada del globo, deja la sal detrás.

—¿Por qué?

—No lo sé. Al agua le gusta viajar ligera.

—¡No nos movemos! ¿No puedes hacer nada para remediarlo?

—Sí: esperar a que se enfríe y entonces limpiarlo y meterle un poco más de agua.

Simonía miró alrededor con preocupación.

—¡Pero todavía se puede divisar la costa!

—Tú puede que sí —dijo Didáctilos. Estaba sentado en la sección central de la embarcación con las manos cruzadas encima de su bastón, un anciano al que no sacan a tomar el aire con demasiada frecuencia y que está disfrutando mucho de la experiencia.

—No te preocupes. Estamos lo bastante lejos para que nadie pueda vernos —dijo Urna, que seguía examinando el mecanismo—. De todas maneras, el tornillo me tiene un poco preocupado. Fue inventado para desplazar el agua, no para desplazarse sobre el agua.

—¿Quieres decir que está confuso? —preguntó Simonía.

—Yo creo que lo que le ocurre es que se ha pasado de rosca —dijo Didáctilos alegremente.

Brutha se había tumbado en el extremo puntiagudo y miraba el agua. Un pequeño calamar pasó velozmente ante él, con su sifón impulsándolo justo por debajo de la superficie del mar. Brutha se preguntó qué sería...

...y supo que era el calamar botella común, de la clase Cefalópoda y el pilum Molusca, y que en vez de un esqueleto tenía un soporte cartilaginoso interno y un sistema nervioso bastante desarrollado, y grandes ojos capaces de formar imágenes que eran muy similares a los de los vertebrados.

El conocimiento quedó suspendido por un momento en primer plano dentro de su mente y después se desvaneció.

—¿Om? —murmuró Brutha.

—¿Qué?

—¿Qué estás haciendo?

—Intento dormir un rato. Las tortugas necesitan muchas horas de sueño, sabes.

Simonía y Urna estaban inclinados sobre el motor filosófico. Brutha miró el globo...

... una esfera de radio r, que por consiguiente tenía un volumen V = (4/3) (pi) rrr, y un área superficial A = 4(pi)

rr...

—Oh, Dios mío...

—¿Y ahora qué pasa? —dijo la tortuga.

El rostro de Didáctilos se volvió hacia Brutha, quien se había llevado las manos a la cabeza.

—¿Qué es un pi?

Didáctilos tendió la mano y sostuvo a Brutha.

—¿Qué ocurre? —preguntó Om.

—¡No lo sé! ¡Sólo son palabras! ¡No sé qué pone en los libros! ¡No puedo leerlos!

—Dormir mucho es vital —dijo Om—. Te ayuda a desarrollar un caparazón sano.

Brutha cayó de rodillas sobre la cubierta de la embarcación que se mecía en alta mar. Se sentía como un propietario que regresa inesperadamente y se encuentra con la vieja mansión llena de desconocidos. Estaban en cada habitación y, sin ser amenazadores, simplemente llenaban todo el espacio con su estar allí.

—¡Los libros pierden!

—No veo cómo puede ocurrir eso —dijo Didáctilos —. Dijiste que te limitaste a echarles un vistazo, ¿verdad? No los leíste. No sabes qué significan.

—¡Ellos saben lo que significan!

—Oye, oye. No son más que libros, de la naturaleza de los libros — dijo Didáctilos—. No son mágicos. Si pudieras saber qué contienen los libros con sólo mirarlos, entonces Urna sería un genio.

—¿Qué le pasa? —preguntó Simonía.

—Cree que sabe demasiado.

—¡No! ¡No sé nada! Porque en realidad esto no es saber — dijo Brutha—. ¡Sólo acabo de recordar que los calamares tienen un soporte cartilaginoso interno!

—Sí, supongo que eso puede poner nervioso a cualquiera — dijo Simonía—. Uh. ¿Sacerdotes? Están todos locos.

—¡No! ¡Es que no sé lo que significa cartilaginoso!

—Tejido conectivo esquelético —dijo Didáctilos —. Piensa en ososo y coriáceo al mismo tiempo.

Simonía soltó un bufido.

—Vaya, vaya —dijo—. Vivimos y aprendemos, tal como habías dicho.

—Algunos de nosotros incluso lo hacemos en orden inverso — dijo Didáctilos.

—¿Se supone que eso significa algo?

—Es filosofía —dijo Didáctilos —. Y siéntate, muchacho. Estás moviendo la embarcación. Ya vamos un poco sobrecargados sin necesidad de que encima la balancees.

—Está siendo mantenido a flote por una fuerza ascensional igual al peso del fluido desplazado —murmuró Brutha, que se encontraba cada vez peor.

—¿Hmmm?

—Salvo que no sé lo que significa ascensional.

Urna levantó la vista de la esfera.

—Ya podemos reanudar la travesía —dijo—. Lo único que necesito es que eche un poco de agua aquí dentro con su casco, caballero.

—¿Y después volveremos a movernos?

—Bueno, podremos empezar a acumular vapor —dijo Urna, limpiándose las manos en la toga.

—Verás, hay varias maneras de aprender las cosas —dijo Didáctilos—. Esto me recuerda aquella ocasión en que el viejo príncipe Lasgere de Tsort me preguntó cómo podía convertirme en un hombre instruido, especialmente dado que nunca tenía tiempo para todo eso del leer. Le dije a su alteza que no había ninguna vía real que llevara al conocimiento, y él me dijo: «Pues o construyes una o mandaré que te corten las piernas. Usa todos los esclavos que quieras.» Un enfoque refrescantemente directo, si queréis saber mi opinión. El viejo Lasgere siempre supo cortar por lo sano, especialmente cuando se trataba de personas.

—¿Por qué no te cortó las piernas? —preguntó Urna.

—Le construí su vía real. Más o menos.

—¿Cómo? Creía que sólo era una metáfora.

—Estás aprendiendo, Urna. Bueno, localicé a una docena de esclavos que sabían leer e hice que pasaran la noche en el dormitorio del príncipe murmurándole pasajes selectos mientras dormía.

—¿Y funcionó?

—No lo sé. El tercer esclavo le hundió una daga de quince centímetros en la oreja. Después de la revolución, el nuevo gobernante me dejó salir de la cárcel y dijo que podía irme del país si prometía que no se me ocurriría nada hasta después de que hubiese cruzado la frontera. Pero en principio no creo que hubiera nada de malo en la idea.

Urna sopló sobre el fuego.

—Tarda un poco en calentar el agua —explicó.

Brutha volvía a estar acostado en la popa. Si se concentraba, podía hacer que el conocimiento dejara de fluir.

El truco estaba en evitar mirar las cosas. Hasta una nube...

... concebida por la filosofía natural como un medio de ocasionar sombra sobre la superficie del mundo, evitando así el recalentamiento excesivo...

... causaba una intrusión. Om estaba profundamente dormido.

Saber sin aprender, pensó Brutha. No. Al revés. Aprender sin saber...

Nueve décimas partes de Om dormitaban dentro de su concha. El resto de él flotaba como una neblina en el verdadero mundo de los dioses, el cual es mucho menos interesante que el mundo tridimensional habitado por la mayor parte de la humanidad.

Somos una pequeña embarcación, pensaba Om. Probablemente ni siquiera se dará cuenta de que estamos aquí.

Tiene un océano entero que atender, ¿verdad? No puede estar en todas partes.

Claro que ella tiene muchos creyentes. Pero sólo somos una pequeña embarcación.

Sintió las mentes de peces curiosos que estaban husmeando alrededor del extremo del tornillo. Lo cual era bastante extraño, porque en el curso normal de las cosas los peces no son conocidos por su...

—Saludos —dijo la Reina del Mar.

—Ah.

—Veo que te las has arreglado para seguir existiendo, pequeña tortuga.

—Sí, aquí estamos —dijo Om—. No hay problema.

Hubo una pausa que, si hubiera estado teniendo lugar entre dos personas en el mundo humano, habría sido dedicada a toser y poner caras de incomodidad. Pero los dioses nunca se sienten incómodos.

—Supongo que habrás venido en busca de tu precio —dijo Om, poniéndose a la defensiva.

—Este navío y todo lo que hay en él —dijo la Reina—. Pero tu creyente puede ser salvado, como es costumbre.

—¿De qué te van a servir? Uno de ellos es ateo.

—¡Ja! En el último momento todos creen.

—Eso no parece muy... — Om titubeó—. ¿Justo?

Esta vez fue la Reina del Mar la que puso cara pensativa.

—¿Justo? ¿Qué es eso?

—¿Como la... justicia subyacente? —dijo Om, y se preguntó por qué lo había dicho.

—Pues a mí me suena a idea humana.

—Tienen mucha inventiva, de eso no cabe duda. Pero yo me refería a que... Bueno, lo que quería decir era que... no han hecho nada para merecérselo.

—¿Merecérselo? Son humanos. ¿Qué tiene que ver el que se lo merezcan o no?

Om tuvo que admitir que en eso la Reina del Mar llevaba razón. No estaba pensando como un dios. Aquello lo irritó un poco.

—Es sólo que...

—Llevas demasiado tiempo confiando en un humano, pequeño dios.

—Lo sé. Lo sé. — Om suspiró. Las mentes perdían, y lo que perdía una acababa infiltrándose dentro de la otra.

Estaba viendo demasiadas cosas desde un punto de vista humano —. Bien, quédate con la embarcación. Si tienes que hacerlo. Es sólo que me gustaría que fuera...

—¿Justo? —preguntó la Reina del Mar. Fue hacia él, y Om sintió su presencia rodeándolo por todas partes —. Lo justo no existe. La vida es como una playa, y después mueres.

Y desapareció.

Om dejó que su esencia se retirara a la concha de su concha.

—¿Brutha?

—¿Sí?

—¿Sabes nadar? El globo empezó a girar.

Brutha le oyó decir a Urna: «Ya está. Enseguida volveremos a movernos.»

—Más vale. —La voz de Simonía—. Hay un barco ahí fuera.

—Esta cosa va más deprisa que cualquier embarcación con velas o remos.

Brutha miró hacia el final de la bahía. Un esbelto navío omniano estaba pasando por delante del faro. Todavía se encontraba muy lejos, pero Brutha lo contempló con un temor y una expectación que aumentaban mejor que los telescopios.

—Se mueve muy deprisa —dijo Simonía—. No lo entiendo, porque no hay viento.

Urna examinó la calma que los rodeaba.

—No puede haber viento allí y no haberlo aquí —dijo.

—¡Te he preguntado que si sabes nadar! —insistió la voz de la tortuga dentro de la cabeza de Brutha.

—No lo sé —dijo Brutha.

—¿Crees que podrías averiguarlo deprisa? Urna levantó la vista.

—Oh —dijo.

Las nubes se habían acumulado encima del Bote Anónimo, y giraban visiblemente.

—¡Tienes que saberlo! —chilló Om—. ¡Creía que tenías una memoria perfecta!

—Solíamos chapotear en la gran cisterna de la aldea —murmuró Brutha—. ¡No sé si eso cuenta!

Una masa de niebla agitó la superficie del mar. Brutha sintió un súbito chasquido en las orejas. Y aun así el navío omniano seguía aproximándose, volando sobre las olas.

—¿Cómo se llama lo que ocurre cuando tienes una calma absoluta rodeada de vientos...? —comenzó a preguntar Urna.

—¿Huracán? —dijo Didáctilos.

Un rayo chisporroteó entre el cielo y el mar. Urna tiró de la palanca que introducía el tornillo en el agua. Sus ojos brillaban casi tan intensamente como el rayo.

—Eso sí es poder —dijo—. ¡Controlar el rayo! ¡El sueño de la humanidad! El Bote Anónimo salió disparado.

—¿De veras? Pues no es mi sueño —dijo Didáctilos —. Yo siempre sueño con una zanahoria gigante que me persigue a través de un campo de langostas.

—Me refería al sueño metafórico, maestro —dijo Urna.

—¿Qué es una metáfora? —preguntó Simonía.

—¿Qué es un sueño? —preguntó Brutha.

Una columna de rayos ribeteó la niebla. Relámpagos secundarios surgieron del globo que giraba velozmente.

—Puedes obtenerlo a partir de los gatos —dijo Urna, perdido en un mundo filosófico propio mientras el Bote

Anónimo iba dejando una estela blanca tras de sí—. Los acaricias con una varilla de ámbar, y obtienes relámpagos diminutos... Si pudiera aumentar eso un millón de veces, ningún hombre volvería a ser un esclavo y podríamos capturarlo dentro de recipientes y librarnos de la noche...

Un rayo cayó a unos metros de ellos.

—Estamos en una embarcación con una gran bola de cobre justo en medio de una masa de agua salada —dijo Didáctilos —. Gracias, Urna.

—Y los templos de los dioses estarían magníficamente iluminados, por supuesto —se apresuró a decir Urna.

Didáctilos golpeó el casco con su bastón.

—Una idea realmente magnífica, pero nunca dispondrías de gatos suficientes —dijo. El mar se estaba picando.

—¡Salta al agua! —gritó Om.

—¿Por qué? —preguntó Brutha.

Una ola casi volcó la embarcación. La lluvia siseaba sobre la superficie de la esfera, produciendo una espuma abrasadora.

—¡No tengo tiempo para explicártelo! ¡Salta por la borda! ¡Es por tu bien! ¡Confía en mí!

Brutha se puso en pie y se agarró a la armazón de la esfera para no perder el equilibrio.

—¡Siéntate! —dijo Urna.

—Voy a salir —dijo Brutha—. Puede que tarde un rato en volver.

La embarcación se bamboleó debajo de él cuando medio saltó medio cayó al mar hirviente.

Un rayo dio de lleno en la esfera.

Cuando Brutha salió a la superficie vio, por un momento, el globo al rojo blanco y al Bote Anónimo, con su tornillo casi fuera del agua, saliendo disparado como un cometa a través de la niebla. La embarcación desapareció entre las nubes y la lluvia. Un instante después, por encima del estruendo de la tormenta, se oyó un retumbar ahogado.

Brutha levantó la mano. Om salió a la superficie, expulsando agua de mar por el hocico.

—¡Dijiste que era lo mejor que podía hacer! —gritó Brutha.

—¿Y bien? ¡Todavía estamos vivos! ¡Y sostenme por encima del agua! ¡Las tortugas no saben nadar!

—¡Pero los demás pueden haber muerto!

—¿Quieres reunirte con ellos?

Una ola sumergió a Brutha. Por un instante el mundo se convirtió en un telón verde oscuro que zumbaba dentro de sus oídos.

—¡No puedo nadar con una sola mano! —gritó en cuanto hubo logrado volver a la superficie.

—¡Nos salvaremos! Ella nunca se atrevería a...

—¿Qué quieres decir?

Otra ola embistió a Brutha, y la succión tiró de su túnica.

—¿Om?

—¿Sí?

—Me parece que no sé nadar...

Los dioses no son muy dados a la introspección, ya que para ellos nunca ha sido una característica que contribuya a la supervivencia. Siempre les ha bastado con la habilidad de engatusar, amenazar y aterrorizar.

Cuando puedes aplastar ciudades enteras a voluntad, la tendencia a reflexionar en silencio y ver—las—cosas—desde—el—punto—de—vista—del—otro rara vez resulta necesaria.

Lo cual había conducido, por todo el multiuniverso, a que hombres y mujeres tremendamente brillantes y dotados de una inmensa empatía dedicaran toda su vida a servir a deidades que no habrían podido ganarles en una partida de dominó. La hermana Sestina de Quirm, por ejemplo, desafió la ira de un reyezuelo local, anduvo por encima de un lecho de carbones encendidos sin sufrir daño alguno y propuso una filosofía sobre la ética sensata en nombre de una diosa a la que sólo le interesaban los peinados, y el hermano Zefilita de Klatch abandonó sus vastas propiedades y a su familia y pasó el resto de su vida cuidando de los enfermos y los pobres en nombre del invisible dios F'rum, generalmente considerado incapaz, en el caso de que hubiera tenido un trasero, de encontrárselo con las dos manos, en el caso de que hubiera tenido manos. Los dioses nunca necesitan ser muy inteligentes cuando hay humanos cerca que pueden encargarse de ser inteligentes por ellos.

La Reina del Mar estaba considerada como francamente mema incluso por otros dioses. Pero había una cierta lógica en sus pensamientos mientras se desplazaba por debajo de las olas agitadas por la tormenta. La pequeña embarcación había sido un blanco tentador..., pero allí había otro más grande, lleno de personas, que iba directamente hacia la tormenta.

Aquella sí era una buena presa.

A la hora de mantener centrada su atención en una sola cosa, la Reina del Mar no se diferenciaba demasiado de una cebolla bahji.

Y, básicamente, lo que hacía era crear sus propios sacrificios. Y creía en la cantidad.

El Aleta de Dios saltaba de la cresta de una ola al seno de otra mientras la tempestad desgarraba sus velas. El capitán se abrió paso a través del agua que le llegaba hasta la cintura en dirección a la proa, donde Vorbis se agarraba a la barandilla pareciendo no darse cuenta de que el barco medio sumergido se debatía entre el oleaje.

—¡Señor! ¡Debemos arriar las velas! ¡No podemos correr más que esto!

Fuegos verdes chisporroteaban en las puntas de los mástiles. Vorbis se volvió. La luz se reflejó en el pozo de sus ojos.

—Todo sea a mayor gloria de Om —dijo —. La confianza es nuestra vela, y la gloria nuestro destino.

El capitán ya había tenido más que suficiente. La religión no era su fuerte, pero después de treinta años estaba considerablemente seguro de saber algunas cosas acerca del mar.

—¡Nuestro destino es el fondo del océano! —gritó. Vorbis se encogió de hombros.

—No he dicho que no fuéramos a hacer algún que otro alto a lo largo del camino —murmuró.

El capitán lo miró fijamente y después inició el penoso regreso a través de la cubierta bamboleante. Lo que sabía acerca del mar era que tormentas como aquella simplemente no ocurrían. No pasabas de navegar en aguas tranquilas a encontrarte en medio de un huracán desbocado. Aquello no era el mar. Era algo personal.

Un rayo cayó sobre el mástil principal. Un grito surgió de la oscuridad cuando una masa de cordajes y velas hechas jirones se precipitó sobre la cubierta.

El capitán medio nadó y medio trepó por la escalerilla que llevaba al timón, donde el timonel era una sombra entre la espuma y el resplandor fantasmagórico de la tormenta.

—¡Nunca conseguiremos salir de aquí con vida!

—CORRECTO.

—¡Tendremos que abandonar el barco!

—NO. NOS LO LLEVAREMOS CON NOSOTROS. ES UN BUEN BARCO.

El capitán entrecerró los ojos, tratando de ver algo entre la oscuridad.

—¿Es usted, primero Coplei?

—¿QUIERES HACER OTRO INTENTO?

El casco chocó con una roca sumergida que lo rajó de arriba abajo. Otro rayo cayó sobre el mástil restante, y el Aleta de Dios se dobló como un barquito de papel que lleva demasiado tiempo en el agua. Las cuadernas se partieron y lanzaron una lluvia de astillas hacia el cielo arremolinado...

Y entonces hubo un súbito silencio aterciopelado.

El capitán descubrió que había adquirido un recuerdo reciente. Tenía algo que ver con el agua, con un zumbido en sus oídos y con la sensación de un fuego frío dentro de sus pulmones. Pero se estaba desvaneciendo. Fue hacia la barandilla con sus pasos resonando ruidosamente en el silencio, y miró. Pese al hecho de que el recuerdo reciente incluía algo sobre la total y absoluta destrucción del navío, ahora parecía volver a estar entero. En cierta manera.

—Uh —dijo —. Parece que se nos ha terminado el mar.

—Sí.

—Y la tierra, también.

El capitán tocó la barandilla con las puntas de los dedos. Era grisácea, y ligeramente transparente.

—Uh. ¿Esto es madera?

—MEMORIA MÓRFICA.

—¿Cómo dices?

—ERAS UN MARINO. ¿NUNCA HAS OÍDO HABLAR DE UN NAVÍO COMO SI FUERA UN SER VIVO?

—Oh, sí. No puedes pasar una noche a bordo de un barco sin tener la sensación de que tiene un al...

—SÍ.

El recuerdo del Aleta de Dios navegaba a través del silencio. El viento, o el recuerdo del viento, suspiraba en la lejanía entre los cadáveres consumidos de tempestades muertas.

—Uh —dijo el fantasma del capitán—. ¿Verdad que acabas de decir que yo era un marino?

—Sí.

—Ya me lo parecía.

El capitán bajó la vista. La tripulación estaba reunida en cubierta y alzaba hacia él ojos llenos de inquietud.

Miró más abajo. Las ratas del barco también se habían reunido delante de la tripulación. Delante de ellas había una minúscula figura envuelta en una túnica.

—CUIC —dijo la figura.

El capitán pensó que incluso las ratas tienen una Muerte. La Muerte se apartó y le hizo una seña.

—EL TIMÓN ES TUYO.

—Pero... Pero ¿adonde vamos?

—¿QUIÉN SABE?

El capitán agarró el timón sin saber qué hacer.

—Pero... ¡no hay ninguna estrella que pueda reconocer! ¡No hay cartas de navegación! ¿Dónde están los vientos? ¿Dónde están las corrientes? —La Muerte se encogió de hombros.

El capitán hizo girar el timón sin poner rumbo hacia ningún sitio en particular. El barco se deslizaba a través del fantasma de un mar.

Y de pronto se sintió un poco más animado. Lo peor ya había sucedido. Era asombroso lo bien que te hacía sentir saberlo. Y si lo peor ya había sucedido...

—¿Dónde está Vorbis? —gruñó.

—SOBREVIVIÓ.

—¿De veras? ¡No hay justicia!

—SÓLO ESTO Y YO.

La Muerte desapareció.

El capitán movió un poco el timón, más que nada por mantener la imagen. Después de todo, seguía siendo capitán y aquello, en cierta manera, seguía siendo un barco.

—¿Primero de a bordo? El primero de a bordo saludó.

—¡Señor!

—Um. ¿Donde vamos ahora?

El primero de a bordo se rascó la cabeza.

—Bueno, capitán, he oído decir que los paganos de Klatch tienen un paraíso en el que se bebe y se canta y hay chicas que llevan campanillas y son... ya sabe... bastante descocadas.

El primero de a bordo lanzó una mirada esperanzada a su capitán.

—Descocadas, ¿eh? —dijo el capitán con voz pensativa.

—Eso he oído decir.

El capitán se dijo que quizá ya se había ganado el derecho a disfrutar de un poco de descoco.

—¿Alguna idea de cómo llegar allí?

—Creo que te dan instrucciones cuando estás vivo —dijo su primero de a bordo.

—Oh.

—Y yendo hacia el Cubo —dijo el primero de a bordo, saboreando la palabra— hay unos bárbaros que están convencidos de que después de morir van a una gran sala en la que hay toda clase de bebidas y viandas.

—¿Y mujeres?

—Tiene que haberlas.

El capitán frunció el entrecejo.

—Es curioso —dijo —, pero ¿por qué será que los paganos y los bárbaros siempre parecen ir a los mejores sitios cuando mueren?

—Tiene su miga, ¿verdad? —asintió el primero de a bordo —. Supongo que será para compensar el que..., que mientras viven también se lo pasen de fábula. —Parecía un poco perplejo. Ahora que estaba muerto, todo aquel asunto empezaba a sonarle vagamente sospechoso.

—Y supongo que tampoco tiene idea de cómo se va a ese paraíso — dijo el capitán.

—Lo siento, capitán.

—Pero siempre podemos buscar, ¿no?

El capitán miró por encima de la borda. Si navegabas el tiempo suficiente, tenías que acabar llegando a una costa. Y siempre se podía buscar.

Un movimiento atrajo su atención. Sonrió. Bien. Una señal. Quizá todo habría sido para bien, después de todo...

Acompañado por los fantasmas de delfines, el fantasma de un navío siguió su rumbo...

Las gaviotas nunca se aventuraban tan lejos a lo largo de la costa del desierto. Su nicho era llenado por el ascoso, un miembro de la familia de los cuervos del que la familia de los cuervos habría sido la primera en renegar y de la que nunca hablaba en presencia de extraños. Rara vez volaba, pero iba a todas partes andando con una especie de saltitos bamboleantes. Su inconfundible llamada hacía pensar a quien la oía en un sistema digestivo seriamente averiado. Tenía el aspecto que otros pájaros tienen después de un vertido de petróleo. Nada comía ascosos, excepto otros ascosos. Los ascosos comían cosas que habrían hecho vomitar a un buitre. Los ascosos comían vómitos de buitre. Los ascosos se lo comían todo.

En esta hermosa nueva mañana, uno de ellos vagabundeaba por la arena llena de pulgas picoteando distraídamente las cosas por si acaso los guijarros y los trozos de madera se habían vuelto comestibles de un día para otro. La experiencia había enseñado a los ascosos que prácticamente todo se volvía comestible si lo dejabas reposar el tiempo suficiente. Aquel ascoso se encontró con un montículo que yacía sobre la línea de la marea, y le clavó cautelosamente el pico.

El montículo gimió.

El ascoso se apresuró a retroceder y centró su atención en una pequeña roca con forma de cúpula que había junto al montículo. Estaba casi seguro de que aquello tampoco había estado allí ayer. Probó con un picoteo exploratorio.

La roca sacó una cabeza y dijo:

—Largo, bicho maléfico.

El ascoso retrocedió a toda prisa y después ejecutó una especie de salto correteante, que era lo más cerca del auténtico vuelo que se molestaba en llegar nunca un ascoso, que lo depositó en lo alto de un montón de restos de madera blanqueados por el sol. El día no podía haber empezado mejor. Si aquella roca estaba viva, entonces tarde o temprano terminaría estando muerta.

El Gran Dios Om fue hacia Brutha y le empujó la cabeza con la concha hasta que Brutha gimió.

—Despierta, muchacho. Levántate y sonríe. Arribarribarriba. Los que vayan a desembarcar que vayan desembarcando.

Brutha abrió un ojo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Que estás vivo, eso es lo que ha pasado —dijo Om. La vida es una playa, recordó. Y después te mueres.

Brutha se incorporó hasta quedar en una posición arrodillada.

Hay playas que están pidiendo a gritos sombrillas dé vivos colores. Hay playas que hablan de la majestad del mar.

Pero aquella playa no era así. No era más que un dobladillo vacío donde la tierra se encontraba con el océano.

Restos de madera se amontonaban sobre la línea de la marea, donde eran azotados por el viento. El aire zumbaba con un sinfín de desagradables y diminutos insectos. Había un olor que sugería que algo se había podrido, hacía mucho tiempo, en algún lugar donde los ascosos no podrían encontrarlo. No era lo que se dice una buena playa.

—Oh. Dios.

—Siempre es mejor que ahogarse —dijo Om, tratando de darle ánimos.

—No sé qué decirte. — Brutha recorrió la playa con la mirada—. ¿Hay algo de agua que beber?

—No lo creo —dijo Om.

—Ossory V, versículo 3, dice que tú hiciste que el agua que da vida fluyera del desierto reseco —dijo Brutha.

—Eso era una especie de licencia artística —dijo Om.

—¿Ni siquiera puedes hacer eso?

—No.

Brutha volvió a contemplar el desierto. Detrás de las filas de maderos y de unos cuantos retazos de hierba que parecía estar secándose en el mismo instante en que crecía, las dunas se perdían en la lejanía.

—¿Por dónde se va a Omnia?

—No queremos ir a Omnia —dijo Om.

Brutha miró a la tortuga y la cogió.

—Creo que es por aquí —dijo.

Om pataleó frenéticamente.

—¿Para qué quieres ir a Omnia? —preguntó.

—No quiero ir —dijo Brutha —. Pero voy a ir de todas maneras.

El sol flotaba en las alturas por encima de la playa.

O posiblemente no lo hiciese.

Ahora Brutha sabía unas cuantas cosas sobre el sol. Las filtraciones se le iban metiendo en la cabeza. Los efebianos habían estado muy interesados en la astronomía. Expletio había demostrado que el Disco medía dieciséis mil kilómetros de diámetro. Febrio, que había apostado esclavos de reacciones muy rápidas y buena voz por todo el campo al amanecer, había demostrado que la luz viajaba aproximadamente a la misma velocidad que el sonido. Didáctilos había razonado que, en ese caso y para poder pasar entre los elefantes, el sol tenía que recorrer un mínimo de sesenta mil kilómetros en su órbita cada día o, para decirlo de otra manera, ir el doble de rápido que su propia luz. Lo cual significaba que mayormente sólo podías ver dónde había estado el sol, salvo durante dos momentos cada día en los que el sol se alcanzaba a sí mismo, y eso significaba que el sol como un todo era bastante más rápido que una partícula más—rápida—que—la—luz, un taquión o, para emplear los mismos términos que Didáctilos, uno de esos cabroncetes.

Seguía haciendo calor. El mar carente de vida parecía hervir.

Brutha siguió andando, directamente debajo de la única sombra que se podía encontrar en centenares de kilómetros a la redonda. Hasta Om había dejado de quejarse. Hacía demasiado calor.

Aquí y allá, fragmentos de madera rodaban entre la espuma sucia que marcaba el límite del mar.

El aire rielaba sobre la arena delante de Brutha. En medio de ella había un manchón negro.

Brutha lo contempló desapasionadamente mientras iba hacia él, incapaz de ningún pensamiento real. No era nada más que un punto de referencia en un mundo de calor anaranjado, expandiéndose y contrayéndose entre la vibración de la calina.

Cuando estuvo más cerca, el manchón resultó ser Vorbis.

El pensamiento tardó bastante en rezumar a través de la mente de Brutha.

Vorbis.

No con una túnica. Las olas se lo habían arrancado todo. Sólo le quedaba su larga camisa. Las uñas partidas.

Sangre por. Encima de una pierna. Desgarrada por. Las rocas. Vorbis.

Vorbis.

Brutha se arrodilló. Un ascoso graznó en la línea de la marea.

—Todavía... vive —logró decir Brutha.

—Lástima —dijo Om. —Deberíamos hacer algo... por él.

—¿Sí? ¿Como qué? A lo mejor podrías encontrar una roca y partirle la cabeza —dijo Om.

—No podemos dejarlo aquí.

—Míranos y verás cómo lo hacemos.

—No.

Brutha metió la mano debajo del diácono y trató de levantarlo. Para su leve sorpresa, Vorbis no pesaba casi nada. La túnica del diácono había ocultado un cuerpo que sólo era piel estirada por encima de los huesos. Brutha podría haberlo partido en dos con las manos desnudas.

—¿Y yo qué? —gimoteó Om. Brutha se echó al hombro a Vorbis.

—Tienes cuatro patas —dijo.

—¡Soy tu Dios!

—Sí. Lo sé —dijo Brutha, y echó a andar playa abajo.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Llevarlo a Omnia —dijo Brutha con voz pastosa—. La gente tiene que saber. Lo que hizo.

—¡Estás loco! ¿Crees que vas a llevarlo a cuestas hasta Omnia?

—No lo sé. Voy a intentarlo.

—¡Tú! ¡Tú! — Om golpeó la arena con una uña—. ¡Millones de personas en el mundo y tenías que ser tú! ¡Estúpido! ¡Estúpido! Brutha se estaba convirtiendo en una silueta temblorosa perdida entre la calina.

—¡Se acabó lo que se daba! —gritó Om—. ¡No te necesito! ¿Piensas que te necesito? ¡No te necesito! ¡Enseguida encontraré otro creyente! ¡Eso está tirado! Brutha desapareció.

—¡Y no creas que saldré corriendo detrás de ti! —gritó Om.

Brutha contemplaba cómo sus pies se iban sucediendo el uno al otro.

El pensar ya había quedado muy atrás. Ahora lo que flotaba a la deriva por su cerebro cada vez más frito era imágenes inconexas y fragmentos de memoria.

Sueños. Los sueños eran imágenes dentro de tu cabeza. Persuasio había escrito un pergamino entero acerca de ellos. La idea supersticiosa decía que eran mensajes enviados por Dios, pero en realidad los sueños eran creados por el mismo cerebro y afloraban a la superficie cada noche cuando este examinaba y archivaba las experiencias del día. Brutha nunca soñaba. Por eso a veces... negrura total, mientras la mente se concentraba en los archivos.

Su mente había archivado todos los libros. Ahora sabía sin haber aprendido... Aquello eran sueños.

Dios. Dios necesitaba gente. La fe era el alimento de los dioses. Pero también necesitaban una forma. Los dioses se convertían en lo que la gente creía que deberían ser. Por eso la diosa de la Sabiduría llevaba un pingüino.

Podría haberle ocurrido a cualquier dios. Tendría que haber sido un búho. Eso lo sabía todo el mundo. Pero un pésimo escultor al que en toda su vida sólo le habían descrito un búho hace un desastre de una estatua, la fe entra en acción y antes de que te des cuenta, la diosa de la Sabiduría tiene que cargar con un pájaro que siempre va vestido de etiqueta y huele a pescado.

Así dabas su forma a un dios, de la misma manera en que la gelatina llena un molde.

Los dioses solían convertirse en tu padre, decía Abraxas el Agnóstico. Los dioses se convertían en una gran barba en el cielo, porque cuando tienes tres años tu padre es una gran barba en el cielo.

Y por supuesto que Abraxas había sobrevivido... Aquel pensamiento llegó con gélida brusquedad, surgido de la parte de su mente que Brutha todavía podía llamar suya. A los dioses no les molestaban los ateos, siempre que fueran ateos profundos, apasionados e intensos como Simonía, porque aquellos ateos se pasaban la vida no creyendo y odiando a los dioses por no existir. Esa clase de ateísmo era una roca. De hecho, casi era fe.

Arena. Era lo que encontrabas en el desierto. Cristales de roca, esculpidos en forma de dunas. Gordo de Tsort decía que la arena era montañas desgastadas, pero Irexes había descubierto que la arenisca era piedra obtenida a partir de la arena, lo cual sugería que los granos de arena eran los padres de las montañas...

Cada una un pequeño cristal. Y todas iban creciendo...

Haciéndose cada vez más y más grandes...

En silencio, sin darse cuenta, Brutha dejó de caer hacia adelante y se quedó inmóvil.

—¡Largo de aquí!

El ascoso no le hizo caso. Aquello era realmente interesante. Estaba teniendo ocasión de ver arenales enteros que nunca había visto antes y, naturalmente, también estaba la perspectiva, incluso la certeza, de que habría una buena cena al final de todo ello.

Se había posado sobre la concha de Om.

Om avanzaba lentamente sobre la arena, deteniéndose de vez en cuando para gritarle a su pasajero.

Brutha había ido en esa dirección.

Pero aquí uno de los promontorios rocosos que salpicaban el desierto como islas en un mar se prolongaba hasta llegar al agua. Brutha nunca hubiese podido escalarlo. Las pisadas en la arena se volvían hacia el interior del continente, hacia el desierto profundo.

—¡Idiota!

Om subió penosamente por la ladera de una duna, hundiendo sus patas para no precipitarse hacia atrás.

Al otro lado de la duna las huellas se convertían en un largo surco allí donde debía de haber caído Brutha. Om retrajo sus patas y se deslizó pendiente abajo como por un tobogán.

Aquí las huellas se desviaban. Brutha debió de pensar que podría dar un rodeo alrededor de la próxima duna y volver a encontrar la roca al otro lado. Om conocía los desiertos, y una de las cosas que sabía acerca de ellos era que aquella clase de razonamiento lógico había sido aplicado previamente por mil esqueletos blanqueados perdidos entre las arenas.

Aun así, siguió las huellas, agradeciendo la breve sombra de la duna ahora que el sol se estaba poniendo.

Contorneando la duna y, sí, aquí las huellas describían un torpe zigzag ascendente por una pendiente de unos noventa grados, alejándose del sitio hacia el cual hubieran debido encaminarse. Garantizado. Eso era lo malo de los desiertos. Poseían su propia gravedad. Te aspiraban hacia el centro.

Brutha seguía adelante, con Vorbis precariamente sostenido por un flácido brazo. No se atrevía a detenerse. Su abuela volvería a pegarle. Y también estaba el maestro Nhumrod, que tan pronto se hacía visible como volvía a esfumarse.

—Me has decepcionado, Brutha. ¿Mmmm?

—Quiero... agua...

—... agua —dijo Nhumrod—. Confía en el Gran Dios. Brutha se concentró. Nhumrod se desvaneció.

—¿Gran Dios? —dijo.

En algún lugar habría un poco de sombra. El desierto no podía seguir eternamente.

El sol se puso muy deprisa. Om sabía que el calor irradiaría de la arena durante un rato y que su propia concha lo almacenaría, pero ese calor no tardaría en disiparse y entonces reinaría el intenso frío de una noche del desierto.

Las estrellas ya estaban saliendo cuando encontró a Brutha. Vorbis había sido dejado caer un poco más lejos.

Om se detuvo junto a la oreja de Brutha.

—¡Eh!

No hubo ningún sonido, y tampoco ningún movimiento. Om empujó suavemente la cabeza de Brutha y después contempló los labios agrietados.

Om oyó un picoteo detrás de él.

El ascoso estaba investigando los dedos de los pies de Brutha, pero sus exploraciones se vieron interrumpidas cuando las mandíbulas de una tortuga se cerraron alrededor de su pata.

—¡Te avizé, ezgraciado!

El ascoso soltó un eructo de pánico y trató de alzar el vuelo, pero se veía estorbado por la presencia de una tortuga muy resuelta suspendida de una de sus patas. Om fue zarandeado unos cuantos metros a lo largo de la arena antes de soltar la pata.

Después intentó escupir, pero las bocas de las tortugas no han sido diseñadas para ello.

—Odio a todos los pájaros —dijo al aire del anochecer.

El ascoso lo contempló con cara de reproche desde lo alto de una duna. Luego alisó su puñado de plumas grasientas con el aire de alguien que está dispuesto a esperar toda la noche, en caso de que sea necesario. O a esperar todo el tiempo que hiciera falta.

Om volvió con Brutha. Bueno, la respiración seguía funcionando.

Agua...

El dios reflexionó. Fulminar la roca viva. Esa era una manera. Hacer fluir el agua... Ningún problema. Sólo era una cuestión de moléculas y vectores. El agua tenía una tendencia natural a fluir. Bastaba con que te aseguraras de que fluía aquí en vez de allí. Un dios que estuviera en forma no tendría absolutamente ningún problema con ello.

¿Cómo te las apañabas desde la perspectiva de una tortuga? La tortuga fue hasta el fondo de la duna y después se dedicó a subir y bajar por ella durante unos minutos.

Finalmente seleccionó un punto y empezó a cavar.

Algo iba mal. Antes hacía un calor horrible. Ahora se estaba helando.

Brutha abrió los ojos. Las estrellas del desierto, brillantemente blancas, le devolvieron la mirada. La lengua de Brutha parecía llenar toda su boca. Bueno, ¿qué era aquello que...? Agua.

Se dio la vuelta. Había habido voces dentro de su cabeza, y ahora había voces fuera de su cabeza. Eran tenues, pero no cabía duda de que estaban allí, creando suaves ecos sobre las arenas iluminadas por la luna.

Brutha se arrastró laboriosamente hasta la base de la duna. Allí había un montículo. De hecho, había varios montículos. La voz ahogada procedía de uno de ellos. Brutha se acercó un poco más.

Había un agujero en el montículo. Alguien maldecía en algún lugar muy por debajo del suelo. Las palabras rebotaban de un lado a otro dentro del túnel hasta volverse ininteligibles, pero el efecto general era inconfundible.

Brutha se dejó caer sobre la arena y miró.

Unos minutos después hubo un movimiento en la boca del agujero y Om salió de él, cubierto de lo que, si aquello no fuese un desierto, Brutha habría llamado barro.

—Oh, eres tú —dijo la tortuga —. Arranca un trocito de tu túnica y pásamelo.

Como en sueños, Brutha obedeció.

—Darse la vuelta aquí abajo no es coser y cantar, créeme —dijo Om.

Cogiendo el trozo de tela con sus mandíbulas, Om retrocedió con mucho cuidado y desapareció dentro del agujero. Pasados un par de minutos volvió a aparecer, todavía cargando con el trozo de tela.

Que ahora estaba empapado. Brutha dejó que el líquido goteara dentro de su boca. Sabía a barro, y arena, y a tinte marrón barato, y ligeramente a tortuga, pero se habría bebido un tonel entero de él. Habría podido nadar en un estanque de él.

Arrancó otra tira para que Om la bajara.

Cuando Om volvió a aparecer, Brutha se había arrodillado junto a Vorbis.

—¡Cinco metros de descenso! ¡Cinco malditos metros! —gritó Om—. ¡No la malgastes con él! ¿Todavía no ha muerto?

—Tiene fiebre.

—Pon fin a sus sufrimientos.

—Vamos a llevarlo a Omnia.

—¿Piensas que llegaremos allí? ¿Sin comida? ¿Sin agua?

—Pero tú has encontrado agua. Agua en el desierto.

—Lo cual no tiene nada de milagroso —dijo Om—. Cerca de la costa hay una estación lluviosa. Crea lo que llaman wadis, ya sabes. Torrenteras. Cauces de ríos secos. Acabas obteniendo acuíferos —añadió.

—Pues a mí me suena a milagro —graznó Brutha—. El mero hecho de que no puedas explicarlo no hace que deje de ser un milagro.

—Bueno, pues ahí abajo no hay comida, eso te lo aseguro —dijo Om—. Nada que comer. Nada en el mar, si es que podemos volver a encontrar el mar. Conozco el desierto. Cuando te encuentras con un risco de rocas tienes que contornearlo. Todo intenta apartarte de tu camino. Dunas que cambian de sitio durante la noche... leones...

otras cosas...

... dioses.

—¿Y entonces qué quieres hacer? —preguntó Brutha—. Dijiste que mejor vivos que muertos. ¿Quieres regresar a Efebia? ¿Crees que seremos muy populares allí?

Om guardó silencio. Brutha asintió.

—Entonces trae más agua.

Era mejor viajar de noche, con Vorbis encima de un hombro y Om debajo de un brazo.

En esta época del año...

... el resplandor que se ve en el cielo más o menos por ahí es la Aurora Corealis, las luces del Cubo, donde el campo mágico del Mundo Disco se descarga constantemente a sí mismo entre los picos de Cori Celesti, la montaña central. Y en esta época del año el sol sale por encima del desierto en Efebia y por encima del mar en Omnia, así que mantén las luces del Cubo a la izquierda y el resplandor del crepúsculo detrás de ti...

—¿Has ido alguna vez a Cori Celes ti? —preguntó Brutha. Om, que se había estado adormilando con el frío, despertó sobresaltado.

—¿Uh?

—Es donde viven los dioses.

—¡Ja! Podría contarte unas cuantas historias —dijo Om sarcásticamente.

—¿Cuáles?

—¡Están hechos una maldita élite!

—¿No vivías allí arriba, entonces?

—No. Para eso tienes que ser un dios del trueno o algo por el estilo. Si quieres vivir en la parte alta, has de tener todo un rebaño de adoradores. Tienes que ser una personificación antropomórfica, una de esas cosas.

—¿Entonces no basta con ser un Gran Dios? —Bueno, aquello era el desierto. Y Brutha iba a morir.

—Supongo que ahora ya da igual que te lo cuente —masculló Om—. Dado que no vamos a sobrevivir... Verás, cada dios es un Gran Dios para alguien. Yo nunca quise ser tan grande. Un puñado de tribus, una ciudad o dos. No es mucho pedir, ¿verdad?

—Hay dos millones de personas en el imperio —dijo Brutha.

—Sí. No está mal, ¿eh? Al principio sólo tenía a un pastor que oía voces dentro de su cabeza, y terminé con dos millones de personas.

—Pero nunca hiciste nada con ellas —dijo Brutha.

—¿Como qué? —Bueno... decirles que no se mataran las unas a las otras, esa clase de cosas...

—La verdad es que nunca se me ocurrió. ¿Por qué hubiese debido decirles eso?

Brutha buscó algo que pudiera influir sobre la psicología divina.

—Bueno, si las personas no se mataran las unas a las otras, entonces habría más personas que podrían creer en ti —sugirió.

—En eso tienes razón —admitió Om—. Una observación interesante. Muy astuta.

Brutha siguió andando en silencio. Un resplandor de escarcha relucía sobre las dunas.

—¿Has oído hablar alguna vez de la Ética?

—Eso queda por Maravillolandia, ¿verdad?

—Los efebianos estaban muy interesados en ella.

—Probablemente pensaban invadirla.

—Parecían pensar muchísimo en ella.

—Una estrategia a largo plazo, quizá.

—Pero no creo que sea un lugar. Tiene más que ver con cómo vive la gente.

—¿Te refieres a gandulear todo el día mientras los esclavos hacen el trabajo? Oye, cuando veas a una pandilla de desgraciados que pierden el tiempo hablando de la verdad y la belleza y la mejor manera de atacar la Ética, puedes apostar tus sandalias a que es porque docenas de otros pobres desgraciados están haciendo todo el trabajo mientras esos tipos viven como...

—¿... dioses? —dijo Brutha. Hubo un silencio terrible.

—Iba a decir reyes —murmuró Om en tono de reproche.

—Suena un poco como lo que hacen los dioses.

—Reyes —dijo Om enfáticamente.

—¿Por qué la gente necesita dioses? —insistió Brutha.

—Oh, has de tener dioses —dijo Om, entre jovial y categórico.

—Pero son los dioses los que necesitan a la gente —dijo Brutha—. Para lo del creer. Tú mismo lo dijiste.

Om titubeó.

—Bueno, sí —dijo —. Pero la gente tiene que creer en algo. ¿Sí? Quiero decir que de otra manera, ¿por qué truena?

—El trueno —dijo Brutha, y los ojos se le vidriaron ligeramente— No sé... El trueno es causado por las nubes cuando chocan unas con otras. Después de que haya caído el rayo aparece un agujero en el aire, y de esta manera el sonido es engendrado por las nubes cuando se apresuran a llenar el agujero y colisionan, de acuerdo con estrictos principios cumulodinámicos.

—Cuando citas se te pone la voz rara —dijo Om—. ¿Qué significa engendrado?

—No lo sé. Nadie me enseñó un diccionario.

—Y de todas maneras, eso sólo es una explicación —dijo Om—. No es una razón.

—Mi abuela me dijo que el trueno era causado por el Gran Dios Om cuando se quitaba las sandalias —dijo Brutha—. Aquel día estaba un poquito rara. Casi sonrió.

—Metafóricamente preciso —dijo Om—. Pero nunca hice los truenos. Hay ciertas demarcaciones, ¿comprendes? El dichoso Tengo—un—martillo—enorme Ciego Io hace todos los truenos desde la parte alta.

—Creía haberte oído decir que había centenares de dioses del trueno —dijo Brutha.

—Sí. Y él es todos ellos. Racionalización. Un par de tribus se unen y ambas tienen un dios del trueno, ¿de acuerdo? Y digamos que entonces los dioses se confunden el uno con el otro. ¿Has visto cómo se dividen las amebas?

—No.

—Bueno, pues se hace así sólo que al revés.

—Sigo sin entender cómo un dios puede ser un centenar de dioses del trueno. No hay dos que se parezcan...

—Narices postizas.

—¿Qué?

—Y distintas voces. Da la casualidad de que sé que tiene setenta martillos distintos. Eso no es del dominio público, claro. Y con las diosas madres sucede lo mismo. Sólo hay una de ellas. Lo que pasa es que tiene un montón de pelucas, y naturalmente es asombroso lo que puedes llegar a hacer con un sostén provisto de unos buenos rellenos.

En el desierto reinaba un silencio absoluto. Las estrellas, ligeramente difuminadas por la humedad de las alturas, eran diminutas lentejuelas inmóviles.

Muy lejos yendo en dirección a lo que la Iglesia llamaba el Polo Superior, y que para la mente de Brutha estaba empezando a ser el Cubo, el cielo parpadeó.

Brutha puso en el suelo a Om y depositó a Vorbis encima de la arena.

Silencio absoluto.

Nada en kilómetros a la redonda, aparte de lo que Brutha había traído consigo. Así era como tenían que haberse sentido los profetas, cuando iban al desierto para encontrar... lo que fuera que encontraban, y hablar con...

quienquiera que hablaran.

—La gente tiene que creer en algo —le oyó decir a Om en un tono ligeramente malhumorado —. Y ya puestos, que crean en los dioses. ¿Qué más hay?

Brutha rió.

—¿Sabes una cosa? —dijo —. Me parece que ya no creo en nada.

—¡Excepto en mí!

—Oh, sé qué existes —dijo Brutha, y sintió que Om se relajaba un poco —. Hay algo en las tortugas que...

Bueno, puedo creer en ellas. Parecen tener un montón de existencia en un solo sitio. Es con los dioses en general con lo que estoy teniendo problemas.

—Mira, si la gente deja de creer en los dioses, entonces creerán en cualquier cosa —dijo Om—. Creerán en la bola de vapor del joven Urna. Absolutamente cualquier cosa.

—Hmmm.

Un resplandor verde en el cielo indicó que la claridad del amanecer estaba persiguiendo desesperadamente a su sol.

Vorbis gimió.

—No sé por qué no despierta —dijo Brutha—. No le encuentro ningún hueso roto.

—¿Cómo lo sabes?

—Uno de los pergaminos efebianos sólo hablaba de huesos. ¿No puedes hacer algo por él?

—¿Por qué? —Eres un dios.

—Bueno, sí. Si estuviera lo bastante fuerte, probablemente podría darle con un rayo.

—Creía que los rayos los hacía lo.

—No, sólo el trueno. Se te permite hacer todos los rayos que quieras, pero el trueno tienes que subcontratarlo.

El horizonte se había convertido en una gruesa banda dorada.

—¿Y la lluvia? —preguntó Brutha—. ¿Qué me dices de hacer algo útil?

Una línea plateada apareció debajo del oro. La luz del sol venía corriendo hacia Brutha.

—Esa observación ha sido francamente hiriente —dijo la tortuga—. Era una observación calculada para hacer daño.

Bajo la claridad que se intensificaba rápidamente, Brutha vio una de las islas de rocas a poca distancia de ellos.

Sus pilares erosionados por la arena no ofrecían nada más que sombra, pero la sombra, siempre disponible en grandes cantidades en las profundidades de la Ciudadela, escaseaba bastante en el desierto.

—¿Cuevas? —preguntó Brutha.

—Serpientes.

—Pero ¿aun así cuevas?

—En conjunción con serpientes.

—¿Serpientes venenosas?

—Adivina.

El Bote Anónimo seguía adelante, impulsado por el viento que llenaba la túnica de Urna atada a un mástil hecho con trozos de la armazón de la esfera atados entre sí mediante los cordones de las sandalias de Simonía.

—Creo que ya sé qué fue lo que falló —dijo Urna—. Un mero problema de exceso de velocidad.

—¿Exceso de velocidad? ¡Nos salimos del agua! —dijo Simonía.

—Necesita alguna clase de mecanismo de dirección —dijo Urna, arañando un diseño en el costado de la embarcación—. Algo que abriera la válvula en el caso de que hubiese demasiado vapor. Creo que podría hacer algo con un par de bolas en rotación.

—Tiene gracia que digas eso —murmuró Didáctilos—. Cuando sentí que salíamos del agua y la esfera estalló, juraría que noté cómo mis...

—¡Ese maldito trasto casi nos mata! —dijo Simonía.

—Así el próximo será mejor —dijo Urna alegremente mientras contemplaba la lejana orilla—. ¿Por qué no desembarcamos en algún lugar de por aquí? —preguntó después.

—¿En la costa desierta? —dijo Simonía—. ¿Para qué? Nada que comer y nada que beber, y además es muy fácil perderse. Omnia es el único destino en el viento. Podemos desembarcar a este lado de la ciudad. Conozco gente. Y esa gente conoce a otra gente. Por toda Omnia, hay gente que conoce a gente. Gente que cree en la Tortuga.

—Sabes, nunca tuve intención de que la gente creyera en la Tortuga —dijo Didáctilos con abatimiento —. No es más que una tortuga muy grande. Existe y punto. Son cosas que pasan. No creo que a la Tortuga le importe un pimiento. Simplemente pensé que sería una buena idea poner las cosas por escrito y explicarlas un poco.

—Algunos pasaban la noche en vela montando guardia mientras otros hacían copias —dijo Simonía sin prestarle atención—. ¡Pasándoselas de mano en mano! ¡Cada uno hacía una copia y la pasaba! ¡Como un incendio clandestino que se va extendiendo cada vez más!

—¿Estamos hablando de montones de copias? —preguntó Didáctilos cautelosamente.

—¡Centenares! ¡Millares!

—Supongo que ya es demasiado tarde para solicitar, digamos, un cinco por ciento en concepto de derechos —dijo Didáctilos, poniendo cara esperanzada por un momento —. No. Probablemente no habría manera de arreglarlo, claro. No. Olvida que lo he preguntado.

Varios peces voladores brincaban entre las olas, perseguidos por un delfín.

—No puedo evitar sentir un poco de pena por el joven Brutha —dijo Didáctilos.

—Los sacerdotes nunca son imprescindibles —observó Simonía—. Hay demasiados.

—Tenía todos nuestros libros —dijo Urna.

—Con todo ese conocimiento dentro de él, probablemente flotará —dijo Didáctilos.

—Y de todas maneras estaba loco —repuso Simonía—. Vi cómo le hablaba en susurros a esa tortuga.

—Ojalá aún la tuviéramos. Esos bichos son muy sabrosos —dijo Didáctilos.

Como cueva no era gran cosa, meramente una profunda oquedad tallada por los incesantes vientos del desierto y, hacía mucho tiempo, incluso por el agua. Pero bastaba.

Brutha se arrodilló sobre el suelo de piedra y levantó la roca por encima de su cabeza.

Le zumbaban los oídos y sus globos oculares parecían estar flotando en arena. Ni una gota de agua desde el ocaso y nada de comida desde hacía cien años. Tenía que hacerlo.

—Lo siento —dijo, y bajó la roca.

La serpiente no le había quitado los ojos de encima, pero su torpor de primera hora de la mañana impidió que esquivara el golpe. El chasquido fue un sonido que Brutha sabía su conciencia le obligaría a volver a escuchar una y otra vez.

—Bravo —dijo Om junto a él—. Ahora quítale la piel, y no desperdicies los jugos. Y guarda la piel.

—Yo no quería hacerlo —replicó Brutha.

—Míralo de esta manera —dijo Om—. Si hubieras entrado en la cueva sin mí para avisarte, ahora estarías yaciendo en el suelo con un pie del tamaño de un armario ropero. Házselo a los demás antes de que ellos te lo hagan a ti.

—Ni siquiera era una serpiente muy grande —repuso Brutha.

—Y después mientras te estás retorciendo en una agonía indescriptible, te imaginas todas las cosas que le habrías hecho a esa maldita serpiente si ella no hubiese dado primero —dijo Om—. Bueno, tu deseo ha sido concedido. No le des nada a Vorbis —añadió.

—Tiene mucha fiebre. No para de murmurar.

—¿De veras piensas que podrás llevarlo de vuelta a la Ciudadela y que te creerán? —preguntó Om.

—El hermano Nhumrod siempre decía que yo no sabía mentir — dijo Brutha. Golpeó una roca contra la pared para crear un tosco filo y empezó a desmembrar a la serpiente con mucho cuidado—. Y de todas maneras, es lo único que puedo hacer. Yo nunca podría dejarlo aquí.

—Sí que podrías —dijo Om.

—¿Para que muriera en el desierto?

—Sí. Es fácil. Mucho más fácil que no dejarlo para que muera en el desierto.

—No.

—Así es como hacen las cosas en Ética, ¿verdad? —preguntó Om sarcásticamente.

—No lo sé. Es como voy a hacerlas yo.

El Bote Anónimo se mecía en un pequeño estuario entre las rocas. Más allá de la playa había un acantilado no muy alto. Simonía bajó por él hasta llegar al sitio en el que los filósofos se habían resguardado del viento.

—Conozco esta área —dijo —. Estamos a pocos kilómetros de la aldea en la que vive un amigo. Ahora ya sólo tenemos que esperar a que anochezca.

—Omnia la conquistó hace quince años —dijo Didáctilos.

—Exacto. Mi tierra —coincidió Simonía—. Por aquel entonces yo sólo era un niño. Pero nunca lo olvidaré. Ni otros tampoco. Hay mucha gente que tiene alguna razón para odiar a la Iglesia.

—Vi que no te apartabas de Vorbis —dijo Urna—. Pensé que lo estabas protegiendo.

—Oh. Lo hacía. Lo hacía —dijo Simonía—. No quiero que nadie lo mate antes de que lo haga yo.

Didáctilos se envolvió en su toga y se estremeció.

El sol estaba atornillado a la cúpula color bronce del cielo. Brutha dormitaba en la cueva. En su rincón, Vorbis daba vueltas y manoteaba.

Om esperaba en la entrada de la cueva.

Esperaba expectantemente.

Esperaba con temor.

Y ellos vinieron.

Salieron de debajo de las piedras, y de las grietas entre las rocas. Brotaron de la arena y se destilaron a sí mismos a partir del cielo tembloroso. El aire se llenó con sus voces, tan tenues como los murmullos de los mosquitos.

Om se envaró.

El lenguaje en el que habló no se parecía en nada al lenguaje de los grandes dioses. Apenas si era un lenguaje.

Era una mera modulación de deseos y apetitos, sin sustantivos y con sólo unos cuantos verbos.

... Quiero...

Mío, replicó Om.

Había miles de ellos. Om era más fuerte, sí, tenía un creyente, pero ellos llenaban el cielo como langostas. El anhelo cayó sobre él con el peso del plomo caliente. La única ventaja, la única, era que los dioses menores no poseían el concepto del trabajo en común. Eso era un lujo que llegaba con la evolución.

... Quiero...

¡Mío!

El parloteo se convirtió en un gemido estridente.

Pero puedes quedarte con el otro, dijo Om.

... Duro, opaco, atrancado, limitado...

Lo sé, dijo Om. Pero este, ¡mío!

El grito psíquico resonó por el desierto. Los dioses menores huyeron.

Excepto uno.

Om ya se había dado cuenta de que en vez de revolotear con el enjambre de los demás, aquel dios menor se había limitado a permanecer suspendido encima de un trozo de hueso blanqueado por el sol. No había dicho nada.

Volvió su atención hacia ello. Tú. ¡Mío! Lo sé, dijo el dios menor. Conocía el habla, la auténtica habla divina, aunque la empleaba como si cada palabra hubiera tenido que ser trabajosamente izada dentro de un cubo desde el fondo del pozo de la memoria.

¿Quién eres?, preguntó Om. El dios menor se removió.

Hubo un tiempo en que había una ciudad, dijo el dios menor. No sólo una ciudad. Un imperio de ciudades. Yo, yo, yo recuerdo que había canales, y jardines. Había un lago. Tenían jardines flotantes en el lago, recuerdo. Yo, yo. Y había templos. Templos como tú sólo has visto en sueños. Grandes templos en lo alto de pirámides que llegaban al cielo. Miles fueron sacrificados. A la mayor gloria.

Om sintió náuseas. Aquello era algo más que un mero dios. Aquello era un dios menor que no siempre había sido pequeño...

¿Quién eras?

Y había templos. A mí, a mí, a mí. Templos como tú sólo has visto en sueños. Grandes templos en lo alto de pirámides que llegaban al cielo. La gloría de. Miles fueron sacrificados. A mí. A la mayor gloría.

Y había templos. A mí. A mí. A mí. A la mayor gloría. Tal gloria templos como tú puedas soñar. Grandes templos en pirámides sueños que llegaban al cielo. A mí, a mí. Sacrificados. Sueños. Miles fueron sacrificados. A mí a la mayor cielo gloria. ¿Eras su Dios?, logró preguntar Om. Miles fueron sacrificados. A la mayor gloria.

¿Puedes oírme?

Miles sacrificados a la mayor gloria. Yo, yo, yo. ¿Cuál era tu nombre?, gritó Om. ¿Nombre? Un viento caliente sopló sobre el desierto, cambiando de sitio unos cuantos granos de arena. El eco de un dios perdido fue barrido por el vendaval y se alejó, rodando locamente sobre sí mismo hasta perderse entre las arenas.

¿Quién eras?

No hubo respuesta.

Eso es lo que ocurre, pensó Om. Ser un dios menor era horrible, y el único consuelo era que apenas si te enterabas de lo horrible que era porque en realidad prácticamente no te enterabas de nada, pero en todo momento había algo que tal vez pudiera ser el germen de la esperanza, el conocimiento y la creencia de que algún día llegarías a ser más de lo que eras ahora.

Pero cuánto peor haber sido un dios, y ahora no ser más que un vago amasijo de recuerdos impulsado de un lado a otro sobre la arena en que se habían convertido las piedras desmoronadas de tus templos...

Om se volvió y, andando sobre sus cortas y rechonchas patas, volvió con paso decidido a la cueva hasta que llegó a la cabeza de Brutha, la cual embistió.

—¿Pash?

—Sólo comprobaba si aún estabas vivo.

—Fgfl.

—Pues sí, estás vivo.

Om volvió a su posición de vigilancia en la entrada de la cueva.

Se decía que había oasis en el desierto, pero nunca estaban en el mismo sitio dos veces. El desierto no podía ser cartografiado. Se comía a los que intentaban hacer mapas.

Igual que hacían los leones. Om se acordaba de ellos. Unas criaturas muy flacas, no como los leones de la sabana de Maravillolandia. Más lobo que león, más hiena que cualquiera de esas dos cosas. No valientes, pero con una especie de feroz y desgarbada cobardía que era mucho más peligrosa...

Leones.

Oh, cielos...

Tenía que encontrar leones.

Los leones bebían.

Brutha despertó cuando la luz de la tarde se arrastraba a través del desierto. Su boca sabía a serpiente.

Om le estaba empujando el pie con la cabeza.

—Venga, venga, que te estás perdiendo lo mejor del día.

—¿Hay algo de agua? —murmuró Brutha con voz pastosa.

—La habrá. A sólo ocho kilómetros de aquí. Hemos tenido una suerte realmente asombrosa.

Brutha se levantó. Cada músculo le dolía.

—¿Cómo lo sabes?

—Puedo sentirla. Soy un dios, ya sabes.

—Dijiste que sólo podías sentir las mentes. Om maldijo. Brutha no olvidaba las cosas.

—Es más complicado que eso —mintió Om—. Confía en mí. En marcha, ahora que todavía queda un poco de luz. Y no te olvides del señor Vorbis.

Vorbis se había hecho un ovillo. Miró a Brutha con ojos desenfocados y en cuanto este le ayudó, se puso en pie como un hombre que todavía está dormido.

—Me parece que quizá haya sido envenenado —dijo Brutha—. Hay criaturas marinas con aguijones. Y corales venenosos. No para de mover los labios, pero no consigo entender qué trata de decir.

—Tráetelo —dijo Om—. Tráetelo. Oh, sí.

—Anoche querías que lo abandonara —dijo Brutha.

—¿De veras? —dijo Om, irradiando inocencia con toda su concha—. Bueno, a lo mejor he estado en Ética.

He cambiado de parecer. Ahora veo que está con nosotros para un propósito. Nuestro viejo y querido Vorbis.

Cógelo.

Simonía y los dos filósofos estaban en lo alto del risco y, mirando más allá de las resecas tierras de labor de Omnia, contemplaban la roca distante de la Ciudadela. Al menos dos de ellos así lo hacían.

—Dame una palanca y un punto en el cual apoyarla, y cascaría ese lugar como si fuera un huevo —dijo Simonía mientras guiaba a Didáctilos a lo largo del estrecho sendero por el que estaban bajando.

—Parece grande —dijo Urna.

—¿Ves ese resplandor? Son las puertas.

—Parecen enormes.

—Estaba pensando en la embarcación —dijo Simonía—. La forma en que se movía, y... Algo así podría tirar abajo las puertas, ¿verdad?

—Tendrías que inundar el valle —dijo Urna.

—Si fuera sobre ruedas, quería decir.

—Ja, sí —dijo Urna sarcásticamente. Había sido un día muy largo —. Sí, en el caso de que yo pudiera disponer de una fragua y de media docena de herreros y de un montón de ayuda. ¿Ruedas? No hay problema. Pero...

—Habrá que ver qué se puede hacer —repuso Simonía.

El sol rozaba el horizonte cuando Brutha, su brazo alrededor de los hombros de Vorbis, llegó a la siguiente isla de rocas. Aquella era más grande que la de la serpiente. El viento había esculpido la piedra dándole formas delgadas e improbables que parecían dedos. Hasta había plantas creciendo en las rendijas de la roca.

—Aquí hay agua en algún sitio —dijo Brutha.

—Siempre hay agua, hasta en los peores desiertos —dijo Om—. Uno, oh, puede que dos litros de lluvia al año.

—Huelo algo —dijo Brutha, mientras sus pies dejaban de pisar arena y pasaban a hacer crujir la gravilla de caliza alrededor de los peñascos —. Algo que huele bastante mal.

—Levántame por encima de tu cabeza. Om examinó las rocas.

—Muy bien. Ahora vuelve a bajarme. Y ve hacia esa roca que parece... que parece tener un aspecto muy inesperado, realmente.

Brutha la miró.

—Pues sí que lo tiene —graznó pasados unos momentos —. Asombra pensar que ha sido esculpida por el viento.

—El dios del viento tiene mucho sentido del humor —dijo Om —. Aunque su humor es bastante básico.

Grandes lascas habían ido cayendo junto a la base de la roca con el paso de los años, formando una especie de rimero con, aquí y allá, orificios llenos de sombras.

—Ese olor... —comenzó Brutha.

—Probablemente animales que vienen a beber el agua —dijo Om.

El pie de Brutha chocó con algo blanco amarillento que salió despedido hacia las rocas, entre las que rebotó haciendo un ruido parecido al que produciría un saco de cocos. Los ecos se oyeron con toda claridad en el silencio asfixiante y vacío del desierto.

—¿Qué era eso?

—Decididamente no era un cráneo —mintió Om—. No te preocupes...

—¡Hay huesos por todas partes!

—¿Y? ¿Qué esperabas? ¡Esto es un desierto! ¡Aquí la gente muere! ¡Morirse es una ocupación muy popular en estos parajes!

Brutha cogió un hueso. Él era, como el mismo Brutha sabía muy bien, estúpido. Pero nadie roía sus propios huesos después de haber muerto.

—Om...

—¡Aquí hay agua! —gritó Om—. ¡La necesitamos! Pero... ¡Probablemente también habrá uno o dos inconvenientes!

—¿Qué clase de inconvenientes?

—¡De la clase peligros naturales!

—¿Como...?

—Bueno, ¿sabes qué son los leones? —dijo Om desesperadamente.

—¿Aquí hay leones?

—Bien... ligeramente.

— ¿Ligeramente leones?

—Sólo un león.

—Sólo un...

... generalmente es una criatura solitaria. Los más temibles son los machos viejos, a los que sus rivales más jóvenes obligan a buscar refugio en las regiones más inhóspitas. Son astutos y tienen muy mal carácter, y en su nueva y precaria vida le han perdido el miedo al hombre...

El recuerdo se fue soltando gradualmente de las cuerdas vocales de Brutha y se desvaneció.

—¿De esa clase? —concluyó Brutha.

—Una vez que haya comido ni se dará cuenta de que estamos ahí —dijo Om.

—¿Sí?

—Después se duermen.

—¿Después de haber comido? —Brutha miró a Vorbis, medio desplomado junto a una roca.

—¿Después de haber comido? —repitió.

—Le estaríamos haciendo un favor —dijo Om.

—¡Al león, sí! ¿Quieres usar a Vorbis como cebo?

—No va a sobrevivir al desierto. Y de todas maneras, él les ha hecho cosas mucho peores a miles de personas. Moriría por una buena causa.

—¿Una buena causa?

—A mí me gusta.

Hubo un gruñido, procedente de algún lugar entre las piedras. Sin que fuese muy fuerte, estaba claro que aquel sonido tenía tendones. Brutha retrocedió.

—¡Nosotros no arrojamos gente a los leones como si tal cosa!

—El lo hace.

—Sí. Yo no.

—De acuerdo. Subiremos a lo alto de una de esas piedras y cuando el león empiece con él, tú puedes partirle la cabeza con una roca. Probablemente sólo perderá un brazo o una pierna. Nunca los echará de menos.

—¡No! ¡No puedes hacerle eso a una persona sólo porque está indefensa!

—¿Sabes que no se me ocurre ningún momento mejor?

Hubo otro gruñido procedente del montón de rocas.

Sonó más próximo.

La mirada de Brutha recorrió desesperadamente los huesos dispersos. Entre ellos, medio escondida por los restos, había una espada. Era vieja, no estaba muy bien hecha y había sido mellada por la arena. Brutha la cogió cautelosamente, tomándola de la hoja.

—Por el otro extremo —dijo Om.

—¡Ya lo sé!

—¿Sabes usar una de esas cosas?

—¡No lo sé!

—Espero que seas uno de esos chicos que aprenden deprisa.

El león salió de su cubil lentamente.

Los leones del desierto, ya se ha dicho, no son como los leones de la sabana. Lo habían sido, cuando el gran desierto era una verde tierra boscosa[[7]](#footnote-7). Entonces había tiempo para pasar la mayor parte del día tumbado, posando majestuosamente entre uno y otro banquete de carne de cabra[[8]](#footnote-8). Pero los bosques se habían convertido en praderas y después las praderas se habían convertido en, bueno, imitaciones de praderas, y las cabras y las personas y, finalmente, incluso las ciudades, se fueron de allí.

Los leones se quedaron. Si estás lo bastante hambriento, siempre hay algo que comer. La gente seguía teniendo que cruzar el desierto. Había lagartos. Había serpientes. Como nicho ecológico no era gran cosa, pero los leones se aferraban a él con la rigidez insensata de un cadáver, que era en lo que se convertían prácticamente todas las personas que se encontraban con un león del desierto.

Alguien ya se había encontrado con aquel.

Su melena estaba enredada. Viejas cicatrices surcaban su pelaje. Se arrastró hacia Brutha, tirando penosamente de sus patas traseras inservibles.

—Está herido —dijo Brutha.

—Oh, estupendo. Y hay montones de carne en uno de estos bichos —dijo Om—. Un poco correosa, pero...

El león se desplomó, con la parrilla para tostadas que tenía por pecho subiendo y bajando convulsivamente.

Una lanza sobresalía de su flanco. Las moscas, que siempre son capaces de encontrar algo para comer en cualquier desierto, remontaron el vuelo en un enjambre.

Brutha bajó la espada. Om metió la cabeza en su concha.

—Oh, no —murmuró —. Veinte millones de personas en este mundo, y el único que cree en mí es un suicida...

—No podemos dejarlo tirado ahí —dijo Brutha.

—Podemos. Podemos. Es un león. A los leones se los deja en paz, ¿entiendes?

Brutha se arrodilló. El león abrió un ojo amarillo medio cubierto de costras. Estaba tan débil que ni siquiera podía morder a Brutha.

—Vas a morir, vas a morir. Y en este desierto no encontraré a nadie que crea en mí...

Los conocimientos de anatomía animal de Brutha eran rudimentarios. Aunque algunos de los exquisidores tenían un conocimiento realmente envidiable de los interiores del cuerpo humano que les está negado a aquellos a los que no se les permite abrirlo mientras todavía funciona, la medicina como tal no estaba muy bien vista en Omnia. Pero en algún lugar, en cada aldea, había alguien que oficialmente no ponía en su sitio los huesos rotos y que no sabía unas cuantas cosas sobre ciertas plantas, y que se mantenía fuera del alcance de la Quisición gracias a la frágil gratitud de sus pacientes. Y de esa manera cada campesino acababa adquiriendo una partícula de conocimiento. Un dolor de muelas agudo puede atravesar casi cualquier fe.

Brutha agarró el astil de la lanza. El león gruñó cuando Brutha la movió un poco.

—¿No puedes hablarle? —preguntó Brutha.

—Es un animal.

—Tú también. Podrías tratar de calmarlo. Porque si se pone nervioso...

Om se concentró.

De hecho la mente del león sólo contenía dolor, toda una nebulosa de dolor en expansión que se imponía incluso al hambre de fondo normal. Om trató de rodear el dolor y hacer que se disipara en un lento fluir... e intentó no pensar en lo que ocurriría si se iba. A juzgar por su aspecto, el león llevaba días sin comer.

El león gruñó cuando Brutha retiró la punta de la lanza.

—Omniana —dijo Brutha—. No llevaba mucho tiempo en su flanco. Debe de haberse encontrado con los soldados cuando iban a Efebia. Tienen que haber pasado cerca de aquí. —Arrancó otra tira de su túnica y trató de limpiar la herida.

—¡Queremos comérnoslo, no curarlo! —gritó Om—. ¿En qué estás pensando? ¿Crees que se mostrará agradecido?

—Quería que lo ayudaran.

—Y pronto querrá que le den de comer, ¿o es que no has pensado en eso?

—Me miraba de una manera patética.

—Probablemente nunca había visto una semana de comidas paseándose de un lado a otro encima de un par de piernas.

Lo de la semana de comidas no era verdad, reflexionó Om. Allí en el desierto, Brutha estaba perdiendo peso con la rapidez de un cubito de hielo. ¡Eso lo mantenía vivo! Aquel muchacho era un camello de dos patas.

Brutha fue hacia el montón de rocas, haciendo crujir los guijarros y los huesos que se removían bajo sus pies.

Los peñascos formaban un laberinto de cuevas y túneles medio abiertos. A juzgar por el olor, el león llevaba mucho tiempo viviendo allí, y había vomitado con bastante frecuencia.

Brutha contempló la cueva más próxima durante un rato.

—¿Qué hay de tan fascinante en el cubil de un león? —preguntó Om.

—La manera en que tiene escalones que bajan por él, creo —dijo Brutha.

Didáctilos podía sentir la presencia de la multitud. Llenaba el granero.

—¿Cuántos hay? —preguntó.

—¡Cientos! —dijo Urna—. ¡Hasta se han sentado en las vigas! Y... ¿maestro?

—¿Sí?

—¡Incluso hay uno o dos sacerdotes! ¡Y docenas de soldados!

—No te preocupes —dijo Simonía, reuniéndose con ellos encima de la plataforma improvisada con toneles de higos —. Son creyentes en la Tortuga, igual que tú. ¡Tenemos amigos en lugares inesperados!

—Pero yo no... —comenzó a decir Didáctilos débilmente.

—Aquí no hay nadie que no odie a la Iglesia con toda su alma —dijo Simonía.

—Pero eso no es...

—¡Sólo esperan a que alguien los guíe!

—Pero yo nunca...

—Sé que podemos contar contigo. Eres un hombre de razón. Urna, ven aquí. Hay un herrero al que quiero que conozcas...

Didáctilos volvió la cara hacia la multitud. Podía sentir el cálido silencio de sus miradas.

Cada gota tardaba minutos.

Era hipnótico. Brutha se encontró mirando fijamente cada gota en proceso de desarrollo. Era casi imposible verla crecer, pero llevaban miles de años creciendo y goteando.

—¿Cómo es posible? —preguntó Om.

—El agua se infiltra en el suelo después de las lluvias —dijo Brutha—. Se acumula en las rocas. ¿Es que los dioses no saben esas cosas?

—No necesitamos saberlas. — Om miró alrededor—. Vámonos. Odio este sitio.

—Sólo es un viejo templo. Aquí no hay nada.

—A eso me refería.

Estaba medio lleno de arena y escombros. La luz entraba a través de los agujeros del techo para caer sobre la pendiente por la que habían bajado. Brutha se preguntó cuántas de las rocas esculpidas por el viento en el desierto habían sido edificios en un lejano pasado. Aquel debía de haber sido enorme, quizá una gran torre. Y entonces había llegado el desierto.

Allí no había voces susurrantes. Hasta los dioses menores se mantenían alejados de los templos abandonados, por la misma razón por la que los humanos se mantienen alejados de los cementerios. El único ruido era el plink ocasional del agua.

Goteaba en un pequeño estanque delante de lo que parecía un altar, y desde allí había abierto un surco a lo largo de las losas del suelo que terminaba en un pozo redondo, el cual no parecía tener fondo. Había unas cuantas estatuas, todas ellas caídas: habían sido de proporciones bastante toscas y carentes de cualquier clase de detalle, cada una de ellas un modelo de barro hecho por un niño que después hubiera sido cincelado en granito. Los muros habían estado cubiertos de alguna clase de bajorrelieves, pero estos se habían desprendido salvo en unos cuantos sitios, donde mostraban extraños dibujos consistentes principalmente en tentáculos.

—¿Quiénes vivían aquí? —preguntó Brutha.

—No lo sé.

—¿A qué dios adoraban?

—No lo sé.

—Las estatuas están hechas de granito, pero no hay granito por aquí cerca.

—Entonces es que eran muy devotos. Lo trajeron de muy lejos.

—Y el bloque del altar está lleno de surcos.

—Ah. Eso quiere decir que eran extremadamente devotos. Serían para que se escurriera la sangre.

—¿De veras crees que hacían sacrificios humanos?

—¡No lo sé! ¡Quiero salir de aquí!

—¿Por qué? Hay agua y se está fresco...

—Porque... aquí vivía un dios. Un dios poderoso. Miles de humanos lo adoraban. Puedo sentirlo. ¿Sabes? Irradia de las paredes. Un Gran Dios. Poderosos eran sus dominios y magnífica era su palabra. Los ejércitos marchaban en su nombre y conquistaban y mataban. En fin, esa clase de cosas. Y ahora nadie, ni tú, ni yo, nadie, sabe siquiera quién era el dios o cómo se llamaba o qué aspecto tenía. Los leones beben en los lugares sagrados y esas cositas viscosas con ocho patas, hay una junto a tu pie, cómo se llaman, las que tienen antenas, se arrastran debajo del altar. ¿Lo entiendes ahora?

—No —dijo Brutha.

—¿No temes a la muerte? ¡Eres un humano! —Brutha pensó en ello. A unos metros de allí, Vorbis contemplaba el retazo de cielo.

—Está despierto. Sólo que no habla.

—¿Y qué más da que hable o esté callado? No te he preguntado por él.

—Bueno... a veces... cuando me toca catacumbas... Es la clase de sitio en que no puedes evitar... Quiero decir que con los cráneos y todas esas cosas... y el Libro dice...

—Cállate —dijo Om, con una nota de amargo triunfo en su voz —. No lo sabes. Eso es lo que impide que todos enloquezcan, la incertidumbre, ese vago presentimiento de que al final las cosas podrían salir bien después de todo. Pero para los dioses es distinto. Nosotros sabemos. ¿Conoces esa historia sobre el gorrión que entra volando en una habitación?

—No.

—Todo el mundo la conoce.

—Yo no.

—¿Eso de que la vida es como un gorrión que entra volando en una habitación? ¿Y que fuera sólo hay oscuridad? ¿Y el gorrión vuela a través de la habitación y sólo hay un instante de luz y calor?

—¿Hay alguna ventana abierta? —preguntó Brutha.

—¿No puedes imaginar qué se siente siendo ese gorrión, y sabiendo de la oscuridad? ¿Sabiendo que después no habrá nada que recordar, nunca, excepto ese único momento de luz?

—No.

—No, claro que no puedes. Pero eso es lo que se siente siendo un dios. Y este sitio... es un depósito de cadáveres.

Brutha recorrió con la mirada el viejo templo lleno de sombras.

—Sí, claro. ¿Y tú sabes lo que se siente siendo humano? —La cabeza de Om desapareció dentro de su concha por un instante, lo más cerca del encogimiento de hombros que podía llegar.

—¿En comparación con un dios? —dijo tras volver a sacar la cabeza—. Es fácil. Nace. Obedece unas cuantas reglas. Haz lo que te dicen que hagas. Muere. Olvida.

Brutha lo miró fijamente.

—¿Pasa algo? —Brutha meneó la cabeza. Después se levantó y fue hacia Vorbis.

El diácono había bebido agua de las manos ahuecadas de Brutha. Pero ahora había en él una extraña cualidad de desconexión. Vorbis andaba, bebía, respiraba. O algo lo hacía. Su cuerpo lo hacía. Los oscuros ojos se abrieron, pero no parecían estar contemplando nada que Brutha pudiera ver. No había ninguna sensación de que alguien estuviera mirando a través de ellos. Brutha estaba seguro de que si se iba, Vorbis seguiría sentado encima de las losas resquebrajadas hasta terminar desplomándose sin hacer ningún ruido. El cuerpo de Vorbis estaba presente, pero el paradero de su mente probablemente no fuese localizable en ningún atlas normal.

Era sólo que, aquí y ahora y muy de pronto, Brutha se sentía tan solo que incluso Vorbis era una buena compañía.

—¿Por qué pierdes el tiempo con él? ¡Ha hecho matar a miles de personas!

—Sí, pero quizá pensaba que tú querías que murieran.

—Yo nunca dije que quisiera eso.

—Te daba igual —dijo Brutha.

—Pero yo...

—¡Calla!

Om se quedó boquiabierto de puro asombro.

—Podrías haber ayudado a la gente —dijo Brutha —. Pero lo único que hiciste fue fanfarronear y rugir y tratar de asustarlos. Como... como un hombre que golpea a un burro con un palo. Pero personas como Vorbis hicieron que el palo llegara a ser tan eficiente que al final el burro ya sólo cree en el palo.

—Esa parábola necesita que la trabajes un poquito más —dijo Om agriamente.

—¡Estoy hablando de la vida real!

—Yo no tengo la culpa de que la gente no emplee como es debido...

—¡Sí que la tienes! ¡Si les llenas la mente de porquería sólo porque quieres que crean en ti, entonces tendrás la culpa de todo lo que hagan!

Brutha fulminó con la mirada a la tortuga y después, hecho una furia, fue al montón de escombros que dominaba un extremo del templo en ruinas. Empezó a hurgar en él.

—¿Qué estás buscando?

—Tendremos que llevar agua —dijo Brutha.

—No habrá ningún agua que llevar —dijo Om—. La gente se fue. La tierra se acabó, y la gente se acabó con ella. Se lo llevaron todo consigo. ¿Por qué molestarse en buscar?

Brutha no le prestó atención. Había algo debajo de las rocas y la arena.

—¿Por qué preocuparse por Vorbis? —gimoteó Om—. De todas maneras, dentro de cien años estará muerto.

Todos estaremos muertos.

Brutha tiró del trozo de cerámica curva, que cedió a su tirón, y resultó las dos terceras partes de un gran cuenco partido. Había sido casi tan ancho como los brazos extendidos de Brutha, pero estaba demasiado destrozado para que alguien se lo llevara como botín.

No servía para nada. Pero hubo un tiempo en el que había sido útil para algo. Había figuras talladas en relieve alrededor de su borde. Brutha las miró porque quería distraerse con algo mientras la voz de Om seguía hablando dentro de su cabeza.

Las figuras parecían más o menos humanas. Y estaban practicando su religión. Podías deducirlo por los cuchillos (si lo haces por un dios, entonces no es asesinato). En el centro del cuenco había una figura más grande, obviamente importante, alguna clase de dios por el que estaban haciendo lo que hacían...

—¿Qué? —dijo Brutha.

—He dicho que dentro de cien años todos estaremos muertos.

Brutha contempló las figuras que adornaban el cuenco. Nadie sabía quién había sido su dios, y ahora ya no existían. Los leones dormían en los lugares sagrados y...

... Chilopoda aridius, el ciempiés común del desierto, le informó su biblioteca residente en la memoria...

... correteaba por debajo del altar.

—Sí —dijo Brutha—. Estaremos muertos. —Levantó el cuenco por encima de su cabeza y se volvió.

Om se metió en la concha.

—Pero aquí... —Brutha rechinó los dientes mientras se tambaleaba bajo el peso —. Y ahora...

Tiró el cuenco. Chocó con el altar, y fragmentos de antigua cerámica subieron por los aires y volvieron a caer ruidosamente. Los ecos retumbaron por todo el templo.

—¡... estamos vivos!

Cogió a Om, que había desaparecido dentro de su concha.

—Y volveremos a casa. Todos nosotros —dijo—. Lo sé.

—Está escrito, ¿verdad? —preguntó Om, su voz ahogada por la concha.

—Está dicho. Y si no estás de acuerdo... Bueno, supongo que una concha de tortuga será un buen recipiente para el agua.

—Tú nunca harías eso.

—¿Quién sabe? Podría hacerlo. Dijiste que dentro de cien años todos estaremos muertos.

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó Om con desesperación—. Pero aquí y ahora...

—Exacto.

Didáctilos sonrió. Siempre le costaba mucho sonreír. No se trataba de que fuese un hombre sombrío, pero no podía ver las sonrisas de los demás. Sonreír requería varias docenas de movimientos musculares, y en el caso de Didáctilos la inversión no proporcionaba ningún beneficio.

Había hablado muchas veces delante de multitudes en Efebia, pero esas multitudes estaban compuestas invariablemente por otros filósofos, cuyos gritos de «¡Mira que eres idiota!», «¡Te lo vas inventando sobre la marcha!» y demás contribuciones al debate siempre ayudaban a que se sintiera en su ambiente. Eso era debido a que en realidad nadie prestaba atención. Sus oyentes sólo pensaban en lo que ellos iban a decir a continuación.

Pero aquella multitud le recordaba a Brutha. Su escuchar era como un enorme pozo que esperaba a que sus palabras lo llenaran. El problema era que Didáctilos hablaba en filosofía, pero ellos estaban escuchando en paparrucha.

—No podéis creer en la Gran A'Tuin —dijo —. La Gran A'Tuin existe. Creer en cosas que existen no tiene ningún sentido.

—Alguien ha levantado la mano —dijo Urna.

—¿Sí?

—Señor, pero seguramente las cosas que existen son las únicas en las que vale la pena creer —dijo el curioso, que vestía el uniforme de sargento de la Guardia Sagrada.

—Si existen, no hace falta que creáis en ellas —dijo Didáctilos—. Simplemente son. —Suspiró—. ¿Qué puedo deciros? ¿Qué queréis oír? Yo sólo escribo lo que la gente sabe. Las montañas crecen y caen, y debajo de ellas la Tortuga nada hacia adelante. Los hombres viven y mueren, y la Tortuga Se Mueve. Los imperios crecen y se desmoronan, y la Tortuga Se Mueve. Los dioses vienen y van, y aun así la Tortuga Se Mueve. La Tortuga Se Mueve.

Una voz surgió de la oscuridad para preguntar:

—¿Y realmente es así? —Didáctilos se encogió de hombros.

—La Tortuga existe. El mundo es un disco plano. El sol gira alrededor de él una vez cada día, remolcando su luz detrás de él. Y esto seguirá sucediendo tanto si creéis que es verdad como si no. Es real. No entiendo de verdades. La verdad es mucho más complicada que eso. Si queréis que os diga la verdad, no creo que a la Tortuga le importe un pimiento si es verdad o no.

Simonía se llevó a Urna a un rincón mientras el filósofo seguía hablando.

—¡No habían venido a oír esto! ¿No puedes hacer nada?

—Me temo que no te entiendo —dijo Urna.

—No quieren filosofía. ¡Quieren una razón para marchar contra la Iglesia! ¡Ahora! Vorbis ha muerto, el cenobiarca chochea y la jerarquía está muy ocupada apuñalándose por la espalda. La Ciudadela es como una gran fruta podrida.

—Dentro de la que todavía quedan una cuantas avispas — murmuró Urna —. Dijiste que sólo contamos con una décima parte del ejército.

—Pero son hombres libres —dijo Simonía—. Dentro de sus cabezas son libres, Urna. Lucharán por algo más que cincuenta céntimos al día.

Urna se miró las manos. Solía hacerlo cuando no tenía muy claro algo, como si sus manos fueran las únicas cosas de las que estaba seguro en el mundo.

—Antes de que los demás sepan qué ocurre, ellos ya habrán dejado las apuestas en tres a uno —dijo Simonía con expresión sombría—. ¿Hablaste con el herrero?

—Sí.

—¿Puedes hacerlo?

—Creo... creo que sí. No era lo que yo...

—Torturaron a su padre. Sólo porque tenía una herradura colgada en su fragua, cuando todo el mundo sabe que los herreros necesitan tener sus pequeños rituales. Y se llevaron a su hijo para que sirviera en el ejército. Pero tiene muchos ayudantes. Trabajarán durante toda la noche. Lo único que tienes que hacer es decirles lo que quieres que hagan.

—He hecho algunos bocetos...

—Estupendo —dijo Simonía—. Y ahora escucha, Urna. La Iglesia está controlada por gente como Vorbis. Así es como funciona todo. Millones de personas han muerto por... por un montón de mentiras. Podemos poner fin a todo eso...

Didáctilos había dejado de hablar.

—Ha metido la pata —dijo Simonía—. Podría haber hecho lo que fuese con ellos. Y se ha limitado a soltarles un montón de hechos. No puedes inspirar a la gente con hechos. Necesitan una causa. Necesitan un símbolo.

Salieron del templo justo antes de la puesta de sol. El león se había arrastrado hasta la sombra de unas rocas, pero se irguió sobre sus patas temblorosas para verlos marchar.

—Nos seguirá —gimió Om —. Lo hacen. Durante kilómetros y kilómetros.

—Sobreviviremos.

—Ojalá tuviera tu confianza.

—Ah, pero es que yo tengo un Dios en el cual tener fe.

—No habrá más templos en ruinas.

—Habrá algo más.

—Y ni siquiera habrá serpiente que comer.

—Pero andaré con mi Dios.

—Pero tu Dios no es un aperitivo, que conste. Y además estás yendo en la dirección equivocada.

—No. Continúo alejándome de la costa.

—A eso me refería.

—¿Qué distancia puede recorrer un león con semejante herida de lanza?

—¿Qué tiene que ver eso con lo que te estaba diciendo?

—Todo.

Y, media hora después, una línea oscura sobre el desierto plateado por la luna, aparecieron las huellas.

—Los soldados pasaron por aquí. Ahora lo único que debemos hacer es seguir las huellas en sentido contrario.

Si partimos del sitio del que vienen, llegaremos al sitio al que vamos.

—¡Nunca lo conseguiremos!

—Viajamos ligeros.

—Oh, claro. Y ellos tenían que cargar con toda esa comida y agua que se veían obligados a transportar —dijo Om amargamente—. Qué afortunados somos al no tener ni comida ni agua.

Brutha miró a Vorbis. Ahora andaba sin necesidad de ayuda, con tal de que lo volvieras suavemente cada vez que necesitabas cambiar de dirección.

Pero hasta Om tuvo que admitir que las huellas resultaban reconfortantes. En cierta manera estaban vivas, de la misma manera en que un eco está vivo. Alguien había pasado por allí, no hacía mucho. Había otras personas en el mundo. Alguien, en algún lugar, estaba sobreviviendo.

O no. Cosa de una hora después se encontraron con un pequeño montículo junto a las huellas. Había un casco encima de él, y una espada hundida en la arena.

—Muchos soldados murieron por llegar aquí rápidamente — dijo Brutha.

Quien quiera que hubiese invertido un poco de tiempo en enterrar a sus muertos también había dibujado un símbolo en la arena del montículo. Brutha medio esperaba que fuese una tortuga, pero el viento del desierto no había llegado a borrar del todo el tosco contorno de un par de cuernos.

—No lo entiendo —dijo Om—. En el fondo no creen que yo exista, pero después van y ponen algo así encima de una tumba.

—Es difícil de explicar. Creo que es porque creen que ellos existen —repuso Brutha—. Es porque son personas, y él también lo era.

Sacó la espada de la arena.

—¿Para qué la quieres?

—Podría ser útil.

—¿Contra quién?

—Podría ser útil.

Una hora después el león, que cojeaba en pos de Brutha, también llegó a la tumba. Había vivido en el desierto durante dieciséis años, y la razón por la que había vivido tanto tiempo era que no había muerto, y no había muerto porque nunca le hacía ascos a las proteínas comestibles con las que se encontraba. Cavó.

Los humanos, en cambio, se empeñan en hacerles ascos a las proteínas comestibles desde que comenzaron a preguntarse quién había vivido en ellas.

Pero, pensándolo bien, puedes estar enterrado en sitios mucho peores que dentro de un león.

En las islas de roca había serpientes y lagartos. Probablemente muy nutritivos, cada uno era, a su manera, una auténtica explosión de sabores.

No había más agua.

Pero había plantas... más o menos. Parecían grupos de piedras, con la única diferencia de que algunas habían desarrollado una flor central que relucía con intensos rosas y púrpuras bajo la luz del amanecer.

—¿De dónde sacan el agua?

—Mares fósiles.

—¿Agua que se ha convertido en piedra?

—No. Agua que se filtró por el suelo hace miles de años y terminó acumulándose en la roca.

—¿Puedes llegar hasta ella cavando?

—No seas estúpido.

Los ojos de Brutha fueron de la flor a la isla de rocas más próxima.

—Miel —dijo.

—¿Qué?

Las abejas tenían una colmena en lo alto de uno de los lados del pináculo de roca. Sus zumbidos podían oírse desde el suelo. No había manera de subir hasta allí.

—Lástima. Era una buena idea —dijo Om.

El sol había subido por el cielo y las rocas ya estaban calientes al tacto.

—Descansa un poco —aconsejó Om bondadosamente—. Yo me mantendré en guardia.

—¿Contra qué?

—Me mantendré en guardia y lo averiguaré.

Brutha condujo a Vorbis hasta la sombra de un gran peñasco y lo empujó suavemente hacia el suelo. Después él también se acostó.

La sed todavía no era demasiado terrible. Había bebido hasta hacer glu—glu cuando caminaba. Más adelante, quizá encontraran una serpiente y... Cuando pensabas en lo que tenían algunas personas, la vida no estaba tan mal.

Vorbis yacía sobre el costado, sus ojos negro—sobre—negro clavados en el vacío.

Brutha intentó dormir.

Nunca había soñado. Didáctilos lo había encontrado fascinante. Alguien que se acordaba de todo y no soñaba tendría que pensar muy despacio, dijo. Imaginaos un corazón[[9]](#footnote-9) dijo, que fuera prácticamente todo memoria, y que apenas pudiera dedicar uno o dos latidos a las actividades cotidianas del pensar. Eso explicaría por qué Brutha movía los labios mientras pensaba.

Por lo tanto aquello no podía haber sido un sueño. Tenía que haber sido el sol.

Oyó la voz de Om en su cabeza. La tortuga parecía estar manteniendo una conversación con alguien a quien Brutha no podía oír. ¡Míos! ¡Largo de aquí! No. ¡Míos! ¡Los dos! ¡Míos! Brutha volvió la cabeza.

La tortuga estaba inmóvil en una hendidura entre dos rocas, con el cuello extendido y meciéndolo de un lado a otro. Había otro sonido, una especie de gimoteo producido por mosquitos, que iba y venía... y también había promesas dentro de la cabeza de Brutha.

Se sucedieron vertiginosamente unas a otras: rostros que le hablaban, siluetas, visiones de grandeza, momentos de oportunidad, tomándolo y llevándolo muy por encima del mundo, todo esto era suyo, podía hacer cualquier cosa, lo único que debía hacer era creer, en mí, en mí, en mí...

Una imagen cobró forma delante de él. Allí, encima de una piedra a su lado, había un cerdo asado rodeado de fruta, y una jarra de cerveza tan fría que el aire se estaba escarchando sobre sus lados.

¡Mío! Brutha parpadeó. Las voces se desvanecieron. La comida también.

Volvió a parpadear.

Había extrañas imágenes residuales, no vistas pero sentidas. Aunque su memoria era perfecta, Brutha no podía recordar lo que habían dicho las voces o cuáles habían sido las otras imágenes. Lo único que persistía era un recuerdo de cerdo asado y cerveza fría.

—Eso es porque no saben qué ofrecerte —dijo la voz de Om suavemente —. Por eso tratan de ofrecerte cualquier cosa. Generalmente empiezan con visiones de comida y gratificación carnal.

—Llegaron a la comida —dijo Brutha.

—Bueno, entonces menos mal que conseguí imponerme —dijo Om—. Quién sabe qué podrían haber conseguido con un joven como tú.

Brutha se irguió sobre los codos.

Vorbis no se había movido.

—¿Y también estaban tratando de llegar hasta él?

—Supongo. No dio resultado. Nada entra y nada sale.

Nunca había visto una mente tan centrada en sí misma.

—¿Volverán?

—Oh, sí. Después de todo, no tienen otra cosa que hacer.

—Cuando lo hagan —dijo Brutha, sintiéndose un poco mareado—, ¿podrías esperar hasta que me hayan mostrado visiones de gratificación carnal?

—No te sentarían nada bien.

—El hermano Nhumrod estaba categóricamente en contra de ellas. Pero creo que quizá deberías conocer a tus enemigos, ¿no?

La voz de Brutha se convirtió en un graznido.

—Y la visión de la bebida no me habría ido nada mal —dijo cansinamente.

Las sombras se habían alargado. Brutha miró en torno con asombro.

—¿Cuánto tiempo estuvieron intentándolo?

—Todo el día. Son unos diablos muy persistentes.

Brutha descubrió por qué cuando se puso el sol. Entonces conoció a san Ungulante el eremita, amigo de todos los dioses menores. Estuvieran donde estuvieran.

—Bien, bien, bien —dijo san Ungulante—. No recibimos muchas visitas aquí arriba. ¿No es así, Angus? Se dirigía al aire junto a él.

Brutha estaba tratando de conservar el equilibrio, porque la rueda de carro se balanceaba peligrosamente cada vez que se movía. Habían dejado a Vorbis sentado en el desierto seis metros más abajo, abrazándose las rodillas y con la mirada fija en el vacío.

La rueda había sido clavada en lo alto de un delgado poste. Tenía justo la anchura suficiente para que una persona pudiera yacer incómodamente encima de ella. Pero san Ungulante parecía haber sido diseñado para yacer incómodamente. Estaba tan delgado que incluso un esqueleto hubiese dicho: «¿Verdad que está muy delgado?» Llevaba una especie de taparrabos minimalista, en la medida en que era posible distinguirlo debajo de toda aquella barba y todos aquellos cabellos.

Había sido bastante difícil ignorar a san Ungulante, que no paraba de dar saltitos en lo alto de su poste mientras gritaba «¡Hola!» y «¡Estoy aquí!». A un par de metros de distancia había un poste ligeramente más pequeño, con un excusado al viejo estilo de media—luna—recortada—en—la—puerta encima de él. El mero hecho de que fueras un estilita, decía san Ungulante, no quería decir que tuvieras que renunciar absolutamente a todo.

Brutha había oído hablar de los estilitas, una especie de profetas de dirección única. Iban al desierto pero no volvían, prefiriendo una vida eremítica de polvo y penalidades y polvo y santa contemplación y polvo. Muchos de ellos optaban por aumentar todavía más las incomodidades de su existencia haciéndose emparedar en celdas o viviendo, muy apropiadamente, en lo alto de un poste. La Iglesia omniana los animaba a hacerlo, guiándose por el principio de que siempre era preferible que los locos estuvieran lo más lejos posible, allí donde no pudieran causar problemas y pudieran ser atendidos por la comunidad, siempre que la comunidad consistiera en leones, buitres y polvo.

—He estado pensando en añadir otra rueda —dijo san Ungulante—, justo aquí. Para poder tomar el sol por la mañana, ya sabes.

Brutha miró alrededor. Lo único que había era rocas planas y arenales que se perdían en la lejanía.

—¿No te da el sol por todas partes todo el tiempo? —preguntó.

—Pero es mucho más importante por la mañana —dijo san Ungulante—. Y además, Angus dice que deberíamos tener un patio.

—Podría asarse a la barbacoa en él —dijo Om, dentro de la cabeza de Brutha.

—Um —dijo Brutha—. ¿De qué... religión... eres santo, exactamente?

Una expresión de incomodidad surcó la muy reducida cantidad de cara visible entre las cejas de san Ungulante y su bigote.

—Uh. En realidad de ninguna. La verdad es que todo fue más bien un error —dijo—. Mis padres me pusieron de nombre Sevriano Tadeo Ungulante, y entonces un día, por supuesto, fue muy gracioso, alguien se fijó en las iniciales. Después de eso y teniendo en cuenta que allí todos le teníamos mucha devoción a san Stu, la cosa pareció bastante inevitable.

La carreta se bamboleó ligeramente. La piel de san Ungulante estaba casi ennegrecida por el sol del desierto.

—Tuve que ir aprendiendo el eremitismo sobre la marcha, claro —dijo—. Me enseñé a mí mismo. Soy autodidacta. No puedes encontrar un eremita que te enseñe eremitismo, porque naturalmente eso echa a perder todo el asunto...

—Ya, ya... Pero está... ¿Angus? —dijo Brutha, volviendo la mirada hacia el punto donde creía que estaba Angus, o al menos donde creía que san Ungulante creía que estaba Angus.

—Ahora está aquí —dijo el santo en un tono bastante seco, señalando otra parte de la rueda—. Pero él no eremitiza. No ha sido, ya sabes, adiestrado. Sólo me hace compañía. ¡Te aseguro que si no fuese porque Angus siempre me está animando, ya hace mucho tiempo que me habría vuelto loco!

—Sí... Claro, es lógico —dijo Brutha. Le sonrió al vacío, más que nada como gesto de buena voluntad.

—Y en realidad se vive francamente bien. Las horas son bastante largas, pero la comida y la bebida te lo compensan de sobra.

Brutha no pudo evitar tener la impresión de que sabía lo que vendría a continuación.

—¿La cerveza está lo bastante fría? —preguntó.

—Extremadamente escarchada —dijo san Ungulante, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Y el cerdo asado?

La sonrisa de san Ungulante alcanzó proporciones enloquecidas.

—Todo doradito y con los bordes bien crujientes, sí —dijo.

—Pero supongo que, esto..., de vez en cuando también comerás algún que otro lagarto o serpiente, ¿no?

—Tiene gracia que digas eso. Sí. Muy de vez en cuando. Sólo para variar un poco.

—¿Y también comes setas? —preguntó Om.

—¿Hay setas por aquí? —preguntó Brutha inocentemente. San Ungulante asintió alegremente.

—Después de las lluvias anuales, sí. Rojas con puntitos amarillos. El desierto se vuelve realmente interesante después de la temporada de las setas.

—¿Se llena de orugas gigantes de color púrpura que cantan? ¿Columnas de llamas que hablan? ¿Jirafas que estallan? ¿Esa clase de cosas? —preguntó Brutha cautelosamente.

—Santo cielo, sí —dijo el santo —. No sé por qué. Creo que se sienten atraídas por las setas.

Brutha asintió.

—Estás aprendiendo, chaval —dijo Om.

—Y supongo que a veces bebes... ¿agua? —dijo Brutha.

—Sabes, es realmente curioso —repuso san Ungulante —. Hay toda clase de cosas maravillosas que beber, pero el caso es que de vez en cuando me entra este, bueno, realmente sólo puedo llamarlo anhelo, de atizarme unos cuantos tragos de agua. ¿Puedes explicar eso?

—Debe de ser... un poco difícil de encontrar —dijo Brutha, todavía hablando con cuidado, como alguien que intenta pescar un pez de cincuenta kilos con un sedal cuya resistencia a la tracción es exactamente de cincuenta y un kilos.

—Extraño, realmente —dijo san Ungulante—. Cuando la cerveza fría como el hielo se encuentra con tanta facilidad, además.

—¿Y de dónde la sacas? El agua —preguntó Brutha.

—¿Conoces las plantas de piedra?

—¿Las de las flores grandes?

—Si abres la parte carnosa de las hojas, hay hasta medio litro de agua —dijo el santo —. Sabe a pipí, ojo.

—Creo que podríamos soportarlo —dijo Brutha con labios resecos. Retrocedió hacia la escalerilla de cuerda que era el contacto del santo con el suelo.

—¿Estás seguro de que no quieres quedarte? —preguntó san Ungulante —. Es miércoles. Los miércoles toca cochinillo más la selección del chef de hortalizas soleadas con gotitas de rocío.

—Tenemos, uh, montones de cosas que hacer —dijo Brutha, a medio camino de la balanceante escalerilla.

—¿El carrito de los pasteles?

—Me parece que quizá...

San Ungulante contempló con tristeza cómo Brutha ayudaba a Vorbis a seguir desierto adelante.

—¡Y después probablemente habrá chocolatinas de menta! — gritó, a través de sus manos ahuecadas —. ¿No?

Las figuras no tardaron en ser meros puntitos sobre la arena.

—Podría haber visiones de gratificación sex... No, miento, eso es los viernes... —murmuró san Ungulante.

Ahora que los visitantes se habían ido, el aire volvió a llenarse del zumbido gimoteante de los dioses menores.

Había billones de ellos.

San Ungulante sonrió.

Estaba loco, por supuesto. A veces lo sospechaba. Pero tenía la teoría de que había que aprovechar la locura.

Cada día se atracaba con el alimento de los dioses, bebía las cosechas más raras, y comía frutos que no sólo estaban fuera de temporada sino fuera de la realidad. Tener que beber algún que otro sorbo de agua bastante salada y la pata de lagarto ocasional que debías masticar con propósitos medicinales no eran un precio demasiado alto.

Se volvió hacia la mesa repleta que rielaba en el aire. Todo esto... y lo único que querían los dioses menores era que alguien supiera de ellos, que alguien incluso creyera que existían.

Hoy también había gelatina y helado.

—Así tocaremos a más, ¿eh, Angus?

—Sí, dijo Angus.

En Efebia ya no se luchaba. Los combates no habían durado mucho, especialmente después de que los esclavos se unieran a la batalla. Había demasiadas calles estrechas, demasiadas emboscadas y, por encima de todo, demasiada terrible determinación. Generalmente se sostiene que los hombres libres siempre triunfarán sobre los esclavos, pero puede que todo dependa de cuál sea tu punto de vista.

Además, el comandante de la guarnición efebiana había declarado un tanto nerviosamente que la esclavitud quedaba abolida a partir de aquel momento, lo cual enfureció a los esclavos. ¿Qué sentido tenía haber ahorrado para llegar a ser libre si después no podías tener esclavos? Y además, ¿de qué iban a comer? Los omnianos no podían entenderlo, y las personas que no tienen demasiado clara cuál es su situación no luchan demasiado bien. Y Vorbis se había ido. Las certezas parecían bastante más inciertas cuando aquellos ojos estaban en otro lugar.

El Tirano fue liberado de su prisión. Pasó su primer día de libertad redactando mensajes cuidadosamente meditados a los pequeños países que había a lo largo de la costa.

Ya iba siendo hora de hacer algo acerca de Omnia.

Brutha cantaba.

Su voz resonaba entre los peñascos. Bandadas de ascosos olvidaron sus perezosos hábitos terrestres y alzaron el vuelo con frenética desesperación, dejando atrás bastantes plumas en su prisa por llegar lo más arriba posible.

Las serpientes se apresuraron a esconderse en las grietas de las rocas.

Podías vivir en el desierto. O por lo menos sobrevivir...

Regresar a Omnia sólo podía ser cuestión de tiempo. Un día más...

Vorbis los seguía a cierta distancia. No decía nada, y cuando se le hablaba no daba señales de que hubiera entendido lo que se le había dicho.

Om, sacudido y balanceado dentro de la mochila de Brutha, empezó a sentir la depresión aguda que se adueña de cada realista cuando se encuentra en presencia de un optimista.

La melodía trabajosamente ejecutada de Garras de hierro despedazarán a los impíos llegó a su fin. Delante de ellos había un pequeño talud rocoso.

—Estamos vivos —dijo Brutha.

—Por ahora.

—Y cerca de casa.

—Hace un rato vi una cabra salvaje entre las rocas.

—Todavía quedan montones.

—¿De cabras?

—De dioses. Y los de ahí atrás eran los más insignificantes, ojo.

—¿Qué quieres decir? —Om suspiró.

—Es lógico, ¿no? Piensa. Los más fuertes se mantienen cerca del límite, que es donde hay presas..., quiero decir personas. Los débiles se ven empujados hacia los lugares arenosos, donde la gente casi nunca va...

—Los dioses fuertes —dijo Brutha con voz pensativa—. Dioses que saben lo que significa ser fuerte.

—Eso es.

—No dioses que saben lo que se siente siendo débil...

—¿Qué? No durarían ni cinco minutos. En este mundo el dios grande se come al pequeño.

—Puede que eso explique algo sobre la naturaleza de los dioses. La fortaleza es hereditaria. Igual que el pecado.

Se le ensombreció la cara.

—Salvo que... no lo es. El pecado, quiero decir. Me parece que cuando volvamos hablaré con algunas personas.

—Oh, y ellas te escucharán, ¿verdad? —Dicen que la sabiduría viene de los desiertos. —Sólo la sabiduría que la gente y las setas quieren.

Cuando el sol empezaba a subir en el cielo, Brutha ordeñó una cabra. La cabra permaneció pacientemente inmóvil mientras Om tranquilizaba su mente. Y Brutha notó que Om no sugirió matarla.

Después volvieron a encontrar sombra. Allí crecían arbustos raquíticos y puntiagudos, con cada hoja diminuta protegida por la barricada de su corona de espinas.

Om montó guardia durante un rato, pero los dioses menores del límite del desierto eran más astutos y no tenían tanta prisa. Estarían allí, probablemente hacia el mediodía, cuando el sol convirtiera el paisaje en un destello infernal. Los oiría. Mientras tanto, podía comer.

Reptó entre los arbustos, sus espinos rozando inofensivamente su concha. Pasó junto a otra tortuga, que no estaba habitada por un dios y le lanzó aquella mirada vaga que emplean las tortugas cuando están intentando decidir si algo está allí para ser comido o para que le hagan el amor, que son las únicas cosas presentes en la mente de una tortuga normal. Om dio un rodeo para esquivarla y encontró un par de hojas que se le habían pasado por alto.

Volvía periódicamente, andando muy despacio sobre el suelo arenoso, y echaba un vistazo a los durmientes.

Y en una de esas visitas vio cómo Vorbis se levantaba, miraba alrededor de manera lenta y metódica, cogía una piedra, la estudiaba minuciosamente y después la abatía sobre la cabeza de Brutha, que ni siquiera gimió.

Vorbis se levantó y fue hacia los arbustos que escondían a Om. Apartó las ramas sin prestar atención a las espinas, y cogió a la tortuga con la que se acababa de encontrar Om.

Por un instante la tortuga fue sostenida en alto, sus patas moviéndose lentamente, antes de que el diácono la lanzara entre las rocas.

Después Vorbis levantó a Brutha con cierto esfuerzo, se lo puso encima de los hombros y partió hacia Omnia.

Todo ocurrió en cuestión de segundos.

Om trató de impedir que su cabeza y sus patas se retrajeran dentro de su concha en la reacción de pánico instintivo propia de una tortuga.

Vorbis ya estaba desapareciendo detrás de unas rocas.

Desapareció.

Om empezó a avanzar y después se metió en la concha cuando una sombra se deslizó sobre el suelo. Era una sombra familiar, y una que llenó de terror a la tortuga.

El águila se lanzó en picado hacia el lugar donde se debatía la desconcertada tortuga y, con apenas una pausa en el descenso, cogió al reptil y volvió a alzarse hacia el cielo con largos y perezosos aleteos.

Om la siguió con la mirada hasta que se convirtió en un punto, y después volvió la cabeza cuando un punto más pequeño se separó de ella para precipitarse hacia las rocas que había debajo.

El águila descendió lentamente, preparándose para comer.

Una brisa hizo crujir los matorrales espinosos y removió la arena. Om creyó poder oír las voces burlonas y desafiantes de todos los dioses menores.

San Ungulante partió la dura hoja hinchada de una planta de piedra estrellándola contra sus huesudas rodillas.

Un chico muy majo, pensó. Hablaba consigo mismo, pero eso era de esperar. El desierto le provocaba eso a algunas personas, ¿verdad, Angus? Sí, dijo Angus.

Angus no quiso probar el agua salitrosa. Dijo que le producía ventosidades.

—Como quieras —dijo san Ungulante —. ¡Vaya, vaya! Hay un pequeño extra.

Encontrar Chilopoda aridius en el corazón del desierto no era algo que ocurriera con demasiada frecuencia, ¡y allí había nada menos que tres juntos debajo de una roca! Era curioso, pero siempre te quedaba sitio en el estómago para un pequeño tentempié incluso después de una deliciosa comida consistente en Petit porc rôti avec pommes de terre nouvelles et légumes du jour et biere glacée avec figment de l'imagination.

San Ungulante se estaba extrayendo de entre los dientes las patas del segundo ciempiés cuando el león llegó a lo alto de la duna que se alzaba detrás de él.

El león estaba experimentando extrañas sensaciones de gratitud. Tenía la vaga impresión de que debía alcanzar a la suculenta comida que había cuidado de él y, bueno, abstenerse de comérsela porque eso sería más o menos simbólico. Y ahora aquí había un poco más de comida, que apenas se enteraba de nada. Bueno, a esta no le debía nada...

Avanzó lentamente, y después inició una rápida carrera.

Ignorante de su destino, san Ungulante empezó a comerse el tercer ciempiés.

El león saltó...

Y las cosas se habrían puesto muy feas para san Ungulante si Angus no le hubiera acertado al león justo detrás de la oreja con una roca.

Brutha estaba de pie en el desierto, salvo que la arena era tan negra como el cielo y no había sol, aunque todo estaba brillantemente iluminado.

Ah, pensó. Así que soñar es esto.

Había miles de personas andando por el desierto. No le prestaron ninguna atención. Andaban como si no fueran conscientes de que formaban parte de una multitud.

Brutha trató de saludarlas agitando la mano, pero no podía moverse. Trató de hablar, y las palabras se evaporaron dentro de su boca.

Y entonces despertó.

Lo primero que vio fue la luz que entraba por una ventana. Delante de ella había un par de manos, alzadas en el signo de los cuernos sagrados.

Con cierta dificultad y la cabeza lanzándole alaridos de dolor, Brutha siguió las manos a lo largo de un par de brazos hasta el punto en el que se unían a un torso no muy lejos por debajo de la cabeza inclinada de...

—¿Hermano Nhumrod? —El maestro de novicios levantó la vista.

—¿Brutha?

—¿Sí?

—¡Alabado sea Om! —Brutha estiró el cuello para mirar alrededor.

—¿Está aquí?

—¿... aquí? ¿Cómo te encuentras?

—Yo...

Le dolía la cabeza, su espalda parecía estar ardiendo y había un sordo dolor en sus rodillas.

—Tenías una insolación realmente seria —dijo Nhumrod—. Y además te diste un buen golpe en la cabeza a consecuencia de la caída.

—¿Qué caída?

—... caída. Desde las rocas. En el desierto. Estabas nada menos que con el profeta —dijo Nhumrod —.

Andabas con el profeta. Uno de mis novicios andaba con el profeta.

—Me acuerdo... del desierto —dijo Brutha, tocándose cautelosamente la cabeza—. Pero... ¿el profeta...?

—... profeta. La gente dice que podrían hacerte obispo, o incluso soy —dijo Nhumrod—. Hay un precedente, sabes. El Sacratísimo san Bobby fue hecho obispo porque estuvo en el desierto con el profeta Ossory, y eso que él era un asno.

—Pero no me... acuerdo... de ningún profeta. Sólo estábamos yo y...

Brutha se calló. Nhumrod estaba sonriendo de oreja a oreja.

—¿Vorbis?

—Tuvo la amabilidad de contármelo todo —dijo Nhumrod—. Se me concedió el privilegio de estar presente en el Lugar de Lamentación cuando llegó. Fue justo después de las plegarias de la sestina. El cenobiarca estaba a punto de irse... Bueno, ya conoces la ceremonia. Y ahí estaba Vorbis. Cubierto de polvo y llevando un asno. Me temo que tú yacías desmayado sobre la espalda del asno.

—No me acuerdo de ningún asno —dijo Brutha.

—... asno. Lo cogió de una de las granjas. ¡Había toda una multitud con él! Nhumrod estaba sonrojado de pura emoción.

—¡Y ha declarado un mes de jhaddra, y dobles penitencias, y el Consejo le ha otorgado el Cayado y el Cabestro, y el cenobiarca se ha ido a la ermita de Skant!

—Vorbis es el octavo profeta —dijo Brutha.

—... profeta. Por supuesto.

—¿Y... había una tortuga? ¿Ha dicho algo de una tortuga?

—¿... tortuga? ¿Se puede saber qué tienen que ver las tortugas con la religión? —La expresión de Nhumrod se suavizó—. Pero, claro, el profeta dijo que el sol te había afectado. Dijo que delirabas, discúlpame, y no parabas de hablar de toda clase de cosas extrañas.

—¿Eso dijo?

—Pasó tres días sentado junto a tu cama. Fue... muy conmovedor.

—¿Cuánto hace... que regresamos?

—¿... regresamos? Casi una semana.

—¡Una semana!

—Dijo que el viaje te había dejado agotado.

Brutha miró la pared.

—Y dejó órdenes de que debías comparecer ante él tan pronto como estuvieras plenamente consciente —dijo Nhumrod —. Se mostró muy claro acerca de eso. —Su tono sugería que no estaba muy seguro acerca del estado de consciencia de Brutha, ni siquiera ahora—. ¿Crees que podrás caminar? Si lo prefieres, puedo llamar a algunos novicios para que te lleven...

—¿He de ir a verlo ahora?

—... ahora. Inmediatamente. Supongo que querrás darle las gracias.

Brutha sólo conocía aquellas partes de la Ciudadela de oídas. El hermano Nhumrod tampoco las había visto nunca. Aunque no había sido incluido específicamente en la convocatoria, había venido de todas maneras para poder dárselas de importante cuidando a Brutha mientras dos robustos novicios lo llevaban a cuestas en una especie de palanquín normalmente utilizado por los clérigos veteranos en más avanzado estado de decrepitud.

En el centro de la Ciudadela, detrás del Templo, había un jardín amurallado. Brutha lo contempló con ojos de experto. No había ni un centímetro de suelo natural encima de la roca desnuda: cada paletada de la tierra en la que crecían aquellos árboles que daban sombra tenía que haber sido traída a mano.

Vorbis estaba allí, rodeado de obispos y soyes. Volvió la cabeza cuando Brutha fue hacia él.

—Ah, mi compañero del desierto —dijo afablemente —. Y el hermano Nhumrod, creo. Hermanos míos.

Quiero que sepáis que estoy pensando en elevar a Brutha al arzobispado.

Hubo un tenue murmullo de asombro entre los clérigos, seguido por un carraspeo generalizado. Vorbis miró al obispo Treem, que era el archivero de la Ciudadela.

—Bueno, técnicamente ni siquiera ha sido ordenado todavía — dijo el obispo Treem, dubitativamente—. Pero por supuesto todos sabemos que ha habido un precedente.

—El burro de Ossory —se apresuró a decir el hermano Nhumrod, se llevó la mano a la boca, enrojeciendo de vergüenza y desconcierto.

Vorbis sonrió.

—El buen hermano Nhumrod está en lo cierto —dijo—. El cual tampoco había sido ordenado, a menos que las cualificaciones fueran mucho menos estrictas en aquellos tiempos.

Hubo un coro de risas nerviosas, como el que siempre emana de personas cuyo empleo, y posiblemente su vida, dependen de los caprichos de quien acaba de soltar el bobo chiste.

—Aunque el burro sólo fue hecho obispo —dijo el obispo Deseo de Muerte Treem.

—Un papel para el cual estaba altamente cualificado —dijo Vorbis secamente—. Y ahora, os iréis todos.

Incluido el subdiácono Nhumrod —añadió. Nhumrod pasó del rojo al blanco ante aquella súbita muestra de predilección—. Pero el arzobispo Brutha se quedará. Deseamos hablar.

Los clérigos se retiraron.

Vorbis se sentó en un asiento de piedra debajo de un saúco. El saúco era enorme y muy viejo, en nada parecido a sus parientes de corta vida de fuera del jardín, y sus bayas estaban madurando.

El profeta apoyó los codos en los brazos de piedra del asiento, entrelazó las manos delante de él y contempló en silencio a Brutha durante un rato.

—¿Estás... recuperado? —dijo al final.

—Sí, señor —dijo Brutha—. Pero, señor, no puedo ser obispo. Ni siquiera puedo...

—Te aseguro que el trabajo no requiere mucha inteligencia — sentenció Vorbis —. Si así fuera, los obispos no serían capaces de llevarlo a cabo.

Hubo otro largo silencio.

Cuando Vorbis volvió a hablar, fue como si cada palabra estuviera siendo extraída laboriosamente de una gran profundidad.

—En una ocasión hablamos de la naturaleza de la realidad, ¿no?

—Sí.

—¿Y acerca de con cuánta frecuencia lo percibido no es aquello fundamentalmente cierto?

—Sí.

Otra pausa. En lo alto, un águila volaba en círculos buscando tortugas.

—Estoy seguro de que guardas un recuerdo muy confuso de nuestros vagabundeos por el desierto.

—No.

—Sería de esperar. El sol, la sed, el hambre...

—No, señor. Mi memoria no se confunde fácilmente.

—Oh, sí. Lo recuerdo.

—Yo también, señor.

Vorbis volvió apenas la cabeza para mirar de soslayo a Brutha como si estuviera tratando de esconderse detrás de su propia cara.

—En el desierto, el Gran Dios Om me habló.

—Sí, señor. Lo hacía. Cada día.

—Tienes una fe muy robusta si bien un tanto simple, Brutha. Cuando se trata de personas, soy un gran juez.

—Sí, señor. ¿Señor?

—¿Sí, Brutha mío?

—Nhumrod dijo que vos me guiasteis a través del desierto, señor.

—¿Te acuerdas de lo que dije acerca de la verdad fundamental, Brutha? Por supuesto que te acuerdas. Había un desierto físico, desde luego, pero también un desierto del alma. Mi Dios me guió, y yo te guié a ti.

—Ah. Sí. Comprendo.

En lo alto, el punto trazador de espirales que era el águila pareció quedar suspendido en el aire por un momento.

Después plegó las alas y bajó...

—Mucho me fue dado en el desierto, Brutha. Mucho fue aprendido. Ahora debo contárselo al mundo. Ese es el deber de un profeta. Ir a donde otros no han estado, y volver trayendo consigo la verdad de esos lugares.

... más deprisa que el viento, con todo su cuerpo y su cerebro existiendo únicamente como una neblina alrededor de la mera inmensidad de su propósito...

—No esperaba que fuera tan pronto. Pero Om guió mis pasos. Y ahora que tenemos el cenobiarcato, haremos...

uso de él.

En algún lugar de las colinas el águila bajó en picado, atrapó algo y volvió a remontar el vuelo...

—Sólo soy un novicio, señor Vorbis. No soy un obispo, por mucho que todo el mundo me trate como tal.

—Ya te acostumbrarás.

A veces se necesitaba mucho tiempo para que una idea se formara en la mente de Brutha, pero ahora una se estaba formando.

Era algo relacionado con la manera en que se sentaba Vorbis y el tono de su voz.

Vorbis le tenía miedo.

¿Por qué yo? ¿Debido al desierto? ¿Y a quién podría importarle eso? Por lo que sé, siempre ha sido así: probablemente fue el burro de Ossory el que lo llevó al desierto, quien encontró el agua y mató a un león a coces.

¿Debido a Efebia? ¿Quién me escucharía? ¿A quién le importaría? El es el profeta y el cenobiarca. Si lo ordenara, me matarían sin pensárselo dos veces. Todo lo que haga está bien. Todo lo que diga es verdad.

Fundamentalmente verdad.

—He de enseñarte algo que quizá te divierta —dijo Vorbis, poniéndose en pie—. ¿Puedes andar?

—Oh, sí. Nhumrod sólo estaba siendo considerado. Lo peor fue la insolación.

Vorbis fue a una espaciosa alcoba que relucía con el resplandor rojizo de los fuegos de una fragua. Varios trabajadores estaban inclinados sobre algo grande y curvado.

—Aquí está —dijo Vorbis —. ¿Qué te parece? —Era una tortuga.

Los fundidores del hierro habían hecho un trabajo bastante bueno, llegando al extremo de reproducir la disposición de la concha y las escamas en las patas. La tortuga medía unos dos metros de largo.

Brutha oyó una especie de susurro en sus oídos cuando Vorbis volvió a hablar.

—Siempre están diciendo tonterías ponzoñosas acerca de las tortugas, ¿verdad? Creen vivir encima de la espalda de una Gran Tortuga. Bueno, pues que mueran encima de una.

Ahora Brutha podía ver los grilletes sujetos a cada pata de hierro. Un hombre, o una mujer, podía yacer sobre la espalda de la tortuga con gran incomodidad y las extremidades estiradas y ser encadenado firmemente por las muñecas y los tobillos.

Brutha se inclinó sobre el artefacto. Sí, debajo estaba la caja para el fuego. Ciertos aspectos de la manera de pensar de la Quisición no cambiaban nunca.

Todo aquel hierro tardaría muchísimo en calentarse hasta el punto de producir dolor. Habría tiempo de sobra, por consiguiente, para reflexionar sobre las cosas...

—¿Qué te parece? —preguntó Vorbis.

Una visión del futuro atravesó la mente de Brutha.

—Ingenioso —dijo.

—Y será una saludable lección para todos los que sientan la tentación de apartarse del camino del verdadero conocimiento — dijo Vorbis.

—¿Cuándo tenéis intención de, uh, hacer una demostración?

—Estoy seguro de que la ocasión se presentará por sí sola — dijo Vorbis.

Cuando Brutha se incorporó, Vorbis lo estaba mirando tan fijamente que era como si estuviese leyendo los pensamientos de Brutha en su nuca.

—Y ahora, ten la bondad de irte —dijo Vorbis —. Descansa todo lo que puedas..., hijo mío.

Brutha cruzaba lentamente el Lugar, sumido en desusadas cavilaciones.

—Buenas tardes, reverencia.

—¿Ya lo sabes?

Me—Corto—La—Mano Dhblah le sonrió por encima de su puesto de sorbetes fríos como el hielo, un poquito tibios.

—Lo he oído comentar por ahí —dijo —. Tomad, una rebanada de Delicia Klatchiana. Gratis. Un pinchito.

El Lugar estaba más concurrido de lo habitual. Incluso los panecillos calientes de Dhblah se vendían como panecillos calientes.

—Hoy hay mucho movimiento —dijo Brutha, casi sin pensar.

—La hora del profeta, ya sabéis —dijo Dhblah —, cuando el Gran Dios se manifiesta en el mundo. Y si os parece que ahora hay mucho movimiento, dentro de unos días no podréis ni sacudir una cabra.

—¿Qué pasará entonces?

—¿Os encontráis bien? Parecéis un poco nervioso.

—¿Qué pasará entonces?

—Las Leyes. Ya sabéis. ¿El Libro de Vorbis? Supongo que... — Dhblah se inclinó hacia Brutha— no tendréis ningún pequeño consejo que darme, ¿verdad? Supongo que el Gran Dios no tendrá a bien decir algo beneficioso para la industria de la alimentación recreativa, ¿eh?

—No lo sé. Creo que le gustaría que la gente cultivara más lechugas.

—¿De veras?

—Sólo es una suposición. Dhblah sonrió malévolamente.

—Ah, sí, pero es vuestra suposición. Un guiño vale tanto como pinchar a un camello sordo con un palo afilado, como suelen decir. Y curiosamente, sé de un sitio donde puedo echar mano a unos cuantos acres de tierra bien irrigada. Quizá debería comprar ahora para adelantarme a la estampida.

—No veo qué daño puede hacer eso, señor Dhblah. Dhblah se acercó un poco más, moviéndose con mucho sigilo.

Eso no le costó demasiado, ya que siempre se movía con muchísimo sigilo. Los cangrejos pensaban que Dhblah andaba de lado.

—Raro —dijo —. Me refiero a... ¿Vorbis?

—¿Raro? —dijo Brutha.

—Te hace pensar. Incluso Ossory tuvo que ser un hombre que se movía por el mundo, como vos y como yo.

Que tenía cera en las orejas, igual que las personas corrientes. Raro.

—¿El qué es raro?

—Todo el asunto.

Dhblah obsequió a Brutha con otra sonrisa conspiratoria y después vendió a un peregrino al que le dolían los pies un cuenco de humus que llegaría a lamentar.

Brutha fue a su dormitorio. A aquella hora del día se hallaba desierto, ya que estaba prohibido rondar por los dormitorios por si se diera el caso de que la presencia de los colchones duros como rocas engendrase pensamientos pecaminosos. Las escasas posesiones de Brutha habían desaparecido del estante que había junto a su catre. Brutha se dijo que probablemente ahora tenía una habitación privada en algún sitio, aunque nadie le había informado de ello.

Se sentía perdido.

Brutha se acostó en el catre, sólo por si acaso, y elevó una plegaria a Om. No hubo respuesta. Durante prácticamente toda su vida nunca la había habido, y eso no había sido demasiado grave porque Brutha nunca había esperado una respuesta. Y antes, siempre había estado el consuelo de que Om quizá estaba escuchando y simplemente no se dignaba decir nada.

Ahora, no había nada que oír.

Para lo que le servía rezar, bien hubiera podido hablar consigo mismo y escucharse a sí mismo.

Como hacía Vorbis.

Aquel pensamiento no quería irse. Una mente como una bola de acero, había dicho Om. Nada entraba o salía de ella. Y por eso Vorbis sólo podía oír los ecos lejanos de su propia alma. Y con esos ecos lejanos forjaría un Libro de Vorbis, y Brutha creía saber cuáles serían los mandamientos. Hablarían de guerras santas y sangre y cruzadas y sangre y devoción y sangre.

Brutha se levantó, sintiéndose un idiota. Pero los pensamientos se negaban a irse.

Era un obispo, pero no sabía qué hacían los obispos. Sólo los había visto en la lejanía, flotando de un lado a otro como nubes atadas al suelo. Sólo había una cosa que Brutha creyera saber hacer.

Un chico lleno de granos estaba manejando la azada en el huerto. Miró a Brutha con asombro cuando este le quitó la azada, y era lo bastante estúpido para que por un momento tratara de retenerla.

—Soy obispo, sabes —dijo Brutha—. Y de todas maneras, no lo estás haciendo bien. Ve a hacer alguna otra cosa.

Brutha atacó salvajemente los hierbajos que crecían alrededor de los plantones. Unas semanas fuera, y ya había una neblina verde sobre el suelo.

Eres obispo. Por ser bueno. Y aquí está la tortuga de hierro. En caso de que seas malo. Porque...

... en el desierto había dos personas, y Om le habló a una de ellas.

A Brutha nunca se le había ocurrido verlo de esa manera.

Om le había hablado. No había dicho las cosas que los Grandes Profetas decían que había dicho, desde luego.

Quizá nunca había dicho ese tipo de cosas...

Llegó al final de la hilera y después limpió los tallos de las judías.

Lu—Tze no perdía de vista a Brutha desde su pequeño cobertizo junto a los montones de tierra.

Era otro granero. Urna estaba viendo muchos graneros.

Empezaron con un carro, y habían invertido mucho tiempo en reducir su peso todo lo posible. Los engranajes habían sido un problema. Urna había dedicado muchas horas a pensar en los engranajes. La bola quería girar mucho más deprisa de lo que querían hacerlo las ruedas. Eso probablemente fuese una metáfora para alguna cosa.

—Y no consigo que vaya hacia atrás —dijo Urna.

—No te preocupes —respondió Simonía—. No tendrá que ir hacia atrás. ¿Qué me dices del blindaje? —Urna agitó la mano en un gesto que abarcó todo su taller.

—¡Esto es una fragua de pueblo! —dijo —. ¡Esta cosa mide seis metros de largo! Zácaros no puede hacer planchas que tengan más de un par de metros de largo. He tratado de clavarlas en una armazón, pero se derrumba bajo el peso.

Simonía contempló el esqueleto del carro de vapor y el montón de planchas que había junto a él.

—¿Has estado en alguna batalla, Urna? —preguntó.

—No. Tengo los pies planos. Y no soy muy fuerte.

—¿Sabes qué es una tortuga? —Urna se rascó la cabeza.

—Vale, vale. La respuesta no es un pequeño reptil metido en un caparazón, ¿verdad? Porque tú sabes que yo sé eso.

—Me refiero a un escudo tortuga. Cuando estás atacando una fortaleza o una muralla, y el enemigo te está tirando encima todo lo que tiene a mano, cada hombre sostiene su escudo encima de su cabeza de tal manera que...

...digamos que encaja en todos los escudos que hay alrededor. Puede aguantar mucho peso.

—Superposición —murmuró Urna.

—Como las escamas —dijo Simonía.

Urna contempló el carro con expresión pensativa.

—Una tortuga —dijo.

—¿Y el ariete? —preguntó Simonía.

—Oh, eso no es problema —dijo Urna, sin hacerle mucho caso —. Un tronco de árbol sujeto a la estructura. Con una gran punta de hierro. Sólo son unas puertas de bronce, ¿verdad?

—Sí, pero muy grandes.

—Entonces probablemente están huecas. O hechas con planchas de bronce clavadas en la madera. Eso es lo que haría yo.

—¿No son de bronce macizo? Todo el mundo dice que lo son.

—Yo también diría eso.

—Disculpadme, señores.

Un hombre fornido dio un paso adelante. Llevaba el uniforme de los guardias de palacio.

—Es el sargento Fergmen —dijo Simonía—. ¿Sí, sargento?

—Las puertas están reforzadas con acero klatchiano. Debido a todas las luchas que hubo en tiempos del falso profeta Zog. Y sólo se abren hacia fuera. Como las esclusas de un canal, ¿entendéis? Si las empujas, lo único que consigues es dejarlas todavía más cerradas.

—¿Y entonces cómo se abren? —preguntó Urna.

—El cenobiarca levanta la mano y el hálito de Dios las abre — dijo el sargento.

—En un sentido lógico, quiero decir.

—Oh. Bueno, uno de los diáconos va detrás de una cortina y tira de una palanca. Pero... cuando yo estaba de guardia en las criptas, a veces, había una sala... Había engranajes y cosas... Bueno, se oía correr el agua...

—Hidráulica —dijo Urna—. Ya me imaginaba que sería cosa de hidráulica.

—¿Puedes entrar? —preguntó Simonía.

—¿En la sala? ¿Por qué no? Nadie se molesta en vigilarla.

—¿Podría abrir las puertas? —preguntó Simonía.

—¿Hmmm? —dijo Urna.

Urna se estaba frotando pensativamente el mentón con un martillo. Parecía absorto en un mundo de creación propia.

—He preguntado si Fergmen podría hacer funcionar esa hidráulica.

—¿Hmmm? Oh, no lo creo —dijo Urna vagamente.

—¿Y tú? ¿Podrías?

—¿Qué?

—Que si podrías hacerla funcionar.

—Oh. Tal vez sí. Después de todo, sólo son cañerías y presión. Umm.

Urna seguía contemplando el carro de vapor con expresión pensativa. Simonía dirigió una inclinación de la cabeza al sargento, indicándole que sería mejor que se fuera, y después decidió emprender el viaje interplanetario mental necesario para llegar a cualquiera que fuese el mundo en el que se encontraba Urna.

El también trató de mirar el carro.

—¿Cuándo puedes tenerlo todo listo?

—¿Hmmm?

—Te he preguntado...

—Mañana por la noche. Si trabajamos sin parar durante toda la noche.

—¡Pero lo necesitaremos para el amanecer! ¡No tendremos tiempo de comprobar si funciona!

—Funcionará a la primera —dijo Urna.

—¿De veras?

—Lo he construido. Lo conozco. Tú sabes de espadas y lanzas y demás. Yo sé de cosas que dan vueltas y más vueltas. Funcionará a la primera.

—Estupendo. Bien, tengo otras cosas que hacer...

—Claro.

Urna se quedó solo en el granero. Contempló con expresión pensativa su martillo, y después el carro de hierro.

Aquella gente no sabía fundir el bronce como era debido. Su hierro era patético, sencillamente patético. ¿Su cobre? Era terrible. Parecían ser capaces de fundir un acero que se hacía añicos al primer golpe. Con los años la Quisición había acabado con todos los buenos herreros.

Urna había hecho todo lo que podía, pero...

—No me preguntes por la segunda o la tercera vez —murmuró para sí mismo.

Vorbis, rodeado de papeles, estaba sentado en el asiento de piedra de su jardín.

—¿Y bien? La figura arrodillada no levantó la vista. Dos guardias con las espadas desenvainadas estaban de pie junto a ella.

—La gente de la Tortuga... está tramando algo —dijo, la voz agudizada por el terror.

—Por supuesto que traman algo. Por supuesto —dijo Vorbis—. ¿Y qué están tramando?

—Hay alguna clase de... Cuando fuisteis confirmado como cenobiarca... Alguna clase de artefacto, alguna máquina que se mueve por sí sola... Derribará las puertas del Templo...

La voz se fue debilitando hasta desvanecerse.

—¿Y dónde se encuentra este artefacto ahora? —preguntó Vorbis.

—No lo sé. Me compraron hierro. Sólo sé eso.

—Un artefacto de hierro.

—Sí. —El hombre respiró hondo, mitad inspiración y mitad jadeo —. La gente dice... Los guardias dijeron...

...que tenéis encarcelado a mi padre y que quizá podríais... Os suplico...

Vorbis miró al hombre.

—Pero temes que también pueda enviarte a las celdas —dijo —. Piensas que soy esa clase de persona. Temes que pueda pensar, este hombre ha tenido tratos con herejes y blasfemos en circunstancias familiares...

El hombre seguía con los ojos clavados en el suelo. Los dedos de Vorbis se curvaron suavemente alrededor de su mentón y le levantaron la cabeza hasta que su mirada se encontró con la del hombre.

—Lo que has hecho está muy bien —dijo. Miró a uno de los guardias —. ¿El padre de este hombre todavía vive?

—Sí, señor.

—¿Todavía puede andar? —El exquisidor se encogió de hombros.

—Sí, señor.

—Entonces libéralo inmediatamente, déjalo al cuidado de su obediente hijo, y mándalos a los dos de vuelta a casa.

Los ejércitos del miedo y la esperanza se enfrentaron en los ojos del informador.

—Gracias, señor —dijo.

—Vete en paz.

Vorbis vio cómo uno de los guardias escoltaba al hombre fuera del jardín. Después hizo una vaga seña con la mano a uno de los exquisidores jefes.

—¿Sabemos dónde vive? — Sí, señor.

—Bien.

El exquisidor titubeó.

—¿Y este... artefacto, señor?

—Om me ha hablado. ¿Una máquina que se mueve por sí sola? Tal cosa va contra todos los dictados de la razón. ¿Dónde están sus músculos? ¿Dónde está su mente?

—Sí, señor.

El exquisidor, que se llamaba diácono Cúspide, había llegado adonde se encontraba hoy, que no era un sitio en el que estuviera muy seguro de querer estar, porque disfrutaba haciendo daño a la gente. Era un deseo muy simple, y uno que satisfacía en abundancia dentro de la Quisición. Y Cúspide era uno de aquellos a los que Vorbis aterrorizaba de una manera muy particular. Hacer daño a la gente porque disfrutabas con ello... eso era comprensible. Vorbis hacía daño a las personas porque había decidido que se les debía hacer daño, sin pasión, hasta con una especie de inflexible amor.

Una larga experiencia había enseñado a Cúspide que la gente no se inventaba cosas, al menos no delante de un exquisidor. Claro que no había artefactos que se movieran por sí solos, pero tomó nota que habría que incrementar la guardia...

—No obstante —dijo Vorbis —, durante la ceremonia de mañana ocurrirá algo.

—¿Señor?

—Dispongo de... conocimientos especiales —dijo Vorbis.

—Por supuesto, señor.

—Tú sabes cuánta fuerza hay que aplicar para romper un tendón o un músculo, diácono Cúspide.

Cúspide se había formado la opinión de que Vorbis vivía en algún lugar al otro lado de la locura. La locura corriente no le planteaba ningún problema. Cúspide sabía que había un montón de locos en el mundo, y muchos de ellos se volvían todavía más locos en los túneles de la Quisición. Pero Vorbis había atravesado aquella barrera roja y había construido alguna clase de estructura lógica al otro lado. Pensamientos racionales hechos a partir de componentes enloquecidos...

—Sí, señor —dijo.

—Yo sé cuánta fuerza hay que aplicar para quebrar a una persona.

Era de noche, y hacía frío para aquella época del año.

Lu—Tze iba y venía por la penumbra del granero, barriendo industriosamente. De vez en cuando sacaba un trapo de su túnica y sacaba brillo a las cosas.

Sacó brillo al exterior de la Tortuga Móvil, que se elevaba amenazadora entre las sombras.

Después siguió barriendo en dirección a la fragua, donde estuvo curioseando un rato.

Verter buen acero es algo que requiere una extremada concentración. No era de extrañar que los dioses siempre se hubieran agrupado alrededor de las herrerías aisladas. Había tantas cosas que podían salir mal. Un ligero error en la mezcla de los ingredientes, un momento de distracción...

Urna, que casi se había dormido de pie, gruñó cuando un codazo lo despertó y le pusieron algo en las manos.

—Oh —dijo —. Muchas gracias.

Asentimiento, sonrisa.

—Ya casi está —dijo Urna, más o menos para sí mismo —. Ahora ya sólo hay que dejar que se enfríe. Tiene que enfriarse muy lentamente. De lo contrario se cristaliza, sabes.

Asentimiento, sonrisa, asentimiento.

El té estaba realmente bueno.

—De todas maneras no es una parte muy importante —dijo Urna, empezando a tambalearse—. Sólo son las palancas de control...

Lu—Tze lo sostuvo antes de que cayera y lo llevó hasta un montón de carbón de leña donde lo sentó. Después volvió a la fragua y la estuvo observando durante un rato. La barra de acero relucía dentro del molde.

Las personas para las que Lu—Tze era una figura vagamente entrevista detrás de una escoba muy lenta se habrían sorprendido ante su repentina exhibición de velocidad, especialmente viniendo de un hombre de seis mil años de edad que sólo comía arroz moreno y sólo bebía té verde con un nudo de mantequilla rancia dentro.

Lu—Tze dejó de correr cuando ya estaba bastante cerca de las puertas principales de la Ciudadela y empezó a barrer. Fue barriendo hasta las puertas, barrió alrededor de ellas, asintió y le sonrió a un soldado que lo miró con cara de pocos amigos hasta ver que sólo era aquel viejo tonto que siempre estaba barriendo, sacó brillo a uno de los pomos de las puertas, y después siguió barriendo a lo largo de los pasadizos y los claustros hasta que llegó al huerto de Brutha.

Donde pudo ver una figura acurrucada entre los melones.

Lu—Tze encontró una manta y volvió al huerto, donde Brutha estaba sentado con la azada encima de las rodillas.

Lu—Tze había visto muchos rostros llenos de agonía en su tiempo, que era más largo del que consiguen llegar a ver muchas civilizaciones. El de Brutha era el peor. Lu—Tze extendió la manta sobre los hombros del obispo.

—No puedo oírlo —dijo Brutha con voz enronquecida—. Eso puede significar que está demasiado lejos. No puedo dejar de pensar en eso. Podría estar perdido ahí fuera. ¡A kilómetros de distancia! —Lu—Tze sonrió y asintió.

—Todo volverá a suceder. Él nunca le dijo a nadie que hiciera nada. O que no hiciera algo. ¡Le daba igual!

Lu—Tze volvió a sonreír y asintió. Tenía los dientes amarillos. De hecho, era su dentadura número doscientos.

—Tendría que haberle importado.

Lu—Tze volvió a desaparecer en su rincón y regresó con un pequeño cuenco lleno de alguna clase de té. Asintió y sonrió, y ofreció el cuenco hasta que Brutha lo cogió y bebió un sorbo. Sabía a agua caliente dentro de la que hubieran metido una bolsa de la lavandería.

—No entiendes nada de lo que te estoy diciendo, ¿verdad? —dijo Brutha.

—No mucho —dijo Lu—Tze.

—¿Puedes hablar?

Lu—Tze se llevó a los labios un dedo marchito.

—Gran secreto —dijo.

Brutha miró al hombrecillo. ¿Cuánto sabía acerca de él? ¿Cuánto sabía alguien acerca de él?

—Hablas con Dios —dijo Lu—Tze.

—¿Cómo lo has sabido?

—Signos. Hombre que habla con Dios tiene vida difícil.

—¡Tienes muchísima razón! —Brutha miró a Lu—Tze por encima del cuenco —. ¿Por qué estás aquí? No eres omniano. Ni efebiano.

—Crecer cerca del Cubo. Hace mucho tiempo. Ahora Lu—Tze un extranjero allá donde va. Ser la mejor manera. Aprender religión en un templo en casa. Ahora ir allí donde hay trabajo.

—¿Traer tierra y podar plantas?

—Claro. Nunca haber sido obispo o gran capitoste. Vida peligrosa. Siempre ser hombre que limpia reclinatorios o barre detrás del altar. Nadie molesta a hombre útil. Nadie molesta a hombre pequeño. Nadie recuerda nombre.

—¡Eso era lo que yo iba a hacer! Pero a mí no me funciona.

—Entonces encontrar otra manera. Yo aprendo en templo. Enseñado por anciano maestro. Cuando haber problemas, siempre recordar sabias palabras de anciano y venerable maestro.

—¿Cuáles?

—Anciano maestro dice: «¡Eh, chico! ¡Sí, el de ahí! ¿Qué estás comiendo? ¡Espero que hayas traído suficiente para todos!» Anciano maestro dice: «¡Eres un chico muy malo! ¿Por qué no has hecho tus deberes?» Anciano maestro dice: «¿Qué chico se está riendo? ¡Como no hay manera de saber qué chico se está riendo, os quedaréis todos después de clase!» Cuando recordar esas sabias palabras, nada parecer tan malo.

—¿Qué voy a hacer? ¡No puedo oírlo!

—Haz lo que debes hacer. Si yo haber aprendido algo, ser que siempre debes hacer el camino solo. Brutha se abrazó las rodillas.

—¡Pero no me dijo nada! ¿Dónde está toda esa sabiduría? ¡Todos los otros profetas volvieron con mandamientos!

—¿De dónde los sacaron?

—Yo... supongo que se los inventaron.

—Entonces sácalos del mismo sitio.

—¿Llamas filosofía a esto? —rugió Didáctilos, sacudiendo su bastón.

Urna estaba quitando trocitos del molde de arena de la palanca.

—Bueno... filosofía natural —dijo.

—¡Yo nunca te he enseñado esta clase de cosas! —gritó el filósofo—. ¡Se supone que la filosofía sirve para mejorar la vida!

—Esto mejorará la vida de muchas personas —dijo Urna sin inmutarse —. Ayudará a derrocar a un tirano.

—¿Y después? —dijo Didáctilos.

—¿Y después qué?

—Después lo desmontarás, ¿verdad? —dijo el anciano —. ¿Lo harás pedazos? ¿Le quitarás las ruedas? ¿Te librarás de todos esos pinchos? ¿Quemarás los planos? ¿Sí? ¿Cuando haya servido a su propósito, sí?

—Bueno... —comenzó Urna.

—¡Aja!

—¿Aja qué? ¿Qué pasa si lo conservamos? ¡Sería un... factor disuasorio contra otros tiranos!

—¿Y crees que los tiranos no los construirían también?

—Bueno... ¡puedo construir otros más grandes! —gritó Urna. Didáctilos se dio por vencido.

—Sí —dijo —. Estoy seguro de que puedes. Bueno, en ese caso todo va bien. Claro que sí. Y pensar que yo estaba tan preocupado. Y ahora... creo que iré a descansar un rato en algún sitio...

Se lo veía encorvado, y súbitamente viejo.

—¿Maestro? —dijo Urna.

—Ni maestro ni nada —dijo Didáctilos, tanteando la pared del granero para ir hacia la puerta—. Ya veo que ahora sabes absolutamente todo lo que hay que saber sobre la dichosa naturaleza humana. ¡Ja! El Gran Dios Om resbaló por el lado de una acequia y acabó panza arriba entre la maleza del fondo. Después se enderezó agarrándose a una raíz con la boca y tirando de ella hasta que consiguió darse la vuelta.

Las formas de los pensamientos de Brutha parpadeaban en su mente. Om no podía distinguir ninguna palabra, pero no necesitaba hacerlo, de la misma manera en que no necesitas ver las ondulaciones para saber en qué dirección fluye el río.

De vez en cuando, siempre que podía ver la Ciudadela como un punto reluciente en el crepúsculo, trataba de gritar mentalmente tan alto como podía:

«¡Espera! ¡Espera! ¡Te aseguro que en realidad no quieres hacer eso! ¡Podemos ir a Ankh—Morpork! ¡La tierra de las oportunidades! ¡Con mi cerebro y tu...! ¡Contigo, el mundo es nuestro molusco! ¿Por qué tirarlo todo por la...?» Y entonces se caía dentro de otra zanja. En un par de ocasiones vio al águila, siempre volando en círculos.

—¿Por qué quieres meter la mano en una picadora de carne? ¡Este sitio se merece a Vorbis! ¡Las ovejas merecen que alguien las empuje!

Om ya había pasado por aquello cuando lapidaron a su primer creyente. Por aquel entonces ya tenía unas cuantas docenas de creyentes más, naturalmente. Pero su muerte había sido un auténtico disgusto. Te afectaba muchísimo. Nunca olvidabas a tu primer creyente. Los primeros creyentes te daban forma.

Las tortugas no están muy bien equipadas para moverse campo a través. Para ello necesitarían tener patas más largas o que hubiera zanjas menos profundas.

Om calculó que estaba haciendo menos de doscientos metros por hora en línea recta, y la Ciudadela se encontraba a treinta kilómetros de allí. De vez en cuando conseguía ir más deprisa entre los árboles de un olivar, pero las rocas y los muros de los campos compensaban sobradamente ese pequeño incremento de velocidad.

Y mientras sus patas funcionaban frenéticamente, los pensamientos de Brutha zumbaban dentro de su cabeza como una abeja lejana.

Om volvió a tratar de gritar con su mente.

—¿Qué es lo que tienes tú? ¡El tiene un ejército! ¿Tú tienes un ejército? ¿Con cuántas divisiones cuentas? Pero pensamientos como esos necesitaban energía, y había un límite a la cantidad de energía disponible en una tortuga. Om encontró un racimo de uva caído y masticó los granos hasta que el jugo le cubrió la cabeza, pero eso no cambió demasiado las cosas.

Y después estaba el anochecer. Allí las noches no eran tan frías como en el desierto, pero tampoco eran tan cálidas como el día. De noche Om iría funcionando cada vez más despacio a medida que se le enfriase la sangre.

No podría pensar tan deprisa. Ni andar tan deprisa.

Ya estaba perdiendo calor. Calor significaba velocidad.

Subió a lo alto de un hormiguero...

—¡Vas a morir! ¡Vas a morir!... y se deslizó por el otro lado.

Los preparativos para la inauguración del cenobiarca profeta empezaron muchas horas antes del amanecer. En primer lugar, y no según la antigua tradición, el diácono Cúspide y algunos de sus colegas llevaron a cabo un minucioso registro del templo. Buscaron cables que accionaran trampas y examinaron todos los rincones en busca de arqueros escondidos. Aunque iba contra las normas, el diácono Cúspide no rezó ni una sola vez.

También envió unos cuantos pelotones a la ciudad para que detuvieran a los sospechosos habituales. La Quisición siempre prefería dejar sueltos a unos cuantos sospechosos. Así sabías dónde encontrarlos cuando los necesitabas.

Después de eso vinieron una docena de sacerdotes menores para absolver el recinto y expulsar de él a todos los genios, duendes y demonios. El diácono Cúspide los miró trabajar sin hacer comentarios. Nunca había tenido tratos con las entidades sobrenaturales, pero sabía lo que una flecha bien disparada podía hacerle a un estómago que no esperaba recibirla.

Alguien le rozó las costillas con la mano. El diácono Cúspide dio un respingo ante aquella súbita adición de la vida real a la cadena de sus pensamientos, y se llevó instintivamente la mano a la daga.

—Oh —dijo.

Lu—Tze asintió y sonrió e indicó con su escoba que el diácono Cúspide estaba encima de un trozo de suelo que él, Lu—Tze, deseaba barrer.

—Hola, diminuto y asqueroso imbécil amarillo —dijo el diácono Cúspide.

Asentimiento, sonrisa.

—Nunca dices nada, ¿verdad? —murmuró el diácono Cúspide.

Sonrisa, sonrisa.

—Idiota.

Sonrisa. Sonrisa. Mirada.

Urna retrocedió.

—Bueno, ¿estás seguro de que lo has entendido todo? —preguntó.

—Es fácil —dijo Simonía, sentado en la silla de la Tortuga.

—Repítemelo —dijo Urna.

—Alimentamos la caja de fuego —dijo Simonía—. Después, cuando la aguja roja marque XXVI, hacer girar la válvula de bronce; cuando el silbato de bronce suene, tirar de la palanca grande. Y dirigir la máquina tirando de las cuerdas.

—Muy bien —dijo Urna. Pero seguía sin parecer muy convencido—. Es maquinaria de precisión.

—Y yo soy un soldado profesional —dijo Simonía—. No soy un campesino supersticioso.

—Perfecto, perfecto. Bueno..., si estás seguro...

Habían tenido tiempo de dar unos últimos toques a la Tortuga Móvil. Los bordes del caparazón estaban aserrados y había pinchos en las ruedas. Y el tubo de escape para el vapor sobrante, naturalmente... Urna no estaba demasiado seguro de si aquel tubo de escape...

—Sólo es una máquina —dijo Simonía—. No hay problema.

—Claro. Bueno, pues adelante. El sargento Fergmen conoce el camino.

Brutha despertó, o al menos dejó de intentar dormir. Lu—Tze se había ido. Probablemente estaría barriendo en algún sitio.

Vagó por los pasillos desiertos de la sección de los novicios. Todavía faltaban varias horas para que el nuevo cenobiarca fuese coronado. Antes había docenas de ceremonias que llevar a cabo. Todos los que eran alguien estarían en el Lugar y las plazas que lo rodeaban, y el todavía mayor número de personas que apenas eran nadie también estarían allí. Las capillas estaban vacías, y las plegarias inacabables habían dejado de ser cantadas. La Ciudadela hubiese podido estar muerta, de no ser por el inmenso e indefinible rugido de fondo que producían decenas de millares de personas guardando silencio. La luz del sol se filtraba a través de los pozos de iluminación.

Brutha nunca se había sentido más solo. El desierto había sido un auténtico jolgorio comparado con aquello.

Anoche... anoche, con Lu—Tze, todo había parecido tan claro. Anoche Brutha se sentía capaz de encararse con Vorbis allí y entonces. Anoche parecía haber una posibilidad. Anoche todo había sido posible. Ese era el problema de los anoches. Siempre eran seguidos por estas mañanas.

Entró en el nivel de la cocina y después salió al mundo exterior. Un par de cocineros estaban preparando el banquete ceremonial de carne, pan y sal, pero no le prestaron atención.

Brutha se sentó delante de uno de los mataderos. Sabía que había una puerta trasera en algún lugar de por allí.

Si salía, nadie le daría el alto. Hoy todos estaban muy ocupados asegurándose de que ningún visitante no deseado se colase.

Podía irse. Dejando aparte la sed y el hambre, el desierto había parecido bastante agradable. San Ungulante con su locura y sus setas parecía haberle tomado la medida a la vida. El que te engañaras a ti mismo carecía de importancia siempre que te aseguraras de no llegar a saberlo, y además funcionaba a las mil maravillas. En el desierto la vida era mucho más sencilla.

Pero había una docena de guardias junto a la puerta, y no parecían demasiado simpáticos. Brutha volvió a su asiento, que estaba resguardado en un rincón, y se dedicó a contemplar el suelo con expresión lúgubre.

Si Om estaba vivo podría enviarle una señal, ¿verdad? Un rechinar junto a las sandalias de Brutha se elevó unos centímetros y después se hizo a un lado. Brutha miró el agujero.

Una cabeza encapuchada apareció, le devolvió la mirada y volvió a desaparecer. Hubo un susurrar subterráneo.

La cabeza reapareció, y fue seguida por un cuerpo. El cuerpo se izó a los adoquines. La capucha fue echada hacia atrás. El hombre dirigió una sonrisa conspiratoria a Brutha, se llevó los dedos a los labios y después, sin ningún aviso previo, se lanzó sobre él con intenciones violentas.

Brutha rodó sobre los adoquines y levantó frenéticamente las manos en cuanto vio el destello del metal. Una mano bastante sucia cayó sobre su boca. La hoja de un cuchillo recortó una silueta dramática y muy definitiva contra la luz...

—¡No!

—¿Por qué no? ¡Dijimos que lo primero que haríamos sería matar a todos los sacerdotes!

—¡A ese no! Brutha se atrevió a volver los ojos hacia un lado. Aunque la segunda figura que estaba saliendo del agujero también llevaba una túnica mugrienta, el corte de pelo al estilo brochazo era inconfundible.

—¿Urna? —intentó decir.

—Tú calla —dijo el otro hombre, presionándole la garganta con el cuchillo.

—¿Brutha? —dijo Urna—. ¿Estás vivo?

Los ojos de Brutha fueron de su captor a Urna de una manera que indicaba que era demasiado pronto para mostrarse categórico acerca de aquella cuestión.

—Es de confianza —dijo Urna.

—¿De confianza? ¡Es un sacerdote!

—Pero está de nuestra parte. ¿Verdad, Brutha? Brutha trató de asentir y pensó: Estoy de parte de todos. Estaría bien que, sólo por una vez, alguien estuviera de mi parte.

La mano se apartó de su boca, pero el cuchillo siguió descansando encima de su garganta. Los normalmente muy pausados procesos mentales de Brutha fluyeron como el mercurio.

—¿La Tortuga Se Mueve? —se atrevió a murmurar. El cuchillo fue retirado con reticencia.

—No confío en él —dijo el hombre —. Al menos deberíamos tirarlo por el agujero.

—Brutha es uno de nosotros —dijo Urna.

—Claro que sí. Por supuesto —dijo Brutha—. ¿Cuáles sois? —Urna se acercó un poco más.

—¿Cómo está tu memoria?

—Estupendamente, por desgracia.

—Bien. Bien. Uh. Sería buena idea que no te metieras en líos, sabes... si ocurre algo. Acuérdate de la Tortuga. Aunque te acordarás, claro.

—¿Qué cosas? Urna le dio una palmadita en el hombro, lo que hizo que Brutha pensara en Vorbis por un momento. Vorbis, que nunca había tocado a otra persona dentro de su cabeza, siempre estaba tocando con las manos.

—Sería preferible que no supieras qué está ocurriendo —dijo Urna.

—Pero es que no lo sé —dijo Brutha.

—Mejor. Así ha de ser.

El hombre corpulento señaló con su cuchillo los túneles que llevaban hacia la roca.

—¿Nos vamos o qué? —preguntó.

Urna echó a correr detrás de él pero de pronto se detuvo y se volvió hacia Brutha.

—Ten cuidado —dijo—. Necesitamos lo que hay dentro de tu cabeza.

Brutha los vio marchar.

—Yo también —murmuró.

Y volvió a quedarse solo.

Pero pensó: Un momento. No tengo por qué estar solo. Soy un obispo. Al menos puedo mirar. Om se ha ido y el mundo pronto acabará, así que ya puestos al menos podría ver lo que pasa.

Con un chasquido de sandalias, Brutha echó a andar hacia el Lugar.

En el tablero de jaquedrez, los obispos se mueven diagonalmente. Por eso tienen una cierta tendencia a aparecer allí donde los reyes no esperan que estén.

—¡Condenado idiota! ¡No vayas por ahí!

El sol ya estaba muy alto en el cielo. De hecho probablemente estaba poniéndose, si las teorías de Didáctilos sobre la velocidad de la luz eran correctas, pero en cuestiones de relatividad el punto de vista del observador es muy importante, y desde el punto de vista de Om el sol era una bola dorada en un llameante cielo anaranjado.

Subió por otra pendiente y contempló la lejana Ciudadela. Podía oír las voces burlonas de todos los dioses menores resonando dentro de su cabeza.

Un dios que había caído nunca gozaba de mucha popularidad entre los dioses menores. Aquello no les gustaba nada. Les hacía quedar mal a todos. Les recordaba la mortalidad. Om sería arrojado a las profundidades del desierto, donde nadie vendría nunca. Nunca. Hasta el fin del mundo.

Se estremeció dentro de su concha.

Urna y Fergmen andaban tranquilamente por los túneles de la Ciudadela, empleando la clase de andares tranquilos y despreocupados que, en el caso de que hubiera habido presente alguien para interesarse por ellos, habrían atraído una detalladísima y muy afilada atención en cuestión de segundos. Pero las únicas personas presentes eran aquellas que tenían trabajos vitales que hacer. Además, mirar con demasiada fijeza a los guardias no hubiese sido muy buena idea porque siempre cabía la posibilidad de que te devolvieran la mirada.

Simonía había asegurado a Urna que había accedido a hacer aquello. Urna no acababa de acordarse de si realmente había dicho que lo haría. El sargento conocía una ruta de acceso a la Ciudadela, lo cual era bastante sensato. Y Urna entendía de hidráulica. Perfecto. Ahora estaba andando por aquellos túneles resecos entre los tintineos de su cinturón de las herramientas. Había una conexión lógica, pero había sido establecida por otro.

Fergmen dobló una esquina y se detuvo junto a una gran reja vertical que iba del suelo al techo. Estaba muy oxidada. En otros tiempos quizá hubiera sido una puerta, ya que había una sugerencia de bisagras fundidas con la piedra a causa de la herrumbre. Urna atisbo por entre los barrotes. Más allá, en la penumbra, había cañerías.

—Eureka —dijo.

—¿Qué, nos vamos a dar un baño? —preguntó Fergmen.

—Cállese y vigile.

Urna seleccionó una palanqueta corta de su cinturón y la introdujo entre la reja y la piedra. Dadme un metro de buen acero y un muro en el que apoyar... mi... pie —la reja se inclinó hacia adelante y después se desprendió con un pesado estrépito— y puedo cambiar el mundo...

Entró en la larga, oscura y húmeda sala y soltó un silbido de admiración.

Nadie había llevado a cabo ningún trabajo de mantenimiento durante, bueno, durante el tiempo que hiciera falta para que unas bisagras de hierro se convirtieran en una masa de herrumbre a punto de pulverizarse, pero ¿todo aquello aún funcionaba? Urna alzó la mirada hacia cubas de plomo y hierro que eran más grandes que él, y un amasijo de cañerías del grosor de un hombre.

Este era el hálito de Dios.

El último hombre que sabía cómo funcionaba probablemente había muerto en la sala de torturas hacía muchos años. O tan pronto como fue instalado. Matar al creador era un método tradicional de proteger la patente.

Ahí estaban las palancas y allí, suspendidos encima de pozos abiertos en el suelo de roca, estaban los dos juegos de contrapesos. Probablemente bastaría con unos centenares de litros de agua para modificar el equilibrio en un sentido o en otro. Naturalmente, el agua tendría que ser bombeada hasta allí arriba...

—¿Sargento? —Fergmen asomó la cabeza desde detrás de la puerta. Parecía estar un poco nervioso, como un ateo durante una tormenta con muchos rayos y truenos.

—¿Qué? —Urna señaló con un dedo.

—Ahí hay un gran pozo que atraviesa la pared. ¿Lo ve? Está justo detrás de la cadena de transmisión.

—¿Laque?

—¿Las ruedas grandes con esa especie de nudos?

—Oh. Sí.

—¿Adonde va a parar el pozo?

—No lo sé. Al otro lado está el gran Molino de la Corrección.

—Ah.

Así que en última instancia, el hálito de Dios era el sudor de los hombres. Didáctilos hubiese sabido apreciar aquella ironía, pensó Urna.

De pronto fue consciente de un sonido que había estado allí todo el tiempo pero que sólo ahora estaba logrando abrirse paso a través de su concentración. Era tenue, sonaba un poco metálico y estaba lleno de ecos, pero se trataba de voces. Procedentes de las cañerías.

A juzgar por su expresión, el sargento también las había oído.

Urna pegó la oreja al metal. No había posibilidad de distinguir palabras, pero el ritmo religioso general era suficientemente familiar.

—Sólo es el servicio en el Templo —dijo—. Probablemente resuena en las puertas y el sonido se transmite hacia abajo por las cañerías.

Su explicación no pareció tranquilizar demasiado a Fergmen.

—Los dioses no tienen nada que ver —tradujo Urna, y volvió a centrar su atención en las cañerías —. Un principio muy simple — añadió, más para sí mismo que para Fergmen —. El agua entra en los depósitos y cae sobre los contrapesos, con lo que altera el equilibrio. Un grupo de contrapesos desciende y el otro sube por el pozo de la pared. El peso de la puerta no importa. Cuando los contrapesos del fondo descienden, esos cubos de ahí se inclinan y vierten el agua. Y el efecto probablemente será gradual y fluido. Con un equilibrio perfecto en cada extremo del movimiento, además. Muy bien calculado.

Vio la cara que estaba poniendo Fergmen.

—El agua entra y sale y las puertas se abren —tradujo—. Así que lo único que tenemos que hacer es esperar a... ¿Cuál dijo que sería la señal?

—Cuando hayan entrado por la puerta principal sonará una trompeta —dijo Fergmen, alegrándose de poder ayudar en algo.

—Ya.

Urna contempló los pesos y los depósitos del techo. Las cañerías de bronce goteaban corrosión.

—Pero quizá valdría más que nos aseguráramos de que sabemos lo que estamos haciendo —dijo —.

Probablemente tendrán que transcurrir un par de minutos antes de que las puertas empiecen a moverse.

—Rebuscó debajo de su túnica y sacó algo que, a los ojos de Fergmen, se parecía muchísimo a un instrumento de tortura. La impresión debió de comunicarse por sí sola a Urna, que habló muy despacio y en un tono lo más calmado posible—: Es una llave graduable.

—¿Sí?

—Sirve para aflojar tuercas.

Fergmen asintió, no muy convencido.

—¿Sí? —dijo.

—Y esto es una botella de aceite penetrante.

—Oh, bueno.

—Ayúdeme a subir ahí, ¿quiere? Tardaré un poco en destornillar la conexión con la válvula, así que será mejor que empecemos a trabajar. —Urna se encaramó a la antigua maquinaria mientras la ceremonia seguía su curso por encima de ellos.

Me—Corto—La—Mano Dhblah estaba totalmente a favor de los nuevos profetas. Incluso estaba a favor del fin del mundo, siempre que pudiera obtener la concesión para vender estatuas religiosas, iconos rebajados, dulces rancios, higos fermentados y olivas putrescentes pinchadas en un palillo a cualquier multitud reunida para asistir al espectáculo.

Así pues, este fue su testamento. Nunca llegó a haber un Libro del Profeta Brutha, pero un amanuense emprendedor, durante lo que acabó siendo conocido como la Renovación, recopiló unas cuantas notas, y Dhblah tuvo esto que decir:

«I. Verá, el caso es que yo me encontraba justo al lado de la estatua de Ossory y entonces me di cuenta de que Brutha estaba junto a mí. Todo el mundo se mantenía alejado de él por eso de que era un obispo, y si empujas a un obispo entonces te hacen ciertas cosas.

»II. Hola, eminencia, le dije yo, y después le ofrecí un yogur prácticamente gratis.

»III. No, respondió él.

»IV. Es sanísimo, le dije, es un yogur vivo.

»V. Sí, dijo, ya lo veo.

»VI. Brutha estaba mirando las puertas. Era más o menos el momento del tercer gong, claro, así que todos sabíamos que aún tendríamos que esperar durante varias horas. Se lo veía un poco deprimido y eso que ni siquiera se había comido el yogur, que admito estaba un poquito así así, con el calor que hacía. Quiero decir que estaba más vivo que de costumbre. Quiero decir que, bueno, yo tenía que ir atizándole con la cuchara para que no se saliera del... De acuerdo, de acuerdo. Sólo estaba explicando lo del yogur. Que sí. Quiero decir que supongo que querrá darle un poquito de color local, ¿no? A la gente le gusta que haya un poquito de color local. Bueno, pues era verde.

»VII. Y allí estaba él, mirando. Así que le dije: ¿Tiene algún problema, eminencia? A lo cual él admitió que no podía oírlo. Y entonces yo dije, ¿quién es este al cual os referís? Si estuviera aquí, dijo él, me enviaría una señal.

»VIII. El rumor de que entonces salí corriendo es totalmente falso. Fue la presión de la multitud, nada más que eso. Nunca he sido amigo de la Quisición. Puede que les haya vendido comida, pero siempre les cobraba extra.

»IX. Bueno, el caso es que entonces él se abrió paso a través de la línea de guardias que mantenían a raya a la multitud y se plantó delante de las puertas, y los guardias no tenían muy claro qué había que hacer con los obispos, y le oí decir algo como: Te llevé por el desierto, he creído durante toda mi vida, dame esta única cosa.

»X. O algo por el estilo, en todo caso. ¿Un poquito de yogur? Lo estoy liquidando. Un pinchito.

Om se izó por encima de una pared cubierta de enredaderas, sujetando zarcillos con su pico y elevándose a base de ejercitar los músculos del cuello. Después cayó al otro lado. La Ciudadela seguía estando tan lejana como siempre.

La mente de Brutha llameaba como un faro en los sentidos de Om. Hay una veta de locura presente en toda persona que dedica sus mejores horas a los dioses, y ahora estaba impulsando al muchacho.

—¡Es demasiado pronto! —chilló Om—. ¡Necesitas seguidores! ¡No puedes ser sólo tú! ¡No puedes hacerlo tú solo! ¡Antes tienes que conseguir discípulos!

Simonía se volvió para mirar a lo largo de la Tortuga. Treinta hombres permanecían acurrucados debajo de la concha, y todos parecían bastante inquietos.

Un cabo saludó.

—La aguja ya ha llegado allí, sargento.

El silbato de latón sonó.

Simonía empuñó las cuerdas de conducción. La guerra siempre debería ser así, pensó. Nada de incertidumbres.

Unas cuantas Tortugas como esta más, y nadie volvería a combatir nunca.

—En marcha —dijo.

Tiró vigorosamente de la palanca grande.

El frágil metal se partió entre sus dedos.

Dale a quien sea una palanca lo bastante grande y podrá cambiar el mundo. El problema es que a veces no te puedes fiar de la palanca.

En las profundidades de la fontanería oculta del Templo, Urna sujetó firmemente una cañería de bronce con su llave graduable y aplicó una cautelosa rotación a la tuerca. La tuerca se resistió. Urna cambió de posición y gruñó al tiempo que empleaba más presión.

Con un quejumbroso ruidito metálico, la cañería se dobló... y se partió.

—¡Pare! ¡Pare!

—¿Qué? —dijo Fergmen, a un par de metros por debajo de él.

—¡Que pare el agua!

—¿Cómo?

—¡La cañería se ha roto!

—Creía que queríamos que se rompiera, ¿no?

—¡Todavía no!

—¡Deje de gritar, señor! ¡Hay guardias cerca!

Urna dejó que el agua chorreara por un instante mientras se quitaba la túnica, y después embutió la prenda empapada en la cañería. La túnica salió despedida con cierta fuerza y chocó húmedamente en el embudo de plomo, resbalando por él hasta que bloqueó la cañería que terminaba en los contrapesos. El agua se acumuló detrás de ella y después empezó a derramarse por el suelo.

Urna miró el contrapeso. No había empezado a moverse. Se relajó ligeramente. Ahora, con tal que todavía hubiera suficiente agua para que el contrapeso descendiera...

—No os mováis.

Urna volvió la cabeza y su cerebro dejó de funcionar.

Un hombre corpulento vestido con una túnica negra acababa de aparecer en la entrada. Detrás de él, un guardia empuñaba una espada de manera bastante significativa.

—¿Quiénes sois? ¿Por qué estáis aquí?

El titubeo de Urna sólo duró un instante. Agitó su llave graduable.

—Bueno, es el recubrimiento de la juntura, claro —dijo—. Está perdiendo que es un horror. Me asombra que todavía aguante.

El hombre entró en la sala. Miró a Urna por un instante sin saber qué hacer y después volvió su atención hacia la cañería que seguía perdiendo agua. Y después volvió a mirar a Urna.

—Pero tú no eres... —comenzó.

Y se volvió en redondo en cuanto Fergmen golpeó al guardia con un trozo de cañería. Cuando se volvió nuevamente hacia Urna, la llave de este le dio de lleno en el estómago. Urna no era fuerte, pero la llave era bastante larga y los sobradamente conocidos principios de la palanca hicieron el resto. El hombre se dobló y se desplomó sobre uno de los contrapesos.

Lo que ocurrió a continuación ocurrió dentro de una fracción de tiempo congelado. El diácono Cúspide se agarró al contrapeso para no perder el equilibrio. El contrapeso bajó lentamente, con los kilos extra del diácono añadiéndose al peso del agua. Cúspide levantó las manos y trató de agarrarse. El contrapeso descendió un poco más, desapareciendo por debajo del borde del pozo. Cúspide hizo un nuevo intento de conservar el equilibrio, pero esta vez lo llevó a cabo sobre el aire, y cayó encima del contrapeso que seguía descendiendo.

Urna vio el rostro del diácono levantado hacia él mientras el contrapeso desaparecía en la penumbra.

Con una palanca, podía cambiar el mundo. Y en lo que concernía al diácono Cúspide, no cabía duda de que Urna lo había cambiado. Había hecho que dejara de existir.

Fergmen estaba inclinado sobre el guardia amenazándolo con el trozo de tubo.

—Yo conozco a este tipo —dijo —. Voy a darle una buena...

—¡Olvídelo!

—Pero...

Los engranajes entraron en acción con un tintineo metálico por encima de ellos. Hubo un lejano crujido de bronce sobre bronce.

—Salgamos de aquí —dijo Urna—. Sólo los dioses saben qué estará ocurriendo ahí arriba.

Y los golpes llovían sobre el caparazón inmóvil de la Tortuga Móvil.

—¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición! —gritó Simonía, descargando otra serie de puñetazos —. ¡Muévete! ¡Te ordeno que te muevas! ¿Es que no entiendes el efebiano o qué? ¡Muévete! La máquina inmóvil siguió despidiendo vapor y permaneció donde estaba.

Y Om llegó a lo alto de la ladera de una pequeña colina. No le quedaba otra elección. Ahora ya sólo había una manera de llegar a la Ciudadela.

Con un poco de suerte, era una posibilidad entre un millón.

Y Brutha se detuvo delante de las enormes puertas sin pensar ni por un instante en la multitud o en los guardias que murmuraban entre ellos. La Quisición podía arrestar a cualquiera, pero los guardias no tenían muy claro qué te ocurría si detenías a un arzobispo, especialmente a uno que había sido favorecido tan recientemente por el profeta.

Sólo una señal, pensó Brutha en la soledad de su cabeza.

Las puertas temblaron y empezaron a abrirse lentamente.

Brutha dio un paso adelante. En ese momento no era plenamente consciente, o al menos no coherente tal como la entendían las personas normales. Sólo una parte de él seguía siendo capaz de percibir el estado de su propia mente y pensar: bueno, quizá los Grandes Profetas siempre se sentían así.

Los millares de asistentes a la ceremonia que llenaban el templo no podían estar más confusos. Los coros de soyes menores dejaron de cantar. Brutha avanzó por el pasillo, el único hombre que tenía un propósito entre aquel gentío súbitamente perplejo.

Vorbis estaba de pie en el centro del templo, bajo la bóveda de la cúpula. Los guardias se apresuraron a ir hacia Brutha, pero Vorbis levantó una mano en un movimiento pausado pero muy claro.

Brutha verá toda la escena. Allí estaban el cayado de Ossory, la capa de Abismo y las sandalias de Cena. Y, sosteniendo la cúpula, las gigantescas estatuas de los cuatro primeros profetas. Nunca las había visto. Había oído hablar de ellas cada día de su infancia.

¿Y qué significaban ahora? No significaban nada. Nada significaba nada, si Vorbis era Profeta. Nada significaba nada, si el cenobiarca era un hombre para el que en los espacios interiores de su cabeza no había nada que oír aparte de sus propios pensamientos.

Brutha era consciente de que el gesto de Vorbis no sólo había detenido a los guardias, aunque estos lo rodeaban como un seto. También había llenado de silencio el templo. Vorbis habló.

—Ah. Mi Brutha. Te hemos buscado en vano. Y ahora incluso tú estás aquí...

Brutha se detuvo a un par de metros de él. El momento de... lo que quiera que hubiese sido... que lo había impulsado a través del umbral se había disipado.

Ahora lo único que quedaba era Vorbis.

Sonriendo.

La parte de Brutha que aún era capaz de pensar estaba pensando: no hay nada que puedas decir. Nadie te escuchará. A nadie le importará. Da igual lo que les digas acerca de Efebia, y del hermano Murduck, y del desierto. No será fundamentalmente cierto.

Fundamentalmente cierto. Así es el mundo, con Vorbis en él.

—¿Ocurre algo? —dijo Vorbis—. ¿Hay algo que desees decir? —Los ojos negro—sobre—negro llenaban el mundo, como dos pozos.

La mente de Brutha se dio por vencida y su cuerpo tomó el mando. Su cuerpo hizo que su mano retrocediera y se levantara, sin enterarse del súbito adelantarse de los guardias.

Vio cómo Vorbis volvía la mejilla y sonreía.

Brutha se detuvo y bajó la mano.

—No —dijo —. No lo haré.

Y entonces, por primera y única vez, vio a Vorbis realmente furioso. Antes había habido momentos en los que el diácono estaba enfadado, pero siempre había sido algo impulsado por el cerebro y que era conectado y desconectado en cuanto surgía la necesidad. Aquello era otra cosa, algo fuera de control. Y destelló a través de su rostro sólo por un instante.

Mientras las manos de los guardias se cerraban sobre él, Vorbis avanzó un paso y le dio una palmadita en el hombro a Brutha. Después lo miró a los ojos y murmuró:

—Azotadlo hasta llevarlo a las puertas de la muerte, y luego quemadlo el resto del camino.

Un guardia abrió la boca para hablar, pero la cerró en cuanto vio la expresión de Vorbis.

—Hacedlo. Ahora.

Un mundo de silencio. Aquí arriba no hay más sonido que el susurro del viento entre las plumas.

Aquí arriba el mundo es redondo y está circundado por una banda de mar. El punto de vista abarca de un horizonte a otro, y el sol está más cerca.

Y aun así, al mirar hacia abajo en busca de formas...

... entre los campos que hay junto al desierto...

... en lo alto de una pequeña colina...

... una diminuta cúpula en movimiento, ridículamente expuesta...

No hay más sonido que el susurro del viento entre las plumas cuando el águila pliega las alas y cae como una flecha, el mundo girando alrededor de la pequeña forma en movimiento que ha pasado a ser el foco de toda la atención del águila.

Más cerca y...

... las garras descienden...

... aferran...

... y se elevan...

Brutha abrió los ojos.

Su espalda meramente agonizaba. Ya hacía tiempo que se había acostumbrado a desconectar el dolor.

Pero estaba acostado encima de una superficie, con los brazos y las piernas encadenados a algo que no podía ver. El cielo en lo alto. La imponente fachada del templo a un lado.

Volviendo un poco la cabeza podía ver a la multitud silenciosa. Y el metal marrón de la tortuga de hierro.

Podía oler a humo.

Alguien estaba apretando el grillete de su mano. Brutha miró al exquisidor. Bueno, ¿qué tenía que decir ahora? Oh, sí.

—¿La Tortuga Se Mueve? —farfulló.

El hombre suspiró.

—Esta no, amigo —dijo.

El mundo giró debajo de Om mientras el águila buscaba la altura necesaria para cascar conchas, y su mente se vio asediada por el temor existencial tortuguesco a estar lejos del suelo. Y los pensamientos de Brutha, nítidos y brillantes a tan poca distancia de la muerte...

«Estoy yaciendo sobre la espalda y cada vez hace más calor y voy a morir...» Con cuidado, con cuidado. Concéntrate, concéntrate. En cualquier momento te soltará...

Om sacó su largo y flaco cuello, examinó el cuerpo que había encima de él, escogió el que esperaba fuese el punto correcto, metió el pico entre las plumas marrones que había entre las garras y apretó.

El águila parpadeó. Ninguna tortuga le había hecho eso a un águila en ningún otro momento o lugar de la historia.

Los pensamientos de Om llegaron al pequeño mundo plateado de su mente:

—No queremos tener que hacernos daño el uno al otro, ¿verdad? —El águila volvió a parpadear.

Las águilas nunca han desarrollado demasiada imaginación o capacidad de prever lo que va a ocurrir, más allá de la necesaria para saber que cuando dejas caer una tortuga sobre las rocas dicha tortuga queda hecha picadillo.

Pero se estaba formando una imagen mental de lo que ocurría cuando dejabas caer a una tortuga bastante pesada que seguía teniendo muy íntimamente cogida una parte esencial de ti.

Habían empezado a llorarle los ojos.

Otro pensamiento se infiltró en su mente.

—Bueno, vamos a ver. Si juegas a, uh, pelota conmigo, entonces yo... jugaré a pelota contigo. ¿Entiendes? Esto es importante. Esto es lo que quiero que hagas...

El águila se elevó sobre una corriente de aire caliente que brotaba de las rocas, y voló hacia el brillo lejano de la Ciudadela.

Ninguna tortuga había hecho aquello antes. Ninguna tortuga en todo el universo. Pero ninguna tortuga había sido nunca un dios, y conocía el lema no escrito de la Quisición: Cuius testículos habes, habeas cardia et cerebellum.

Cuando has conseguido tenerlos bien cogidos por la atención, sus corazones y sus mentes la seguirán.

Urna se abrió paso a través de la multitud, con Fergmen pisándole los talones. Aquello era lo mejor y lo peor de la guerra civil, al menos al principio: todo el mundo llevaba el mismo uniforme. Todo resultaba más sencillo cuando podías distinguir a los enemigos porque eran de otro color o al menos hablaban con un acento raro. Los llamabas «monos amarillos» o lo que fuese. Facilitaba las cosas.

Eh, pensó Urna. Esto casi es filosofía. Lástima que probablemente no viviré para contárselo a nadie.

Las grandes puertas estaban entornadas. La multitud guardaba silencio, y permanecía muy atenta. Urna estiró el cuello tratando de ver algo, y después levantó la vista hacia el soldado que había junto a él.

Era Simonía.

—Creía que...

—No funcionó —dijo Simonía con amargura.

—¿Hiciste...?

—¡Lo hicimos todo! ¡Algo se rompió!

—Debe de ser el acero que hacen aquí —dijo Urna—. Las clavijas de conexión de...

—Ahora eso da igual —dijo Simonía.

La apremiante sequedad de su tono hizo que Urna siguiera la dirección de las miradas de la multitud.

Había otra tortuga de hierro allí: un excelente modelo de una tortuga, colocado encima de una especie de parrilla de barras metálicas dentro de la que un par de exquisidores estaban encendiendo un fuego en aquel mismo instante. Y encadenado a la espalda de la tortuga...

—¿Quién es ese?

—Brutha.

—¿Qué?

—No sé qué ha pasado. Pegó a Vorbis, o no le pegó. O algo. El caso es que lo puso furioso. Vorbis detuvo la ceremonia allí mismo.

Urna miró al diácono. Todavía no era cenobiarca, por lo que no llevaba la corona. Su calva cabeza relucía bajo el sol matinal entre los soyes y los obispos que esperaban junto a la entrada sin saber qué hacer.

—Bien, vamos —dijo Urna.

—¿Vamos a qué?

—¡Podemos asaltar la escalera y salvarlo!

—Hay más de ellos que de nosotros —dijo Simonía.

—Bueno, ¿no los ha habido siempre? No hay mágicamente más de ellos que de nosotros por el mero hecho de que ahora tengan encadenado a Brutha ahí, ¿verdad? Simonía lo agarró del brazo.

—Piensa con un poco de lógica, ¿quieres? —le urgió —. Eres un filósofo, ¿verdad? ¡Mira a la multitud! Urna miró la multitud.

—¿Y bien?

—No les gusta. —Simonía se volvió —. Oye, Brutha va a morir de todas formas. Pero de esta manera su muerte significará algo. La gente no entiende lo de la forma del universo y todas esas cosas, pero se acordarán de lo que Vorbis le hizo a un hombre. ¿Comprendes? Podemos hacer que la muerte de Brutha se convierta en un símbolo para el pueblo. ¿Es que no lo ves? Om contempló la lejana figura de Brutha. Estaba desnudo, salvo por un taparrabos.

—¿Un símbolo? —dijo. Tenía la garganta reseca.

—Tiene que serlo.

Se acordó de que Didáctilos había dicho que el mundo era un lugar muy raro. Y, pensó, realmente lo era. Allí unas personas se disponían a matar a otra persona asándola, pero le habían dejado puesto el taparrabos, porque la respetabilidad estaba por encima de todo. Tenías que reír. De lo contrario te volverías loco.

—Verás, ahora sé que Vorbis es malvado —dijo, volviéndose hacia Simonía—. Quemó mi ciudad. Bueno, los tsorteanos lo hacen de vez en cuando y nosotros quemamos la suya. No es más que una guerra. Todo es parte de la historia. Y miente y engaña y acapara todo el poder que puede, y montones de personas también hacen todo eso. Pero ¿sabes lo que es especial? ¿Sabes qué es realmente especial?

—Por supuesto —dijo Simonía—. Lo que le está haciendo a...

—Es lo que te ha hecho a ti.

—¿Qué?

—Vorbis convierte a otras personas en copias de sí mismo.

Simonía le cogió del brazo con dedos que parecían haberse vuelto de hierro.

—¿Estás diciendo que yo soy como él?

—En una ocasión dijiste que lo matarías —dijo Urna—. Ahora estás pensando como él...

—Bueno, ¿entonces nos lanzamos a la carga escalera arriba o qué? —preguntó Simonía —. Estoy seguro de que... Bien, puede que tengamos a unos cuatrocientos de nuestra parte. ¿Doy la señal y unos centenares de nosotros atacamos a miles de ellos? ¿Y él muere de todas maneras y nosotros morimos también? ¿En qué cambiaría eso las cosas? El rostro de Urna se había vuelto grisáceo de puro horror.

—¿Quieres decir que no lo sabes? —preguntó.

Unos cuantos rostros se volvieron hacia él entre la multitud para mirarlo con curiosidad.

—¿No lo sabes? —preguntó.

El cielo era azul. El sol todavía no estaba lo bastante alto para convertirlo en el cuenco de cobre normal en Omnia.

Brutha volvió nuevamente la cabeza, esta vez hacia el sol. Se encontraba a cosa de un palmo por encima del horizonte, aunque si las teorías de Didáctilos acerca de la velocidad de la luz eran correctas, entonces en realidad se estaba poniendo, a miles de años en el futuro.

El sol fue eclipsado por la cabeza de Vorbis.

—¿Todavía no tienes calor, Brutha? —preguntó el diácono.

—Empiezo a tener un poco.

—Hará más.

Hubo una súbita agitación entre la multitud. Alguien estaba gritando. Vorbis no hizo caso de los gritos.

—¿No hay nada que quieras decir? —preguntó—. ¿Ni siquiera puedes lanzar una maldición? ¿Tan sólo una maldición, únicamente eso?

—Nunca oíste a Om —dijo Brutha—. Nunca creíste. Nunca oíste su voz. Lo único que has oído son los ecos que resuenan dentro de tu propia mente.

—¿De veras? Pero soy el cenobiarca y tú vas a arder por traición y herejía —repuso Vorbis —. ¿No crees que eso quizá nos esté diciendo algo acerca de Om?

—Habrá justicia —dijo Brutha—. Si no hay justicia, entonces no hay nada.

—¿Justicia? —dijo Vorbis. La idea pareció enfurecerlo. Se volvió hacia la multitud de obispos —. ¿Habéis oído lo que ha dicho? ¿Habrá justicia? ¡Om ha juzgado! ¡A través de mí! ¡Esto es justicia! Un puntito acababa de aparecer encima del sol, y se aproximaba rápidamente a la Ciudadela. Y la vocecita estaba diciendo «izquierda izquierda izquierda arriba arriba un poquito a la derecha arriba izquierda...». La masa de metal que había debajo de Brutha comenzaba a ponerse incómodamente caliente.

—Ya viene —dijo Brutha.

Vorbis levantó la mano para señalar la gran fachada del templo.

—Unos hombres construyeron esto. Nosotros construimos esto —dijo —. ¿Y qué hizo Om? ¿Om viene? ¡Que venga! ¡Que juzgue entre nosotros!

—Ya viene —repitió Brutha—. El Dios.

La multitud lanzaba miradas aprensivas al cielo. Hubo ese momento, sólo un momento, en que el mundo contiene la respiración y espera contra toda experiencia que se produzca un milagro.

—... arriba ahora a la izquierda, cuando yo diga tres, uno, dos, TRES...

—¿Vorbis? —graznó Brutha.

—¿Qué? —preguntó secamente el diácono.

—Vas a morir.

Apenas si fue un susurro, pero rebotó en las puertas de bronce y atravesó el Lugar...

E hizo que la gente se sintiera un poco inquieta, aunque no hubieran podido decir por qué.

El águila atravesó la plaza, volando tan bajo que la gente se agachó para esquivarla. Dejó atrás el techo del templo y comenzó a describir una gran curva en dirección a las montañas. Los que la habían estado siguiendo con la mirada se relajaron. No era más que un águila. Por un instante, sólo por un instante...

Nadie vio el puntito minúsculo que caía del cielo.

No pongas tu fe en los dioses. Pero puedes creer en las tortugas.

Una sensación de viento soplando través de la mente de Brutha, y una voz...

—ohmaldiciónmaldiciónmaldiciónsocorroaargh NoNoAarghMaldición NONOAARGH...

El mismo Vorbis tuvo que hacer un pequeño esfuerzo para calmarse. Había habido un momento, cuando vio al águila... pero no...

Extendió los brazos y sonrió beatíficamente al cielo.

—Lo siento —dijo Brutha.

Después una o dos personas, que habían estado mirando a Vorbis en aquellos instantes, dijeron que hubo el tiempo justo para que su expresión cambiara antes de que un kilo de tortuga que viajaba a tres metros por segundo le diera entre los ojos.

Fue una revelación.

Y una revelación siempre afecta a las personas que asisten a ella. Para empezar, creen con todo su corazón.

Brutha fue consciente de un ruido de pies que subían corriendo por la escalera y de manos que tiraban de sus cadenas.

Y después habló una voz:

—I. Es Mío.

El Gran Dios se alzó por encima del Templo, fluyendo y cambiando a medida que la fe de millares de personas entraba en él. Había formas allí, de hombres con cabeza de águila, y toros, y cuernos dorados, pero se enredaban y ardían y se fusionaban unas con otras.

Cuatro haces de fuego surgieron de las nubes e hicieron pedazos las cadenas que aprisionaban a Brutha.

—II. Es Cenobiarca Y Profeta De Profetas.

La voz de la teofanía resonó en las lejanas montañas.

—III. ¿Oigo Alguna Objeción? ¿No? Bien.

La nube se había condensado en una rielante figura dorada, tan alta como el Templo. La figura se inclinó hasta que su rostro estuvo a un par de metros de Brutha, y en un susurro que retumbó por todo el Lugar dijo:

— IV. No Te Preocupes. Esto Sólo Es El Comienzo. ¡Tú Y Yo, Chaval! Ahora Sabrán Lo Que Es El Auténtico Llanto y Crujir De Dientes.

Otro haz de llamas se estrelló contra las puertas del Templo. Estas se cerraron de golpe, y después el bronce al rojo blanco empezó a fluir, borrando los mandamientos de siglos.

— V. ¿Qué Va A Ser, Profeta? —Brutha se levantó penosamente, tambaleándose y a punto de caer. Urna lo sostuvo por un brazo, y Simonía por el otro.

—¿Mm? —balbuceó confundido.

— VI. ¿Tus Mandamientos?

—Creía que se suponía que emanaban de ti —dijo Brutha—. No sé si se me ocurrirá alguno...

El mundo esperó.

—¿Qué te parecería «Piensa por Ti Mismo»? —sugirió Urna, contemplando con horrorizada fascinación la manifestación divina.

—No —dijo Simonía —. Prueba con algo como «La Cohesión Social es la Clave del Progreso».

—Hombre, no me parece uno de esos mandamientos que se te quedan a la primera —dijo Urna.

—Si puedo seros de alguna ayuda —dijo Me—Corto—La—Mano Dhblah desde la multitud—, algo que beneficiara a la industria de la alimentación recreativa sería muy bienvenido.

—No matar a la gente. Ese sí no nos iría nada mal —propuso alguien más.

—Sería un buen comienzo —dijo Urna.

Miraron al Elegido. Este se liberó de las manos que lo sujetaban y se sostuvo en pie por sí solo, bamboleándose ligeramente.

—Nooo —dijo Brutha—. No. Antes yo también pensaba así, pero no serviría de nada. En realidad no.

Ahora, dijo. Sólo ahora. Un único punto en la historia. No mañana ni el mes que viene, porque siempre será demasiado tarde a menos que sea ahora.

Lo miraron sin decir nada.

—Oh, vamos —dijo Simonía—. ¿Qué le ves de malo? No puede estar más claro.

—Es difícil de explicar —dijo Brutha—. Pero creo que tiene algo que ver con la manera en que debería comportarse la gente. Creo que... deberías hacer las cosas porque está bien hacerlas. No porque los dioses lo digan. La próxima vez podrían decir algo distinto.

—VII. Pues A Mí Me Gustaría Que Hubiera Uno Acerca Del No Matarás —dijo Om desde las alturas.

—VIII. Suena Realmente Bien. Y Ahora Espabila, Porque Tengo Unos Cuantos Fulminamientos Pendientes.

—¿Lo ves? —dijo Brutha—. No. Nada de fulminar. Y nada de mandamientos a menos que tú también los obedezcas.

Om dejó caer el puño sobre el techo del Templo.

— IX. ¿Me Estás Dando Órdenes? ¿Aquí? ¿AHORA? ¿A MÍ?

—No. Te lo estoy pidiendo.

— X. ¡Eso Es Peor Que Ordenarlo!

—Todo tiene dos caras.

Om volvió a dejar caer la mano sobre su Templo. Un muro se derrumbó. Aquella parte de la multitud que no haba logrado salir huyendo del Lugar redobló sus esfuerzos.

— XI. ¡Tiene Que Haber Castigo! ¡De Otra Manera No Habría Orden!

—No.

— XII. ¡No Te Necesito! ¡Ahora Tengo Suficientes Creyentes!

—Pero sólo a través de mí. Y, quizá, no por mucho tiempo. Todo volverá a ocurrir. Ha ocurrido antes. Ocurre continuamente. Por eso mueren los dioses. Nunca creen en las personas. Pero tú tienes una posibilidad. Lo único que has de hacer es... creer.

— XIII. ¿Qué? ¿Escuchar Plegarias Estúpidas? ¿Velar Por Los Niños Pequeños? ¿Hacer Llover?

—A veces. No siempre. Podría ser un trato.

— XIV. ¡UN TRATO! ¡Yo No Hago Tratos! ¡No Con Humanos!

—Hazlo ahora —dijo Brutha—. Mientras tienes ocasión. O un día tendrás que entendértelas con Simonía, o con alguien como él. O con Urna, o con alguien como él.

—XV. Podría Destruirte Por Completo.

—Sí. Estoy totalmente en tu poder.

— XVI. ¡Podría Aplastarte Como A Un Huevo!

—Sí.

Om guardó silencio.

Después dijo:

—XVII. No Puedes Emplear La Debilidad Como Un Arma.

—Es la única de que dispongo.

— XVIII. ¿Por Qué Debería Doblegarme, Entonces?

—Doblegarte no. Hacer un trato. Tratar conmigo en mi posición de debilidad. O un día tendrás que hacer un trato con alguien en una posición de poder. El mundo cambia.

— XIX. ¡Ja! ¿Quieres Una Religión Constitucional?

—¿Por qué no? Las otras no han dado resultado.

Om se apoyó en su Templo. Ya no estaba tan enfadado.

— Cap. II v. I. Muy Bien. Pero Sólo Durante Un Tiempo. —Una sonrisa se extendió por el enorme rostro vaporoso —. Cien Años. ¿De Acuerdo?

—¿Y cuando hayan pasado cien años?

—II. Ya Veremos.

—Trato hecho.

Un dedo de la longitud de un árbol se desplegó, descendió y tocó a Brutha.

— III. Sabes Ser Persuasivo. Te Hará Falta. Se Aproxima Una Flota.

—¿Efebianos? —dijo Simonía.

—IV. Y Tsorteanos. Y Djelibyebianos. Y Klatchianos. Cada País Libre Que Hay A Lo Largo De La Costa. Para Darle Una Lección a Omnia.

—No tenéis demasiados amigos, ¿verdad? —dijo Urna.

—Omnia no me cae bien ni siquiera a mí, y eso que soy omniano —dijo Simonía. Alzó la mirada hacia el dios —. ¿Nos ayudarás?

—V. ¡Ni Siquiera Crees En Mí!

—Cierto, pero soy un hombre práctico.

— VI. Y Valiente, También, Pues Declaras Tu Ateísmo Ante Tu Dios.

—¡Eso no cambia nada, sabes! —dijo Simonía—. ¡No creas que podrás hacerme cambiar de parecer sólo con existir!

—Nada de ayuda —dijo Brutha con firmeza.

—¿Qué? —dijo Simonía—. ¡Vamos a necesitar un ejército muy poderoso contra toda esa pandilla!

—Sí. Y como no lo tenemos, tendremos que hacerlo de otra manera.

—¡Estás loco!

La calma de Brutha era como un desierto.

—Podría ser.

—¡Debemos luchar!

—Todavía no.

Simonía apretó los puños, visiblemente enfadado.

—Mira... Oye... Moríamos por mentiras. Llevamos siglos muriendo por mentiras. —Señaló al dios —. ¡Ahora tenemos una verdad por la cual morir!

—No. Los hombres deberían morir por las mentiras. Pero la verdad es demasiado preciosa para morir por ella.

Simonía abrió y cerró la boca sin que de ella saliera sonido alguno mientras buscaba palabras con las que responderle. Finalmente, encontró algunas en el alba de su educación.

—Me dijeron que no había destino más noble que morir por un dios —balbuceó.

—Vorbis decía eso. Y era... un estúpido. Puedes morir por tu país o por tu gente o por tu familia, pero por un dios deberías llevar una existencia plena y muy ocupada hasta el último día de una larga vida.

—¿Y cuánto tiempo va a ser eso?

—Ya veremos.

Brutha alzó los ojos hacia Om.

—¿No volverás a mostrarte de esta manera?

—Cap. III v. I. No. Con Una Vez Es Suficiente.

—Acuérdate del desierto.

—II. No Lo Olvidaré.

—Camina conmigo.

Brutha fue hasta el cuerpo de Vorbis y lo levantó del suelo.

—Creo que desembarcarán en la playa del lado efebiano de los fuertes —dijo —. No utilizarán la costa rocosa y no pueden utilizar los acantilados. Los esperaré allí. —Bajó la mirada hacia Vorbis —. Alguien debería hacerlo.

—No estarás diciendo que piensas ir allí solo, ¿verdad? —Diez mil no serían suficientes. Uno quizá baste.

Bajó por la escalera.

Urna y Simonía lo vieron marchar.

—Va a morir —dijo Simonía—. Ni siquiera será una mancha de grasa sobre la arena. —Se volvió hacia Om—. ¿Puedes detenerlo?

— III. Cabe La Posibilidad De Que No Pueda.

Brutha ya había cruzado medio Lugar.

—Bueno, pues nosotros no vamos a abandonarlo —dijo Simonía.

— IV. Bien.

Om también los vio marchar. Y entonces se quedó solo, salvo por los millares que lo contemplaban apelotonados alrededor del gran cuadrado. Le habría gustado saber qué podía decirles. Por eso necesitaba a personas como Brutha. Por eso todos los dioses necesitaban a personas como Brutha.

—Eh... eh... ¿Disculpad? —El dios miró hacia abajo.

—Ejem. No puedo venderos nada, ¿verdad?

— VI. ¿Cómo Te Llamas?

—Dhblah, dios.

—VII. Ah. Sí. ¿Y Qué Es Lo Que Deseas?

El mercader empezó a dar nerviosos saltitos.

—Estaba pensando en un pequeño mandamiento de nada, cualquier cosilla que os parezca bien. ¿Algo sobre comer yogur los miércoles, sí? Los miércoles siempre son muy mal día para los negocios.

—VIII. ¿Compareces Ante Tu Dios Y Buscas Oportunidades Comerciales?

—Bueeeeeno, podríamos llegar a un acuerdo —dijo Dhblah—. Como dicen los exquisidores, hay que batir el hierro mientras está caliente. Jajaja. ¿Veinte por ciento? ¿Qué me decís? Gastos deducidos, naturalmente...

El Gran Dios Om sonrió.

— IX. Me Parece Que Serás Un Pequeño Profeta, Dhblah —dijo.

—Claro. Claro. No aspiro a más. Sólo quiero ganarme la vida honradamente y todas esas cosas.

— X. Y A Las Tortugas Hay Que Dejarlas En Paz.

Dhblah ladeó la cabeza.

—No canta, ¿verdad? —dijo —. Pero... collares de tortuga... hmmm... y broches, por supuesto. La concha de...

— XI. ¡No!

—Lo siento, lo siento. Sí, comprendo a qué os referís. Muy bien. Estatuas de tortugas. S—ííí. Ya he pensado en ellas. Una forma preciosa. Por cierto, ¿no podríais hacer que una estatua se bamboleara de vez en cuando? Son muy beneficiosas para los negocios, las estatuas bamboleantes. La estatua de Ossory se bambolea sin falta cada Ayuno de Ossory. Mediante un pequeño pistón accionado desde el sótano, dicen. Pero aun así va muy bien para los profetas.

— XII. Me Haces Reír, Pequeño Profeta. Vende Tus Tortugas, Claro Que Sí.

—A decir verdad —murmuró Dhblah—, el caso es que ya he hecho unos cuantos dibujos...

Om se desvaneció. Hubo un breve retumbar de truenos. Dhblah contempló sus esbozos con expresión pensativa.

—... pero supongo que tendré que quitarles la figurita —dijo, más o menos para sí mismo.

El alma de Vorbis miró en torno a ella.

—Ah. El desierto —dijo.

La negra arena permanecía inmóvil bajo el cielo lleno de estrellas. Parecía muy fría.

Vorbis no tenía planeado morir, al menos no todavía. De hecho no conseguía recordar cómo había muerto.

—El desierto —repitió, y esta vez hubo un atisbo de incertidumbre en su voz. Vorbis siempre había estado absolutamente seguro de todo a lo largo de su... vida. La sensación era nueva y aterradora. ¿Era aquello lo que sentían las personas corrientes? Se serenó.

La Muerte estaba impresionada. Muy pocas personas lograban aferrarse a su antigua manera de pensar después de haber muerto.

La Muerte no disfrutaba con su trabajo. Esa era una emoción que le costaba concebir. Pero sí que había algo llamado satisfacción.

—Bien —dijo Vorbis —. El desierto. ¿Y al final del desierto...?

—EL JUICIO.

—Sí, sí, por supuesto.

Vorbis trató de concentrarse. No lo consiguió. Podía sentir cómo la certeza se iba disipando rápidamente. Y él siempre había estado seguro.

Titubeó, como un hombre que abre la puerta de una habitación familiar y sólo encuentra un pozo sin fondo.

Los recuerdos seguían allí. Podía sentirlos. Tenían la forma correcta. Era sólo que no podía recordar qué eran.

Había habido una voz... Tenía que haber habido una voz, ¿no? Pero lo único que podía recordar era el sonido de sus propios pensamientos, rebotando de un lado a otro dentro de su cabeza.

Ahora tenía que cruzar el desierto. ¿Qué podía haber de temible en...? El desierto era aquello en lo que creías.

Vorbis miró dentro de sí.

Y siguió mirando.

Cayó de rodillas.

—YA VEO QUE ESTÁS MUY OCUPADO —dijo la Muerte.

—¡No me dejes aquí! ¡Está tan vacío! La Muerte contempló el desierto infinito. Después chasqueó los dedos y un gran caballo blanco trotó hacia él.

—VEO A CIEN MIL PERSONAS —dijo, volviéndose sobre la silla de montar.

—¿Dónde? ¿Dónde?

—AQUÍ. CONTIGO.

—¡No puedo verlas! La Muerte cogió las riendas.

—AUN ASÍ, ESTÁN AQUÍ —dijo, y su caballo avanzó unos cuantos pasos.

—¡No lo entiendo! —gritó Vorbis.

La Muerte se detuvo.

—QUIZÁ HAYAS OÍDO DECIR EN ALGUNA OCASIÓN QUE EL INFIERNO SON LOS DEMÁS.

—Sí. Sí, claro.

La Muerte asintió.

—CON EL TIEMPO —dijo—, DESCUBRIRÁS QUE NO ES ASÍ.

Las primeras embarcaciones atracaron en la playa y los soldados saltaron a las olas, que les llegaban a los hombros.

Nadie estaba demasiado seguro de quién mandaba la flota. La mayoría de los países de la costa se odiaban unos a otros, no en ningún sentido personal, sino simplemente basándose en lo que se podría llamar razones históricas. Por otra parte, ¿cuánto liderazgo se necesitaba? Todo el mundo sabía dónde estaba Omnia. Ninguno de los países de la flota odiaba a los demás más de lo que odiaban a Omnia. De pronto era necesario que Omnia...

dejara de existir.

El general Argavisti de Efebia creía estar al mando, porque aunque no era el que tenía más barcos estaba vengando el ataque sufrido por Efebia. Pero el imperiator Borvorio de Tsort sabía que era él quien estaba al mando, porque había más barcos tsorteanos que de ninguna otra nación. Y el almirante Rham—ap—Efan de Djelibeybi sabía que era él quien estaba al mando, porque el almirante era la clase de persona que siempre cree estar al mando en cualquier situación. De hecho el único capitán que no creía estar al mando de la flota era Fasta Benj, un pescador de una minúscula nación de nómadas que vivían en los pantanos cuya existencia era completamente ignorada por todos los otros países, y cuya pequeña embarcación de juncos se había cruzado con la flota y se había visto arrastrada por ella. Como su tribu creía que sólo había cincuenta y una personas en todo el mundo, adoraba a una salamandra gigante, hablaba una lengua muy personal que nadie más entendía, y nunca había visto metal o fuego anteriormente, Fasta Benj pasaba la mayor parte del tiempo luciendo una gran sonrisa de perplejidad.

Estaba claro que habían llegado a una costa, pero no de barro y juncos como tenía que ser una costa sino de minúsculas partículas rugosas. Fasta Benj atracó su pequeña embarcación en la arena y se sentó para ver qué harían a continuación los hombres de los sombreros emplumados y las relucientes chaquetas de escamas de pez.

El general Argavisti contempló la playa.

—Tienen que habernos visto venir —dijo —. Así pues, ¿por qué permiten que establezcamos una cabeza de playa?

El aire caliente temblaba sobre las dunas. Un punto apareció, creciendo y contrayéndose entre el rielar de la calina.

Más soldados desembarcaron de los navíos.

El general Argavisti se hizo visera sobre los ojos para protegerlos del sol.

—Hay un tipo que no se mueve de ahí —dijo.

—Podría ser un espía —dijo Borvorio.

—No veo cómo puede ser un espía en su propio país —dijo Argavisti —. Y en todo caso, si fuese un espía procuraría pasar desapercibido. Así es como se reconoce a los espías.

La figura se había detenido al pie de las dunas. Había algo en ella que llamaba la atención. Argavisti se había enfrentado a muchos ejércitos enemigos, y eso era normal. Una figura que esperaba pacientemente no lo era.

Descubrió que no paraba de volver la mirada hacia ella.

—Lleva algo —dijo tras unos momentos —. ¿Sargento? Vaya y traiga aquí a ese hombre.

El sargento volvió pasados unos minutos.

—Dice que se reunirá con usted en el centro de la playa, señor —comunicó.

—¿No le he dicho que lo trajera aquí?

—No ha querido venir, señor.

—Pero usted tiene una espada, ¿no?

—Sí, señor. Lo pinché un poquito con la punta, pero se negó a moverse, señor. Y trae consigo un cadáver, señor.

—¿A un campo de batalla? ¿Qué se ha creído, que puede venir aquí trayéndose la mercancía de casa?

—Y... ¿señor?

—¿Qué?

—Dice que probablemente es el cenobiarca, señor. Quiere hablar de un tratado de paz.

—Oh, conque eso es lo que quiere. ¿Un tratado de paz? Ya sabemos lo que pasa cuando intentas firmar un tratado de paz con Omnia. Vaya y dígale que... No. Coja a un par de hombres y tráigalo aquí.

Brutha cruzó el pandemonio organizado del campamento andando entre los soldados. Debería estar asustado, pensó. En la Ciudadela siempre tenía miedo. Pero ahora no lo tengo. Esto es atravesar el miedo y salir por el otro lado.

De vez en cuando uno de los soldados le daba un empujón. Un enemigo no puede entrar en un campamento así como si tal cosa, ni siquiera en el caso de que desee hacerlo.

Brutha fue conducido ante una mesa de campaña a la que estaban sentados media docena de hombres corpulentos ataviados según distintos estilos militares, y un hombrecito de piel olivácea que le estaba quitando las tripas a un pez mientras dirigía sonrisas esperanzadas a todo el mundo.

—Bueno, bueno —dijo Argavisti—. Cenobiarca de Omnia, ¿eh? Brutha dejó caer el cuerpo de Vorbis sobre la arena. Sus miradas lo siguieron.

—Yo conozco a ese... —dijo Borvorio—. ¡Vorbis! Así que alguien lo ha matado por fin, ¿eh? ¿Y quieres hacer el favor de dejar de tratar de venderme pescado? ¿Alguien sabe quién es este hombre? —preguntó, señalando a Fasta Benj.

—Fue una tortuga —dijo Brutha.

—¿De veras? No me sorprende. Nunca me he fiado de ellas. Siempre están acechando por ahí, ¿eh? ¡Oye, ya te he dicho que no quiero pescado! No es de los míos, eso os lo puedo asegurar. ¿Es uno de los vuestros? —Argavisti agitó irritadamente una mano.

—¿Quién te ha enviado, muchacho?

—Nadie. He venido por mi cuenta. Pero se podría decir que vengo del futuro.

—¿Eres un filósofo? ¿Dónde está tu esponja de baño?

—Habéis venido a hacerle la guerra a Omnia. Eso no sería una buena idea.

—Desde el punto de vista de Omnia no, claro.

—Desde el punto de vista de todos. Probablemente nos derrotaríais. Pero no a todos nosotros. ¿Y entonces qué haréis? ¿Dejar una guarnición? ¿Para siempre? Y tarde o temprano una nueva generación se vengaría. El porqué hacéis esto no significará nada para ellos. Seréis los opresores. Lucharán. Hasta podrían acabar venciendo.

Y habrá otra guerra. Y un día la gente dirá: ¿por qué no lo solucionaron de alguna manera entonces? En la playa.

Antes de que todo empezara. Antes de que murieran todas esas personas. Ahora tenemos esa ocasión. ¿Verdad que somos afortunados? Argavisti lo miró sin decir nada. Después le dio un codazo a Borvorio.

—¿Qué ha dicho?

Borvorio, que pensaba un poco más deprisa que los demás, repuso:

—¿Estás hablando de rendición?

—Sí. Suponiendo que esa sea la palabra.

Argavisti estalló.

—¡No puedes hacer eso!

—Alguien tendrá que hacerlo. Te ruego me escuches. Vorbis ha muerto. Ya ha pagado.

—No lo suficiente. ¿Qué pasa con vuestros soldados? ¡Intentaron saquear nuestra ciudad!

—¿Vuestros soldados obedecen tus órdenes?

—¡Desde luego que sí!

—¿Y me matarían aquí y ahora en caso de que se lo ordenaras?

—¡Yo diría que sí!

—Y estoy desarmado —dijo Brutha.

El sol se abatió sobre un embarazoso silencio.

—Cuando digo que obedecerían... —comenzó Argavisti.

—No hemos sido enviados aquí para parlamentar —lo interrumpió Borvorio —. La muerte de Vorbis no cambia nada fundamental. Estamos aquí para asegurarnos de que Omnia deje de ser una amenaza.

—No lo es. Enviaremos materiales y gente para que ayuden a reconstruir Efebia. Y oro, si queréis. Reduciremos el tamaño de nuestro ejército. Y etcétera etcétera. Consideradnos vencidos. Incluso abriremos Omnia a cualquier otra religión que desee edificar lugares sagrados aquí.

Una voz resonó dentro de su cabeza, como la persona detrás de ti que dice «Pon la reina roja encima del rey negro» justo cuando creías haber estado jugando por tu cuenta.

— I. ¿Qué?

—Servirá para alentar... el esfuerzo local —dijo Brutha.

— II. ¿Otros Dioses? ¿Aquí?

—Habrá libertad de comercio a lo largo de la costa. Quiero ver cómo Omnia ocupa su sitio en la gran familia de las naciones hermanas.

—///. Te He Oído Mencionar A Otros Dioses.

—Su lugar está en el fondo —dijo Borvorio.

—No. Eso no daría resultado.

—IV. Por Favor, ¿Podríamos Volver A La Cuestión De Los Otros Dioses?

—¿Tendríais la bondad de excusarme un momento? —dijo Brutha alegremente —. Necesito rezar.

Ni siquiera Argavisti puso ninguna objeción cuando Brutha se alejó un poco playa abajo. Como aseguraba san Ungulante a quien se mostrara dispuesto a oírlo predicar, el estar loco tenía sus ventajas. Todo el mundo se lo pensaba dos veces antes de ponerte peros, porque temían que el hacerlo pudiera empeorar las cosas.

—V. No Recuerdo Ninguna Disensión Sobre Otros Dioses Siendo Adorados en Omnia,

—Ah, pero el caso es que tú saldrías ganando. La gente no tardará en ver que los demás son unos inútiles, ¿verdad? —dijo Brutha, cruzando los dedos a la espalda.

—VI. Esto Es Religión, Chico. ¡No Estamos Hablando De Estrategias De Venta! ¡No Someterás A Tu Dios A Las Fuerzas Del Mercado!

—Lo siento. Comprendo que estés preocupado por...

—VIL ¿Preocupado? ¿Yo? ¿Por Una Pandilla De Mujerzuelas Presumidas Y Culturistas Con La Barbita Rizada?

—Perfecto. ¿Entonces estamos de acuerdo?

—VIII. ¡No Durarán Ni Cinco Minutos! ¿Qué...?

—Y ahora será mejor que vaya y hable una vez más con esos hombres.

Un movimiento entre las dunas atrajo su mirada.

—Oh, no —dijo —. Los muy idiotas...

Brutha se volvió y corrió desesperadamente hacia la flota atracada.

—¡No! ¡No es lo que parece! ¡Escuchad! ¡Escuchad!

Pero ellos también habían visto el ejército.

Parecía impresionante, quizá más impresionante de lo que era en realidad. Cuando se corre la voz de que una enorme flota enemiga ha atracado con la intención de saquear concienzudamente y —porque vienen de países civilizados— piropear a las mujeres al tiempo que les silban, impresionarlas con sus deslumbrantes uniformes y seducirlas con sus deslumbrantes bienes de consumo, no sé, enséñales un espejo de bronce pulimentado y enseguida se les sube a la cabeza, cualquiera pensaría que había algo de malo en los chicos de la comarca..., bueno, entonces la gente o huye a las colinas o coge el primer objeto blandible que tiene a mano, le dice a la abuela que esconda los tesoros de la familia en sus enaguas y se prepara para luchar.

Y, abriendo la marcha, venía el carro de hierro expulsando nubes de vapor por su embudo.

Urna debía de haber conseguido que volviera a funcionar.

—¡Estúpidos! ¡Estúpidos! —gritó Brutha al mundo en general, y siguió corriendo.

La flota ya se estaba disponiendo en formación de combate y su comandante, quienquiera que fuese, se asombró al ver lo que parecía un ataque llevado a cabo por un solo hombre.

Borvorio detuvo a Brutha cuando este iba a precipitarse sobre una hilera de lanzas.

—Ya veo —dijo —. Tú nos entretienes hablando mientras vuestros soldados ocupan posiciones, ¿eh?

—¡No! ¡Yo no quería esto!

Borvorio entrecerró los ojos. No había sobrevivido a las muchas guerras de su vida siendo un estúpido.

—No, tal vez no lo querías —dijo —. Pero da igual. Escúchame, mi pequeño e inocente sacerdote. A veces tiene que haber una guerra. Las cosas van demasiado lejos para las palabras. Hay... otras fuerzas. Ahora... vuelve con tu gente. Puede que los dos aún vivamos cuando todo esto haya terminado y entonces podremos hablar.

Luchar primero, hablar después. Así es como funciona, muchacho. La historia es así. Y ahora vete.

Brutha se dio la vuelta.

—I. ¿Los Fulmino?

—¡No!

—II. Podría Reducirlos A Polvo. Sólo Tienes Que Decirlo.

—No. Eso es peor que la guerra.

—III. Pero Dijiste Que Un Dios Debe Proteger A Su Pueblo...

—¿Y en qué nos convertiríamos si te dijera que aplastases a hombres honrados?

—IV. ¿No Quieres Que Los Llene De Flechas?

—No.

Los omnianos se estaban concentrando detrás de las dunas. Un gran número de ellos se había agrupado alrededor del carro recubierto de hierro. Brutha lo contempló a través de una neblina de desesperación.

—Creía haber dicho que vendría aquí solo —dijo. Simonía, que estaba apoyado en la Tortuga, le sonrió sombríamente.

—¿Ha funcionado? —preguntó.

—Creo... que no.

—Lo sabía. Siento que hayas tenido que descubrirlo. Las cosas tienen una curiosa tendencia a querer ocurrir, ¿sabes? A veces le caes mal a alguien y... eso es todo.

—Pero sólo con que la gente quisiera...

—Sí, claro. Podrías usar eso como mandamiento.

Hubo un estrépito metálico, y una escotilla se abrió en el flanco de la Tortuga. Urna salió por ella, andando de espaldas y empuñando una llave graduable.

—¿Qué es esta cosa? —preguntó Brutha.

—Es una máquina para combatir —dijo Simonía—. La Tortuga Se Mueve, ¿eh?

—¿Para combatir a los efebianos? —preguntó Brutha. Urna se volvió.

—¿Qué? —dijo.

—¿Has construido esta... cosa para combatir a los efebianos?

—Bueno... no... no... —dijo Urna, pareciendo un poco perplejo—. ¿Vamos a luchar con los efebianos?

—Vamos a luchar con todo el mundo —dijo Simonía.

—Pero yo nunca... Soy un... Yo jamás...

Brutha contempló las ruedas erizadas de pinchos y las planchas de bordes aserrados que cubrían la Tortuga.

—Es un artefacto que se mueve solo —dijo —. Vamos a usarlo para... Quiero decir que... Oye, yo nunca he querido que...

—Ahora lo necesitamos —dijo Simonía.

—¿Quiénes lo necesitamos?

—¿Qué es lo que sale de esa especie de tubo tan largo que tiene delante? —preguntó Brutha.

—Vapor —dijo Urna—. Está conectado a la válvula de seguridad.

—Oh.

—Sale muy caliente —dijo Urna, en un tono todavía más apesadumbrado que antes.

—¿Oh?

—Abrasa, de hecho.

La mirada de Brutha pasó del tubo del vapor a los cuchillos rotatorios.

—Muy filosófico —dijo.— íbamos a utilizarlo contra Vorbis —dijo Urna.

—Y ahora ya no vais a hacerlo. Vais a utilizarlo contra los efebianos. Sabes, antes yo solía pensar que era estúpido y entonces conocí a los filósofos.

Simonía rompió el silencio dándole una palmadita en el hombro a Brutha.

—Todo saldrá bien —dijo —. No nos vencerán. Después de todo —sonrió alentadoramente—, tenemos a Dios de nuestra parte.

Brutha se volvió. Su puño salió disparado. No fue un golpe científico, pero sí lo bastante potente para ladear a Simonía y hacer que se llevara la mano al mentón.

—¿A qué ha venido eso? ¿No era esto lo que querías?

—Tenemos los dioses que nos merecemos —dijo Brutha—, y me parece que no nos merecemos ninguno. Estúpidos. Estúpidos. El hombre más sensato que he conocido este año vive encima de un poste en el desierto. Estúpidos. Creo que debería ir a vivir con él.

— I. ¿Por Qué?

—Dioses y hombres, hombres y dioses —dijo Brutha—. Todo ocurre porque las cosas han ocurrido antes. Menuda estupidez.

— II. Pero Tu Eres El Elegido.

—Elige a otro.

Brutha se alejó a través del ejército improvisado. Nadie intentó detenerlo. Llegó al sendero que llevaba a lo alto de los acantilados, y ni siquiera se volvió para contemplar las formaciones de soldados.

—¿Es que no vas a mirar la batalla? Necesito que alguien mire la batalla.

Didáctilos estaba sentado en una roca con las manos cruzadas encima de su bastón.

—Oh, hola —dijo Brutha sin alegría—. Bienvenido a Omnia.

—Tomárselo con filosofía ayuda —dijo Didáctilos.

—¡Pero no hay ninguna razón para luchar!

—Sí la hay. El honor, la venganza, el deber y todas esas cosas.

—¿De veras lo crees? Siempre se ha supuesto que los filósofos son lógicos.

Didáctilos se encogió de hombros.

—Bueno, tal como lo veo, la lógica sólo es una manera ordenada de alcanzar la ignorancia.

—Creía que cuando Vorbis muriese todo se acabaría. Didáctilos contempló su mundo interior.

—Las personas como Vorbis tardan mucho tiempo en morir. Dejan ecos en la historia.

—Ya sé a qué te refieres.

—¿Qué tal va la máquina de vapor de Urna? —preguntó Didáctilos.

—Creo que lo tiene un poco preocupado —dijo Brutha. Didáctilos soltó una risita y golpeó el suelo con su bastón.

—¡Ja! ¡Está aprendiendo! ¡Todo tiene dos caras!

—Debería —dijo Brutha.

Algo que parecía un cometa dorado surcaba el cielo del Mundo Disco. Om volaba como un águila, impulsado por la frescura y la mera potencia de la fe. Mientras durase, en todo caso. Una fe tan abrasadora y desesperada nunca duraba demasiado. Las mentes humanas eran incapaces de mantenerla. Pero mientras durase, Om sería fuerte.

El pináculo central de Cori Celesti brota de las montañas en el Cubo, quince kilómetros verticales de hielo y nieve verde coronados por las torretas y cúpulas de Dunmanifestin.

Allí es donde viven los dioses del Mundo Disco.

O al menos, allí es donde vive cualquier dios que sea alguien. Y lo curioso es que, aunque un dios necesita años de esfuerzos y maniobras para llegar allí, una vez que ha conseguido entrar nunca parece hacer gran cosa aparte de beber demasiado y permitirse alguna que otra corrupción ocasional. Muchos sistemas de gobierno siguen la misma línea.

Los dioses juegan. Sus juegos tienden a ser muy sencillos, porque los dioses enseguida se cansan de las cosas complicadas. Otra cosa bastante curiosa es que si bien los dioses menores son capaces de perseguir un objetivo durante millones de años, y de hecho son un objetivo, los grandes dioses se distraen con tanta facilidad como un mosquito común.

¿Y el estilo y la elegancia? Si los dioses del Mundo Disco fueran personas, creerían que tres patos de yeso en un jardín son el colmo de la vanguardia.

Al fondo de la gran sala había una puerta de doble hoja.

Que tembló bajo unos golpes atronadores.

Los dioses levantaron distraídamente la vista de sus distintos quehaceres, se encogieron de hombros y volvieron a lo suyo.

La puerta saltó por los aires.

Om pasó a través de los escombros, mirando alrededor con el aire de uno que tiene una búsqueda que completar y no mucho tiempo en el que hacerlo.

—Bueno, bueno —dijo.

Io, dios del Trueno, levantó la vista desde su trono y agitó amenazadoramente su martillo.

—¿Quién eres?

Om fue hacia el trono, cogió a lo por la toga y le incrustó la frente en la cara.

La verdad es que hoy en día casi nadie cree en los dioses del trueno.

—¡Ay!

—Oye, amigo, no puedo perder el tiempo hablando con un fantoche envuelto en una sábana. ¿Dónde están los dioses de Efebia y Tsort? Io, las manos encima de la nariz, señaló vagamente el centro de la sala.

—¡No teníaf pof qué hacef efo! —dijo con tono de reproche.

Om cruzó la sala.

En el centro del recinto había lo que a primera vista parecía una mesa redonda, y después parecía un modelo del Mundo Disco, con Tortuga, elefantes y todo lo demás, y después de alguna manera indefinible parecía el Mundo Disco visto desde muy lejos y al mismo tiempo contemplado muy de cerca. Había algo sutilmente equivocado en las distancias, una sensación de vastos espacios curvados sobre sí mismos. Pero seguramente el Mundo Disco real no estaba cubierto por una red de líneas resplandecientes suspendidas justo encima de la superficie. ¿O quizá a kilómetros por encima de la superficie? Om no lo había visto antes, pero sabía lo que era. Onda y partícula al mismo tiempo, mapa y lugar descrito por el mapa al mismo tiempo. Si se concentraba en la diminuta cúpula reluciente que coronaba el diminuto Cori Celesti, sin duda se vería a sí mismo inclinado sobre un modelo todavía más pequeño..., y así sucesivamente, hasta llegar a ese punto en que el universo se enroscaba sobre sí mismo como la cola de un amonites, una criatura que vivió hacía millones de años y nunca había creído en ningún dios.

Los dioses formaban corro a su alrededor y lo observaban con atención.

Om apartó de un codazo a una diosa de la Abundancia menor.

Había dados flotando justo encima del mundo, y una confusión de figurillas de barro y fichas de juego. No se necesitaba ser ni siquiera ligeramente omnipotente para saber qué estaba ocurriendo.

—¡Ma dado en la narif!

Om se volvió.

—Nunca olvido una cara, amigo. Haz el favor de llevarte la tuya de aquí, ¿entendido? Mientras todavía te queda un poco.

Volvió a concentrarse en el juego.

—Disculpa —dijo una voz junto a su cintura. Om miró hacia abajo y se encontró contemplando a una salamandra muy grande.

—¿Sí? —Se supone que no deberías hacer eso aquí. Nada De Fulminar. Aquí arriba no. Son las reglas. Si quieres pelea, haz que tus humanos peleen con sus humanos.

—¿Quién eres?

—P'tang—P'tang, yo.

—¿Eres un dios?

—Decididamente.

—¿Sí? ¿Y cuántos creyentes tienes?

—¡Cincuenta y uno!

La salamandra lo miró con expresión esperanzada y añadió:

—¿Verdad que son un montón de creyentes? Son tantos que no puedo ni contarlos.

Señaló una figurilla bastante tosca que había encima de la playa de Omnia y dijo:

—¡Pero estoy jugando!

Om contempló la figurilla del pequeño pescador.

—Cuando muera, tendrás cincuenta creyentes —dijo.

—¿Eso es más o menos que cincuenta y uno?

—Mucho menos.

—¿Definitivamente?

—Sí.

—Nadie me lo había dicho.

Había varias docenas de dioses contemplando la playa. Om se acordaba vagamente de las estatuas efebianas.

Estaba la diosa del búho pésimamente esculpido. Sí.

Om se frotó la cabeza. Aquellos pensamientos no tenían nada de divino. Cuando estabas aquí arriba, todo parecía mucho más simple. Todo era un juego. Olvidabas que allá abajo no era un juego. La gente moría. Le cortaban pedazos. Aquí arriba somos como águilas, pensó. A veces enseñamos a una tortuga cómo puede llegar a volar.

Y después la dejamos caer.

—Ahí abajo va a morir gente —le dijo al mundo oculto en general.

Un dios del Sol tsorteano ni siquiera se molestó en volver la cabeza.

—Para eso está —dijo.

Su mano sostenía un cubilete muy parecido a un cráneo humano con rubíes en las cuencas.

—Ah, sí —dijo Om—. Lo había olvidado por un momento. —Miró el cráneo y después se volvió hacia la pequeña diosa de la Abundancia—. ¿Qué es esto, cariño? ¿Una cornucopia? ¿Puedo echarle un vistazo? Gracias.

Om sacó parte de la fruta. Después le dio un codazo al Dios Salamandra.

—Si yo fuera tú, amigo, buscaría algo largo y pesado —dijo.

—¿Uno es menos que cincuenta y uno? —preguntó P'tang—P'tang.

—Es lo mismo —dijo Om con firmeza, contemplando la nuca del dios del Sol tsorteano.

—Pero tú tienes miles —dijo el dios Salamandra—. Tú peleas por miles.

Om se frotó la frente. He pasado demasiado tiempo allí abajo, pensó. No consigo dejar de pensar al nivel del suelo.

—Creo —dijo —, creo que si quieres miles, tienes que pelear por uno. —Le dio una palmadita en el hombro al dios del Sol—. Oye, rayito de sol.

Y cuando el dios del Sol se volvió hacia él, Om le partió la cornucopia en la cabeza.

No era una tempestad normal. Tartamudeaba como la timidez de las supernovas, meciéndose con grandes ondulaciones de sonido que desgarraban el cielo. Grandes surtidores de arena salían disparados hacia las alturas para girar sobre los cuerpos supinos que yacían encima de la playa. Los rayos caían del cielo, y fuegos simpáticos saltaban de la punta de una lanza a la de una espada.

Simonía levantó la vista hacia la oscuridad retumbante.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó, dando un codazo al cuerpo acostado junto a él.

Que era el de Argavisti. Los dos hombres se miraron.

Más truenos retumbaron a través del cielo. Las olas trepaban una sobre otra para embestir a la flota. Un casco avanzó hacia otro flotando con espantosa gracia, proporcionando el contrapunto del gemir de la madera al bajo del trueno.

Una verga partida por la mitad se hundió en la arena junto a la cabeza de Simonía.

—Si nos quedamos aquí moriremos —dijo—. Vamos.

Se tambalearon a través de la espuma y la arena, avanzando entre grupos de soldados acurrucados que rezaban hasta que tropezaron con algo duro medio tapado.

Los dos entraron a rastras en la zona de calma que había debajo de la Tortuga.

Otros ya habían tenido la misma idea. Figuras oscuras estaban sentadas o acostadas en la oscuridad. Urna estaba sentado abatidamente encima de su caja de herramientas. Un tenue olor a tripas de pescado flotaba en el aire.

—Los dioses están enfadados —dijo Borvorio.

—Pero que muy enfadados —añadió Argavisti.

—Yo tampoco estoy de muy buen humor —repuso Simonía—. ¿Dioses? ¡Ja!

—No es momento para impiedades —dijo Rham—ap—Efan.

Fuera hubo una lluvia de uvas.

—No se me ocurre ninguno mejor —dijo Simonía.

Un trozo de cornucopia convertido en metralla rebotó en el techo de la Tortuga, que se bamboleó sobre sus ruedas erizadas de pinchos.

—Pero ¿por qué están enfadados con nosotros? —preguntó Argavisti—. Estamos haciendo lo que quieren.

Borvorio trató de sonreír.

—Dioses, ¿eh? —dijo—. No se puede vivir con ellos y no se puede vivir sin ellos.

Alguien le dio un codazo a Simonía y le pasó un cigarrillo un poco mojado. Era un soldado tsorteano. Casi sin querer, Simonía dio una calada al cigarrillo.

—Buen tabaco —dijo—. El que cultivamos nosotros sabe a excrementos de camello.

Se lo pasó a la siguiente figura encorvada.

—GRACIAS.

Borvorio extrajo una cantimplora de algún sitio.

—¿Crees que irías al infierno si te emborracharas un poco? — preguntó.

—Probablemente ya estoy en él, y lo peor es que no he bebido ni una sola gota —dijo Simonía distraídamente, y entonces vio la cantimplora—. Oh. Alcohol. Y pensándolo bien, ¿qué más da? El infierno estará tan lleno de sacerdotes que ni siquiera podré ver las llamas. Gracias.

—Pásala.

—GRACIAS.

Un rayo zarandeó a la Tortuga.

—¿G'n y'himbe bo?

Todos se volvieron hacia los trozos de pescado crudo y la expresión esperanzada de Fasta Benj.

—Creo que podría sacar unas cuantas ascuas de la caja para el fuego —dijo Urna pasados unos momentos.

Alguien le tocó el hombro a Simonía, creando una extraña sensación cosquilleante.

—GRACIAS. TENGO QUE IRME.

Mientras cogía la cantimplora Simonía fue consciente de que el aire se arremolinaba a su alrededor, como si el universo hubiera respirado de pronto. Miró en torno a él con el tiempo justo de ver cómo una ola sacaba un barco del agua y lo estrellaba contra las dunas.

Un grito lejano coloreó el viento.

Los soldados volvieron la cabeza en esa dirección.

—Ahí debajo había gente —dijo Argavisti.

Simonía dejó caer la cantimplora.

—Venid —dijo.

Y nadie, mientras apartaban maderos entre los dientes de la tempestad, mientras Urna aplicaba todo lo que sabía sobre palancas, mientras empleaban sus cascos como palas con las que cavar debajo de los restos, preguntó por quiénes estaban cavando o qué clase de uniforme habían estado llevando.

La niebla llegó flotando en el viento, caliente y chispeando con destellos de electricidad, y el mar seguía golpeando.

Simonía tiró de una verga y después descubrió que el peso disminuía cuando alguien la cogía del otro extremo.

Levantó la vista para encontrarse con los ojos de Brutha.

—No digas nada —dijo Brutha.

—¿Los dioses nos están haciendo esto? — ¡No digas nada! — ¡Tengo que saberlo! — Siempre es preferible que sean ellos quienes nos hagan esto, ¿no? — ¡Pero hay gente que ni siquiera llegó a bajar de los barcos! — ¡Nadie dijo que sería una merienda campestre! Simonía apartó unas cuantas planchas. Había un hombre allí, con la coraza y el cuero lo bastante manchados para que fuese irreconocible, pero vivo.

—¡Oye, no me daré por vencido! —dijo Simonía mientras el viento tiraba de él —. ¡No has ganado! ¡No estoy haciendo esto por ninguna clase de dios, tanto si existen los dioses como si no! ¡Lo estoy haciendo por otras personas! ¡Y deja de sonreír así! Un par de dados cayeron sobre la arena. Crujieron y chisporrotearon durante un rato, y después se evaporaron.

El mar se calmó. La niebla comenzó a levantarse y acabó desapareciendo. Todavía había una cierta calina en el aire, pero al menos el sol volvía a ser visible, aunque sólo fuese como una zona un poco más iluminada en la cúpula del cielo.

Una vez más, hubo la sensación de que el universo tragaba aire.

Los dioses aparecieron, siluetas transparentes que tan pronto se aclaraban como se volvían nuevamente borrosas. El sol brilló sobre un atisbo de rizos dorados, y alas, y liras.

Cuando hablaron lo hicieron al unísono, con las voces de unos adelantándose a las de los demás o quedándose rezagadas por detrás de ellas, como sucede siempre que un grupo de personas está tratando de repetir lo más fielmente posible algo que se les ha dicho que dijeran.

Om estaba entre ellos, justo detrás del dios del Trueno tsorteano y con una expresión distante en el rostro.

Podía verse, si bien sólo Brutha se dio cuenta de ello, que el brazo derecho del dios del Trueno desaparecía hacia arriba por detrás de su espalda de una manera que, suponiendo que pudiera imaginarse tal cosa, sugería que alguien se lo estaba retorciendo lo bastante enérgicamente para hacerle daño.

Lo que dijeron los dioses fue oído por cada uno de los combatientes en su propia lengua, y según su propio entendimiento. Básicamente se reducía a:

I. Esto No Es Un Juego.

II. Aquí Y Ahora, Estáis Vivos.

Y después todo se acabó.

—Serías un buen obispo —dijo Brutha.

—¿Yo? —dijo Didáctilos —. Soy un filósofo.

—Estupendo. Ya va siendo hora de que tengamos uno.

—¡Y además soy efebiano! — Estupendo. Quizá se te ocurran mejores maneras de gobernar el país. Los sacerdotes no deberían hacerlo.

No tienen cabeza para esas cosas. Y los soldados tampoco.

—Muchas gracias —dijo Simonía.

Estaban sentados en el jardín del cenobiarca. Un águila describía círculos en las alturas, buscando cualquier cosa que no fuera una tortuga.

—Me gusta la idea de la democracia —elijo Brutha —. Basta con tener a alguien de quien todos desconfíen.

De esa manera, todo el mundo está contento. Pensad en ello. ¿Simonía?

—¿Sí?

—Voy a nombrarte jefe de la Quisición.

—¿Qué?

—Quiero ponerle fin. Y quiero ponerle fin de una vez para siempre.

—¿Quieres que mate a todos los exquisidores? ¡Bien!

—No. Esa es la solución más cómoda. Quiero que haya las menos muertes posibles. Los que disfrutaban trabajando, quizá. Pero sólo esos. Y ahora... ¿Dónde está Urna?

La Tortuga Móvil seguía en la playa, con las ruedas enterradas en la arena removida por la tormenta. Urna se sentía demasiado avergonzado para tratar de sacarla de allí.

—La última vez que lo vi estaba haciendo no sé qué con los mecanismos de la puerta —dijo Didáctilos —. Sólo está contento cuando tiene las manos metidas en algo.

—Sí. Tendremos que encontrar cosas que lo mantengan ocupado. Irrigación. Arquitectura. Ese tipo de cosas.

—¿Y qué vas a hacer tú? —preguntó Simonía.

—He de copiar la Biblioteca —dijo Brutha.

—Pero no sabes leer ni escribir —repuso Didáctilos.

—No. Pero puedo ver y dibujar. Dos copias. Una se quedará aquí.

—En cuanto hayamos quemado el Septateuco habrá sitio de sobra —dijo Simonía.

—No se quemará nada. Hay que ir paso a paso —dijo Brutha. Contempló la línea rielante del desierto. Era curioso, pero nunca había sido tan feliz como cuando estuvo en el desierto —. Y después... —comenzó.

—¿Sí?

Brutha bajó los ojos hacia las granjas y aldeas que había alrededor de la Ciudadela. Suspiró.

—Y después será mejor que pongamos manos a la obra — dijo —. Cada día.

Fasta Benj remaba de vuelta a casa, en un estado de ánimo bastante pensativo.

Habían sido unos días magníficos. Había conocido a mucha gente nueva y vendido una considerable cantidad de pescado. P'Tang—PTang, con sus sirvientes menores, había hablado personalmente con él, haciéndole prometer que no le haría la guerra a un sitio del que Fasta Benj nunca había oído hablar. Fasta Benj así lo había prometido[[10]](#footnote-10).

Algunas de las nuevas personas le habían enseñado una forma realmente asombrosa de hacer rayos. Golpeabas aquella roca con aquel trozo de sustancia dura y obtenías trocitos de relámpago, que a su vez caían encima de unas cosas secas que se ponían rojas y calientes como el sol. Si añadías más madera se hacía más grande y si le ponías un pez encima este se ponía negro, pero si tenías suficientes reflejos entonces no se ponía negro sino marrón y sabía mejor que nada de cuanto Fasta Benj había probado en la vida, aunque eso no era difícil. Y le habían dado varios cuchillos que no estaban hechos de roca y ropa que no estaba hecha de juncos y, en general, la vida parecía querer tratar bastante mejor a Fasta Benj y su gente.

Todavía no tenía muy claro por qué montones de personas querrían atizarle al tío de Pacha Moj con una gran roca, pero no cabía duda de que eso traería consigo una auténtica escalada en el ritmo del progreso tecnológico.

Nadie, ni siquiera Brutha, se dio cuenta de que el viejo Lu—Tze ya no andaba por ahí. Cómo hacer que no se fijen en ti, ni cuando estás presente ni cuando estás ausente, es una de las primeras cosas que aprende un monje de la historia.

De hecho, Lu—Tze había cogido su escoba y sus montañas bonsái y había regresado a través de túneles secretos y medios tortuosos al valle escondido en los picos centrales, donde lo estaba esperando el abad. El abad estaba jugando al ajedrez en la gran galería que daba al valle. Las fuentes burbujeaban en los jardines, y los gorriones entraban y salían por las ventanas.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó el abad, sin levantar la vista.

—Muy bien, señor —dijo Lu—Tze—. Pero tuve que ayudar un poquito en algún que otro momento.

—Preferiría que no hicieras esa clase de cosas —dijo el abad, acariciando un peón —. Cualquier día se te irá la mano.

—Es la Historia que tenemos hoy en día, señor —dijo Lu—Tze—. Es de muy mala calidad. La he de estar remendando a cada momento y...

—Sí, sí...

—En los viejos tiempos teníamos mucha mejor Historia.

—Las cosas siempre eran mejores de como lo son ahora. Es algo que va con la naturaleza de las cosas.

—Sí, señor. ¿Señor? El abad levantó la vista con apacible exasperación.

—Eh... ¿Sabéis que los libros dicen que Brutha murió y que hubo un siglo de guerras terribles?

—Ya sabes que mi vista no es lo que era, Lu—Tze.

—Bueno... Pues el caso es que ahora no es totalmente así.

—Con tal de que al final todo termine como es debido... — dijo el abad.

—Sí, señor —asintió el monje de la Historia.

—Todavía faltan unas semanas para tu próxima misión. ¿Por qué no descansas un poco?

—Gracias, señor. He pensado que podría bajar al bosque y ver caer unos cuantos árboles.

—Siempre pensando en el trabajo, ¿eh? Mientras Lu—Tze se iba, el abad miró a su oponente. —Es un buen hombre —dijo —. Te toca mover.

El oponente siguió mirando fijamente el tablero sin decir nada.

El abad esperó a que se le revelara qué astutas estrategias a largo plazo estaban siendo desarrolladas. Después su oponente rozó una pieza con un dedo huesudo.

—VUELVE A RECORDARME CÓMO SE MUEVE LA QUE TIENE FORMA DE CABALLITO —dijo.

Finalmente Brutha murió, en circunstancias bastante poco usuales.

Había llegado a una edad muy avanzada, pero eso al menos no tenía nada de raro en la Iglesia. Como decía Brutha, tenías que mantenerte ocupado, cada día.

Se levantó al amanecer y fue a la ventana. Le gustaba ver salir el sol.

No habían llegado a sustituir las puertas del Templo. Aparte de todo lo demás, ni siquiera Urna había sido capaz de encontrar una forma de sacar de allí aquel montículo de metal fundido extrañamente contorsionado. Y pasados uno o dos años la gente terminó aceptando su presencia, y ahora decían que probablemente era un símbolo. No de nada en concreto, por supuesto, pero aun así un símbolo. Decididamente simbólico.

Pero el sol relucía en la cúpula de bronce de la Biblioteca. Brutha tomó nota de que debía informarse sobre los progresos de la nueva ala. Últimamente había demasiadas quejas motivadas por la falta de espacio.

La gente acudía de todas partes para visitar la Biblioteca. Era la biblioteca no—mágica más grande del mundo.

La mitad de los filósofos de Efebia parecían vivir allí ahora, e incluso Omnia estaba produciendo uno o dos filósofos de cosecha propia. Y hasta los sacerdotes venían a pasar algún tiempo en ella, debido a la colección de libros religiosos. Actualmente contaba con mil doscientos ochenta y tres libros religiosos, cada uno de ellos —según afirmaba el mismo libro— el único que un hombre necesitaba leer en su vida. Era bonito verlos a todos juntos. Como solía decir Didáctilos, había que reírse.

Fue mientras Brutha estaba desayunando cuando el subdiácono encargado de leerle sus citas para el día, y cerciorarse con el mayor tacto posible de que no se había puesto la ropa interior encima de la túnica, se atrevió a felicitarlo tímidamente.

—¿Mmmm? —dijo Brutha, con las gachas goteando de su cuchara.

—Cien años —dijo el subdiácono —. Desde que anduvisteis por el desierto, señor.

—¿De veras? Creía que eran, mmm, ¿cincuenta años? No pueden haber transcurrido más de sesenta años, muchacho.

—Uh, cien años, señor. Echamos una mirada a los registros.

—De veras. ¿Cien años? ¿Cien años de tiempo? Brutha puso su cuchara en la mesa con cuidado y contempló la desnuda pared blanca que había enfrente de él.

El subdiácono se encontró volviéndose para ver qué era lo que estaba mirando el cenobiarca, pero no había nada, sólo la blancura de la pared.

—Cien años —murmuró Brutha con voz pensativa—. Mmmm. Cielos, cielos. Lo había olvidado. —Se rió —. Lo había olvidado. Cien años, ¿eh? Pero aquí y ahora, estamos...

El subdiácono se volvió en redondo.

—¿Cenobiarca? —Dio un paso hacia Brutha y palideció.

—¿Señor? —Giró sobre los talones y fue corriendo a buscar ayuda.

El cuerpo de Brutha se desplomó hacia adelante casi grácilmente, chocando con la mesa. El cuenco se volcó, y las gachas empezaron a esparcirse por el suelo.

Y después Brutha se levantó, sin mirar su cuerpo ni una sola vez.

—Ja. No te esperaba —dijo.

La Muerte dejó de apoyarse en la pared.

—Pero todavía queda tantísimo por hacer...

—SÍ. SIEMPRE QUEDA MUCHO POR HACER.

—Ah. Así que realmente hay un desierto. ¿Y todo el mundo se encuentra con esto? —preguntó Brutha.

—¿QUIÉN SABE?

—¿Y qué hay al final del desierto?

—EL JUICIO.

Brutha reflexionó durante unos momentos.

—¿En qué extremo del desierto está? —La Muerte sonrió y se hizo a un lado.

Lo que Brutha había creído era una roca sobre la arena resultó ser una figura encorvada sentada en el suelo que se agarraba las rodillas. Parecía estar paralizada por el miedo.

Brutha la miró.

—¿Vorbis? —dijo.

Miró a la Muerte.

—¡Pero Vorbis murió hace cien años!

—Sí. TENÍA QUE ATRAVESAR EL DESIERTO SIN QUE NADIE LO ACOMPAÑARA. ANDANDO, SOLO CONSIGO MISMO. SI SE ATREVÍA A HACERLO.

—¿Y lleva cien años aquí?

—PUEDE QUE NO. AQUÍ EL TIEMPO ES DISTINTO. ES MÁS... PERSONAL.

—Ah. ¿Quieres decir que cien años pueden pasar como unos cuantos segundos?

—CIEN AÑOS PUEDEN PASAR COMO EL INFINITO.

Los ojos negro—sobre—negro miraron implorantemente a Brutha, quien les tendió la mano automáticamente, sin pensar... y después titubeó.

—ERA UN ASESINO —dijo la Muerte—. Y UN CREADOR DE ASESINOS. UN TORTURADOR QUE TORTURABA DESAPASIONADAMENTE. CRUEL. IMPLACABLE. INCAPAZ DE SENTIR COMPASIÓN.

—Sí. Lo sé. Es Vorbis —dijo Brutha.

Vorbis cambiaba a las personas. A veces las cambiaba hasta tal punto que acababan convertidas en cadáveres. Pero siempre las cambiaba. Ese era su triunfo.

Brutha suspiró.

—Pero yo soy yo —dijo.

Vorbis se levantó y, después de un momento de vacilación, siguió a Brutha a través del desierto.

La Muerte los vio alejarse.

FIN

1. O, si eres creyente en el omnianismo, el Polo. [↑](#footnote-ref-1)
2. Que eran de la variedad talla única ajustable mediante tornillos. [↑](#footnote-ref-2)
3. O lo habría hecho. Si hubiese estado allí. Pero no estaba. Así que no pudo hacerlo. [↑](#footnote-ref-3)
4. Hacen falta cuarenta hombres con los pies en el suelo para sostener a un hombre que tiene la cabeza en las nubes. [↑](#footnote-ref-4)
5. Las palabras son el papel tornasol de la mente. Si te encuentras en poder de alguien que es capaz de utilizar la palabra «Empezad» sin que se le mueva ni un solo pelo de las cejas, lárgate a otro sitio lo más deprisa que puedas. Pero si la persona en cuestión dice «Adelante», no te entretengas haciendo el equipaje. [↑](#footnote-ref-5)
6. Siempre que no fuese pobre, extranjero o se considerase que no estaba cualificado para votar por ser un loco, un frívolo o una mujer. [↑](#footnote-ref-6)
7. Es decir, antes de que sus habitantes permitieran que las cabras pastaran por todas partes. Cuando se trata de hacer desiertos, no hay nada como una cabra. [↑](#footnote-ref-7)
8. Pero aunque comían montones de cabras, no comieron las suficientes. [↑](#footnote-ref-8)
9. Al igual que muchos de los primeros pensadores, los efebianos creían que los pensamientos se originaban en el corazón y que el cerebro no era más que un artefacto que servía para enfriar la sangre. [↑](#footnote-ref-9)
10. El pueblo de Fasta Benj no tenía ninguna palabra para referirse a la guerra, dado que no tenían a nadie con quien luchar y la vida ya era lo bastante dura por sí sola sin necesidad de que uno se la complicara todavía más.Las palabras de P'Tang—P'Tang habían llegado a su mente como: «¿Te acuerdas de cuando Pacha Moj le atizó a su tío con roca grande? Pues como eso, sólo que todavía peor.» [↑](#footnote-ref-10)